—Nada es mas fácil, replicó el guia: la puerta de su casa está siempre abierta para todo el que llegue. Lo difícil es la salida.

—¡Bah! Sería la primera bruja que me hubiese metido miedo. Veremos si sabe volar cuando le chamusquen las alas en el arrabal de Triana.

Siguiendo de este modo la conversacion, evitando tropiezos y malos pasos y trepando breñas, llegaron, por fin, nuestros espedicionarios á dominar la parte occidental de aquellos montes ocultos y pocas veces hollados por la planta humana. El horizonte se desarrollaba inmenso, perdiéndose en lontananzas de lontananzas, y ya se divisaba la torre del Espectro asentada sobre un pelado tajo, en cuyas quiebras profundas anidaban los mochuelos y otras aves agoreras. Aquel ruinoso edificio parecia inaccesible, y en efecto lo era por el lado que la tropa lo contemplaba; pero, rodeando la roca, se llegaba, no sin grandes dificultades, primero á la mansion de Inés la Solitaria y despues á la cumbre del peñasco.

La tradicion daba una respetable antigüedad á la carcomida fortaleza: creíase que habia sido fundada por uno de los terribles gefes de aquella raza húngara, que á principios de la quinta centuria invadió la Bética, mudando su nombre en el de Vandalicia ó Vandalucia; y que poseida por los descendientes del fundador, linaje feroz y sanguinario hasta el siglo octavo, quedó en lo sucesivo patrimonio de duendes y malos espíritus, que cuidaban de su conservacion. Observándola estaban nuestros viajeros, cuando el familiar esclamó de repente:

—¿No deciais que la bruja era invisible? Pues vedla allí, en lo alto de aquel torreon.

Con efecto, acababa de aparecer una figura humana encima de la torre; pero en seguida desapareció.

—Esa no es la bruja, contestó el guia: es el espectro de la desgraciada Riquilde, hija del último señor de la fortaleza, que fué despeñada por su padre desde la cumbre de esa roca. Si fuese la bruja, ¡desdichados de nosotros!

Declinaba ya el sol hácia el Occidente, cuando la columna

espedicionaria llegó á la boca de una gruta sombreada por algunos árboles, que comenzaban á florecer: á un lado manaba, entre las piedras y se deslizaba sobre menudas guijas, un manantial de agua cristalina: un poco mas arriba de la caverna se alzaba una cruz, hecha de toscos maderos, al pié de la cual habia una calavera y dos huesos humanos, y un tarjeton de pergamino con esta letra:

«*Mortal, lo que soy, serás.*»
«*Tú que amas la vida, no pases de aquí: la Cruz es tu salvacion.*»
«*Fuera de ella está la muerte.*»

Este aviso místico y simbólico, que parecia salir de la boca de un muerto, hizo que se estremeciesen los mas fuertes de los que allí estaban. ¿Era solo el recuerdo de la nada humana y la protesta del cristiano, que señala el único camino de la vida eterna, ó significaba la existencia de un peligro inminente y material mas allá de la cruz? Ambas cosas parecian deducirse de aquellas misteriosas palabras.

El guia las interpretó en este último sentido: Juan del Prado y el oficial se inclinaron á creer que significaban las dos cosas.

El familiar opinó que no significaban nada.

—Esto no es mas que un rótulo, como otro cualquiera, dijo: lo que nos importa es saber donde está la Solitaria, para que nos indique el sendero de la torre, ó nos dé instrucciones, á fin de apoderarnos de la bruja.

—Mucho temo que la santa mujer esté ausente, repuso el guia: pues de lo contrario ya la habríamos visto salir á recibirnos. Probablemente ha ido á la aldea de Almaden, porque anteayer se rompió una pierna el hijo del herrador, y ella siempre acude á donde hay desgracias que remediar.

—En ese caso, vamos arriba, concluyó el familiar. Dejemos aquí atados á estos árboles los caballos, que no podrán subir, y seguidme.

Los soldados comenzaron á ejecutar lo que disponia su principal jefe, y ya habia éste traspasado el lindero de la Cruz,

secundado por algunos de los mas valientes, cuando se oyó una voz, que salia de la profundidad de la cueva, diciendo:

—¡Deteneos, temerarios!

—¡La Solitaria! ¡La Solitaria! esclamaron á un tiempo Juan del Prado y el guia.

Inés apareció en la entrada de la gruta: su rostro pálido y severo, estaba revestido á la vez de autoridad y dulzura.

—Lo que intentais, continuó la Solitaria, es irrealizable. Nadie ha hecho presa jamás en las fantasmas del espíritu.

—¿Creeis que sea imposible prender á la bruja de Cazalla? preguntó el familiar, acercándose á Inés.

—Sí, es imposible; porque nadie ha visto ni verá lo que no tiene cuerpo.

—Segun eso, es un espíritu.

—Es el espíritu de la calumnia, la impostura del crímen, el velo de la desgracia, la sombra monstruosa de un delirio, un nombre que aterra, una fantasma que fascina; todo esto es, y nada.

—Por Dios que no os comprendo, buena mujer, repuso el familiar.

—Ni aunque os lo esplicase lo comprenderiais. Básteos saber que intentais lo irrealizable. La bruja de Cazalla vivirá y dominará á los hombres mientras dure la ignorancia sobre la tierra.

—Santa mujer, dijo Juan del Prado: nosotros sabemos que nadie sino vos, por la virtud que Dios os ha dado, teneis poder para entrar en la torre maldita, y subyugar á la diabólica persona que en ella mora. Sabed que somos enviados por el Santo Tribunal de la Fé; y os digo esto, porque, como buena cristiana, no dudo que nos ayudareis: se trata nada menos que de castigar el horrendo crímen cometido hace diez y siete años contra el cristianito Ignacio Alonso, y ya está preso, gracias á mi buen ojo, el converso Simon de Utrera, por otro nombre David ben Abrahem, principal autor de aquel bárbaro sacrilegio.

Un rubor repentino asomó á las mejillas de la Solitaria, al oir los nombres del cristianito y de David; pero en seguida hu-

yó toda la sangre de aquel rostro, que se tornó pálido como la cera.

—¡Justicia de Dios! esclamó Inés cruzando las manos, y mirando al cielo.-En seguida, como todos los soldados se habian agolpado alrededor de ella, y la contemplaban con ávida curiosidad, titubeó un momento antes de preguntar:

—¿Cómo es que ha sido preso David?

El familiar hizo una seña á los soldados para que se retirasen, y habiéndose quedado solo con el cuadrillero y el oficial cerca de Inés, la dijo:

—Los secretos del santo Oficio no se pueden revelar á nadie; pero vos estais en posicion de prestar un gran servicio á la religion, y por esto os diré lo que pueda sin comprometerme. David se habia introducido, fingiéndose buen cristiano, en el Tribunal de la Fé; y era el hombre de confianza del reverendo padre fray Alonso de Ojeda, cuando éste honrado cuadrillero que aquí veis, le reconoció, descubriendo que él, en union con la bruja, fué quien crucificó al cristianito.

—Y ya veis, añadió Juan del Prado, cuanto importa atrapar á la pícara hechicera, que llevó á su propio hijo para crucificarlo.

—¡Eso es falso! esclamó Inés: eso es una calumnia de David.

—Pues bien, tanto mejor: así se esclarecerá la verdad, repuso el familiar. Y luego, nada se pierde con que la bruja sea quemada: pues, segun de público se dice, la niebla negra que aparece todas las noches sobre Sevilla, es obra de ella y del judío Isahak Sephardí.

—¡Isahak Sephardí! ¿Dónde está Isahak Sephardí? preguntó la Solitaria, reprimiendo su violenta emocion.

—Ya está en lugar seguro: David le delató, y es probable que le quemen vivo uno de los primeros viernes de cuaresma, juntamente con su nieta, que tambien es hechicera.

—¡Hombres nécios y bárbaros! prorumpió Inés con vehemencia. ¿De dónde habeis sacado esos crímenes imaginarios? ¿Cuándo ha tenido el hombre poder para producir un solo átomo de niebla, ni cómo ha de ser el judío Isahak cómplice de la bru-

ja de Cazalla, si esa bruja solo existe en vuestros cerebros vacíos?

—Buena mujer, cuidado con lo que decís, contestó el familiar: nosotros hemos venido aquí á pediros auxilio, en nombre del Tribunal de la Fé á, no que nos insulteis.

—Yo no hablo con vos, pobre hombre, repuso Inés: y si acaso os ofendí, os pido perdon. Yo acuso la ignorancia y la barbarie del género humano. ¿Se ha creado ese Tribunal para quemar hechiceros? Si así es, ¿qué aguardais, que no me prendeis? Yo sano los enfermos, sin ser médico; á mí acuden todos los que pretenden imposibles, y escuchando sus ruegos, conjuro las tempestades del cielo, y las del corazon, que son mas difíciles de calmar. ¿Por qué no me prendeis?

—Sí haré, dijo el famillar; pues voy creyendo que sois vos la bruja de Cazalla.

—No hareis tal, repuso Juan del Prado, poniéndose al frente de sus soldados: yo conozco bien á Inés la Solitaria: es una santa en la tierra, y primero me dejaré hacer pedazos, que consentir se la toque á un solo cabello.

—Pues yo os digo, replicó el familiar, que si esta mujer no es la bruja en persona, tiene íntimo trato con ella; y que no he de volver á Sevilla, sin llevarla atada como á un Cristo.

—Haced la prueba y sabreis quien es Juan del Prado.

El familiar se dirigió con el oficial, á ponerse al frente de los suyos, y en un momento la partida se encontró separada en dos bandos y pronta á venir á las manos.

—¡Hombres! ¿Hasta cuándo habeis de malgastar vuestro vigor en fútiles querellas? esclamó la Solitaria. ¿Tan despreciable es vuestra sangre, que hayais de buscar pretestos para derramarla? No disputeis por mí: yo estoy pronta á seguiros, si deseais prenderme; pero, ¡ay de vosotros, si tal hicieseis! ¡No llegariais vivos á Sevilla, como no fuese por mi voluntad!

—Habremos de ver eso, dijo el familiar: voy á buscar á vuestra compañera, que estoy seguro de haberla visto: y á la vuelta me hareis el gusto de acompañarnos.-Y añadió, dirigiéndose á sus soldados.-Quédense aquí dos, guardando á esa mujer, no sea que se escape, y síganme los demás.

—Detente, hombre sin fé, repuso la Solitaria: no subas á la torre, porque caminas á tu perdicion.

—¡Adelante! gritó el familiar á su gente. ¿No conoceis que pretende intimidarnos?

Inés no cesó de exortarles para que se volviesen, hasta que ya no pudieron oirla. Entonces entró en su gruta, y se perdió de vista en la oscuridad.

Juan del Prado, habiendo visto á los soldados de la Fé desaparecer hácia la cumbre de la montaña, dijo á los suyos:

—Muchachos, vamos arriba tambien nosotros, no se diga que nos hemos quedado detrás por cobardía. Veamos en lo que esto para.

Y comenzó á trepar por aquellas brenas: solo quedaron á la boca de la cueva los dos centinelas de la Fé y el guia. Entre tanto el familiar continuaba su ascension peligrosa, teniendo que vencer grandes obstáculos, pues el terreno era cada vez mas quebrado é intransitable á proporcion que se avanzaba en altura. El peñasco sobre que estaba la torre, era una mole informe de granito calcáreo, que tenia el color de la ceniza mezclada con carbones: alguna revolucion subterránea habia variado su configuracion primitiva, destruyendo el camino que en otro tiempo conduciria á la fortaleza, y del cual se descubrian vestigios, de trecho en trecho, interrumpidos por grietas y quebradas profundas: la poca tierra que se encontraba, traida por el viento y depositada en los hoyos de la roca, solo producia cardos espinosos y algun esparto.

El corpulento familiar mandó á su gente coger de estas yerbas para formar hachos, á fin de poder alumbrarse si les cogia la noche antes de volver de la torre, pues ya el sol ocultaba su disco detrás de las lejanas montañas. Pero antes fué necesario hacer uso de ellos: el antiguo edificio presentaba por fuera el aspecto de la mayor desolacion: no tenia puertas, y en su lugar habia un boqueron irregular abierto en el grueso muro, agrieteado en mil partes. Entrando por el se encontraba una especie de patio lleno de escombros y ruinas, y rodeado de altísimas murallas: la que miraba á Poniente estaba toda partida, y por su

ancha hendidura penetraban los últimos rayos del sol. En el paño del Norte habia una puerta: los espedicionarios entraron por ella en una vasta sala profundamente oscura. Para ver fué necesario encender los hachos de esparto. En medio de esta sala habia un círculo de piedra, levantado algunas pulgadas del suelo, y en el techo, correspondiendo con él, una abertura redonda que debió haber servido de chimenea: las paredes estaban negras de humo: algunos murciélagos, espantados por la luz, revoloteaban junto á la bóveda.

Mientras el familiar y sus ocho compañeros contemplaban con asombro esta estraña habitacion, llegó Juan del Prado con los suyos.

—Camaradas, dijo el cuadrillero, soy de opinion que nos volvamos. Inés la Solitaria es un oráculo, y no podremos encontrar sino la muerte, en esta casa del diablo.

—Pues bien, contestó el familiar, prenderemos á la Muerte y así estaremos libres de ella.

Y así diciendo, penetró por una puertecilla de arco que acababa de encontrar en un estremo de la gran sala negra. Todos los demás le siguieron, bajando una lóbrega escalera, que les condujo á una estancia pequeña, alumbrada por una ventana sin maderas, en la cual habia un hornillo con fuego, y sobre una tosca mesa de piedra multitud de vasijas y frascos de vidrio, conteniendo sustancias líquidas estrañas.

—¿Qué os parece de todo esto? preguntó el familiar. ¿Hay bruja, ó no hay bruja? Quédense aquí algunos para cortarle la retirada, y vamos á ver si la cogemos de las greñas.

La única salida de este aposento estaba en el suelo. Por ella se lanzó el familiar delante de todos con un hacho encendido en una mano y la espada desnuda en la otra. Los demás se santiguaron antes de bajar. Al fin de una escalera espiral encontraron una pieza oblonga, irregular, que parecia cortada en la roca: veíanse en los muros gruesas argollas y restos de cadenas casi destruidas por el tiempo; un ruido sordo y contínuo zumbaba, y frecuentes bocanadas de aire tibio sacudian la llama de las antorchas.

Todos los soldados se sentian poseidos de un profundo terror, y varios intentaron volverse.

—¡Cobardes sois, pardiez! dijo el familiar, no muy seguro ya de su valor.

—¡Aquí no hay ningun cobarde! esclamó el oficial. Pero es temeridad el pasar adelante.

—Yo pasaré, y aunque esté aquí el diablo, he de cojerle por los cuernos.

Diciendo esto se precipitó hácia un pequeño arco, que habia en el aposento, cuya clave estaba toda grieteada. Juan del Prado, el oficial y algunos soldados le siguieron, pero les fué forzoso retroceder, á causa de una bocanada de viento que arrancó multitud de chispas de la antorcha que llevaba el familiar. En aquel momento oyeron un espantoso grito, seguido de un golpe sordo y de siniestros chillidos; y aun no habian vuelto de su estupor cuando vieron salir en tropel muchas aves nocturnas, de las cuales algunas les azotaron los rostros con las alas.

Siguióse á esto un profundo silencio: los espectadores de esta escena lúgubre aguardaban con un ánsia fácil de comprender algun indicio que les revelase la suerte del familiar; pero ni una voz, ni un gemido vino á sacarles de su perplejidad. Solamente percibian aquel ruido confuso acompañado de los frecuentes hálitos del viento y el aleteo de las aves agoreras, que buscaban un asilo donde esconderse. Cada individuo en particular se encomendaba al santo de su devocion.

—¿Qué hacemos, camarada? preguntó Juan del Prado en voz baja al oficial.

—¿Qué hemos de hacer, sino salir de aquí, si Dios nos ayuda? repuso éste.

Los soldados estaban mas muertos que vivos. Fué menester que el cuadrillero les enseñase la puerta por donde habian entrado. Cuando se vieron todos fuera de la torre maldita, se arrodillaron, dando gracias á Dios, que les habia librado del horrible peligro, y ya de noche, volvieron á dar cuenta á los que quedaron en la gruta de la Solitaria, de como la bruja de Cazalla se habia tragado en cuerpo y alma al familiar del Santo Oficio.

Juan del Prado quiso ver á Inés la Solitaria, para que les diese su bendicion. Entró con luz en la gruta, y no encontró á nadie. La santa mujer habia desaparecido sin salir de su vivienda.

Nunca fué mayor la consternacion de nuestros aventureros: no sabian qué hacer, si regresar al Pedroso á pesar de los peligros del camino y de la noche, ó si quedarse allí, espuestos á los tiros del espíritu malo: Juan del Prado llegó á sospechar que la bruja, tomando la forma de Inés la Solitaria, era quien habia conversado con él aquella tarde. Sin embargo, mientras todos estaban perplejos, le ocurrió la idea de que podrian salvarse, acomodándose como mejor pudiesen alrededor de la Cruz, para pasar allí la noche. Así se hizo, y durante las primeras horas de ésta, se vió pasear una luz entre las ruinas de la torre del Espectro; pero llegó la nueva aurora, sin que ninguna desgracia sobreviniese á los que estaban guarecidos al pié de la Cruz.

## CAPITULO XII.

Continúan los hombres no viendo lo que ven, y viendo lo que no ven.

Gran agitacion habia en Sevilla. La peste negra de Levante comenzaba á desarrollarse con la entrada de la primavera, y hacía ya estragos notables. El pueblo estaba alarmado, y espresaba su inquietud y descontento con sordos murmullos en las calles y plazas. Los soldados, puestos á las órdenes del asistente, recorrian unas y otras, cuidando de mantener la tranquilidad, que parecia próxima á ser alterada.

Era miércoles de Ceniza: las campanas de las parroquias llamaban á los fieles á rogar, con sonidos pausados y plañideros. De la catedral salió una larga procesion, en que iban los religiosos de ambos sexos de todas las órdenes, el clero de todas las iglesias con sus cruces, los gremios y cofradías de todas clases con sus banderolas, multitud de personas de distincion vestidas de luto, y los cabildos municipal y eclesiástico. Muchos individuos marchaban descalzos, con sogas atadas al cuello y las cabezas cubiertas de ceniza; otros llevaban cilicios á raiz de la carne, y otros arrastraban pesadas cadenas. Los párrocos, á la cabeza de sus feli-

greses, recitaban las letanías de los santos, á cuyos nombres contestaba la muchedumbre con humildes y devotas preces.

La gente de poco valer que no componia parte de la procesion, se agolpaba detrás ó iba siguiéndole por ambos lados entre compungida é irritada. Las mujeres levantaban las manos al cielo, como pidiendo á la vez misericordia y venganza.

Era ya la caida de la tarde: las comunidades, conforme llegaban á las puertas de sus conventos, desfilaban silenciosas entrando en ellos. Cuando tocó su turno á la de los padres dominicos, difícilmente pudieron éstos atravesar el apiñado gentío, que bullia delante del monasterio de San Pablo.

Los clérigos al pasar repitieron tres veces:

—*¡Sancte Dominice!-¡Ora pro nobis!*

La efervescencia popular, mucho tiempo comprimida, estalló de pronto, prorumpiendo en desaforados gritos:

—¡Mueran los enemigos de Dios! ¡Mueran los hechiceros!... ¡Mueran los herejes!...

Pronto cundieron estas voces entre la muchedumbre, y la inflamaron, como las chispas de un proyectil incendiario producen la esplosion, cayendo sobre un almacen de pólvora. La gritería se convirtió en bramido, y el bramido en tempestad. La procesion continuó, sin embargo, su carrera, si bien con paso mas presuroso: algunos frailes se mezclaron entre las turbas exaltadas y dieron pábulo á la hoguera: otros mas cuerdos intentaron en vano mitigar sus furores, siendo auxiliados por los arcabuceros y ginetes del asistente, que se colocaron en las bocascalles, aunque en actitud pasiva y espectadora. Esto contenia los actos de violencia, que sin duda se preparaban; pero no la escitacion febril del pueblo, que se propagó en pocos momentos á toda la ciudad.

Los amotinados penetraron en el patio principal del convento, y allí pedian á gritos el castigo de los herejes presos, y en particular de los hechiceros Pedro y Brianda de Sotomayor, fautores de la peste. Un padre dominico se asomó á un balcon del patio, y luego que á duras penas pudo hacerse oir de la muchedumbre, dijo con voz estentórea:

—Sosegaos, hijos mios, el Santo Tribunal está deliberando, y no dudeis que decidirá lo que sea mas agradable á Dios. Para ello necesita calma y recogimiento de espíritu: salid y no perturbeis sus deliberaciones: absteneos de cometer todo género de tropelías, que serian castigadas por la autoridad, toda vez que hay, por la misericordia divina, un Santo Tribunal para castigar á los perversos enemigos del nombre cristiano. Idos' hijos mios: pronto sabreis el fallo de los jueces.

La multitud feroz quedó un momento apaciguada con este discurso, y desalojó el patio del convento, cuyas puertas se cerraron detrás de ella; pero fuera de allí, difícilmente podia la fuerza armada contener la efervescencia de las pasiones. Sabíase ya el fin desastroso del familiar que fué á prender á la bruja de Cazalla, cuyas fechorías y maleficios, abultados monstruosamente por la imaginacion, se suponia tuviesen ramificaciones tenebrosas entre todos los herejes y judíos, conjurados para perder á Sevilla.

Una hora despues, y mientras rugia el huracan de las pasiones populares, los jueces inquisidores, reunidos en tribunal, votaban la sentencia de diez y siete reos convictos, contra quienes el fiscal habia pedido la pena de muerte en hoguera: entre ellos estaban de los primeros Isahak y su nieta. La votacion se hizo por bolas blancas y negras: terminado el escrutinio, resultó que los jueces habian estado unánimes; pero se echaron menos dos bolas blancas, entre las sobrantes, y fué imposible encontrarlas despues: el P. Ojeda se las habia tragado antes de votar, para librarse de caer en una mala tentacion.

En seguida se comunicó la sentencia á la justicia ordinaria, para que pudiese hacerse cargo de los *relajados*, y aplicarles la pena; y antes de anochecer se pregonaba en los parajes mas públicos, al son de timbales y trompetas, y con todo el aparato posible, el fallo tremendo del Tribunal de la Fé; designando para su ejecucion el viernes inmediato. Las iras del pueblo se convirtieron de pronto en un regocijo brutal; los instintos sanguinarios estaban satisfechos, pero no calmados. La muerte habia puesto su trono sobre Sevilla, y como todos los tiranos, recibia

culto y servil adoracion de sus esclavos. Diez y siete víctimas ofrecidas al mónstruo bastaban por el momento para entretener su voracidad.

Para ser justos é imparciales, debemos decir que las clases elevadas y distinguidas de Sevilla, en general y con raras escepciones, desaprobaban estas feroces tendencias del pueblo bajo, que, falto de discernimiento y de direccion sensata, se dejaba arrastrar por un sentimiento estraviado y por ideas erróneas; pero tambien es cierto que aquellas clases obedecian por su parte á un instinto de terror, nacido de sus simpatías y relaciones con la raza hebrea, y eran por lo tanto incapaces de contener el desbordamiento de las preocupaciones vulgares.

Mientras se repetia el pregon en calles y plazas, y la noticia de él se divulgaba, pasando de boca en boca y en oleadas de murmullos, entró en Sevilla una mujer de rostro pálido y fascinadora mirada. Vestia un traje oscuro de penitente, y llevaba en la mano un báculo y en la cabeza un ancho sombrero de peregrina: su calzado roto, sus piés ensangrentados y el polvo que la cubria, eran indicios de que acababa de hacer una precipitada caminata. Con efecto, aquella mujer venia de la sierra de Cazalla, y los hombres á caballo mandados por Juan del Prado y el oficial de la Inquisicion, que salieron de allí casi al mismo tiempo que ella, solamente le habian ganado algunas horas de delantera.

Inés la Solitaria se mezcló con las turbas, y escuchó con aire sombrío y actitud silenciosa los descabellados propósitos que les inspiraba su barbarie. La penitente parecia no prestar á las palabras del vulgo mas atencion que la de una curiosidad desdeñosa: seguramente ansiaba oir una revelacion de interés mas positivo que aquellas vagas y monstruosas declamaciones, abortos engendrados por el terror y la ferocidad.

Hubo entre el gentío alguno que la reconociese: al momento se oyó decir con el júbilo de la esperanza:

—¡La santa! ¡La santa! ¡Dios nos favorece!

Inés se vió rodeada de curiosos y admiradores, que anhelaban oir de su boca palabras de consuelo.

—No soy santa, les dijo: soy una pecadora arrepentida, y Dios no hace milagros por mi intercesion. Si los hiciera, le pediria que remediase vuestra locura, y confundiese á los que os estravian por el sendero del mal.

—Pedidle que nos libre de la peste, que han traido sobre Sevilla las maldiciones de Pedro de Sotomayor y de la bruja de Cazalla.

La Solitaria se encogió de hombros, y repuso:

—Haced penitencia y desterrad la ira de vuestro corazon. Una conciencia tranquila y un espíritu resignado son los mejores lenitivos de la cólera divina. Vuestros pecados han traido la peste, y vuestra exaltacion frenética la fomentará.

—¡Dice bien la santa! esclamó una mujer: somos muy pecadores. Necesitamos hacer penitencia, para que Dios se apiade de nosotros; pero tambien es menester que mueran los herejes y hechiceros que han envenenado el aire.

—Pronto lo purificarán con el calor de sus cuerpos malditos, repuso un carnicero: diez y siete serán quemados vivos pasado mañana, segun el pregon que acabo de oir.

—Decidme, preguntó la Solitaria: ¿habeis oido nombrar entre ellos al judío Isahak Sephardí?

—No: los relajados son todos herejes y hechiceros: no hay ningun judío mas que el converso de Utrera. Pero haremos buscar á ese que habeis nombrado.

Como la saña popular solo designaba á Pedro y Brianda de Sotomayor, declarándoles autores de la peste, el nombre de Isahak, generalmente desconocido, no figuraba en el pregon de los reos. Inés la Solitaria no sabia quién era Pedro de Sotomayor.- La muchedumbre acogió con entusiasmo las palabras del carnicero.

—¡Sí, sí! esclamaron varios á un tiempo. ¡Busquemos á ese judío Isahak! ¡La santa lo ha nombrado! ¡Él ha traido la peste!

Inés miró con ojos indignados á los que la rodeaban y prorumpió enérgicamente, diciendo:

—¡No! ¡Estais locos! ¡Yo no he dicho que Isahak sea culpable!.... Isahak no ha cometido, ni puede cometer el crímen que

le imputais; y ¡ay de vosotros, si atraeis el castigo sobre la cabeza del inocente!

Al pronunciar estas palabras con acento amenazador, la Solitaria se abrió paso entre el gentío, que, mirándola aterrado, no pensó siquiera en detenerla.

Era ya entrada la noche. Inés marchó directamente al convento de San Pablo; pero encontró las puertas cerradas: se retiró al átrio de la iglesia, y se arrodilló, permaneciendo mucho tiempo en oracion: la gente que pasaba, se descubria y santiguaba, sin reparar en ella. La luz de la aurora la encontró en aquel sitio: aquella mujer estraordinaria no necesitaba descanso.

Apenas se abrieron las puertas del convento, entró en él preguntando por el prior.

—Su paternidad ha pasado muy mala noche; y está descansando, le contestó el lego portero. Venid mas tarde.

Retiróse Inés y volvió á medio dia. Encontró algunos novicios en los claustros del patio y volvió á preguntarles por el prior.

—No es posible ver hoy á su paternidad, le contestaron: se halla muy ocupado en los preparativos del auto de Fé. ¿Venís á delatar alguna herejía? Se pasará recado á alguno de los notarios.

—Yo no delato á nadie: me basta pensar en mis propias culpas.

—En ese caso, id á la iglesia, buena mujer: allí encontrareis confesores que os absuelvan.

—No son confesores lo que necesito. Busco á fray Alonso de Ojeda.

—Hoy ni mañana es imposible que le hableis, y guardad mas respeto á su reverencia, respondió el decano de los novicios, volviéndole la espalda.

—Bien pudierais vos ser mas atento con la desgracia, repuso Inés.

Pero los novicios no la oyeron: se iban alejando hácia el coro.

La Solitaria se sentó en la última grada de la escalera. Un fraile que bajaba la vió, y le dijo con tono áspero:

—¿Qué haceis aquí? ¿No sabeis que las mujeres no pueden estar en este recinto?

—Lo ignoraba, reverendo padre, contestó Inés humildemente.

Y levantándose, bajó la cabeza y salió. De allí se dirigió á la iglesia, y permaneció en ella durante el rezo de la tarde. Pero concluido éste, vino el llavero y la echó fuera. Entonces sacó de un zurron un pedazo de pan, y lo comió sentada en la puerta de la iglesia, donde pasó la segunda noche.

Amaneció el viernes. Desde muy temprano comenzó á notarse un estraordinario movimiento: iban y venian alguaciles, agentes de justicia, comisarios, familiares y operarios de la Inquisicion: llegaban al convento eclesiásticos y seglares vestidos de negro, llevando pendientes del cuello, ó bordadas en los pechos, veneras y placas, unas con las insignias del Tribunal de la Fé, otras con la cruz flordelisada blanca y negra de Santo Domingo. La Solitaria observaba todo esto con mirada indolente: pero su corazon estaba agitado, y su espíritu inquieto seguia con impaciencia á las personas que tenian el privilegio de penetrar en aquel edificio.

Cansada de tanto esperar, ó agitada por un fatal presentimiento, se acercó á un hombre de los que entraban, el cual vestia el mismo traje que el familiar, con quien habló en su gruta, y le dijo:

—¿Como podria yo ver al revererendo padre prior de este convento?

—Mal dia es hoy para eso, buena mujer, contestó el familiar. Sin embargo, si fuese cosa de interés para el Santo Oficio?...

—Sí, lo es, repuso la Solitaria: deseo hablar sin testigos al P. Ojeda acerca de vuestro compañero el que fué á prender á la bruja de Cazalla.

—¡Ah! ¿Vos sabeis noticias de él? ¡Seguidme, seguidme!

Inés fué introducida sin dificultad, en un aposento bajo, á manera de locutorio, donde quedó aguardando, mientras el familiar iba presuroso á buscar al prior. Á poco rato volvió aquel y la dijo:

—Venid, venid, su reverencia se digna recibiros en su celda.

La Solitaria siguió al familiar con paso inseguro y vacilante: en la penumbra del ala de su sombrero, brillaban sus ojos como si despidieran rayos. Aquel cuerpo era un tronco carcomido por la polilla del dolor, pero encerraba un espíritu indestructible y vehemente.

Fray Alonso de Ojeda no estaba solo en su celda, le acompañaba un notario del Tribunal, que aguardaba sentado con una pluma detrás de la oreja. El prior, de pié en medio del aposento, vió entrar á Inés con una indiferencia sombría: la esclerótica de sus ojos, inyectada de sangre por la fiebre y el insomnio, habia perdido el color nacarado, y estaba roja como el fuego. La Solitaria le miró fijamente y se estremeció: en seguida pareció inquietarse de no hallarse solo.

—Decid quien sois, y á lo que venís, dijo el prior.

—¿No sois vos quien ha mandado buscar á la bruja de Cazalla? preguntó Inés.

El inquisidor la miró con atencion y sobresalto: parecíale sentir en el fondo de su alma un eco remoto de la voz que acababa de vibrar en sus oidos.

—¿Sereis vos por ventura esa desdichada? preguntó á su vez.

La Solitaria se sonrió de un modo triste, y repuso:

—Á mí me llaman Inés la Solitaria, me apellidan la Santa; y soy la única persona que habita en la torre del Espectro, y la única tambien que conoce sus misteriosos secretos.

—¡Cómo! ¿Vos sois esa mujer maravillosa que se cita como un pasmo de sabiduría y santidad? ¿Vos habitais la torre maldita? Entonces ¿quién es la bruja de Cazalla?

—Es una quimera inventada por el crímen, robustecida por el error y la ignorancia, y prohijada por la debilidad de una mujer; un hombre, que vá á morir, la inventó para cubrir su iniquidad y arrojar sobre mí la execracion humana: el vulgo sencillo la engrandeció en sus ensueños delirantes; yo la dejé crecer para librarme de la venganza del impostor y de la injusticia de los hombres.

El notario iba escribiendo las preguntas y respuestas: el prior, para darle tiempo, continuó despues de una pausa:

—¿Qué uso haciais de la torre?

—Durante muchos años me ha servido de refugio y de laboratorio para sustraerme á la persecucion de un malvado, y para componer sustancias medicinales, á que las gentes atribuian propiedades milagrosas.

—¿Erais vos, segun eso, quien estaba en la torre, cuando llegaron cerca de ella los agentes del Santo Oficio?

—Yo era: me ocupaba en sacar el estracto de unas yerbas, y habiéndoles sentido y visto, bajé á mi gruta por una comunicacion subterránea, de mí sola conocida.

—¿Quién os ha enseñado esa senda?

—Un piadoso anacoreta, que habitó la gruta antes que yo, y guió mis pasos por el camino de la virtud, me la mostró antes de morir.

—Todo esto no esplica la muerte desastrosa del familiar Pedro Ardales.

—Ese hombre se despeñó: murió víctima de su vanidad y de su mala fé, cayendo por una quebrada volcánica, al fondo de un torrente subterráneo. Yo le anuncié el peligro, y le insté muchas veces para que desistiese de su empresa loca y temeraria; pero no quiso creerme.

—¿Y cómo no le detuvisteis mostrándole el precipicio?

—Quise hacerlo y lo intenté; pero llegué tarde. Yo no podia esplicarle lo que él era incapaz de comprender, esponiendo acaso mi propia existencia.

—No me habeis dicho quién es ese hombre criminal, que os ha obligado á guardar el secreto de la torre.

—Os he dicho que vá á morir: Dios le perdone, como yo le he perdonado en medio de sus persecuciones.

—Debeis contestar con claridad y franqueza á mis preguntas. ¿Quién es ese hombre, y por qué os perseguia?

—Yo he solicitado hablaros á solas, repuso Inés mirando al notario.

—Retiraos, dijo el prior á este último, que se levantó y salió de la celda.

Inés le acompañó hasta la puerta, y la cerró por dentro. El prior no se atrevió á impedirlo, aunque lo miró con disgusto y asombro: estaba como fascinado por el influjo magnético de aquella mujer.

—Hablad, y hablad pronto, la dijo: la campana de la parroquia suena ya con el toque de agonía: dentro de una hora será el auto de Fé; y no debo, ni puedo faltar á él.

—Siéntate, Alonso de Ojeda, repuso la Solitaria con acento imperioso. Siéntate, y óyeme despacio: yo no tengo ya prisa.

—¿Quién sois, para que oseis hablarme así? preguntó el prior retrocediendo.

Inés se quitó el sombrero, arregló con la mano sus desordenados cabellos encanecidos, y dando á su rostro pálido y demagrado una espresion halagüeña, se acercó al fraile, y le dijo con dulce acento:

—Mírame bien, Alonso: ¿no me reconoces?

El prior retrocedió hasta caer en su sillon, esclamando:

—¡Aparta! ¡aparta, ilusion engañosa!..... Tú no puedes ser ella, no: ¡Raquel murió hace ya veinteiun años!

—¡Es verdad! dijo ella con melancólica espresion: Raquel murió para el mundo: Yo estoy viva. Raquel era hermosa y judía: yo soy cristiana y me llamo Inés la Solitaria.

—Mujer ó espíritu, ser viviente ó emanacion de un sepulcro, ¿qué quieres de mí? ¿Eres acaso la sombra de Raquel, ó la forma corpórea de mi conciencia? Dí, ¿quién eres? ¿qué pretendes de mí?

—La forma de tu conciencia. Sin duda no la tienes tranquila. Cálmate, hombre, y escúchame con serenidad. Yo no he venido á exaltar tu imaginacion con pueriles terrores. Vengo á pedirte cuenta de mi padre y de tu hija.

El prior se agitó con un temblor convulsivo.

—¡Yo no conozco á tu padre! ¡Yo no tengo ninguna hija! esclamó con voz apagada.

—¿No los conoces? ¿No conoces tampoco á Raquel?.... Pues bien, conocerás á Isahak Sephardí y á su nieta Noemí, que gimen aherrojados de órden tuya en los calabozos de la Inquisi-

cion. Yo vengo á reclamártelos en nombre de Dios, como hija y como madre.

—¿Qué nombres has pronunciado? ¡Vete, demonio tentador! ¡Yo cumpliré hasta el fin el destino que me ha marcado la mano del Omnipotente!... Vuelve, vuelve al sepulcro de donde has salido, y déjame acabar la expiacion de mi pecado.

—¡Ah! ¡Destino cruel! ¿Qué estás diciendo, padre sin corazon? ¿Será posible que el fanatismo cristiano te haga asesinar á tu hija, como el fanatismo hebreo hizo crucificar á tu hijo?

—¿Quién?... ¿Qué hijo?... ¿Quieres volverme loco?

—¿No recuerdas un ángel, que llevaba tu nombre? ¿No has oido hablar del cristianito Ignacio Alonso?

—Sí; pero ese niño era hijo de la bruja de Cazalla, y fué crucificado por su propia madre.

—Ese niño era hijo tuyo y mio. Te he probado que la bruja de Cazalla es una quimera, una invencion diabólica de David ben Abrahem: te lo he probado para que conozcas cuan injusta es la acusacion de hechicería que pesa sobre Isahak y Noemí. ¿Por qué te obstinas en creer lo imposible? ¿Por qué das oidos á la impostura del criminal? ¿Es que el demonio te ha poseido?... ¡Alonso! ¡Alonso! ¡Vuelve en tí! esclamó la Solitaria, pasando del mas exaltado sarcasmo á la mas patética dulzura. -Desecha las visiones supersticiosas que dominan tu espíritu. Yo no soy ningun sér sobrenatural: soy una pobre mujer, débil y combatida: ¡soy tu Raquel, la madre desventurada de tus hijos!.... ¡Ah! ¿Por qué me miras con esos ojos irritados? ¿Qué motivo tienes para aborrecerme? Yo no vengo á reanimar en tí el fuego de las apagadas pasiones: mira mi cuerpo consumido por el llanto y la penitencia. Por tí me hice cristiana y busqué á Dios en la soledad; por tu amor purifiqué á tu hijo con las aguas del bautismo; por tu amor lo perdí para esta vida, y lo gané para el cielo. ¡He llorado sin cesar: he pedido un millon de veces al ángel mártir que ruegue á Dios por sus verdugos al igual que por su padre! ¿Serás tú menos misericordioso conmigo? ¡Alonso! ¡Alonso! ¿No me escuchas?

El prior callaba: parecia estar poseido de un vértigo, que

embotaba las facultades de su entendimiento: miraba á la Solitaria con ojos espantados, y solo daba indicios de sensibilidad al oir algunas de sus palabras, y al escuchar de cuando en cuando el toque pausado y melancólico de la campana de agonía, ó los murmullos de la plebe impaciente.

—¡Calla! ¡Calla! murmuró, al proferir Inés su nombre. Todo eso es imposible. Raquel murió... yo no he tenido nunca ningun hijo.

—¡Dios mio! esclamó la Solitaria con un supremo esfuerzo. ¿Es menester que yo acuse á mi enemigo? ¡Escúchame, hombre obstinado! Hace veintiun años fuí sacrificada por haber salvado tu vida: yo estaba sin conocimiento de mi propio sér, cuando abrí los ojos y ví en la bóveda del cielo el astro de la noche, semejante á una lámpara funeraria: solo habia tumbas alrededor mio, mi cuerpo estaba vestido con el traje de los muertos y en mi cabeza sentí el frio de una corona de muerta. Dí un grito de espanto, y apareció á mi vista un hombre, que me impuso silencio...

—¡Acaba! ¡Acaba! esclamó el prior interrumpiéndola. ¿No oyes esa campana fúnebre? ¿No percibes el ruido de la muchedumbre que me aguarda?

—¿Qué me importa esa campana? ¿Qué tengo yo que ver con el mónstruo hambriento de víctimas?

El prior calló, estremeciéndose de piés á cabeza: la Solitaria prosiguió con calma:

—David, (porque aquel hombre era David), me sacó del cementerio y me condujo durante la noche á un lugar desierto de las montañas, donde habia una ermita abandonada: me contó que mi padre, mi hija y tú habiais muerto; intentó hacerme creer que su solicitud me habia salvado la vida, y quiso exigir de mí el amor en recompensa. ¡Oh! Mi corazon era de otro, y David solo me inspiraba repugnancia y ódio. Cansado de rogar, apeló á la violencia; pero Dios me dió fuerzas para resistir su temeridad. Sentia ya en mis entrañas un nuevo fruto de mi desventurada pasion, y pensé con terror en la suerte que le aguardaba. Esto me dió valor para arrostrar peligros desconocidos: un dia,

mientras mi tirano habia ido á buscar el alimento que me daba, salí de la ermita, y encaminé mis pasos á la ventura. El Señor me condujo á la mansion de un piadoso anacoreta, que me dió asilo y escuchó la confesion de mis dolores. Allí nació mi hijo, y el venerable Ignacio lavó su alma y la mia con las aguas de un puro manantial que brotaba en la puerta de su gruta. Él nos reveló las verdades consoladoras de la Fé cristiana, y nos enseñó á esperar en la misericordia divina. La madre y el hijo aprendieron á bendecir al Dios de los afligidos, que murió en una cruz por redimirnos.

«Cuatro años despues, continuó la Solitaria con acento conmovido, el santo anciano dió su espíritu al Criador: nos dejó en herencia su morada, su cruz y el ejemplo de sus virtudes: yo le abrí su sepultura, y mi hijo iba todos los dias á rogar á Dios en ella. ¡Oh! ¡cuán dulces y consoladoras eran para mí aquellas plegarias de la inocencia!

El P. Ojeda escuchaba este relato como distraido del mundo real, con las manos cruzadas y la cabeza baja.

—Sigue, sigue, dijo, mientras la Solitaria se enjugaba las lágrimas.

—Quise ofrecer á Dios aquella tierna criatura, y bajé al vecino pueblo de Cazalla: un sacerdote bendijo al niño cristiano, y su madre lo presentó al Redentor de los hombres. ¡El Señor aceptó la ofrenda!-Mi enemigo me habia visto, y á los pocos dias desapareció mi hijo... ¿Necesito contarte lo demás? Tú debes ya saber que David lo entregó á los doctores de su ley; que éstos le juzgaron y condenaron por ódio á tí y á la religion que yo le habia enseñado, y que por último, le crucificaron inhumanamente, sacándole el corazon. David mismo fué á contármelo, cuando todavía humeaba la sangre del mártir, y me condujo al lugar del sacrificio. Pero faltaban todavía mas víctimas á su rencor: unos traginantes que pasaban suspendieron su puñal, levantado ya sobre mi pecho. Entonces huyó, y la cólera de Dios cayó sobre toda su familia; yo me retiré á mi soledad con el cuerpo de tu hijo, y no volví á ser inquietada por el mónstruo, que al desaparecer habia dejado sembrada la calumnia contra

mí. ¡Oh! Nada de esto me inquietaba ya: mi espíritu estaba con Dios, y la vida me era indiferente; pero le amaba, porque todas las noches venia el ángel mártir á consolarme, sentado en un rayo de la luna.

Los murmullos del pueblo crecieron en este momento con una entonacion impetuosa, y la campana sonó como un fatídico recuerdo de la muerte. Fray Alonso apartó con rábia una lágrima que le velaba la vista, y se levantó diciendo:

—¡Cúmplase la justicia de Dios!

—¿A dónde vas, Alonso? le preguntó la Solitaria, intentando detenerle. Ya conoces la historia de la bruja de Cazalla, y el rencor infernal del hombre que ha delatado á Isahak Sephardí y á su nieta. Ya sabes que no pueden ser culpables, y que solo la calumnia y la venganza los han conducido ante tu tribunal. Vuélmelos para que yo los abrace. No salgas de aquí, sin haberme prometido antes su libertad.

—¡Su libertad! murmuró el prior, con acento profundamente sombrío. Déjame: ¡huye á tu retiro, desventurada, y no tientes mi conciencia! ¡Vete!

—¿Que me vaya, dices? ¡No me iré, no, sin que me des mi padre, sin que me devuelvas mi hija!

—¡Sabes lo que me pides! prorumpió el prior fuera de sí: ¡me pides tu muerte y la mia! ¡Me pides mi condenacion eterna!

El rumor popular crecia por momentos. Sonaron golpes precipitados en la puerta de la celda, y una voz dijo desde fuera:

—Vamos, reverendo padre. Os aguarda el Santo Tribunal.

—¡Oh! ¡No te vayas! esclamó Inés deteniendo al prior. Díme siquiera que no morirán.

—¡Yo no puedo decir eso! Es ya tarde. ¡Es imposible!... gritó fray Alonso con desesperacion.

—¡Imposible! ¡Tarde! ¿Qué palabras has pronunciado?

—Sí, ¡es imposible salvarlos! ¡Están condenados! ¡Los he condenado yo mismo!

—¡Ah! ¡Bárbaro!...

Inés no pudo pronunciar mas palabras: privada por el dolor, del uso de sus sentidos, cayó al suelo como herida de un rayo.

El prior abrió rápidamente la puerta, y dijo á varios frailes que habia en el corredor, señalándoles á Inés:

—Cuidad de esa mujer.

En seguida corrió á juntarse con los otros jueces, que le aguardaban en el patio del convento con toda la fúnebre comitiva.

Entre tanto en otra celda contigua á la del prior, habia un jóven, que, despreciando las amonestaciones de un religioso que le guardaba, y contestando á sus mandatos con amenazas, se obstinaba en tener abierta una ventana, y en mirar por ella lo que sucedia en la calle. Vió destacarse un piquete de soldados á caballo, parte de ellos de los llamados de la Fé, parte de las tropas del asistente, con los estandartes de Castilla y del Santo Oficio. En seguida marchaban silenciosos y en dos filas los familiares eclesiásticos y legos, vestidos de negro y con sus veneras al cuello: detrás iban los comisarios con placas bordadas en los pechos, ó cruces flordelisadas de Santo Domingo: luego los jueces calificadores, con placas, y llevando en las manos varas altas de justicia: en pos de estos aparecieron dos notarios en traje de curia, conduciendo entre ambos una arquilla forrada de terciopelo negro, dentro de la cual iban las causas de los reos. Seguian los notarios que habian entendido en ellas, é inmediatamente despues dos jueces inquisidores, detrás de éstos el fiscal, y por último el decano, todos con grandes placas y veneras, y varas altas de justicia.

El jóven observaba todo aquel lúgubre aparato sin apenas respirar, y apartando con la mano al religioso que le exhortaba para que se retirase de la ventana. De pronto dió un grito sordo, apretando convulsivamente las fauces y los puños. Acababa de presentarse el asistente á caballo, haciendo las veces de alcaide de la Inquisicion, y á su espalda salian en dos filas los penitenciados, vestidos con el sambenito y la coroza, maniatados, descalzos y sostenidos cada uno por un sacerdote exhortante. Los dos primeros eran Isahak y Noemí.

El anciano judío llevaba la cabeza erguida, mirando al cielo con resignacion tranquila. Noemí no mostraba tanto valor: ca-

bizbaja y llorosa, solo atendia de cuando en cuando á cubrir con el rico manto de sus cabellos sueltos la desnudez de sus brazos, miraba distraida la cruz de aspa, las llamas y las figuras de diablos pintadas en el saco que le habian puesto, y repetia maquinalmente las palabras del sacerdote.

Adriano dejó de ver todo lo demás; el universo entero habia desaparecido á sus ojos, y hasta su propio espíritu quedó como el vilano próximo á ser arrancado de la flor seca por el viento del estío, para volar á regiones desconocidas. Fijo en la contemplacion de aquella víctima, que le robaba el alma, no vió las otras que la seguian, entre quienes iba con aire sombrío y rencoroso el malvado David; ni reparó en un ataud, que contenia el cadáver de un negro; ni en la escolta que cerraba el fúnebre cortejo; ni en la innumerable muchedumbre, que bullia, como un enjambre de insectos voraces al saciarse en un cuerpo muerto.

El religioso que acompañaba al jóven le vió dos ó tres veces abalanzarse á la ventana, y le sujetó agarrándole del brazo; pero él le decia:

—¡Dejadme, dejadme! Yo he jurado seguirla, y la seguiré.

—Vamos, pobrecito, vamos, le contestaba el religioso: tranquilizaos, y pensad en Dios, que os ha de juzgar.

Pero Adriano hacía poco caso de sus palabras, y á no ser por el cuidado del religioso, habria caido á la calle, sin que en este acto tuviese parte alguna la voluntad. La fúnebre y silenciosa comitiva desapareció en la revuelta de una esquina; mas no por esto se apartó Adriano de la ventana, desde donde seguia mirando, como si viese el objeto de sus ansias á través de los edificios. ¿Y quién sabe si realmente lo veria? Cuando el alma se aisla, y recobra toda la potencia que le absorbe la materia, desaparecen ante su esencia divina la distancia, el tiempo y la impenetrabilidad de los cuerpos: nada se oculta á su intuicion; lo remoto, lo pasado y lo porvenir, todo es presente para ella.

Mucho rato permaneció Adriano absorto en aquella contemplacion profunda, mientras no se oia mas que el sonido lúgubre de la campana y el murmullo lejano de las turbas. De pronto se percibió una fuerte gritería, dos veces repetida, y apareció

en el aire una nubecilla negra, que se iba ensanchando por momentos. Entonces el jóven dió un grito agudo, y cayó de espaldas al suelo. Estaba muerto.

Pasemos al teatro de las terribles ejecuciones. Fuera de la ciudad, en el paraje donde mas tarde se construyó el quemadero de piedra, que ha existido hasta en nuestro siglo, se habian levantado seis piras de troncos secos y resinosos, alrededor de unos palos clavados verticalmente en el suelo, y destinados á recibir las víctimas.

Ya estaban éstas amarradas de dos en dos á cada madero despues de haber pasado de manos de la autoridad secular á las de los verdugos; las piras comenzaban á arder, el Tribunal y su comitiva presenciaban el acto, los notarios estendian el testimonio de la ejecucion, un religioso de la órden de Santo Domingo predicaba á los relajados desde una especie de púlpito erigido á un lado de la tremenda escena, y los soldados contenian á la innumerable muchedumbre que se agolpaba en derredor, cuando se oyó el grito desgarrador é imponente de una mujer, que decia:

—¡Paso! ¡Paso á la bruja de Cazalla!

El apiñado gentío dió un alarido de espanto, que fué el primero que oyó Adriano de Merlo, y abrió calle tumultuosamente á la mujer que habia pronunciado aquel terrible nombre, la cual vestia una simple túnica de sayal, y llevaba la cabeza descubierta y sueltos los cabellos.

Inés la Solitaria, no bien hubo recobrado el uso de sus sentidos, con el auxilio de los frailes, á quienes la confió el padre Ojeda, logró intimidar á estos, que no tenian instrucciones ningunas para detenerla, y escapándose dél convento, acababa de llegar al sitio de las ejecuciones. Allanada la insuperable barrera que le oponia la muchedumbre, penetró sin obstáculo alguno en el espantoso recinto; miró á todas partes con ojos devoradores y reconociendo á su padre, que estaba atado de espaldas con Noemí, corrió hácia ellos, antes que los espectadores pudiesen volver de su asombro.

—¡Detened á esa mujer! esclamó el P. Ojeda. Pero su voz

¡Perdónalos, Señor, pues no saben lo que hacen!

fué tan ahogada y balbuciente, que pocos la oyeron y nadie la obedeció.

Inés, entre tanto, trepó á lo alto de la inflamada pira: el cadalso retembló bajo sus firmes pasos. Miró fijamente á su padre y á su hija, y prorumpió diciendo:

—¡Isahak, mírame bien! ¡Yo soy Raquel! ¡Noemí! ¡Yo soy tu madre!

Y estrechando á los dos en un solo abrazo, los besó alternativamente.

Isahak y Noemí correspondian insensiblemente á estas caricias en aquel momento supremo.

—¡Valor! ¡Valor! esclamó la Solitaria con enérgica vehemencia. ¡La muerte no es mas que el tránsito á la vida eterna! Esperad en Dios, que os ha de salvar, y no maldigais á vuestros verdugos.

—¡Raquel! ¡Raquel! murmuró Isahak con voz desfallecida.

—¡Madre mia! esclamó Noemí. Retiraos: ¿no veis el fuego?

—¡Padre mio!... ¡Hija de mi corazon!... No temais nada: ya estamos todos reunidos. ¡Creed en Dios! ¡Creed en Jesucristo, que murió inocente por salvar á los hombres! ¡Esperad en él, que es el verdadero Mesías!

En seguida, separándose un poco, sin dejar de estender el brazo hácia ellos, tomó una actitud sublime, y esclamó levantando una mano y los ojos al cielo:

—¡Perdónalos, Señor, pues no saben lo que hacen!

La figura imponente de Inés se destacaba en este momento sobre el fondo de humo de las otras hogueras. Junto á ella estaba tendido en una caja el cadáver de Osmin.

Despues de su piadosa esclamacion, la Solitaria cayó de rodillas al pié del madero, y abrazó las piernas de su padre y de su hija. Un torbellino de humo y llamas envolvió á los tres. Entonces prorumpió la muchedumbre en el segundo grito que oyó Adriano.

El predicador continuó desde su púlpito predicando sobre el Juicio final, hasta que las piras se desplomaron, convirtiéndose en un monton de áscuas y tizones humeantes. Entonces volvió

el Tribunal en procesion al convento de San Pablo. El P. Ojeda ocultaba debajo del escapulario su mano derecha, que estaba ensangrentada. Durante el auto de Fé se habia despedazado el pecho con las uñas.

Cuando se reconoció que el jóven Adriano estaba muerto, fué necesario averiguar si habria tomado veneno, para negarle ó concederle la sepultura en sagrado. Hecha la autopsia de su cadáver, se le encontró el corazon corroido por una llaga. Todos cuantos lo vieron, esclamaron poseidos de compasion:

—¡Lástima de jóven! ¡Le han asesinado con hechizos!...

* * *

Al dia siguiente fueron acometidas en Sevilla del bubon epidémico mas de trescientas personas, y en el transcurso del año perecieron de la peste unas quince mil solo en el casco de la ciudad. El vulgo atribuyó esta calamidad á venganza de los judíos y herejes, y el Santo Tribunal continuó quemándolos, aunque tuvo que trasladar el lugar de sus sesiones á la villa de Aracena.

El P. Ojeda, vuelto en sí de una especie de marasmo intelectual que le dominó por muchos dias despues del primer auto de Fé, desplegó un celo inaudito y rabioso contra los herejes. Fray Tomás de Torquemada, nombrado por este tiempo inquisidor general de España, vino á sostenerle en su piadosa resolucion.

FIN DEL LIBRO TERCERO.

# LIBRO CUARTO.

## LOS AMORES DE COLON.

### CAPITULO PRIMERO.

El banquete de Pascuas.

Ser verdadera la doctrina de los antiguos filósofos acerca de los años climatéricos, en el número de estos habriamos de contar el de 1481; año calamitoso, como pocos, y todo él escaso de buena ventura. La peste apareció con las flores de su primavera; el hambre devoró al pobre en la estacion de las cosechas; el granizo destruyó los frutos de Octubre, antes que llegasen á madurar; vino el invierno frio y lluvioso, y cual si el cielo irritado quisiese mostrar á la tierra su enojo, tempestades impropias del tiempo helado paseaban su estruendoso carro sobre el manto plomizo de las nubes. Lóbregas y medrosas eran las noches, y si alguna luz las alumbraba, era la del rayo, cuyo ronco fragor se confundia con el intermitente bramido de los vientos desencadenados.

Los alfaquíes y santones de Granada habian formado mas de un *jofor* ó pronóstico lamentable sobre las tétricas señales que veian en el cielo, y los cristianos en sus tierras y hogares repartian el tiempo, unas veces invocando el patrocinio de santa Bárbara, abogada contra rayos y centellas, otras cantando villancicos al monótono son de instrumentos pastoriles, en celebridad del natalicio del Hijo de Dios.

Esto acontecia por lo menos en la ciudad de Arcos y demás pueblos hasta el estrecho de Gibraltar, donde, gracias á la generosidad del esforzado caballero D. Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cádiz, y de su contrario el duque de Medina Sidonia, no faltaba pan á los pobres. Aquel rincon de Andalucía estaba preservado, si no del todo, en parte, de las miserias comunes; pues los dos poderosos adversarios, que tantas veces habian desolado la tierra con sus terribles bandos, no queriendo ceder en nada el uno al otro, se proponian ahora rivalizar en desprendimiento, socorriendo largamente á sus respectivos vasallos.

Así pasaban éstos alegres las Pascuas de Navidad, y los de Arcos eran sin duda mas felices que su señor. Reducido el turbulento marqués á una forzada quietud por la severa disciplina de la reina Isabel, hacía ya mucho tiempo que aguardaba una ocasion en que poder esplayar su carácter belicoso; y faltándole á su alma el pábulo de la agitacion que necesitaba, se consumia de fastidio en el castillo de aquella ciudad. Para completar su descontento y mal humor, las lluvias contínuas le impedian ocuparse en el ejercicio de la caza, y no bastando á distraerle la compañía de su esposa doña Beatriz Pacheco, ni la de sus hermanos, habia invitado á varios alcaides y caballeros para pasar con ellos las fiestas. Esperaba tambien á un alto personaje, recien llegado á Andalucía, con quien deseaba estrechar amistad, á fin de obtener del mismo la mano de una sobrina huérfana que le acompañaba, para su hermano menor D. Beltran Ponce de Leon.

El dia de los Inocentes debia llegar al castillo de Arcos este huésped importante, y de antemano se habian hecho grandes preparativos para obsequiarle con un espléndido banquete,

pero la furia del temporal alejaba toda esperanza de que nada de esto se realizase, y así el marqués se consumia, devorado por la impaciencia.

Sentado al gran hogar de sus abuelos en un magnífico sitial blasonado, movia con la punta del pié los leños que se quemaban en la chimenea, mientras sus parientes y amigos procuraban distraerle con variada conversacion. Cualquiera que le hubiese visto rodeado de aquel cortejo de guerreros, á quienes trataba con suma familiaridad, le habria reconocido superior á todos, mas por la naturaleza que por la fortuna. Brillaba en sus miradas una entereza varonil, una energía de voluntad nada comun á los demás hombres, y la robustez de sus miembros, endurecidos por las fatigas, parecia hecha para imponer la sumision á sus mandatos.

—¡Aprieta! ¡Aprieta! esclamó de pronto el bravo marqués, oyendo el ruido que hacía el vendaval. Si esto sigue, temo que voy á morir de cansancio, encerrado en este castillo, como un zorro en su madriguera. ¿No os parece, hermanos y compañeros, que la broma es ya algo pesada?

—Paciencia, señor, dijo el anciano alcaide de Arcos, Nicolás de Rojas. Todo es mudable en el mundo, y yo espero en Dios, que á la entrada de la primavera, podremos repetir las aventuras del Madroño y de Cardela.

El semblante de D. Rodrigo se animó con una orgullosa complacencia. Las palabras del veterano alcaide le habian recordado dos de sus mas famosas hazañas. La primera contaba ya veinte años de fecha, pues solo tenia él diez y ocho cuando venció en batalla campal, con gran desbarate de gente, al infante moro Muley Abul-Hacem, ahora rey de Granada: la segunda era mas reciente, y le valió la toma de una villa fuerte y el apresamiento de muchos cautivos y riquezas.

—Larga es vuestra esperanza, dijo sin embargo el marqués. De aquí á la primavera falta un siglo, y ya pueden habérsenos podrido las armas. ¡Lástima de año el que hemos pasado en la inaccion! Y si nosotros no hacemos algo para sacudir la modorra, no creo que nadie determine moverse; pues en

Castilla solo se piensa en esterminar infieles con ejércitos de frailes y tropas de inquisidores.

—Todo sirve para algo, hermano, repuso D. Juan Ponce; y no debemos hablar con desprecio del Santo Oficio.

—¿Teneis miedo á los reverendos padres? replicó el marqués. Cuidad de que ellos no lo sepan, porque nos tratáran como si fuésemos un hato de ovejas. ¡Pardiez! ¡Yo os juro por la Santa Fé de nuestros padres, que si tratasen de averiguar la vida á alguno de nuestra familia, puede que no escapasen bien librados de mi inquisicion! Fueran ellos mejores de lo que son, y así convertirian mas infieles, que no con sus hogueras.

—Sin embargo, hermano, dijo D. Manuel Ponce: no provoqueis la venganza de los inquisidores, y sobre todo os recomiendo la prudencia, cuando hableis con Diego de Merlo.

—Diego de Merlo es mi amigo, y aunque valiente caballero, es un fanático y un pobre hombre, y yo sé bien cómo he de tratarle. ¿Pues no ha querido hacerme creer que la peste ha sido producida por los conversos?

—¿Y acaso lo dudais, señor? preguntó Juan de Robles, el alcaide de Jerez.

—No lo dudo, porque no creo semejante desatino. La peste ha venido, porque Dios se ha servido enviarla, y acaso no habria hecho tantos estragos sin las emanaciones infectas de las hogueras.

—Mejor es que no hablemos de esto, dijo D. Manuel Ponce, visiblemente afectado por el recuerdo de Brianda de Sotomayor.

—Sí, repuso el marqués: lo mejor es dejarlo, aunque no faltarán alborotos y cosas mayores, si se dá en la maña, como parece, de inquirir los antecedentes de la nobleza. Ya el marqués de Priego se ha rebelado contra el nuevo tribunal, y si se arma la marimorena, me tendrá á su lado.

Siguióse á estas palabras un rato de silencio, durante el cual solamente se oia el ruido sordo de las llamas en la chimenea y el zumbido esterior del temporal. De pronto levantó el marqués la cabeza, y dando un golpecito en el hombro á su hermano D. Beltran, le dijo:

—Me parece que tu futuro tio nos deja burlados. La noche se acerca, y él no viene.

—Tarde es ya, con efecto, repuso Nicolás de Rojas. Sin duda el adelantado le ha temido al mal tiempo.

—¡Qué diablo! esclamó D. Rodrigo. ¡Aunque el bueno de D. Pedro Henriquez tuviera los huesos de sal!... Yo no falto jamás á una cita, así lluevan venablos de punta. Si hubiera de acompañarle su sobrina Beatriz, se comprenderia su tardanza. ¿Qué dices á esto, D. Beltran?

—No dudeis, contestó el jóven, que á D. Pedro le detiene algun motivo mas poderoso que la lluvia.

—Bien haces en defender al tio de tu prometida. Pero yo no sé que hayan entrado moros en nuestra tierra.

—¿Quién sabe? repuso D. Lope, otro de los hermanos del marqués. No hace dos horas he oido decir á vuestro adalid, el morisco Luis Amar, que esta mañana se ha visto bajar por el Guadalete algunos cadáveres de cristianos mutilados.

—¡Sería posible! murmuró D. Rodrigo, en cuyo rostro brilló un destello de ira.-Pero no, repuso en seguida: esos cadáveres serán los de algunos infelices arrebatados por la corriente brava del rio.

Mientras así departian los caballeros, avanzaba la noche, y sus sombras, anticipadas por la cerrazon de la atmósfera, destruian por completo la esperanza de ver llegar al adelantado. El marqués, conociendo por su estómago cual sería el apetito de sus compañeros, se llevó á los labios un silbato de plata que le pendia de la cintura, y tocó en él. A poco se presentó en la puerta de la estancia el senescal del castillo.

—¿Me ha llamado vuestra señoría? preguntó.

—Sí, disponed el banquete lo mas pronto posible: no aguardamos ya á nadie.

—Todo está preparado, y puede vuestra señoría sentarse á la mesa cuando guste.

—Vamos allá, señores, dijo el marqués. Venguémonos en los manjares de lo mucho que nos ha hecho esperar el adelantado, que por esta vez no acredita su cargo.

Esta determinacion fué acogida con visibles muestras de contento: habia hombre allí capaz de devorar un toro. Inmediatamente se trasladaron todos á la sala del banquete, donde se les reunió la marquesa con sus damas, y cada cual ocupó el puesto que le correspondia, segun su calidad, intercalándose las señoras con los caballeros para ser de ellos asistidas, como lo reclamaban las leyes de la galantería, tan observadas en aquellos tiempos. Una turba de pajes y criados, vestidos con lujosas libreas, rodearon la mesa, disponiéndose á cumplir sus respectivos oficios bajo las órdenes del senescal y del repostero mayor, mientras varios músicos, retirados en un aposento contiguo, recreaban los oidos tocando dulzainas y otros instrumentos de agradable armonía.

El banquete comenzó con la mayor animacion: aunque no hubiese habido el estímulo de un apetito voraz, la escelencia de las viandas, la innumerable variedad de manjares, las esquisitas golosinas preparadas por las manos hábiles de monjas y dueñas, la profusion de vinos generosos, habrian escitado á los estómagos mas apáticos. El marqués cumplia su palabra, vengándose del adelantado, y parecia dispuesto á no abandonar la partida, hasta dar fin al ejército de platos, que avanzaban en buen órden ante su vista.

Cuando mas engolfados se hallaban los comensales en su agradable tarea, y mas dispuestos parecian á secundar las buenas disposiciones de D. Rodrigo, se oyó á deshora una señal, que anunciaba la llegada de nuevos huéspedes al castillo.

—¡Pardiez! ¿Quién nos viene á estas horas? esclamó el marqués. Si es D. Pedro Henriquez, tendrá que resignarse con su suerte. Á ver, amigo Rojas,-añadió dirigiéndose al alcaide de Arcos:-tomaos la molestia de averiguar qué gente es esa, y si fuere nuestro amigo el adelantado, pasadme aviso, para recibirle cual corresponde.

Nicolás de Rojas se apresuró á salir, mientras la servidumbre procuraba reparar los estragos hechos en los primeros ataques dados al banquete; pero pronto volvió el alcaide, y desvaneció la efímera esperanza del marqués.

—Señor, dijo: no es el adelantado quien ha venido, sino un cuadrillero de la Santa Hermandad y un hijo suyo, capitan de escaladores, que sirve á las órdenes de Diego de Merlo. Dicen que desean comunicar á vuestra señoría un asunto de la mayor importancia.

—Mandadles entrar: y nosotros, señores, prosigamos nuestra tarea.

Poco despues se presentaron en la estancia dos veteranos, conducidos por el alcaide. El uno era nuestro conocido Juan del Prado: el otro era alto y derecho como él, tenia ya la barba gris, y gozaba fama de intrépido y mañoso entre los guerreros de su tiempo, por mas de una hazaña peligrosa y audaz que habia llevado á feliz término en las pasadas guerras del Rosellon y de Portugal.

—¡Hola! ¡hola! ¡insigne Juan del Prado! esclamó el marqués, reconociendo á su antiguo servidor: ¿qué nueva aventura te trae á mi casa? ¿Estás ya cansado de servir á la Hermandad?

—No por cierto, mi ilustre señor, contestó el cuadrillero, escurriéndose con la mano el agua de que estaban empapados sus cabellos, y mirando con ansia los manjares que cubrian la mesa.-Ni es aventura, sino desventura la que nos trae á mí y á mi hijo Juan Ortega del Prado.

—¡Ah! ¿Ese veterano es el famoso escalador Juan Ortega? Qué me place. Á ver, dad á cada uno de estos valientes un vaso de vino de mi cosecha, y luego nos contarán su desventura.

Un copero sirvió á los dos recien llegados un escelente vino de Jerez, y luego que hubieron bebido, dijo el capitan de escaladores:

—Ilustre señor, aunque venimos rendidos de fatiga y calados hasta los huesos, no podremos detenernos.

—Decid, pues, á lo que venís; pero no os ireis de mi casa sin comer. Eso no, ¡por vida de Barrabás!

—Señor, continuó el capitan; somos portadores de una mala nueva, que es posible hayan traido antes que nosotros algunos mensajeros mudos, conducidos por las turbias aguas del Guadalete.

—¡Ira de Dios! esclamó el marqués, rechazando el plato que tenia delante. ¿Será cierto lo que sospechábamos? ¡Acabad! ¡Acabad pronto!

El festin quedó suspendido, mientras Juan Ortega referia en pocas palabras las tristes nuevas de que era portador.

—El rey moro Muley-Hacem, dijo, ha entrado de rebato y á escondidas en nuestra tierra. El segundo dia de Navidad, anteayer á media noche, acampó sigilosamente al pié de la hiniesta roca, donde se alza la fortaleza de Zahara, y á favor de las espesas tinieblas y del furioso vendaval, lograron sus guerreros arrimar las escalas, y trepar á lo alto de los muros, antes que pudieran sentirles los soldados de aquella escasa guarnicion. Los gritos ahogados de los moribundos y el tropel de las guardias, que corrian á las armas á oscuras y en desórden, dieron al desventurado alcaide Gonzalo Arias de Sahavedra la primera noticia de esta sorpresa; pues los maldecidos alarbes herian y mataban en silencio, contra su costumbre. A duras penas pudo aquel reunir diez ó doce de sus dispersos valientes, y sin mas armas que la espada para su defensa, intentó en vano conjurar el peligro, y sucumbió abrumado por la muchedumbre de sus enemigos. Por último, señor: Zahara es un esqueleto que el moro guarda: sus defensores, destrozados por el alfanje, unos son pasto de las fieras y yacen insepultos entre los peñascos; otros han sido arrastrados al mar por la corriente del rio: sus casas quedan saqueadas y las mas destruidas por el hierro y el fuego, y sus habitantes inofensivos, hombres, mujeres y niños van casi desnudos hácia Granada, cargados de cadenas, y espuestos á las injurias de los bárbaros infieles. Algunos se han salvado, arrojándose por las murallas, y estos nos han contado su infortunio: algunos otros han quedado en el camino del cautiverio, muertos de frio y de cansancio.

Calló el capitan, y todos los que le habian oido guardaron un doloroso silencio, mientras la ira y el deseo de venganza se agitaban en sus pechos. El marqués se levantó y dijo con acento solemne:

—Caballeros, parientes y amigos: ya visteis que el moro ha

venido á insultarnos á las puertas de nuestra casa. ¿Podemos sufrir, sin deshonor, tamaño desacato? ¿Necesitamos aguardar que nos manden volver por nuestra patria y nuestra religion ultrajadas?

—¡No! ¡No! esclamaron á un tiempo todos los caballeros levantándose.

—Pues bien, escuchadme, repuso el marqués: plato de baldon nos ha servido el infiel, y esta cena me amargaria, si la continuase antes de haberla sazonado con la salsa del desagravio. ¿Estais todos dispuestos á seguir mi ejemplo?

—¡Sí! ¡sí! gritaron los demás.

—En ese caso nadie toque ya los manjares de esta amarga cena. La mesa quedará puesta, y no se alzarán los manteles, hasta que podamos volver á terminar nuestro banquete con honra. Cuando las ruinas de Zahara hayan caido, como fuego del cielo, sobre el corazon mismo del reino de Granada, y podamos hacernos servir por nobles doncellas moras, entonces encontraremos agradables estas viandas, que ahora son ásperas y desabridas.

Todos los circunstantes aplaudieron este arranque de ardor caballeresco. El marqués se volvió hácia los mensajeros y les dijo:

—¿Qué se han hecho los fugitivos de Zahara? ¿Sabeis si ha ido alguno á Medina Sidonia?

—Nadie ha ido á informar á los Guzmanes, contestó Juan del Prado interpretando el pensamiento de D. Rodrigo. Algunos han marchado hácia Sevilla, á dar cuenta al señor asistente.

—¡Bien! esclamó el marqués con alegría. Es menester que nadie mas que vosotros sepa mi pensamiento: quiero que de las márgenes del Guadalete salga la restauracion completa del pueblo cristiano, ya que en ellas se hundió en otro tiempo su poderío; y el que intente robarme esta gloria, ese será mi enemigo.-Caballeros, hagamos que sepa la reina la caida de Zahara al mismo tiempo que el castigo de sus invasores. Corred á juntar todas mis gentes, y no les digais adonde van. Tú, D. Manuel,

vuela á Marchena, y avisa á Martin Galindo para que apreste mis mesnadas: pasa luego á Carmona, y haz que acuda Sancho de Ávila con sus valientes. Tú, D. Beltran, irás á Sevilla y á Lucena, y harás que nos ayuden el adelantado Henriquez, y nuestro cuñado Martin Fernandez de Córdoba. Vosotros, añadió, dirigiéndose á Juan del Prado y su hijo, quedais aquí á mis órdenes, y vais á ganar cien escudos de oro cada uno, tan pronto como me descubrais una plaza fuerte y rica, que esté situada en el riñon del pais moro y se pueda tomar por sorpresa en una noche.

—Me parece, dijo el cuadrillero, que están ya ganados los doscientos escudos, la plaza que necesitais es Alhama ó Málaga.

—Buenas son las dos, repuso el marqués sonriéndose. Pero ¿quién les clava el diente?

—¡Pardiez! replicó el cuadrillero. No se cogen truchas á bragas enjutas.

—Tienes razon. Ea, pues, id que os den de cenar, y preparaos á partir mañana temprano, á fin de averiguar cuál de esas dos plazas está mas desguarnecida. Mi adalid Luis Amar, que es morisco y práctico en la tierra, os acompañará, y á ver como antes de ocho dias me traeis á Sevilla buenas noticias.

—Las tendreis, señor, contestó Juan Ortega. Pero antes deseo pediros una gracia.

—Pedidla.

—Yo renuncio los cien escudos que me habeis ofrecido, con tal que me prometais ir á la cabeza de los escaladores, que han de entrar los primeros en Alhama.

—Yo renuncio tambien los mios, dijo el cuadrillero, si se me permite ser de la partida.

—Concedido, repuso el marqués; y además os prometo sentaros á mi mesa, el dia que terminemos este banquete.

—¡Bien! ¡soberbio! esclamó el anciano cuadrillero, frotándose las manos con alegría.

El resto de la velada se pasó en hacer preparativos de marcha, y al amanecer del dia siguiente muchos de los habitantes

del castillo de Arcos partieron en diferentes direcciones. Juan del Prado, su hijo y el adalid Luis Amar se encaminaron hácia Levante, llevando trajes de moros á prevencion, para disfrazarse con ellos cuando traspasasen la frontera.

El marqués de Cádiz habia recobrado su actividad, y con ella su buen humor.

## CAPITULO II.

### La batalla tenebrosa.

ARA llevar á feliz término una empresa tan temeraria como la toma de Alhama ó Málaga era menester reunir fuerzas considerables y gente de muchos bríos; pero no habia obstáculos capaces de detener el arrojo y decision del marqués de Cádiz, mucho menos cuando todos los capitanes á quienes comunicó su pensamiento lo acogieron con entusiasmo. No fué posible, sin embargo, arrojarse á obrar con la prontitud que él ,deseaba y hubieron de pasar dos meses antes de tener disponible un ejército de cuatro mil peones y tres mil caballos.

Y es digno de notarse que, mediando este tiempo, y habiendo tantas personas ocupadas en la comun empresa, no llegó á traslucirse siquiera el menor indicio de lo que se estaba ejecutando. Los jefes solamente conocian el objeto de sus miras; los caudillos subalternos transmitian y cumplian sus órdenes, sin examinarlas ni discutirlas, y los soldados aprestaban sus armas y caballos, sin cuidarse de averiguar á donde iban, y descansando en la confianza que les inspiraban los nombres del marqués de Cádiz, del asistente y demás capitanes.

El dia 25 de Febrero al anochecer se reunieron las diferentes banderas convocadas en un valle entre Sevilla y Marchena. D. Rodrigo Ponce de Leon contó allí cien caballeros esforzados de su familia y casa. Los alcaides de Arcos y Jerez mandaban cada uno ciento cincuenta ginetes y trescientos peones: Martin Galindo llevaba él solo otros tantos: Sancho de Ávila, el alcaide de los alcázares de Carmona, se presentó con cuatrocientos arqueros y falconetes y cien lanceros montados á la ligera. Don Pedro Henriquez acudió con mil hombres de su adelantamiento; mayor número trajo Diego de Merlo entre soldados de la casa real, tropas regulares de la Hermandad y caballeros independientes, y pocos menos el conde de Miranda, D. Pedro de Zúñiga. Juntábanse á estas fuerzas otras irregulares, compuestas de voluntarios reclutados por las ciudades y villas, que militaban bajo las banderas de las mismas. Juan Ortega del Prado mandaba, segun se le habia prometido, una compañía de doscientos escaladores, pero se hallaba ausente á la sazon, y Martin Galindo hacía sus veces. Los espedicionarios esperaban que se les reuniesen mil hombres mas en el camino, entre los que llevase el hijo del conde de Cabra D. Martin Fernandez de Córdoba, y los que servian á las órdenes del alcaide de Archidona Pedro de Valdivia.

Algunos de los jefes habrian querido dar participacion en la empresa al duque de Medina Sidonia, como el auxiliar mas poderoso de aquella tierra; pero el marqués de Cádiz se opuso á ello: no podia sufrir que su antiguo rival viniese á disputarle una gloria que anhelaba para sí solo.

Despues de hecho el alarde y tenido consejo, las tropas emprendieron la marcha silenciosamente y á la desfilada. Los caudillos llevaban adalides sabedores del camino que debian seguir, para que ninguna hueste se desbandase, y durante la noche se vieron llegar de trecho en trecho varios hombres, que, á manera de sombras, se acercaban á la cabeza de las columnas, retirándose despues de conferenciar brevemente con los jefes: eran los escusañas ó espías, colocados de antemano en puntos convenientes para descubrir, si observaban algun movimiento del enemigo.

Al amanecer llegó el ejército á un valle cerrado de espesos bosques, entre ásperas montañas, no lejos del rio Yeguas, teatro en otro tiempo de la primera hazaña de D. Rodrigo Ponce de Leon. Aunque por aquella parte se estendian los dominios de Castilla hasta Antequera y Archidona, los aventureros detuvieron su marcha para continuarla á la noche siguiente. Allí se les juntó D. Martin Fernandez de Córdoba, y se recibieron noticias circunstanciadas de Alhama.

Ortega del Prado, que habia ido segunda vez á reconocer el estado de aquella plaza y los puntos por donde podia ser atacada con menos peligro, acababa de volver de su espedicion, al mismo tiempo que Luis Amar venia de observar si se sospechaba alguna cosa hácia Granada. Los dos esploradores se encontraron antes de entrar en el campamento, y ambos se presentaron juntos al marqués de Cádiz, quien esclamó al verles:

—¡Hola! ¡Mis valientes! ¡Ya me teniais con cuidado, pardiez! Vamos á ver: contadme lo que habeis visto. ¿Qué hay de Alhama? ¿Reposan todavía sus guardadores confiados como los de Zahara?

—Tan confiados están, señor, contestó el capitan Ortega, que yo solo con mis escaladores me comprometo á tomar el castillo.

—Mucho decir es. Con todo, tomar un castillo no es tomar una villa tan populosa y fuerte como es aquella.

—Tengamos cogida la cabeza, y no será difícil cortar los brazos. Además que esa gente de Alhama no es de armas tomar: mercaderes, tejedores, artesanos y, en una palabra, canalla ruin acostumbrada al regalo de sus riquezas... Eso no vale nada. Lo principal es el castillo, y ya se me figura que estoy dentro.

—¿Tan desguarnecido lo tienen?

—Figuraos que no hay nadie que lo defienda. Guarnicion no falta, pero su alcaide acaba de partir á unas bodas que se celebran en Velez. Con este antecedente, bien podeis presumir que no espera nuestra visita.

—¡Por vida de San Borondon, como dice vuestro anciano padre, que esa noticia vale bien esta cadena! esclamó el marqués loco de contento, quitándose del cuello una que llevaba,

y dándola al capitan.-Y tú, Luis Amar, ¿qué nuevas me traes de tus paisanos los granadinos? ¿Están muy alarmados?

—Mucho que lo están, señor, contestó el morisco.

—¿Pues cómo? Cuidado no me engañes, porque te cortaré las orejas.

—La alarma de los granadinos, señor, no es porque sepan vuestra determinacion, sino porque presienten su ruina. La sorpresa de Zahara les tiene aterrados, como si hubiese caido sobre su propia ciudad.

—No comprendo eso. ¿Con que les asustan los triunfos de su rey?

—Os diré lo que es: hay en Granada un santon venerable y austero, el cual vive retirado en una cueva que llaman de la Hera, y á quien todo el mundo acata y escucha con profunda veneracion. Este hombre, que sin duda goza del don de profecía...

—¿Estás loco? interrumpió el marqués. ¿O has olvidado ya que eres cristiano? Ese moro caduco será tan profeta como Mahoma.

—Perdonad, señor. Quise decir que Alí Macer, (que así se llama el santon), es adivino, si por artes del diablo ó por industria de los astros, él se lo sabrá; pero ello es que todos tiemblan al oirle presagiar desventuras y calamidades. Pues bien, cuando el rey Abul-Hacem volvió de su temeraria correría, y mientras los nobles de la corte de Granada le felicitaban por su fácil victoria, entró Alí Macer en el salon de Comá resch Todos se volvieron hácia él, esperando que saldrian de sus labios alabanzas para el vencedor; pero quedaron mudos de asombro y consternados cuando le oyeron esclamar con el tono del mas vivo desconsuelo:-«¡Ay! ¡ay! ¡ay de tí, Granada!... ¡Ya oigo sonar la hora de tu desolacion! ¡Las ruinas de Zahara caerán sobre tí, Granada, y te cubrirán como la losa de un sepulcro!... Quedarás como la viuda, que llora al pié de un sauce á su esposo y sus hijos, muertos en la batalla; y no habrá quien te consuele.»-Al oir esto el rey, ardiendo en ira, se volvió á sus cortesanos, y les dijo:-«Echad de aquí á ese loco, antes que me obligue á cortarle la chocha cabeza.»

—¡Oh! Pues no es tan loco ni embustero ese santon como me habia parecido, repuso el marqués. ¿Y qué sucedió luego?

—Alí Macer se retiró á su cueva, y Abul-Hacem mandó disponer grandes fiestas en celebridad de su triunfo. Hace tres dias, deseando yo adquirir las mejores noticias, me introdúje en Granada: la flor de sus caballeros estaba en Bib-Rámela, y el rey con la Zoraya se divertia en presenciar los juegos de cañas y otros brillantes ejercicios de la caballería. Nunca ví tanta gala y compostura, ni tanto regocijo, y sin embargo, el rey moro parecia estar pensativo y sombrío. Quise saber la causa, y me contaron que la reina Aixa la Horra (1) estaba presa con sus dos hijos, por sospechas de conspiracion contra su infiel marido. Un anciano me habló al oido, mostrándome á la hermosa Zoraya:—«Esa mujer tan bella, me dijo, traerá la desolacion sobre Granada: su sangre cristiana inficiona la de nuestro rey; su hermosura le hará perder la razon y la energia, y los ódios engendrados en la familia real por el amor que inspira, se estenderán, como fuego que abrasa, entre todos nosotros. ¡Ay! ¡Nuestro fin se acerca! ¡Lo ha dicho el sábio Alí Macer!»

«Estando en esto, entraron en la plaza dos magníficas cuadrillas de Zegríes y Venegas, partidarios de la Zoraya: traian libreas amarillas y azules, y penachos blancos y azules, que es la divisa de los Abencerrajes. Otras dos cuadrillas de éstos y de los Atares y Almoradies, parciales todos de la sultana, les salieron al encuentro, y trabóse entre ellos una vistosa escaramuza. Los Abencerrajes tiraban á derribar los penachos azules de los bonetes de sus contrarios: distinguíase por su apostura gallarda el jóven Zair ben Atar, hijo de Alí el especiero de Lucena y cuñado del príncipe Abú-Abdalá (2). Contáronme que este Zair andaba enamorado de Celima, la hija del alcaide de Alhama, y que sus bodas estaban concertadas para la próxima luna.

—Holgárame de ser su padrino, dijo el marqués á esta sa-

---

(1) La honesta.

(2) Boabdil. Alí Atar, general famoso y padre de Morayma, esposa de Boabdil, habia vendido especias en Lucena.

zon: y si Dios me ayuda, no se harán en Alhama las bodas del arrogante Zair y de la hermosa Celima. Pero dejemos esto, y acaba, que deseo saber el término de esas fiestas.

—No fué tan alegre como de los principios se esperaba, repuso Luis Amar. Los Zegríes, enemistados con los Abencerrajes, llevaban, en vez de cañas, lanzas con hierros agudos y encubiertos con vistosos lazos, y armas ocultas debajo de las marlotas y jaiques: sus adversarios lo sabian, y tambien iban prevenidos. Así, cuando mas enredada estaba la zambra y todo el mundo se divertia en ver la destreza de los campeones, y el ingenioso laberinto del simulado combate, sonaron gritos de alarma y airados denuestos, que al pronto parecian ser un ardid, fingido y concertado para imitar bien la lucha. Pero no tardó en venir el desengaño: el capitan Malique y Zair ben Atar estaban heridos y arremetiendo con sus compañeros á sus enemigos, mataron á Mahomad Zegrí, jefe de las cuadrillas contrarias, y á otros varios hirieron; y fuera dia de gran luto aquel para Granada, á no ser por el valor y autoridad del infante Abú-Abdalá el Zagal, hermano del rey, y del capitan Muza Abul Gozan, que intervinieron cada uno por un bando, y separaron á los furiosos combatientes. La Zoraya se desmayó, y el rey por esto, y temeroso de alguna traicion encubierta contra su persona, hizo entrar á la dama en una litera y se retiró con ella á la Alhambra. Y al subir la cuesta de los Gomeres, siendo ya anochecido, pudo muy bien oir las voces de Alí Macer que, rodeado de innumerable gente, decia en la plaza Nueva:—«¡Ay!... ¡Ay! ¡Ay de tí, Granada! ¡En fiestas pasas el tiempo, bella sultana del ocaso! ¡Ay de tí, que ries vestida de gala, y tus hijos rompen, jugando, tus velos y los mancillan con la propia sangre! ¡Ay de tí, Granada de rubíes! ¡La intriga y el rencor van royendo tus opulentos palacios! Tus bravos campeones caerán al filo de la espada enemiga, como los robles bajo el hacha del leñador. Ya veo tus mancebos y tus doncellas sumidos en duro cautiverio. ¡Zahara me dice lo que será Granada!»

—Curiosas nuevas me traes, Luis Amar, dijo D. Rodrigo. ¿Y el rey no mandó castigar al osado profeta?

—El rey, si le oyó, no hizo caso de sus profecías: iba demasiado inquieto por su real pellejo, para que pensase en otra cosa. Encerróse en la Alhambra y dejó pasar el chubasco, aguardando, sin duda, mejor ocasion para enseñar los dientes. Pero aun no estaba todo concluido: aquella noche, mientras el rey dormia, la sultana Aixa llevó á cabo un proyecto que de antemano tenia concertado con sus parciales los Abencerrajes. Hizo una cuerda con sus velos y almaizares y los de sus mujeres, y con ella descolgó al príncipe Abú-Abdalá por un agimez de la torre donde le tenia preso su padre. Una tropa de caballeros Abencerrajes le aguardaba al pié de los muros, y le han conducido á Guadix, donde es probable le aclamen rey, segun las voces que anteayer corrian en Granada.

—¿Sabeis que no hemos podido escoger mejor coyuntura para nuestra empresa? Estoy contento de tí, Luis Amar, y te prometo la octava parte de lo que me corresponda en el botin de Alhama.

Dicho esto, el marqués mandó llamar á los otros jefes, y en presencia de ellos hizo repetir á Juan Ortega y al adalid las noticias que traian. Desde aquel momento la impaciencia se apoderó de los ánimos: todos deseaban dar vista á las murallas de Alhama.

Llegada la noche, se levantó el campo y emprendió de nuevo la marcha, con mas sigilo y precauciones que la anterior: la luz del nuevo dia les alcanzó entre Archidona y Antequera, y se escogió un paraje oculto, cerca de la Peña de los Enamorados, en la línea misma de la frontera, donde reposar hasta la vuelta de las tinieblas.

Cumplian exactamente los dos meses despues de la sorpresa de Zahara, y por una coincidencia que pareció de buen augurio, el cielo, que habia estado despejado y sereno aquellos dias, cubrióse al anochecer de espesos nubarrones, y de cuando en cuando la luz tétrica de los relámpagos venia á reflejarse en la tortuosa línea de acero bruñido, que recorria silenciosa el estrecho camino abierto en las montañas. Aquellos resplandores momentáneos daban un aspecto fantástico á los guerreros, cuyos

penachos aparecian inquietos, agitados por fuertes ráfagas de viento.

El activo marqués, conociendo las ventajas que le ofrecia aquella noche tormentosa, para llevar á cabo su proyecto, se centuplicaba, espoleando su caballo á través de riscos, breñas y precipicios, á fin de estar en todos los puntos de la línea, é impedir que nadie se desbandase.

Faltaban tres horas para amanecer, cuando el ejército llegó al ameno valle de Dona, distante una corta milla de Alhama. Entonces se comunicó la órden de hacer alto, y convocando á los caudillos subalternos, habló con ellos el marqués y les dijo:

—Camaradas: ya habreis reconocido por el camino que traemos, que vamos á Alhama. La opulenta villa de recreo de los granadinos, el ojo derecho de su capital, como la llaman, está casi desguarnecida: su alcaide ausente, ha ido á celebrar unas bodas. Fiados en la altura y seguridad de los muros, sus soldados dormirán, como los de Zahara. ¡Valor, y Alhama es nuestra! La noche tenebrosa, la tempestad rugiendo, y vosotros denodados, todo nos favorece para vengar el ultraje que han hecho los muslimes á nuestra patria. Nombre imperecedero y el mas rico botin que hayan visto los nacidos, serán la recompensa de vuestro arrojo. Decidlo á vuestros soldados, y encargadles el silencio porque importa. No os detengais, pues la luz del nuevo dia ha de ver la cruz plantada en la mas alta torre del castillo de Alhama.

Este discurso, cien veces repetido, corrió de boca en boca, é inflamó de entusiasmo los ánimos de los soldados.

Fué menester que los cabos y caudillos desplegasen toda su prudencia para que el ardor bélico no degenerase en tumulto, y comprometiese el éxito de la empresa.

Ortega del Prado seguido de sus escaladores, y los alcaides de Marchena y Archidona, cada uno con cien hombres de su regimiento, marcharon los primeros hácia la villa, cubriendo su marcha cautelosa con los escarpados ribazos de un barranco préviamente reconocido por el capitan. Tras de ellos se lanzaron hasta cincuenta caballeros jóvenes, ganosos de adquirir fama,

entre los cuales iba D. Beltran Ponce de Leon. El marqués de Cádiz destacó una fuerza de observacion, á las órdenes de Nicolás de Rojas y Sancho de Avila, los cuales debian colocarse en la vertiente de una colina, casi á la vista de la poblacion, para apoyar á sus compañeros en caso necesario; y él con el grueso de la caballería y del ejército se quedó de reserva en el profundo valle. La tempestad, que habia venido amontonándose durante la noche, estalló en estos momentos con horrible furia, y el céntuplo estampido y fragor estrepitoso de los truenos era tan contínuo, que no permitia oir el ruido sordo de los pasos en la tierra mojada; mientras que los relinchos de los caballos espantados se confundian con los alaridos del viento.

Así fué fácil al capitan Ortega llegar, sin ser sentido, hasta el paraje que habia reconocido como accesible, y aplicar las escalas á los muros del castillo, al parecer desiertos. Rápido como el rayo que surcaba las nubes sobre su cabeza, el audaz escalador trepó hasta el adarve, llevando entre los dientes la daga desenvainada; pero al poner los piés en la muralla, sintió una mano estraña que le aferraba la gola, y el movimiento de empuñar una gumía. Mas ágil que su invisible adversario, el capitan descargó un golpe con su daga, y en seguida se aflojó la mano que le sujetaba, y se oyó pronunciar un *¡Aláh Akbar!* y caer un cuerpo desplomado.

Ya estaban junto á Juan Ortega Martin Galindo con dos de sus escuderos y Pedro de Valdivia, el alcaide de Archidona: en pos de ellos iban apareciendo sobre las almenas, al resplandor de los relámpagos, y como una série de fantasmas de acero, multitud de valientes: tomáronse las precauciones indispensables para proteger la retirada, y mientras crecia por momentos el número de los invasores, comenzaron á precipitarse, unos detrás de otros, en los recintos interiores de la fortaleza.

Nadie ha podido describir lo que allí pasó, pues nadie pudo verlo á causa de la oscuridad; por lo cual se llamó á esta lucha nocturna *la batalla teñebrosa*. La escena de la sorpresa de Zahara se repetia con muy semejantes detalles: los defensores del castillo, despertando sobresaltados y oyendo los gemidos é im-

precaciones de algunos de sus compañeros, corrian á las armas precipitadamente y medio desnudos: percibian rumor de gente, chasquidos de golpes asestados en la oscuridad, esclamaciones y ayes de muerte, respiraciones agitadas, y tropel de guerreros que afluian sin cesar como una inundacion creciente, y daban gritos, demandando ayuda é invocando los nombres de Aláh y de Mahoma; pero sus voces, que ahogaba el huracan, les entregaban al acero de sus enemigos. De vez en cuando la luz sulfúrea de los relámpagos reflejaba en los cascos y corazas, mostrando á los aterrados muslimes centenares de espadas y dagas desnudas, que á sus ojos brillaban con resplandor siniestro; luego las tinieblas envolvian todo esto, y los cristianos mismos para reconocerse, necesitaban gritar invocando á Santiago y la Vírgen.

A los pocos minutos habia veinte combates parciales trabados en veinte puntos diferentes del castillo, y en todas partes la lucha era obstinada: los moros sucumbian sin rendirse, los cristianos daban y recibian estocadas, tajos y puñaladas ganando terreno. Los primeros, conociendo mejor las posiciones que defendian, lograron replegarse hácia al alcázar ó recinto central, en número suficiente para oponer una desesperada resistencia; pero no pudieron hacerlo con bastante prontitud para cerrar tras de sí las puertas, y las dos razas enemigas, traspasando juntas y en tropel los umbrales, se vieron allí confundidas, y unos á otros se abrazaban para darse la muerte. A cada momento llegaban nuevos soldados del ejército andaluz, y su muchedumbre arrolló en breve espacio cuanto se le ponia delante, penetró en el alcázar rompiendo puertas y haciendo retemblar las bóvedas con alaridos de triunfo.

Allí estaba el jóven caudillo D. Beltran Ponce de Leon; allí el alcaide de Marchena, Martin Galindo, y sus bravos escuderos Toledo y Estremera, esgrimian las armas con sus manos agitadas por el ardor del combate, aunque no tenian ya enemigos que vencer; allí Ortega del Prado, con sus intrépidos escaladores, tomaba posesion de las estancias suntuosas, labradas con estuco, y llenas de dorados muebles, que habian servido mil veces de mansion y regalo á los monarcas moros. Nicolás de Ro-

jas y Sancho de Avila, no pudiendo contener el ímpetu de sus soldados, habian tenido que traspasar las órdenes del marqués de Cádiz, conduciéndolos al asalto desde el punto de observacion que se les habia señalado, y recorrian con los demás las habitaciones del castillo.

La luz del alba comenzaba entonces á disipar las tinieblas, y la tempestad se replegaba hácia el Nordeste impelida por las brisas de la madrugada. Los soldados se ocupaban en hacer prisioneros y en despojar á éstos y á los muertos de cuanto poseian que tuviese algun valor. Don Beltran se acercó á una puerta que aun permanecia cerrada, y no pudiendo abrirla, mandó romperla con hachas: los soldados de Nicolás de Rojas invadian al mismo tiempo aquella parte reservada del alcázar por otro lado. Al hundirse la puerta, el jóven caudillo quedó por un momento deslumbrado, al ver la magnificencia de aquel aposento, y embriagado por los gratos perfumes que del mismo emanaban. Precipitóse dentro, seguido de multitud de guerreros, y al punto se vió salir de un alhamí ó alcoba una hermosísima jóven, que, semejante á una mariposa espantada por muchachos traviesos, comenzó á vagar desalada por la estancia, buscando un asilo donde refugiarse: habia despertado con sobresalto, y apenas tuvo tiempo para cubrir sus bellas formas con una nube de chales y transparentes velos: hubiérase dicho que era Vénus, saliendo de las espumas del mar.

Un múltiplo grito de alegría hizo retemblar la estancia en presencia de esta bella aparicion. La jóven, queriendo huir, se enredó en sus almaizares, y cayó al suelo, implorando compasion, pero la soldadesca, sorda á sus clamores lastimeros, intentó apoderarse de ella. Entonces D. Beltran cruzó su espada, y protegiendo á la mora con su cuerpo, esclamó:

—Nadie toque á esta dama, si no quiere sufrir el castigo de mi brazo.

Y tendiendo la mano á la jóven, añadió:

—Alzaos, hermosa cautiva, y nada temais: este aposento será respetado mientras yo aliente.

La mora, aunque no entendió las palabras del caballero, co-

nació por sus ademanes la proteccion que le ofrecia, y cubriéndose el pecho ruborizada, se levantó y dió las gracias á su libertador con una inclinacion de cuerpo afectuosa. En seguida se retiró á su alhamí.

En este momento sonaron gritos penetrantes, y aparecieron en la perfumada estancia muchas mujeres, que venian fugitivas, como palomas desbandadas. Los soldados de Nicolás de Rojas, habiéndolas encontrado en otros aposentos interiores, las perseguian para apoderarse de ellas. Don Beltran interpuso tambien esta vez su autoridad, y salvó de vergonzosos ultrajes á las amedrentadas moras. En seguida el generoso caballero mandó despejar todo el recinto de las mujeres, y puso guardias en las puertas para que nadie osase ofenderlas.

La bandera de Arcos ondeó en la torre del homenaje, y los clarines y trompetas anunciaron desde las murallas la toma de posesion del castillo. El marqués de Cádiz, ébrio de contento, avanzó con sus compañeros hasta una colina cercana, desde donde dominaba la villa con su vista.

Entre tanto los pacíficos habitantes de Alhama iban despertando de su tranquilo sueño, y apenas podian dar crédito al testimonio de sus sentidos, cuando vieron el ejército cristiano acampado al pié de sus murallas, y el castillo en poder de enemigos. En un momento cundió la alarma, y aquella gente, solo acostumbrada al trabajo mecánico y al regalo, comenzó á salir á las calles armada con cuantos instrumentos de muerte se hallaban á la mano, y sublevando los ánimos de sus compatricios con atabales y gritería.

No habia calculado el capitan Ortega lo que es un pueblo que lucha por su libertad y por conservar sus hogares. En brevísimo tiempo se juntaron numerosas turbas de hombres de todas edades, que, armados de arcabuces y ballestas, corrian á espulsar del castillo á sus invasores. Fué preciso aprestarse para la defensa: el enemigo, desprovisto de corazas y demás armas defensivas, peleaba á pecho descubierto y ofrecia seguro blanco á los tiros de los cristianos; pero su arrojo rayaba en frenesí, como su desesperacion, y hubo que acudir á rechazarle de la

puerta, donde se agolpaba, siendo inútil pelear á cubierto desde las almenas. Arrojados de aquel punto, los moros enfilaron la entrada del castillo, con tan certeros fuegos y tal lluvia de saetas, que sus contrarios quedaron como sitiados y cautivos en la misma fortaleza de que eran dueños.

Dos horas duraba ya esta obstinada lucha: las puertas de la villa estaban cerradas y provistas de defensa; las murallas vigiladas: la empresa podia fracasar por falta de tiempo, sin un acto de temerario arrojo. Entonces el valiente veterano Nicolás de Rojas gritó á los soldados:

—La puerta es estrecha para combatir con ventaja al enemigo. Ayudadme, muchachos, y abajo esta muralla.

Y tomando él mismo un pico, empezó á derribar el muro. En poco tiempo quedó abierta una espaciosa brecha, y por ella se precipitaron en la villa Rojas y Sancho de Ávila con los hombres de su mando.

Ambos caudillos cayeron atravesados por un centenar de flechas y balas de arcabuz: los soldados retrocedieron, y una enorme masa de moros se arrojó en su seguimiento; pero á su vez fueron rechazados por los intrépidos escaladores de Juan Ortega, que, peleando al arma blanca, los espulsaron de la brecha.

Tres veces se repitió este ataque, y otras tantas los desesperados muslines se vieron forzados á retroceder, pero sin abandonar sus posiciones, y recibiendo contínuos refuerzos. En situacion tan apurada el jóven D. Beltran hizo seña á su hermano para que se acercase á una de las puertas de la villa, y poniéndose á la cabeza de veinte caballeros, ordenó una salida general por la brecha, para distraer al enemigo; y adargándose cuanto pudo, se lanzó con sus compañeros hácia la puerta que habia designado. Llovian sobre estos veinte héroes piedras, ladrillos, agua y aceite hirviendo y cuantos objetos sabe aprovechar la desesperacion para dar la muerte. Pero nada les arredraba: iban decididos á morir, ó á salir airosos con su empeño. La puerta quedó franqueada á despecho de sus defensores, que todos mordieron el polvo, y la caballería del marqués penetró en la villa; mas no por esto se habia conseguido el triunfo.

Sería imposible describir todos los episodios sangrientos de aquel terrible dia. La resistencia de los musulmanes fué espantosa: cada calle de Alhama costó una reñida batalla, y para poder avanzar, fué necesario construir tortugas ó paveses de tablas, que cobijasen á los guerreros y les defendiesen de los proyectiles arrojados desde las casas por mujeres y niños. Á la caida de la tarde, los defensores de la villa que tenian armas, quedaron encerrados en la mezquita. Sus enemigos hacinaron en las puertas leña y los muebles arrojados contra ellos, y les prendieron fuego. Mas todavía hubo valientes en aquel pueblo de artesanos y labradores, que se arrojaron á conquistar la libertad, ó á vender caras sus vidas, muriendo como héroes. Sin embargo, fueron vanos sus sacrificios. Aquella noche quedó Alhama por el marqués de Cádiz, y á la misma hora en que este valeroso campeon reposaba de las fatigas del dia, hubiérase podido oir en las calles de Granada el clamoreo de los alfaquíes, que gritaban llorando:

—¡Ay de mi Alhama!

El rey habia recibido la noticia fatal por algunos fugitivos, y al que tuvo atrevimiento para dársela, mandó cortarle la cabeza.

Inmenso fué el botin recogido por los vencedores: los cautivos pasaban de seis mil; pero entre tantas y tan ricas presas nada fué para el marqués de mayor aprecio que la hermosa jóven guardada por su hermano. Era Celima, la hija del alcaide, y prometida esposa del Zair ben Atar. D. Rodrigo llamó á su adalid Luis Amar, para que le sirviese de intérprete, y dijo á la bella cautiva:

—Pláceme mucho, hermosa doncella, teneros en mi poder, porque debo favores de amistad al valiente guerrero Alí Atar, que se os estima, y deseo pagárselos, obsequiando vuestra persona. No sereis mi prisionera, sino yo vuestro servidor, y como tal os ofrezco mi castillo de Arcos, para que en él esteis tranquila y segura de los peligros de la guerra. Despues quedareis libre, cuando gusteis.

Dió la mora las gracias al caballero con sentidas palabras y

disimulando las lágrimas: llamó luego el marqués aparte á su hermano D. Beltran, y le dijo:

—Á nadie sino á tí puedo fiar la custodia de esa noble dama: quiero que la conduzcas á Arcos, y la presentes á la marquesa, como trofeo que rindo á sus plantas y testimonio de nuestra hazaña. Mañana partirás, antes que acudan enemigos á molestarnos.

Hízose así como lo mandaba el marqués. D. Beltran partió al amanecer con veinte caballeros, acompañando á la bella cautiva y á sus criadas; y no habia traspuesto los montes de Poniente, cuando ya en los del Norte se divisaban esploradores moros, que precedian al rey Abul Hacem.

Así es como empezó la famosa guerra de Granada.

## CAPÍTULO III.

De como el duque de Medina Sidonia venció al marqués de Cádiz.

L mismo tiempo que D. Beltran Ponce de Leon, salieron de Alhama otros muchos emisarios de los diferentes caudillos, que habian concurrido á la toma de aquella plaza, con el objeto de comunicar á sus familias el éxito de su espedicion arriesgada, y llevar á las damas algunos presentes de las joyas recogidas en la conquista, como grato recuerdo de hazaña tan señalada. Tambien partió un caballero con carta para los reyes de Castilla, que á la sazon estaban en Medina del Campo, participándoles el brillante hecho de armas ejecutado en su servicio, y anunciándoles la resolucion de conservar á todo trance la villa conquistada.

El jóven D. Beltran, además del encargo de ofrecer á la marquesa de Cádiz el presente de su marido, llevaba el de ir á tranquilizar á doña Beatriz Henriquez, la sobrina del adelantado, que habia quedado en Córdoba; pudiendo volverse luego á la villa de Alhama con la primera espedicion que saliese, como sería menester para dar apoyo á los conquistadores. No se des-

conocia que el rey de Granada, estando tan cerca, y pudiendo juntar en pocos dias sesenta ú ochenta mil hombres de pelea, intentaria recobrar la magnífica joya, que acababan de arrebatarle.

Así lo comprendieron los alcaides fronteros y los grandes señores de toda la Andalucía, y desde el momento en que les fué comunicada la nueva del atrevido golpe de mano, consideraron aquel asunto como cosa comun, y comenzaron á juntar sus gentes; pues no dudaban que muy en breve las habrian menester, aunque solo fuese para acudir á su propia defensa. Don Alonso de Aguilar recibió desde luego un aviso directo, pidiéndole refuerzos; de modo que, cuando llegó á Córdoba D. Beltran, despues de haber dejado en Arcos á la hermosa mora, encontró aquella ciudad muy agitada, y á doña Beatriz Henriquez bastante inquieta por las noticias que habian venido últimamente de Alhama.

Conviene advertir que el jóven y galante caballero se habia entretenido en Arcos mas tiempo del necesario, hasta dejar á la bella Celima consolada, y eran ya pasados diez dias despues del de la batalla tenebrosa, cuando se presentó, un domingo á medio dia, en casa de su prometida.

Doña Beatriz Henriquez era una jóven mas agraciada que hermosa, y pasaba de los treinta años: pero su vivacidad y su talento la daban una distincion á que otras con mas belleza y juventud habrian aspirado en vano. Sin embargo, el esposo que la destinaban no era bastante sensible á estos atractivos, y á decir verdad, solo por compromiso de honor estaba resignado á casarse con ella. Tampoco la noble huérfana encontraba al novio de su gusto; pareciéndole demasiado jóven y superficial para que su matrimonio con él pudiera hacerla feliz; pero estaba ya en una edad en que las mujeres no pueden elegir á su placer, y se acomodaba sin desagrado á la voluntad de su tio.

Don Beltran fué recibido por su futura esposa en presencia de varias dueñas, y con toda la delicadeza ceremoniosa, propia de una doncella honesta y noble. Acaso no pesó de esto al jóven, pues temia una entrevista en que hubiese de violentar su corazon franco, espresando sentimientos que no abrigaba, y mucho

menos despues de haber conocido y tratado á la hermosa Celima.

—Mucho agradezco la atencion que habeis tenido de venir, aunque algo tarde, á tranquilizarme, le dijo doña Beatriz. Por desgracia no es posible que mi espíritu recobre la calma, mientras continuen las nuevas alarmantes que tenemos de Alhama, y solo la satisfaccion de veros libre del peligro, puede atenuar mi natural sobresalto.

Don Beltran habia andado tan distraido aquellos dias, que ignoraba lo que queria decirle su dama.

—El tierno interés que os tomais por vuestro noble tio y por mí, contestó, seguramente os hace concebir alarmas infundadas, pues no creo que haya todavía ningun peligro grave para los valientes conquistadores de Alhama.

—Ojalá digais verdad, repuso la jóven; pero, sin duda, no habeis tenido tiempo de saber lo que pasa.

—Francamente, no sé que pase nada de importancia, replicó el caballero con alguna confusion.

—Si es cierto lo que hoy me han dicho,-y debe de serlo, puesto que el rey viene á Córdoba á marchas forzadas y don Alonso de Aguilar está disponiéndose á toda prisa para partir, -el granadino está delante de Alhama desde el dia 5 de este mes con un ejército formidable: no sé si son cincuenta y tres mil hombres los que, dicen, ha llevado en tan breve plazo, para rescatar su villa predilecta. ¿No es esto suficiente motivo para alarmarnos? ¿Qué pueden hacer nuestros caballeros contra un poder tan grande, con solos siete mil soldados? Ya veis que mis temores no son infundados.

Con mas razon habria debido alarmarse doña Beatriz, si hubiera podido saber, que en aquel momento mismo, en que ella hablaba, se estaba dando en Alhama una sangrienta batalla entre los cristianos y el numeroso ejército moro, el cual intentaba y conseguia cortar el agua del rio, para privar de ella á los sitiados, y obligarles á rendirse por sed. Pero la dama no sabia esto, y el galante D. Beltran le dijo para tranquilizarla:

—La muchedumbre de infieles no debe arredraros, hermosa señora, estando allí vuestro tio, y mi noble hermano, que, á la

edad de diez y ocho años, supo derrotar, con poco mas de mil hombres, á ese mismo rey Abul Hacem, que llevaba quince mil. Y esto fué en campo raso, y sin los reparos y defensas que tiene una plaza como Alhama.

No obstante la seguridad que parecia tener el caballero de que sus parientes y amigos triunfarian del poder inmenso del moro, su espíritu no estuvo ya sereno, desde que conoció, por las noticias de la dama, el terrible aprieto en que aquellos se hallaban. Así es que abrevió cuanto pudo su visita, y pasó á verse con D. Alonso de Aguilar.

Este caballero, uno de los mas renombrados y terribles de Andalucía, trabajaba con la mayor actividad en reunir fuerzas considerables para ahuyentar al rey moro del sitio de Alhama. El espíritu de la religion y de la patria, el sentimiento del honor caballeresco y de la gloria vivamente despertados en todos los ánimos por la imponente hazaña del marqués de Cádiz, ahogó en el suyo la profunda enemistad que tenia con su primo el conde de Cabra, á quien él mismo habia invitado para acudir al socorro de sus compatriotas, deudos y amigos. Aprestábanse al mismo tiempo para tomar parte en la comun empresa otros caballeros ganosos de fama, tales como el alcaide de los donceles, tambien de la familia de Córdoba, el corregidor de la ciudad de este nombre Garci-Fernandez Manrique, los dos hermanos Giron y el conde de Buendia.

Todos querian ganar al rey la palma en aquel trance de honra, pues habian oido decir que D. Fernando anhelaba llegar antes que nadie al socorro del marqués de Cádiz; y aquellos orgullosos campeones de la Edad Media, esclavos del sentimiento, si ante el trono doblaban la cerviz obedeciendo á la ley del feudo, en los momentos de peligro querian portarse como reyes, siendo cada cual el primero.

Esta emulacion de gloria, este generoso anhelo que por espacio de siete siglos habia salvado al imperio cristiano en España en medio de las mas desastrosas luchas intestinas, menester es reconocerlo, se encendia en la ocasion presente con nuevos y desusados bríos, merced al gobierno sábio y justo de la

reina Isabel. Las semillas de honor, de lealtad y patriotismo sembradas por aquella princesa, germinaban en secreto, y solo aguardaban un momento propicio para desarrollarse, crecer y fructificar. Este momento habia llegado: la sangre vertida en Zahara fué como un rocío que debia acelerar la madurez de aquel gérmen, y producir héroes á millares.

Don Beltran era uno de los que deseaban merecer este título: con tan noble ambicion, y con el afan de socorrer á sus hermanos, ayudó al de Aguilar en los bélicos preparativos, y no se apartó de su lado hasta salir con él á campaña. Era ya mas que mediado el mes de Marzo; apremiaba cada dia mas la necesidad el acudir á los de Alhama, cuyo triunfo podia de un momento á otro convertirse en sangrienta catástrofe: los cordobeses no aguardaron á los demás nobles convocados, sino emprendieron la marcha, designándoles un punto de reunion. En estos momentos llegó un mensajero de la marquesa de Cádiz, que hizo mudar de pensamiento al jóven caballero.

Decia la noble dama á su cuñado D. Alonso de Aguilar (era casado con su hermana), que se hallaba sitiada en Arcos por los moros de Ronda; pero que, no por esto dejase de socorrer á su marido, antes importaba mucho que lo hiciese sin la menor tardanza; pues ella sabria sostenerse contra todo riesgo en su castillo, y no echaria menos los defensores. D. Beltran decidió volverse al lado de la marquesa, cuya situacion era realmente mas apurada de lo que ella misma habia querido pintarla por medio de su mensajero.

Cuatro dias despues, nuestro jóven con un centenar de aventureros, que logró reunir en el camino, dió vista desde una altura á la villa de Arcos. De una ojeada conoció la imposibilidad de salvar á la marquesa con tan poca gente, y aun de introducirse en el castillo, como no fuese de noche y sorprendiendo al enemigo. Tenia éste asentado su campo en debida forma, y contaba unos dos mil combatientes. Don Beltran adoptó la resolucion arriesgada de aguardar á que oscureciese, para caer sobre los moros, alarmarlos y, á favor del desórden que esta sorpresa produjese, abrirse paso hasta entrar en la villa, á fin de ayudar á sus escasos defensores.

Mientras se acercaba la noche pudo el jóven observar con viva inquietud, que no cesaban de llegar nuevos enemigos, y que éstos hacian preparativos de asalto á vista y paciencia de la plaza; lo cual demostraba la debilidad de los recursos con que contaba la marquesa. Y con efecto, apenas habria dentro trescientos peones capaces de manejar las armas, contando entre ellos muchas mujeres animosas, dispuestas á seguir el ejemplo de su señora, y á morir con ella.

Comenzaban á prolongarse las sombras, y la del castillo de Arcos cubria ya parte del campamento de los sitiadores, cuando el jóven D. Beltran temió la aproximacion de un nuevo y mas inminente peligro. Desde la altura en que se hallaba situado, pudo ver á lo lejos y á la parte del Mediodía, un poderoso ejército, que avanzaba con rapidez, procurando ocultar su marcha entre los repliegues del terreno. Al pronto concibió una esperanza de socorro, pues observó que eran cristianos los que venian: envió un hombre de su confianza para que se acercase á ellos y los reconociese, y para en caso de ser amigos, poder darse la mano y prestarse recíproco apoyo. El esplorador partió cubriéndose con las montañas, para no ser visto, y volvió al cabo de media hora diciendo:

—Todo se ha perdido: el duque de Medina Sidonia es quien viene al frente de veinte mil hombres, poco mas ó menos. Si no se propone ayudar á los moros, y apoderarse de Arcos en union con ellos, su intencion no puede ser otra que la de dispersarlos y hacer suya esta presa.

—¡Lo veremos! esclamó con generoso ardimiento D. Beltran. Somos pocos, pero mucho podemos hacer, si el arrojo no nos falta. Emprendamos una hazaña increible, y venceremos. Caigamos de rebato y en buen órden sobre el campo moro, aprovechando la ocasion en que se acerque D. Enrique de Guzman, y haremos creer al enemigo que somos, no ciento, sino cien mil: la astucia vence á la fuerza, compañeros. Seguidme, y vereis como entramos en Arcos, antes que nuestros contrarios vuelvan de su sorpresa.

Este proyecto atrevido se puso en ejecucion inmediatamente.

Á la espalda del castillo se estendia un vasto parque, cuyos arbolados espesos ocultaron la marcha de nuestros aventureros, que lograron acercarse, sin ser vistos, á un tiro de ballesta del enemigo. De pronto avanzó el bravo caudillo, lanza en ristre, y á carrera tendida, gritando:

—¡Santiago! ¡Santiago! ¡Ponce de Leon!

Y se metió con sus cien valientes en medio de los musulmanes, que en los primeros momentos de sobresalto, se dejaban acuchillar, sin saber qué hacer, ni á dónde acudir. Pero pronto, recobrados de su asombro, corrieron á las armas, y en breve espacio cargaron con ímpetu sobre sus audaces agresores, atronando el campo con gritos de alarma. Los sitiados reconocieron á sus amigos, y les prestaron ayuda desde las murallas, pero éstos se vieron obligados á ceder ante la superioridad del número, y se replegaron hácia el bosque. Sin embargo, los moros rondeños no se atrevieron á perseguirles, temerosos de alguna celada, y en vano lo habrian intentado; pues en aquel momento vieron lanzarse sobre su espalda una nube de caballeros cristianos, que llegaban á escape gritando:

—¡Santiago y Guzman!

Los habitantes de Arcos y del castillo se limitaron á ser meros espectadores de la sangrienta lucha que se trabó en seguida al pié de sus muros. Se complacian en ver á dos enemigos, igualmente temibles para ellos, combatirse y debilitarse; pero no tardaron mucho en concebir sérios recelos, al observar la muchedumbre de soldados del duque de Medina, que coronaban las alturas. Era evidente la derrota de los musulmanes, pero tambien parecia inevitable la perdicion de Arcos.

En menos de treinta minutos quedó el campo despejado de enemigos: los moros corrian en desórden hácia su frontera, buscando salvar las vidas: muchos las perdian por el pecho ó por la espalda, segun sus alientos. Don Enrique de Guzman, con su brillante caballería, no dejó de perseguirlos hasta la noche.

Don Beltran aprovechó esta ocasion para entrar en la plaza, y dar á sus amigos algun aliento. La marquesa le abrazó con efusion de cariño, y ambos se pusieron á observar en qué pa-

raba aquella aventura. Desconfiaban, como todos, del duque, y se disponian á rechazar sus ataques, cuando, llenos de asombro, le vieron acercarse al pié de los muros, y mandando tocar trompetas para que se reuniese toda su gente, hacer alarde de ella. Luego que todo el ejército estuvo junto, se oyó la voz del poderoso caudillo que gritaba:

—¡Victoria! ¡Victoria por la marquesa de Cádiz!

El ejército contestó á una voz victoreando á la noble dama, que no podia decidirse á dar crédito á sus oidos.

—Eso es un ardid para engañarnos, dijo D. Beltran.

—No lo creais, hermano, repuso la marquesa. Guzman es nuestro enemigo, pero es leal. Démosle una prueba de confianza, y no me importa que abuse de ella. No lo temo, añadió con decision; porque en tal caso labraria él mismo su deshonra.

Diciendo esto, doña Beatriz Pacheco mandó abrir las puertas de la villa al ejército vencedor. Pero éste se mantuvo quieto en el campo, y solo entró el duque con algunos caballeros. La marquesa se adelantó con sus damas á recibirle hasta las puertas del castillo: todas iban cubiertas de pesadas lorigas y con las espadas en el cinto.

—Guzman, dijo doña Beatriz al duque; obrais como quien sois, y como yo esperaba de vos: confiada en vuestra lealtad, no he admitido los socorros de mi cuñado el de Aguilar, y el suceso ha venido á probarme que un caballero como vos no abandona á una dama que se encuentra en peligro. Entrad y reposareis bajo mi techo.

—Por mostraros que soy atento con las damas, he aceptado la invitacion que me habeis hecho de entrar en este castillo, señora mia, contestó D. Enrique; pero me dispensareis de permanecer en él mas tiempo del necesario para complaceros; pues debo partir esta misma noche.

—¿Cómo tan pronto? Descansad al menos hasta mañana. ¿Qué urgencia os impide aceptar mi hospitalidad?

—Noble marquesa, repuso con sencillez el duque: no ignorareis, presumo, el terrible aprieto en que se halla vuestro marido.

—¡Ah! esclamó doña Beatriz con alegría: ¿vais á socorrerle?... ¡Guzman! ¡Guzman! ¡Sois grande sobre todos vuestros iguales! Poco es ofreceros mi casa, cuando acabais de ganar mi corazon. Dadme los brazos.

Y la noble dama se arrojó en ellos, sin disimular las lágrimas de admiracion y agradecimiento que asomaron á sus ojos. El duque recibió conmovido esta muestra de síncera amistad, y consintió en detenerse hasta tomar algunos refrescos, que le sirvió la marquesa por sus propias manos. En seguida se despidió de ella, y dejando á sus órdenes y las de D. Beltran suficiente número de soldados para precaverse de alguna nueva agresion de parte de los moros, continuó su marcha hácia Alhama.

Dos dias despues el ejército de Guzman estaba en Antequera: inquiriendo noticias de los conquistadores sitiados, supo el generoso caudillo que se encontraban reducidos al mayor estremo por falta de agua, y que los socorros de D. Alonso de Aguilar habian tenido que volverse, por haberles cortado el paso las tropas de Muley Hacem. Inmediatamente dió aviso á los demás capitanes convocados por aquel caballero, para que se le reuniesen, y aguardó su llegada, para poder atacar al enemigo con seguridad de buen éxito.

Ya se hallaban juntos los principales jefes de aquella empresa, y la impaciencia de D. Enrique de Guzman no tenia límites, cuando llegó de improviso al ejército un mensajero del rey don Fernando, que estaba ya en Córdoba, y mandaba al duque detenerse y esperarle para ir juntos al socorro de Alhama; pero le fué contestado que se dignase S. A. perdonar la desobediencia, pues no admitia treguas al apuro de los sitiados.

Entre tanto la situacion de éstos era en estremo comprometida: cercados por fuerzas siete veces superiores á las suyas, reducidos á la necesidad absoluta de pagar con sangre la poca agua que podian coger del rio, saliendo á buscarla por una mina, cuya boca enfilaban los fuegos concentrados del enemigo; perdida toda esperanza de recibir prontos auxilios, veian acercarse el momento en que, para salvar siquiera el honor, sería

preciso arrojarse á morir matando en medio de los escuadrones y batallas de los musulmanes. El valiente marqués de Cádiz habria preferido, en último caso, este desesperado recurso, antes que abandonar su presa, con tanta gloria ganada; pero no todos tenian sus alientos ni su elevado corazon.

Veintiocho dias hacía que se hallaba en posesion de Alhama, y cinco menos que sufria un sitio riguroso, sin poder dormir una hora seguida, resistiendo con ánimo esforzado los frecuentes ataques y las privaciones de todo género. No le faltaba sólo el agua: los víveres comenzaban á escasear, porque en el momento de su triunfo, los soldados habian destruido muchos de los mantenimientos que encontraron almacenados. Para colmo de angustias, las municiones y armas arrojadizas se iban concluyendo, y no quedaba mas recurso, que rechazar los asaltos del enemigo á viva fuerza de brazos. En tal estado varios capitanes se acercaron al alojamiento del marqués, y representándole el malestar y descontento de las tropas, le propusieron el abandono de la plaza.

— ¿Necesitais decirme lo que veo y siento mejor que vosotros? les contestó: no ignoro las calamidades que padecemos; pero al emprender esta conquista, nunca pensé gozar comodidades y placeres. Así que no espereis de mí vuelva cobardemente la espalda al infortunio; que el valor y esfuerzo de los buenos caballeros, no tanto se prueba en los asaltos y combates, cuanto en la firmeza y constancia para soportar los reveses de la guerra. Si os faltan bríos para sosteneros algunos dias, mientras llegan nuestros hermanos, que sin duda vendrán en nuestra ayuda, no seré yo quien os detenga. Podeis iros cuando gusteis: yo me quedo, y aunque sea solo, sabré morir, antes que ver empañada la honra de Castilla por la flaqueza.

Este discurso avergonzó á los caudillos, que proponian la retirada, y les infundió alientos para permanecer al lado de su valiente jefe. Sin embargo, algunos soldados comenzaron á desertar.

Llegó la noche y con ella el contínuo sobresalto de alarmas y combates: el rey moro sabia bien el estado á que se hallaban

reducidos sus contrarios y se proponia inquietarlos constantemente, prolongando el sitio, para que la estenuacion y la fatiga se los entregasen á discrecion. Pero al rayar el alba observaron los centinelas de las murallas un movimiento súbito de retirada en el campo enemigo. Apenas podian dar crédito á sus ojos, y aun los jefes, á quienes se participó esta novedad inesperada, recelaron que se tratase de atraerles fuera de las puertas, para caer sobre ellos de improviso por otra parte y derrotarlos. La rapidez y el buen órden con que el enemigo ejecutaba sus movimientos parecian confirmar esta sospecha.

Toda la guarnicion de Alhama estaba sobre las armas, viendo alejarse las banderas musulmanas: de pronto se alzó una gritería de júbilo, al observar á los rayos del sol naciente los reflejos de las armas de otro ejército, que avanzaba por la izquierda de los sitiados, y que en breves momentos vino á desplegar sus columnas delante de la plaza. Era el que conducia el duque de Medina Sidonia.

El marqués de Cádiz mandó abrir inmediatamente las puertas, y salió á recibir á su libertador á la cabeza de sus estenuados guerreros. Los dos caudillos se abrazaron en presencia de ambos ejércitos, que aplaudieron esta reconciliacion con unánimes aclamaciones de entusiasmo.

—Señor duque, dijo D. Rodrigo: lo que no ha conseguido el moro con todo su poder, lo ha hecho vuestro corazon magnánimo con solo un rasgo de su grandeza: me habeis vencido rindiéndome á discrecion, y ganando para vos solo el lauro que he deseado adquirir, aunque fuese á costa de mi vida. Pero pongo á Dios por testigo de que los triunfos mas eminentes me serian menos gratos que esta feliz derrota.

—Yo bendigo á mi buena estrella, señor marqués, contestó D. Enrique, por haberme favorecido hasta el punto de coger una parte de vuestros laureles á muy poca costa. Solo deseo que la fortuna nos halle unidos por muchos años, y que la victoria corone con una sola mano nuestras sienes ante las aras de la patria. Si algun dia hemos sido rivales, nunca hemos dejado de ser cristianos y caballeros, y desde hoy no debe haber en nosotros mas que un pensamiento y un corazon.

Despues de estas nobles satisfacciones, los dos guerreros entraron en la villa con sus ejércitos mezclados; se proveyó lo conveniente para traer víveres en abundancia, y por espacio de algunos dias se celebró con fiestas y regocijos la llegada de los auxiliares. Pero no transcurrió mucho tiempo sin que fuese turbada aquella tranquilidad por el estruendo de las armas; pues el rey de Granada volvió á poco, provisto de artillería y acompañado de fuerzas mas poderosas.

## CAPITULO IV.

Trata de las discordias que tenian entre sí los moros, y de que Muley Hacem perdió el trono.

GRANADA no es ya una sombra de lo que fué: la prediccion del santon Alí Macer se ha cumplido: quien ahora visite á la ciudad famosa, que mereció de los árabes el simbólico nombre de *Garb-nat* (reina ó señora del Occidente), no encontrará mas que el panteon de una antigua grandeza, fundado sobre jardines de eterna y melancólica lozanía. Granada es una sultana caduca que descansa indolente sobre el sepulcro de sus amores, y cuyos vestidos y galas yacen á sus piés, ó se caen á pedazos, desgarrados por las injurias del tiempo.

Entrad por su magnífica vega, taza inmensa de esmeralda, vergel frondoso, donde aparecen reproducidas las delicias de la primera mansion del hombre, y apenas podreis distinguir los treinta pueblos que allí reposan, adormecidos por el aroma de sus flores, tendidos á la sombra de sus sotos encantados; solo admirareis los prodigios de la naturaleza en aquella vegetacion lujuriosa; el corte pintoresco y variadas tintas de las montañas que le sirven de cerca; los millones de aves canoras que acuden

á sus arbolados, produciendo una armoniosa algarabía, y comunicando al aire vibraciones sonoras en el silencio de la noche. Pasad á la ciudad y encontrareis en ella cristianas árabes de negros ojos y voluptuosa mirada; creereis que la vara de un mágico ha derribado en un momento los muros de un vasto harem, y que las odaliscas emancipadas salen á gozar de la luz y la libertad como un enjambre de mariposas: vereis por todas partes brotar entre flores las fuentes cristalinas en tazas de alabastro, y si subís al soberbio alcázar de los Alhamares y desde allí la contemplais, os parecerá un jardin sembrado de ruinas.

Pero no busqueis en su vega las mil torres fuertes, á la vez recreo de las nobles damas moras y asilo de los labriegos contra las correrías de las cabalgadas cristianas; no pregunteis por los sotos de moreras, donde se criaba seda para vestir á todos los pueblos del Oriente; no imagineis hallar aquella raza de labradores inteligentes y activos, que bordaban la tierra, transformándola en mullido lecho de la abundancia. No existen ya los fuertes muros ni los arrogantes torreones, que circundaban y defendian la opulenta ciudad; de su antigua Alcazaba, de sus airosas puertas fortalecidas no quedan ya mas que algunos restos carcomidos; y hasta sus palacios de filigrana, envidia y admiracion de los estraños, se van desmoronando, ante el indiferentismo prosáico y la incuria de la edad presente.

Así, que para ver la escena donde se representó uno de los mas brillantes cuadros del drama de nuestras glorias nacionales, hay necesidad de mirarla con los ojos de la imaginacion al través de los siglos que pasaron.

Granada, en medio de su esplendor maravilloso, presentia la hora de su desolacion: las facciones de los partidos fermentaban en aquel Eden terrenal, prepárandose á devorar el corazon de la patria. «Estaba escrito que el poder musulman feneceria en España», dirán los fatalistas mahometanos.—Está escrito, decimos nosotros, que haya de perecer todo pueblo dividido.

Era la estacion de las flores: la naturaleza, vigorosa y precoz en aquel pais meridional, aparecia ya revestida con todas

sus galas, y enjambres de amores revoleaban entre las selvas misteriosas de la Alhambra y en las márgenes feraces del Darro y del Genil. Sin embargo, Granada estaba triste, porque faltaba en ella la flor de sus caballeros.

El rey Abul Hacem habia vuelto á salir á campaña; pero la estrella de Islam parecia estar oscurecida, y todos los esfuerzos del monarca moro y de sus aguerridos campeones se estrellaban contra los muros de Alhama. Contínuamente se recibian noticias poco halagüeñas del teatro de la guerra, y este motivo de inquietud y zozobra daba impulso al descontento de la plebe, que, instigada por los partidarios de la sultana Aixa, creian ver en la escasa fortuna de las armas granadinas, una señal de la cólera celeste, irritada por los vicios de su rey.

La preocupacion popular no distaba ya mucho de convertirse en desaliento, cuando una tarde los habitantes del Albaicin y demás barrios altos divisaron á lo léjos la inmensa polvoreda que levanta en su marcha un ejército numeroso: dudaban los vecinos de Granada si aquellas tropas serian de amigos ó enemigos; pues algunos dias antes habian entrado cristianos en la vega, talando y destruyendo sus sembrados, hasta las puertas de la ciudad. Las guardias de las murallas se apresuraron á tomar las armas, y en las torres del alcázar se colocaron vigias para reconocer las fuerzas que se acercaban.

Pronto se vió llegar hácia la puerta del Pescado un arrogante moro, seguido de algunos arqueros, cuya presencia bastó á serenar los ánimos alarmados. Era el valiente Reduan Venegas, hermano del wazir Abul Cacim, primer ministro del rey: su nombre, de todos conocido, corrió de boca en boca, y la multitud se agolpó á las calles de la ciudad, por donde debia pasar aquel guerrero, dechado entre los musulmanes de valor y gentileza. Presumíase con fundamento que fuese precursor del ejército mandado por Muley Hacem, y Granada entera tenia interés en saber si éste volvia ó no vencedor.

Pero el aspecto sombrío del noble caballero no revelaba la satisfaccion de un triunfo: sus soldados le seguian con aire pensativo, y la via un tanto escusada que eligió para dirigirse á la

Alhambra, era indicio de una derrota, ó al menos de una segunda retirada.

Nadie osaba preguntar lo que todos presentian, y el descontento público iba cundiendo, hasta el punto de manifestarse en acalorados murmullos.

Entre tanto, en una de las salas mas apartadas del palacio real de la Alhambra, cuyas vistas daban al Darro y Generalife, hablaban rápidamente dos personas de diferente sexo: La mujer contaria unos treinta y ocho años, pero conservaba rasgos de una belleza singular; y su mirada altiva, la finura de sus labios delgados y la palidez mate de su rostro revelaban á un tiempo en ella el hábito del mando y un carácter duro y vengativo: era de medianas carnes y estatura, y estaba recostada sin dejadez en un lecho de almohadones de terciopelo carmesí con flocaduras de oro, teniendo echado en la falda un niño de diez años, al parecer dormido. El hombre que le dirigia la palabra en actitud respetuosa, estando en pié delante de ella, podria contar su misma edad: este moro tenia un aire de dignidad afable, que hipócritamente ocultaba un gran fondo de cautela y astucia: pocas veces alzaba los ojos para mirar de frente á una persona; su cabeza figuraba un cono irregular é inverso, teniendo por base el turbante y por cúspide la puntiaguda barba, rojiza y clara. Un fisonomista práctico habria reconocido en aquel hombre los rasgos de la avaricia y la traicion, hábilmente disfrazados con el velo de una benevolencia sencilla. Tal era el wacir Aben Comixa, valido de Muley Hacem, que desempeñaba el cargo importante de alcaide de la Alhambra.

—Sultana, decia el wacir á la dama: la voluntad de Alah se declara en sus obras, y yo debo doblar mi frente á sus preceptos. Si el rey tu esposo no torna vencedor de sus enemigos, el pueblo se levantará contra él, y yo veré en esto el castigo de sus acciones. Cuenta entonces conmigo.

—¿Puedo creer en tus palabras, Aben Comixa? preguntó la sultana, fijando en el moro su penetrante mirada. ¿No has venido por órden de mi tirano á sondear mis pensamientos?

—Sultana, no pienses mal de mi lealtad. Yo te amé siem-

pre con respeto y veneracion, como á mi reina y señora: las estrellas me obligaron á ser tu carcelero, mas nunca he abusado de las facultades que me concede mi penoso cargo. Somete, si te place, mi fidelidad á una prueba; pero no exijas de mí nada que yo no pueda hacer, hasta que se cumpla lo que está escrito.

—Dia vendrá, y acaso no esté muy distante, en que podrás demostrarme tu adhesion, repuso la sultana. Cuando llegue la hora, si eres fiel á tu reina y á tus príncipes, larga será mi recompensa: entre tanto, nada quiero de tí.

—¿Sabes ya que mi señor, el príncipe Abú-Abdalá, ha sido proclamado rey en Guadix?

Aixa se sonrió, disimulando su alegre sorpresa, y dijo:

—¿Cómo quieres que una cautiva sepa lo que pasa fuera de los muros de su prision? Yo no sé mas sino que dí la libertad á mi hijo: esto era cuanto podia yo hacer. Si despues le han proclamado rey, no me pesa; pero lo ignoro.

—Pues bien, señora, tenlo por seguro: tu primogénito es ya rey á despecho de su padre y de la Zoraya.

—No me nombres á esa mujer, háblame de mi hijo.

—Tu hijo vendrá pronto á Granada: si las estrellas le favorecen, creeré que se ha mudado en próspero el signo fatal que presidió á su nacimiento, y entonces me tendrás á tu lado para ayudarte.

—Las estrellas mienten á veces, Aben Comixa, repuso la sultana. El Zogoibi (*), como llaman al príncipe, será venturoso, yo te lo juro; y los hijos de la manceba del rey no reinarán en Granada. Puedes, si quieres, decirlo así á tu señor Muley Abul Hacem, pues no temo sus iras.

—¡Oh! ¡señora! ¡Qué mal me conoces! No hay en Granada ni fuera de ella quien desee como yo la prosperidad de mi señor Abú-Abdalá; y si él faltase, lo que no permita el santo Alah, ese noble infante Abul Haxig, que duerme en tu regazo, le sucederia primero que los hijos de la renegada.

---

(*) El desventuradillo. Así apellidaban los moros á Boabdil ó Abú-Abdalá, porque al nacer le pronosticó un astrólogo una vida desastrosa.

Oyóse en este momento el murmullo del pueblo, cuyo rumor penetró en la suntuosa estancia por las caladas ventanas de la cúpula.

—¿Qué ruido es ese? preguntó la sultana incorporándose, pero sin levantarse, por no despertar al infante. ¿Sabes si procede del Albaicin?

—No son tus amigos del Albaicin los que murmuran, contestó el wazir: es todo el pueblo de Granada, que aguarda descontento á su rey.

—¡Ah! ¡Vuelve ya el rey!

—Sí, sultana: se retira segunda vez de ante los muros de Alhama. Si volviese vencedor, habria enviado emisarios que anunciasen su triunfo.

Un leve resplandor de alegría siniestra brilló en los ojos de la sultana.

—Vé, pues, dijo con acento sarcástico; vé y anuncia á la Zoraya la vuelta de su amado. La hermosa renegada estará impaciente, y un buen servidor no debe hacer esperar á su señora.

—Mi señora eres tú, y solo por servirte iré donde me mandes, replicó el moro, aparentando humildad.

—¡Yo mandarte! ¿Qué puede mandar una prisionera? No, Aben Comixa: yo no acepto los servicios sino de quien me sirve á mí sola, y tú obedeces á mi tirano.

Iba el wazir á contestar, pero se detuvo llevándose un dedo á los lábios, al oir el creciente rumor del pueblo, y pasos precipitados en la inmediata galería.

—Sultana, dijo á media voz, tu esclavo soy: pronto no obedeceré á nadie mas que á tí. ¡Alah te guarde!

Y haciendo una profunda reverencia, hasta tocar el suelo con la mano, besándola despues, salió de la estancia, que cerró en pos de sí. Un oficial de la guardia del palacio le esperaba en la galería para pedirle órdenes; pues Reduan acaba de entrar en la Alhambra, dejando á su espalda al pueblo irritado, y el rey con su ejército estaba ya casi en las puertas de la ciudad. Aben Comixa y Reduan Venegas se encontraron á la entrada del alcázar. El alcaide tendió ambas manos al caballero, y le dijo:

—No necesitas hablar, valiente amigo: tu rostro me dice que Alah no ha concedido el triunfo á las armas musulmanas, no veo en tus ojos el contento de la victoria, ni del arzon de tu silla pender cabezas de cristianos.

Reduan era un jóven, que, á pesar de sus pocos años, llenaba toda la Andalucía con la fama de sus proezas y galantes aventuras: hermoso y bien formado, y teniendo en sus venas mezclada la sangre árabe con la española, era el tipo caballeresco de ambas razas y merecia la estimacion de toda clase de personas, y en particular de las damas, que le apreciaban por su valor y gentil cortesanía.

—Verdad has dicho, Aben Comixa, contestó el jóven, entregando su corcel á un escudero. La estrella de Granada palidece. ¿Sabes por qué? Porque hay traidores que venden á su rey, y conspiran á la ruina de la patria. Pero, si está escrito que haya de sucumbir el imperio de los Alhamares, los caballeros de hidalga sangre y pecho levantado sabrán morir con honor entre sus escombros.

—Tal es el deber de los buenos muslimes, repuso Aben Comixa. Pero dime, valiente Reduan: ¿qué ha hecho el rey en Alhama?

—Condúceme al camarin de la reina, y allí sabrás lo que ha pasado.

El alcaide precedió al caballero, introduciéndole en los aposentos fastuosos del palacio árabe, donde parecia que la imaginacion oriental hubiese realizado sus mas deliciosos ensueños: el pavimento de mármol blanco de Macael brillaba como un espejo en los patios, reflejando la labor afiligranada de las paredes y las olorosas flores, profusamente colocadas en torno de los estanques y fuentes murmuradoras: entrando en las misteriosas habitaciones del harem, la media luz que penetraba por los agimeces, velados con celosías y riquísimos tapices de seda y oro, iluminaba ténuamente los dorados arabescos, las geométricas grecas y elegantes inscripciones entalladas en los muros sobre fondo de púrpura, verde y azul, dándoles un colorido fantástico. Allí no sonaba el ruido de los pasos, que se desvanecia

en el blando piso de las alfombras persas: respirábase un aroma dulce y sabroso, que embriagaba los sentidos y adormecia los pesares del corazon.

La estancia habitual de la sultana Zoraya, elegida entre las mas suntuosas del palacio, estaba adornada con una magnificencia de que difícilmente pudiera darse idea: era una pieza cuadrada, no muy espaciosa, que tenia comunicaciones visibles y ocultas con todas las demás del edificio, y en particular con los aposentos reservados al rey moro. En aquel voluptuoso recinto, que parecia construido por manos de hadas,-tanta y tan delicada era la profusion de sus primorosas labores,-apenas podia distinguir los objetos quien de repente entrase, viniendo de la luz del sol; pero habituándose luego la vista, percibia toda la incomparable riqueza de un templo dedicado al amor y á los deleites: bajo un dosel de plumas, entretejidas con hilos de oro y perlas menudísimas, habia un lecho de almohadones de raso con franjas y flocaduras en que estaban mezclados los metales y piedras de mas precio. En este trono reposaba lánguidamente la reina del harem, la hermosa renegada, que, no habiendo nombre en lo humano para espresar su belleza, habia merecido el de Zoraya, ó sea Lucero de la mañana. Varias doncellas nobles la rodeaban, como las estrellas forman el cortejo de la luna, y distraian á la jóven soberana, ora tañendo dulces instrumentos, ora contándole anécdotas y tradiciones maravillosas.

En medio de la estancia habia dos esclavas negras, como el ébano, las cuales, arrodilladas junto á un perfumero de oro, mantenian constantemente la atmósfera tibia y aromatizada, echando en él las gomas olorosas mas agradables de la Arabia.

Reduan fué anunciado por el wazir, que, siendo el favorito del rey, tenia entrada franca en las habitaciones mas recónditas del palacio. Zoraya mandó á una de sus doncellas descorrer una cortina, y la luz, penetrando por ella, inundó su trono voluptuoso, quebrándose en la brillante pedrería y dando nuevo esplendor á su deslumbradora belleza.

El jóven caballero se inclinó tres veces al entrar, tocando el suelo con la mano derecha, y besándola luego, segun la costumbre de su nacion.

—¿Vuelve ya mi señor? le preguntó Zoraya.

—Sultana, contestó Reduan: el príncipe amado y favorecido de Dios, el grande entre los grandes, el piadoso, el magnífico señor Muley Abul Hacem á tí me envia, para decirte, que muy pronto bañará su espíritu sublime en las fuentes de tu hermosura.

—¿Viene vencedor?

—¡Confúndame tu grandeza, sultana y señora mia! No puedo darte buenas nuevas de la guerra. El poderoso rey nuestro señor ha visto caer bajo el hierro enemigo á muchos de sus mejores campeones: el honor de Granada no se ha empañado; pero Alhama queda en poder de los cristianos.

La sultana suspiró, y repuso:

—¡Alah Akbar! ¡Dios es grande! Venga mi señor con salud, y su sierva embalsamará las heridas de su corazon. Vé, noble Reduan: dí al rey que le aguardo como la flor sedienta al benéfico rocío.

El jóven se retiró, repitiendo sus reverencias, y la sultana pasó á su tocador, para hermosearse, á fin de parecer agradable á Muley. En seguida, hizo traer á sus dos hijos Cad y Nazar, preciosos niños de ocho y seis años, y recostándose con ellos en el mullido lecho, aguardó tranquila que llegase el rey.

Entre tanto el fiero sultan cruzaba un barrio de la ciudad al frente de su ejército aguerrido, cuya presencia no bastaba para imponer respeto al pueblo disgustado: los granadinos le miraban pasar sin hacer ninguna de las demostraciones de reverencia tan esenciales entre los musulmanes, y muchos volvian el rostro con desden y menosprecio. Y es que en aquellos tiempos el valor lo era todo; y un monarca, cuanto mas déspota fuese, tanto mas perdia de la estimacion pública, cuando tornaba de la guerra sin traer en pos de sí los trofeos de la victoria.

Muley Hacem revolvia sus torvos ojos, inyectados de sangre por la ira, no atreviéndose, sin embargo, á castigar el desacato de sus vasallos. Sentíase humillado ante su misma conciencia, y esto le embargaba el brazo para descargar el golpe de la venganza.

Como el perro acometido de hidrofóbia, que, ansioso de morder, huye, no obstante, de la presencia de sus compañeros, el irritado sultan marchó precipitadamente hasta las puertas de la Alhambra, despidió allí á sus guerreros, y quedándose solo con algunos de los generales de su confianza, y con las tropas nobles de su guardia, entró en la fortaleza. Iban con él su hermano el Zagal y su hijo Muza, el wazir de Granada y primer ministro Abul Cacim Venegas, el veterano Mohamad ben Hacem, guerrero de gran fama y de virtud intachable, Azaator el Zegrí, esforzado caballero que imponia respeto á los mejores caudillos castellanos, y el Manfot con otros varios nobles de merecido renombre.

Muley Hacem necesitaba en aquellos momentos una víctima cualquiera sobre quien descargar su cólera comprimida. Mandó á todos los personajes que le acompañaban quedarse en el patio del Estanque, y llamando al alcaide Aben Comixa, se dirigió con él solo á la torre donde estaba presa la sultana Aixa.

—¿No has oido los insolentes rumores de mi pueblo? preguntó el rey á su privado, antes de entrar en la torre.

—Los he oido, señor, contestó Aben Comixa. Pero ¿quién repara en murmuraciones de gente villana y ruin? Tu alteza, señor, haria bien, despreciando á semejante canalla.

—¡Oh! es que esa canalla debe de ser instigada por Aixa.

—Pudiera ser, si no fuese yo el alcaide de esta fortaleza; pero la sultana no se ha comunicado con nadie durante tu ausencia. Creo mas bien, señor, que el pueblo mira con desagrado el valimiento de que goza el wasir Abul-Cacim, por cuanto es hijo de cristiano.

—Hija de cristiano es tambien Zoraya, el astro de mis amores. ¿Hay quién se atreva á reprobar el cariño que la tengo? Nómbrame al traidor que la ofenda, y su cabeza caerá al filo de mi cimitarra.

—¡Oh! ¡señor! Enemigos tiene, y muchos, la escelsa hija de Sancho de Solís, bien lo sabes; pero si en Granada hubiese alguno capaz de ofenderla, mi brazo estaria pronto á castigarle.

—Tengo confianza en tu lealtad, Aben Comixa: sin embar-

go, no estoy tranquilo respecto á la repudiada, mientras yo no la vea y examine.

Diciendo esto, hizo ademan al wazir para que abriese la puerta de la cámara, donde estaba encerrada la sultana, y mandándole quedar fuera, entró él solo.

Aixa permaneció inmóvil en su divan, como si no hubiese reparado en la presencia del rey: únicamente le dirigió una mirada que respiraba ódio y desprecio. Las damas y esclavas que la acompañaban se retiraron.

—Debes de estar contenta, sultana, dijo Abul Hacem: tus parciales te sirven fielmente, y gozan en el vilipendio de mi majestad.

—¿Pues qué han hecho mis buenos vasallos? preguntó la sultana.

—¿Por ventura lo ignoras? ¿No eres tú, con tu oro, quien seduce á las turbas y las levanta contra mí? ¿No eres tú quien ayuda al hijo para que se rebele contra su padre? ¿No eres tú quien dispone de los Abencerrajes y Aliatares, de los Almoradies y Alaveces, para armarlos contra mi trono?

—Sin duda has equivocado la puerta de la estancia, donde debes exhalar tus quejas, rey de Granada, repuso Aixa con frio y acerado acento. Vé y cuéntale tus cuitas á la Zoraya, que es la causa de todo.

—Refrena tu lengua, sultana, y no provoques mi cólera.

—Yo desprecio tu cólera de tirano. ¿Quieres mi vida? Venga en ella los desaires que la fortuna te hace: ¿qué me importa? Solo me falta una poca sangre de mis venas para derribar tu cabeza.

—¡Oh! ¡Me desafías! balbuceó el rey, trémulo de ira. ¡Pues bien, morirás, como aleve y traidora!

Y esto diciendo, sacó el puñal de la vaina, con ánimo de herir á la sultana; la cual, levantándose de un salto, abrió los brazos y le presentó el pecho con denuedo, diciendo:

—¡Hiere!... Veamos quien muestra mas valor; tú, matando á una mujer indefensa, ó yo recibiendo el golpe sin estremecerme.

El rubor de la vergüenza subió al rostro del rey, que, sin embargo, habria consumado su bárbaro designio, á no impedirlo el infante Abul-Haxig. El tierno adolescente habia despertado al tiempo de levantarse su madre, y viendo la actitud amenazadora de su padre, se puso entre los dos llorando sobresaltado. El feroz monarca retrocedió por instinto, y como vencido por aquel grito acusador de la inocencia: estaba junto á un agimez, cuyas vistas caian al torrente, que separa la Alhambra del Generalife, y sin reflexionar, arrojó por allí con esfuerzo el puñal desenvainado.

—Sultana, dijo: yo sé que conspiras contra mí. No provoques mi indignacion.

—Tú has provocado antes la mia; y puesto que me has traido al palenque, lucha y vénceme, si puedes. Pero de mí no aguardes flaqueza ni cobardía.

—Pues bien, lucharemos, replicó el rey, saliendo de la estancia.

Y volviendo á donde habia dejado á sus capitanes, les dió órden de reforzar las guardias y mantener dispuesto el ejército, para castigar á los granadinos parciales de Aixa, si por acaso se levantasen: previno tambien á Aben Comixa que encerrase á la sultana prisionera en lugar mas estrecho, dejándole solamente dos mujeres para su servicio; y dominado aun por el despecho y la ira, entró en las encantadas habitaciones del harem.

Zoraya hizo, al verle, un movimiento de complacencia y alegría; pero el sultan no la permitió levantarse, y con una mirada mandó salir de la estancia á las doncellas y esclavas que asistian á su hermosa dama. Ésta le atrajo hácia sí tendiéndole una mano, mientras con la otra acariciaba á sus hijos, recostados en su regazo.

—Ven, señor, ven, dijo la hechicera jóven, con un acento mas dulce que la miel. ¡Cuánto has tardado! Hace mucho tiempo que te espero.

—Perdóname, amor de mis amores, lucero de la mañana, contestó Abul Hacem, esforzándose para suavizar su áspera voz, enronquecida por la cólera.

—¿Qué habré de perdonarte, señor y dueño mio, cuando tu presencia me dá la vida? repuso la jóven. Si has afligido mi corazon con la tardanza, tambien ahora es para mí mas agradable tu vista. Pero, ¿por qué no te sonries? ¿Por qué miro anublado el sol de mi ventura? ¿No me amas ya, señor?

—¡Zoraya! No permita el grande Alah que yo deje de amarte: desde muy niña te he visto crecer en mi palacio, y siempre hallaste favor en mi corazon, porque eres bella como el cisne en fuente clara, y graciosa como el jazmin que el aura mece. Cautiva viniste á mi corte, y yo aparté la desgracia de tu cabeza, y te elevé al rango de princesa y de esposa mia. Si dejar de amarte pudiese yo, Zoraya, te mataria; porque tendria celos aun despues de aborrecerte.

—¡Oh! ¡que nunca pueda desagradar á mi señor! Ven, amado mio; ven y calma tus pesares en el seno de tu esposa y de tus hijos.

Como el canto fascinador de la sirena embriaga los sentidos y rinde dulcemente á quien lo escucha, así las palabras amorosas de Zoraya fueron adormeciendo poco á poco las embravecidas pasiones del viejo Muley, que en breve rato se olvidó de sus contratiempos y disgustos, para entregarse sin reserva al placer de ser amado.

Pasaron algunos dias, durante los cuales el rey, confiado en la fidelidad de sus servidores, solo pensó en apurar la copa de la dicha en los brazos de su querida. El mes de Mayo habia entrado, revestido con toda la pompa deleitosa que la naturaleza prodiga en el pais privilegiado de Granada. El vigoroso Muley estaba enervado por el aroma de las flores; y entre tanto el huracan de la rebelion se agitaba sordamente á los piés de su trono.

En las márgenes encantadoras del Darro tenian los reyes de Granada un sitio de recreo llamado los Alijares: allí estaba Muley Hacem una tarde con Zoraya y sus hijos aspirando por todos sus poros la felicidad tranquila de su amor no disputado, y el balsámico perfume que saturaba la atmósfera transparente. Á través del espeso velo que formaban los jazmineros y rosales trepadores en las calles de árboles frondosos, divisaba el orgu-

lloso sultan las fuertes torres de su palacio, donde gemia prisionera la reina Aixa; el rojo alcázar parecia de color sangriento, iluminado por los últimos rayos del sol, que se hundia en el Ocaso. La servidumbre real preparaba ya vistosas linternas de colores y de escasa transparencia, para iluminar los magníficos jardines, por si acaso al monarca le placia pasar en ellos la noche; y mientras esta llegaba, las mas hermosas doncellas granadinas y los mas apuestos y galanes caballeros obsequiaban á sus soberanos, cantando romances amorosos y marciales al compás de moriscos instrumentos; ó bien se solazaban, concertando alegres y divertidas danzas.

Cuando mas absortos estaban los ánimos por el apacible recreo, percibióse un rumor lejano, que por grados fué dominando el murmullo de los árboles y fuentes, el sonido de los instrumentos y la alegría de los cortesanos. Aquel rumor tardó muy poco en convertirse en estruendo, y pronto se conoció que la tempestad de la revolucion, formada en las prisiones de la Alhambra y en los conciliábulos del Albaicin, paseaba su carro de triunfo por las calles de la ciudad.

Reduan Venegas y el veterano Mohamad ben Hacem llegaron de los primeros á ponerse á las órdenes del rey.

—¿Qué sucede, Mohamad? Reduan, ¿por qué veo pálido tu rostro? preguntó Muley mirando alternativamente á los dos caballeros. ¿Están los cristianos en la Vega? ¿Ha sorprendido el rey Fernando á Granada? Responded.

—Pluguiera el cielo que fuese lo uno ó lo otro, señor, contestó el anciano guerrero. Tu hijo ha entrado en el Albaicin, y Granada le aclama con el título de rey.

—¡Eso es imposible, Mohamad! ¿Qué traidor ha podido franquear la entrada á mi hijo?

—Señor, no es imposible: ignoro quién ha sido el traidor que ha robado tu puñal para entregarlo á tu hijo. Con él han sorprendido á los jefes de las guardias de las murallas y puertas, los cuales se han dejado desarmar, creyendo obedecer á una órden tuya. Tarde han conocido la traicion, y en estos momentos unos pocos leales resisten con esfuerzo los ataques de un ejército aguerrido y de las turbas desenfrenadas.

—Pronto, pronto, Reduan, Mohamad, haced tocar trompetas: que se junten mis guerreros, y que la cabeza del rebelde Abu-Abdalá caiga bajo el peso de mi indignacion.

Mientras así hablaba el rey, multitud de caballeros de la nobleza principal acudian en tropel á proteger su persona. Cada cual traia diferentes noticias de la rebelion, segun el punto de donde venia; pero todos estaban contestes en asegurar, que la vida del rey corria un inminente peligro: la Alcazaba Cadima, los principales castillos y fuertes se hallaban en poder de los sublevados, y el príncipe recorria las calles reuniendo partidarios ó arrollando y matando á los que osaban oponerle alguna resistencia. El puñal que Muley Hacem arrojó algunos dias antes por un agimez de la torre de la Cautiva, habia sido recogido por un amigo de la sultana Aixa, que constantemente velaba disfrazado de molinero al pié de aquellos muros, para recibir avisos de la prisionera y transmitirlos á sus parciales: aquel puñal en manos de Abu-Abdalá, vino á ser como un firman ó decreto del rey, con el cual se franqueaban á sus guerreros todas las puertas.

—Estais espuesto á perecer, señor, dijo á Muley el wazir Abul Cacim Venegas. Tu hermano y yo nos pondremos al frente de tus soldados y reprimiremos la rebelion; pero tú sálvate: los fuertes muros de la Alhambra protegerán tu sagrada persona y las de mi señora la sultana y los infantes.

—¡Mi persona! ¿Qué importa mi persona, cuando se trata de castigar á los rebeldes? ¡Pronto, un caballo y armas! Que mis bravos Zegríes me vean en medio de ellos, y no habrá poder que resista á su poder. Tú, Abul Cacim, quédate aquí para proteger á mi esposa y mis hijos, y condúcelos á la Alhambra.

En este momento sonó en lo alto de la real fortaleza una estruendosa gritería, oyéndose distintamente las voces que aclamaban rey de Granada al príncipe Abú-Abdalá el Chiquito, y Muley vió atónito tremolar en la torre del homenaje una bandera que no era la suya.

—¡Infierno! ¡infierno! gritó ronco de rábia y mordiéndose las manos: ¡Aben Comixa es aquel que arbola en mi régio alcázar el pendon de los traidores!—Caballeros, ya sé que estoy

perdido, pero sabré morir vengándome, y vosotros no me abandonareis. ¡Pronto, seguidme! Que aprenda Granada á respetar á su rey.

—Magnífico y poderoso señor, dijo el veterano Mohamad. Yo sé tambien morir por no perder la honra; pero escucha, te ruego, la voz de la esperiencia, que habla por mi boca. No aventures tu vida en un incierto lance; guárdala para una ocasion en que puedas descargar sobre seguro el golpe de tu venganza. Granada no te ofrece un asilo fuerte ni recursos bastantes para resistir á tus enemigos. Retírate ahora, que tiempo tendrás de recobrar lo perdido. En Málaga está el invencible Hamet el Zegrí con sus gomeres africanos, y en Almería el príncipe Cid Hiaya, tu primo, que te protegerán, y con su ayuda podrás volver y castigar á los rebeldes. Ahora solo caminarias á una muerte desastrosa.

—No es esa mi opinion, dijo el infante Abdalá el Zagal, hermano del rey. Si ahora volvemos las espaldas, nunca mas nos respetarán los granadinos.

—¡A las armas! ¡á las armas! añadió el ardoroso Reduan. Acorramos á nuestros amigos, que luchan en defensa del rey. No sería noble abandonarlos en el peligro.

—¡Sí, teneis razon! esclamó el rey. Yo no debo temer la muerte, cuando me roban el honor y la corona.

Y así diciendo, ciñóse apresuradamente una coraza y un alfanje, púsose un casco y montó en el primer caballo que le presentaron. Esperaba sofocar la rebelion, con solo aparecer en medio del pueblo: pero se engañaba. No bien dió vista á la plaza Nueva con su escolta ordinaria y unos cien caballeros que se le habian juntado, conoció su debilidad y el rigor de su adversa suerte: una lluvia de flechas y una descarga cerrada de mosquetería diezmó en un momento las filas de sus defensores, haciendo titubear á los mas valientes.

—¡No hay que detenerse! gritó Muley: luchemos cuerpo á cuerpo y hagamos temblar á la canalla.

Y empuñando la cimitarra, dió él mismo el ejemplo, arrojándose con denuedo entre sus rebeldes vasallos, y acuchillándolos desapiadadamente.

Abdalá el Zagal, mas feroz y sanguinario que su hermano, le seguia ébrio de carnicero entusiasmo: cada golpe de su brazo inmolaba una víctima. Los demás caballeros se mostraban dignos del alto renombre que habian alcanzado con su valor y señalados hechos. Pero la muchedumbre aparecia mas compacta á cada paso, y apoyada por los escuadrones de los valientes Abencerrajes, que cubrian la plaza, comenzó á pelear con doble esfuerzo, dando fieros alaridos, y avanzando con ánimo deliberado de apoderarse del rey.

Entre tanto las fuerzas de éste se engrosaban con nuevos campeones, que de todas partes acudian, y la refriega vino á ser en breve tiempo verdadera batalla, cuyo resultado era imposible prever. Muley ocupaba la márgen derecha del Darro y parte de la plaza; pero sus contrarios destacaron fuertes batallones de arcabuceros y ballesteros, que, apostándose en las alturas de la Antequeruela y márgen opuesta del rio, le pusieron en duro estrecho. Cualquiera fuerza que bajase del Albaicin y le cogiese las espaldas, podia obligarle á rendirse á discrecion.

Previólo así el veterano Mohamad, y repitió á Muley el consejo que antes le habia dado. El desesperado monarca tuvo que retroceder, y luchando sin descansar, logró con gran trabajo ganar las alturas del cerro del Aceituno. Era ya muy entrada la noche: desde aquel punto se oian los mil rumores de la ciudad, los gritos de victoria de los parciales de Boabdil ó Abu-Abdalá, y el estruendo de los diversos combates empeñados en parajes distantes entre sí, los cuales iban amortiguándose por grados.

—¡Oh! ¡pueblo mísero y voluble! esclamó el destronado rey. ¡Yo castigaré tu insolente desacato!

En esto se le reunió el wazir Abul Cacim con la sultana Zoraya y los infantes Cad y Nazar, que habian sido salvados por él de la furia popular, y en aquel momento se emprendió la marcha para Málaga, caminando por vias escusadas y ocultas entre montañas y selvas.

Todavía, sin embargo, la desesperacion inspiró al rey una empresa temeraria. Dejó marchar delante á la sultana con el

grueso de la gente de armas que la seguia, y llamando á unos veinte caballeros de los mas esforzados, retrocedió con ellos y entró en Granada por sorpresa, la tercera noche despues de su derrota. El rencoroso sultan no queria mas que saciar su sed de venganza, que le quitaba el sueño y le devoraba el corazon: silencioso y audaz, como la hiena, hizo presa en cuantos transeuntes encontraba por las lóbregas y tortuosas calles de la ciudad: una mujer sacó una luz por una ventana, y viendo en medio de la oscuridad á aquellos hombres sanguinarios, que parecian fantasmas infernales, y oyendo los gemidos lúgubres de sus víctimas, dejó caer el farol que en la mano tenia, esclamando:

—¡Malditos seais vosotros, que enseñais á los cristianos el camino de nuestra perdicion!

## CAPITULO V.

De que manera Hernando del Pulgar quebrantó su propósito de no casarse jamás.

Mientras ardía en Granada el fuego de la guerra civil, en los dominios de Castilla se formaban cruzadas y se hacian bélicos preparativos, para llevar adelante la empresa comenzada por D. Rodrigo Ponce de Leon, y vengar los insultos y tropelías de Muley Abul Hacem. Doña Isabel y D. Fernando estaban en Córdoba, y en rededor de ellos se juntaban, trayendo refuerzos de hombres y dinero, los señores andaluces, y los soberbios magnates que los años atrás habian combatido ó defendido su trono peleando en opuestos bandos.

La antigua capital del imperio de Ab-el-Raman encerraba en su seno los mas brillantes jóvenes y guerreros de la orgullosa nobleza española. Todos los dias se ejecutaban certámenes de armas, para mantener el vigor del espíritu, la agilidad y las fuerzas del cuerpo; y como estas luchas eran dispuestas por la reina, y en ellas solamente dominaba una fervorosa emulacion patriótica, los aceros embotados no causaban las funestas desgracias que tantas veces habian enrojecido con sangre humana

la arena de los palenques. Buscábanse con preferencia para combatirse los parientes y los amigos mas íntimos. Así es que se veia por lo comun entrar en liza, y disputarse el triunfo cuerpo á cuerpo á los dos hermanos gemelos D. Rodrigo y D. Alonso Tellez Giron, jóvenes tan hermosos, que cuando niños, los llamaban *los dos ángeles*, y tan parecidos, que no era posible distinguir al uno del otro, si vestian igual traje: la naturaleza los habia hecho de tal manera simpáticos entre sí, que cuando en la cuna dormian juntos, segun cuenta un cronista de su casa, se les unian los rostros, y les costaba llanto el separarlos. El arrogante alcaide de los donceles D. Diego Fernandez de Córdoba, señor de Espeja y Lucena, tenia gusto especial en combatir con su primo hermano Gonzalo, el héroe calumniado por novelistas y poetas, conocido en la historia con el nombre de el Gran Capitan, cuyo carácter, nada impetuoso ni temerario, sino reflexivo y valiente, iba marcado en el emblema de su escudo (*): los dos eran mañosos y diestros en el pelear. El marqués de Villena, D. Diego Lopez Pacheco, solia tener por adversario á su cuñado D. Alonso de Aguilar, que, como el marqués de Cádiz, estaba casado con una hermana suya. El mismo D. Rodrigo Ponce de Leon, y el duque de Medina Sidonia, vueltos de Alhama, y tan amigos como contrarios habian sido, se buscaban con frecuencia, y era cosa digna de ver, que siempre acababan su combate abrazándose como hermanos. Pulgar, nuestro valiente amigo, no podia competir con estos elevados magnates; pero entre los caballeros de mas baja esfera, buscaba indistintamente bravos mantenedores, que certificasen de su esfuerzo y cortesanía. El conde de Castrojeriz, aquel D. Álvaro de Mendoza, primo del señor de Toral, de quien hemos hecho especial mencion en otra parte, no se desdeñaba, sin embargo, de luchar con él, y aun solia decir, que anhelaba tener la honra de vencer á un jóven tan escelente. Los condes de Tendilla y de Coruña, de la ilustre

(*) Gonzalo Fernandez de Córdoba tomó por divisa de sus empresas una ballesta movida por una polea, con esta leyenda: *Ingenium superat vires;* ó sea: «Mas vale maña que fuerza.»

familia de Mendoza, el de Cifuentes, D. Luis Portocarrero, el hijo, (pues el padre tenia la guarda de Alhama), modelo de virtud austera y caballerosa cultura, y otros muchos nobles, títulos y grandes llenaban de su esplendor la ciudad, que parecia un áscua de oro en las ocasiones solemnes.

Una de estas se presentó, mientras se hacian por la reina diligencias activas para emprender la guerra formalmente, á lo cual le incitaba por una parte el deseo de completar la obra comenzada por Pelayo, y por otra el fervor de sus súbditos, ansiosos de medir sus fuerzas con los moros granadinos.

Queriendo la reina dar una muestra de su gratitud al marqués de Cádiz, y al adelantado de Andalucía D. Pedro Henriquez, habia dispuesto que se celebrasen, bajo sus auspicios y especial patrocinio, los desposorios de D. Beltran Ponce de Leon y Doña Beatriz Henriquez: y como este enlace debia ocasionar una honrosa emulacion entre los jóvenes caballeros, no se escaseó medio alguno de hacer ostensible la proteccion que le dispensaban los reyes.

Hubo, por consiguiente, antes de celebrarse las bodas, fiestas espléndidas, banquetes y torneos, en que presidieron por turno las damas nobles mas hermosas de la corte. Una entre todas atraia las miradas de los mas gallardos caballeros, no solo por su estremada belleza, sino tambien por su modesta esquivez, y habitual melancolía. Era esta jóven la protegida de Pulgar, doña Francisca Monte de la Isla, que contaba ya diez y nueve años, y estaba, por lo tanto, en la plenitud de su hermosura.

El dia que tocó á la sensible huérfana presidir el torneo, el rey mismo, por mas honrar á su vasallo el marqués de Cádiz, tomó parte en la lid, midiendo sus armas con las del duque de Medina Sidonia, que era un rey en sus estados. Claro está que ninguno de los dos campeones consintió en vencer al otro: ambos mostraron su destreza y bizarría, y juntos llegaron á recibir premio á los pies del trono de la hermosura: pero D. Fernando se presentó el primero, y al tomar de manos de doña Francisca un joyel de brillantes, la dijo en voz tan baja, que solo de ella pudo ser oida:

—Reina de las hermosas podeis llamaros sin vanagloria, que lo sois y mucho, mi graciosa señora; y os juro á fé de caballero, que este joyel tiene para mí mas precio que si fuera una corona.

La jóven se ruborizó al oir estas palabras escesivamente corteses, para ser dichas por un rey; pero contestó sin descubrir su turbacion.

—Vuestra Alteza me honra mucho, al aceptar con tanto aprecio esta pequeña muestra de lo que merece vuestro valor.

—Antes soy yo el honrado, añadió el rey con mas cautela: pues solo por merecerlo de vuestras manos he tomado parte en la lid.

La reina observaba desde su estrado esta escena, y como conocia el lado flaco de su marido, no dejó de sentir alguna inquietud; pero se tranquilizó luego que vió al rey retirarse, haciendo un saludo cortés á doña Francisca y á las otras damas que la acompañaban. Sin embargo, determinó vivir sobre aviso, porque apreciaba mucho la honestidad de la jóven y su propio decoro, y no queria dejarla espuesta á los peligros de una pasion imprudente, ni consentir en que por descuido suyo se originasen dentro de palacio intrigas escandalosas.

Terminada la fiesta de aquel dia, y encontrándose á solas doña Isabel con el rey, hizo recaer la conversacion sobre la hermosa menina, encareciendo su beldad y el despejo con que habia desempeñado su papel de reina del amor y de la hermosura.

—No me parece tan digna de elogio esa muchacha, como vos decís, repuso D. Fernando: es guapita, sí: muy modesta, sobre todo: pero tiene poco desembarazo y es algo dengosilla. Si se acostumbrase á brillar, acaso mejoraria de condicion, aunque creo que siempre se resentirá de la cortedad propia de su orígen humilde.

No necesitó mas la reina para comprender que su marido miraba con aficion á la menina: conociendo el carácter de éste un tanto solapado, y recordando que, cuando vió á doña Francisca por primera vez, despues de la batalla de Toro, quedó admirado de su innegable belleza, no pudo menos de estrañar la indiferencia con que ahora hablaba de ella, faltando evidentemente á la verdad.

—Decís bien, contestó, sin embargo, doña Isabel, que es algo corta y desdeñosa; pero sin duda se despertará y será una magnífica dama, luego que se case. Y hemos de pensar en darla un marido.

—No sabemos si ella querrá casarse, replicó el rey con intencion: ¿la obsequia algun caballero?

—Eso sí, muchos: como que es muy linda. Pero ignoro si ella se ha decidido por alguno.

El rey torció de intento el giro de la conversacion, lo cual acabó de confirmar las sospechas de doña Isabel.

Aquella misma noche, al tiempo de acostarse, la reina hizo que la sirviese doña Mencía de Meneses, á quien habló largamente de su sobrina, procurando indagar si ésta tenia amores. La honrada dueña protestó con el mayor ahinco, que en su presencia nadie se habia desmandado á cortejar á la jóven encomendada á sus desvelos; pero instada para que declarase si ella habia pensado en algun caballero digno de obtener su mano, dijo por último, aunque con todas las salvedades imaginables, que la linda menina era víctima de una pasion, que procuraba esconder en lo mas hondo de su pecho: y hablando en toda verdad, añadió, que solo en sueños le habia revelado la jóven aquel afecto de su ánimo, pues nunca, desde que fué mujer, mostró aficion á ningun hombre. Preguntóle la reina si conocia al galan afortunado, y doña Mencía nombró á Pulgar.

—¡Pulgar! esclamó doña Isabel. ¡Cuánto me alegro! Cabalmente habia yo pensado en él para enlazarlo con Francisca.

La noble dueña se retiró loca de contento; pues la conversacion que acababa de tenerle la reina era equivalente á una promesa de favor para su sobrina.

Entre tanto el rey, por su parte, hacía las mismas investigaciones, con su acostumbrada sagacidad, y no faltó algun envidioso que, no habiendo podido alcanzar los favores de la menina, le descubriese su intimidad con el jóven contínuo. El rey decidió en su interior alejarlo de la corte, y buscar algun otro caballero menos pundonoroso, que se encargase de dar á doña Francisca el título de esposa, recibiendo en premio de su condescendencia honores y mercedes.

Muy agenos estaban Pulgar y su enamorada amiga de las altas cábalas que se combinaban acerca de sus modestas personas, cuando un acontecimiento de distinta índole vino á precipitar el desenlace de sus románticas relaciones.

Al dia siguiente llegó á Córdoba un correo de Alhama, pidiendo prontos socorros y un cambio de guarnicion; pues la que allí habia, estaba cansada de sufrir frecuentes asedios y calamidades, y era de temer que se insubordinase, tal vez en los momentos de mas peligro. El nuevo rey de Granada, necesitando adquirir popularidad, habia decidido ponerse sobre aquella villa, y no levantar el sitio hasta rendirla: escaseaban dentro los mantenimientos, y el enemigo fuera, de nuevo amenazaba cortar el agua á los sitiados. Túvose un consejo de guerra en presencia de los reyes, y á propuesta de doña Isabel, quedó resuelto hacer una entrada por la Vega de Granada y cercar alguna villa ó ciudad, á fin de distraer al moro y subdividir sus fuerzas, sin perjuicio de enviar nueva guarnicion á Alhama. Pero, como importaba mucho dar alientos á los cristianos que sostenian aquel punto, para que no desmayasen, en tanto que se les enviaban socorros, se pensó en mandar á este fin un caballero audaz, y bastante diestro para introducirse en la plaza, aunque le fuese menester pasar por medio del campo enemigo.

Apenas se indicó esta idea, el rey propuso á Pulgar para el desempeño de una comision tan arriesgada. Nadie contradijo la idoneidad de la persona, y nuestro caballero recibió instrucciones aquel mismo dia para llevar esperanzas á los de Alhama, y ver el modo de introducirles algunos víveres.

No se ocultó á la reina la torcida intencion de D. Fernando: inmediatamente llamó á Pulgar, y en presencia de su tio don Luis Osorio, que poco aficionado á la vida militar, acababa de recibir órdenes sagradas, le dijo:

—Hernando, me parece que estareis contento, pues se os confia un encargo peligroso, en el cual podeis ganar mucha honra.

—Señora, contestó el jóven: siempre recibiré honor acudiendo á donde quiera que V. A. me mande. Pero sin duda se me

dispensa en esta ocasion mas confianza de la que merezco, y debo por ello estar muy agradecido.

—Decidme, repuso la reina: ¿no dejais, por ventura, en la corte alguna persona que se aflija por vuestra ausencia?

Pulgar se acordó al momento de doña Francisca, con quien era ciertamente mas ingrato de lo que ella merecia; pero su delicadeza y el interés con que miraba el honor de su jóven amiga, le impidieron nombrarla.

—Mi ausencia, señora, dijo, no puede ser motivo sino de alegría y de plácemes para mis amigos. Fuera de éstos, no tengo ningun pariente ni allegado, que deba afligirse.

—No hablo de vuestros parientes y amigos. ¿Acaso no hay alguna dama entre las mias, por quien se interese vuestro corazon? Sed franco, pues tengo acerca de vos cierto proyecto, y deseo favoreceros.

—Señora, repuso Pulgar con alguna turbacion: puedo asegurar á V. A. que estoy completamente libre de todo compromiso de esa especie.

—Bien, lo creo: pero, si os diesen á escoger esposa entre las doncellas de mi corte, ¿á cuál eligiriais? Yo conozco alguna, que os estima como á su protector y buen amigo.

—Es verdad, señora, contestó el jóven, que doña Francisca Monte me dispensa mas afecto del que yo he merecido. Pero os juro que nunca he sido para ella mas que un hermano, y que como tal defenderé su honestidad contra cualquiera que la ponga en duda.

—¿Y os pesaria de tenerla por mujer? Yo os la doy, Hernando; y puesto que vais á donde podreis alcanzar honra y prez con vuestros servicios, segun sean estos, procuraré daros haciendas para sostener con decoro vuestro nuevo estado.

Pulgar ahogó un suspiro, que brotó de su pecho, al recuerdo de su antigua pasion, aun no estinguida, y como las afectuosas palabras de doña Isabel envolvian una órden, contestó bajando los ojos:

—Muy ingrato sería, señora, á vuestras bondades, si reusase los favores que me dispensais. Disponga V. A. de mí, como mas le plazca.

Don Fernando, entre tanto, se habia procurado un narcótico y una llave; el primero para burlar la vigilancia importuna de doña Mencía de Meneses, y la segunda para obtener una entrevista á solas con doña Francisca: ya varias veces habia repetido á la jóven sus insinuaciones amorosas, pero nunca con la libertad necesaria para hacerse escuchar de ella; y esto le irritaba, é iba convirtiendo en verdadera pasion su inconsiderado capricho. Las virtuosas prácticas establecidas por la reina en el régimen interior del palacio, le imponian respeto á él mismo, y no le era dado traspasarlas, sino valiéndose de astucia y sigilo.

El tercer dia despues de aquel en que se recibieron las noticias de Alhama, estaba ya Pulgar provisto de lo necesario para emprender su marcha: se le habian dado algunos hombres de armas, aparte de los que servian á sus órdenes en clase de escuderos; y además llevaba cartas para que los alcaides de Archidona y Antequera le facilitasen víveres, carros y acémilas para transportarlos, y los guias y refuerzos que necesitase: D. Luis Osorio, como hombre de esperiencia y seso, debia acompañarle, á fin de templar con su prudencia la impetuosidad del jóven guerrero. El calor arreciaba ya en esta sazon; por lo cual, y para que la espedicion fuese mas sigilosa, se dispuso emprenderla de noche.

Aguardaba el rey con impaciencia el momento de la partida, pues desde que fué advertido, no dejó de observar que Pulgar era un vigilante demasiado embarazoso, y que apenas se apartaba un momento del lado de la menina. Y es que, con efecto, el jóven de contínuo frecuentaba, de dos dias á aquella parte, mucho mas que antes el trato de su dulce amiga; cosa muy natural, estando resuelto á desposarse con ella.

¡Y cuán afortunado era Pulgar en tomar por mujer á la niña, que una feliz casualidad le hizo encontrar en momentos desastrosos! Doña Francisca, ya lo hemos dicho, habia contraido desde un principio, hácia su generoso y valiente protector, uno de esos cariños respetuosos y nacidos de la gratitud, que templan el corazon sin encenderlo, y que lenta y progresivamente

van propagándose en la sangre, hasta formar parte inseparable del ser humano: aquella niña contempló siempre á su amigo con admiracion, y cuando con la edad presintió de un modo vago los peligros de su ternura, se replegó tímidamente en sí misma, como si se asustara de abrigar esperanzas, que, sin embargo, eran ya una necesidad de su vida. Pulgar estaba en ella; formaba la mitad de su espíritu: él solo era capaz de infundirle fortaleza; fuera de él no habia para Francisca mas que el vacío con toda su insondable soledad.

Así es que, cuando la noble dama doña Mencía le reveló la determinacion de la reina, sensaciones desconocidas se despertaron de pronto en su corazon de vírgen: brilló la alegría en sus ojos, y el rosicler de la felicidad coloreó con pasajeros matices sus transparentes mejillas; hablaba de cosas indiferentes y frívolas, sin pensar lo que decia, ni acordarse de ello un momento despues; y repentinamente suspendia la risa que rebosaba en sus labios, para enjugarse una lágrima que asomaba á sus arqueadas pestañas.

Era que lo pasado, lo presente y lo porvenir se chocaban y confundian en el palenque de su alma pura y sensible. La dicha de apoyarse, como flor delicada, en el firme sosten de su valiente caballero, le traia á la memoria recuerdos de dolor: y al mismo tiempo le representaba las penas de la ausencia y los peligros de la guerra, á que habria de hallarse espuesto su amado.

Llegó la noche de la partida: en un patio del palacio que habitaban los reyes, casa de D. Alonso de Aguilar, aguardaban al jóven hidalgo sus escuderos y los otros hombres de armas que habian de acompañarle. Tristan de Montemayor tenia del diestro el caballo de su amo, y juntamente una hacanea, enjaezada y dispuesta como para conducir á una dama.

El rey se paseaba en su aposento, ensayando á solas el discurso que pensaba enderezar aquella misma noche á doña Francisca: habia ganado con dádivas á una doncella de ésta, por medio de un criado suyo, confidente de quien se valía para su intriga, y esperaba el momento oportuno para llevar á cabo su dañada intencion. Era ya tarde, y el palacio estaba silencioso;

así que un golpecito dado en la puerta de la estancia, hizo estremecerse á D. Fernando, como acontece á todo el que tiene la conciencia intranquila.

—¿Eres tú, Bernal? preguntó el rey creyendo que fuese su confidente quien llamaba.

La puerta se entreabrió, y apareció en ella la venerable cabeza del maestresala Covarrubias.

—¿Qué me quereis? preguntó entonces D. Fernando con tono algo áspero.

—Señor, contestó el maestresala inclinándose profundamente. Mi señora la reina desea ver á V. A.

—¿Qué le habrá ocurrido ahora? murmuró el rey para sí.—Bien: decid á S. A. que voy á complacerla.

Covarrubias hizo otra reverencia como la primera, y se retiró: el rey se acercó á una ventana, mirando por ella á las del aposento de doña Francisca, que desde allí se veian; y observando la mucha tranquilidad y falta de luz que se notaba en aquella parte del edificio, concibió las mas sólidas esperanzas de ver realizados pronto sus deseos. En seguida se encaminó al cuarto de la reina.

Muy ageno estaba de encontrar allí á la jóven que le habia trastornado el seso. Vestida con su sencillo traje habitual, doña Francisca brillaba entre otras damas por su hermosura, y por un ligero resplandor de modesta felicidad que animaba su semblante: algunos caballeros se acercaban á ella, y doblando una rodilla sobre un cojin que habia delante de sus piés, segun era costumbre de hablar á las damas en el estrado de los reyes, la felicitaban en voz baja y con el miramiento debido á la magestad real: á sus lados estaban doña Mencía y la mujer del señor de Aguilar, y retirados en un ángulo del fondo de la cámara, la contemplaban D. Luis, vestido con el traje sacerdotal, y Pulgar cubierto con su armadura, y llevando al cinto la espada de su padre. La reina ocupaba su silla; cerca de la cual se hallaban la marquesa de Moya, D. Gutierre de Cárdenas, elevado á la dignidad de comendador mayor de Leon, y D. Alonso Fernandez de Córdoba, señor de Aguilar.

El rey quedó sorprendido al ver aquella reunion inesperada, y acercándose á la reina, le tomó afectuosamente la mano y se sentó á su derecha.

—¿Tendreis á bien decirme lo que esto significa? le preguntó en voz baja.

—¿No lo adivinais? repuso doña Isabel sonriéndose. Como esta noche marcha Pulgar para una empresa arriesgada, he querido antes satisfacer un legítimo deseo de su corazon, casándolo con su linda protegida; y hé aquí, que os he llamado, para que recibais en mi compañía los homenajes de su gratitud.

La palidez de la ira y el despecho cubrió las mejillas de D. Fernando, se encontraba burlado por la penetracion de la reina. Sin embargo, se sonrió y repuso:

—Mucho me place que lo hayais dispuesto así; pero advertid que Pulgar no se puede detener un momento. De la prontitud de su marcha depende quizás la conservacion de Alhama.

—Es muy cierto, señor: por eso no aguarda Pulgar mas que vuestro beneplácito, para marchar inmediatamente con su esposa.

—¡Cómo! ¡Con su esposa! ¡Buena cuenta daria de su comision! Es imposible que le siga esa dama.

—Claro está que es imposible, señor: Pulgar lleva consigo á Francisca, para dejarla de paso por Alcalá la Real, en poder de su padre: me ha parecido muy conveniente disponerlo así.

—¡Ah! Eso es otra cosa; y me parece bien, muy bien; replicó el rey, mordiéndose los labios.

—Ya sabia yo que esto mereceria vuestra aprobacion, repuso doña Isabel: y volviéndose á los jóvenes desposados, les dijo:

—Pulgar, Francisca, hijos mios, venid á besar las manos al rey vuestro señor.

Hicieron ellos lo que la reina les mandaba, llegando á postrarse á los piés del rey, asistidos por sus padrinos, que lo habian sido el señor de Aguilar y su esposa, y habiendo besado las manos á doña Isabel y D. Fernando, éste se quitó una ca-

dena de oro del cuello, y poniéndola en el de doña Francisca, la dijo:

—Me ha sorprendido tan de repente este suceso que no he podido disponer un regalo conforme á la buena voluntad que os tengo: pero aceptad esta joya en memoria mia.

—Nada podeis darme, señor, que sea para mí de mas aprecio que este recuerdo, contestó la jóven balbuceando, y sin atreverse á levantar la vista del suelo.

—¡Ea, Pulgar! No os detengais, repuso el rey: á ver como recibo pronto buenas nuevas de vuestro valor.

Pulgar se levantó dando la mano á su esposa, y hechas las debidas reverencias, se retiró de la cámara, siguiéndole D. Luis Osorio, la dueña y algunos amigos. Pocos momentos despues sonaban en el patio del palacio las herraduras de los caballos, que partian rápidamente.

Habíase dispuesto el casamiento de Pulgar con tanto secreto, que, hasta el momento de efectuarlo, nadie tuvo noticia de él mas que la reina, los dos cónyuges y D. Luis Osorio, que les dió las bendiciones. Cuando el rey volvió á su aposento particular, encontró á su confidente Bernal, que, ignorando lo que habia pasado, le dijo:

—¡Señor, albricias!

—¡Albricias! ¿de qué? le preguntó el rey con ira.

—La dueña tiene ya el narcótico en el cuerpo.

—Pues bien, déjala dormir, y quítate de mi presencia con mil diablos, si no quieres que te dé yo á tí otro sueño, del que nunca despiertes.

Y sin mas, entró en su habitacion, cerrando la puerta con violencia. Bernal se quedó fuera santiguándose, como quien vé visiones.

## CAPITULO VI.

Que trata de los primeros y de los segundos amores.

IGAMOS á Pulgar en su arriesgada espedicion, que nos ha de dar materia para referir mas de un lance aventuroso, y dejemos en suspenso por ahora lo de las bodas concertadas entre D. Beltran Ponce de Leon y doña Beatriz Henriquez, las cuales parecia estar decretado del cielo que no hubieran de celebrarse con entera felicidad; pues aconteció, que observando la dama demasiada frialdad en su prometido, y sospechando que esto naciese de algunos amoríos ofensivos á su honor, llegó á descubrir que, con efecto D. Beltran andaba muy apenado por la mora Celima. Mediaron con este motivo sérios altercados entre el adelantado y el marqués de Cádiz; y á pesar de los compromisos formales y públicos que se habian contraido, á propuesta de doña Beatriz, quedó aplazado el matrimonio, hasta tanto que la mora fuese restituida á su padre, y ella estuviese plenamente satisfecha del afecto y fidelidad de su esposo. Para cubrir las apariencias, y no dar qué decir, la dama pretestó una enfermedad, y toda la familia del marqués se mostró muy sentida de este fingido contratiempo.

Mas afortunada doña Francisca Monte, iba camino de Alcalá la Real, segura del amor de su marido, que si no era tan ardiente como ella deseára, bastaba por lo menos á satisfacer las ansias de su corazon. Toda la noche caminaron los jóvenes esposos entretenidos en sabrosa plática, pues D. Luis Osorio, dejando marchar delante de ellos parte de la gente, se colocó él mismo á retaguardia de la restante, so pretesto de precaver la desercion de alguno que pudiera ocurrir. Así Pulgar y Francisca quedaron solos, en plena libertad para entregarse á las dulces confianzas, que aquella singular noche de novios les permitia. Enlazadas las manos, por las cuales mútuamente se comunicaban las almas; hablando los dos á un tiempo, y sin atender ninguno de ellos mas que á lo que el otro decia; ébrios, en fin, de una felicidad nueva, desconocida y en que no habian podido soñar, les sorprendió la luz de la aurora, pasado el pueblo de Castro, á las orillas del rio Guadajoz, que por aquella parte lleva cristalino tributo al caudaloso Guadalquivir. Doña Francisca suspiró entonces y dijo:

—¡Dios mio! ¡Qué corta ha sido la noche! No es posible que sea ya de dia.

Pulgar apretó suavemente la mano de su esposa, y por toda respuesta la acercó á sus lábios, dándola un casto beso.

—¡Hernando! esclamó la doncella, retirando su mano por un movimiento de pudor: ¿qué haceis, hermano mio? Ved que nos miran.

—¡Perdóname, alma mia! contestó el jóven lleno de confusion, como el niño que acaba de ser sorprendido robando una golosina. Lo hice sin pensar.

Tanta era la pureza de aquel corazon indomable y fiero; mezcla de tímida inocencia y de vigor bravío, que difícilmente habrá quien la comprenda en nuestros tiempos.

Un espectáculo bellísimo se presentó á la vista de los tiernos esposos, distrayéndoles algunos momentos de sus amorosos delirios. El rio contra cuya corriente caminaban, hacía un ancho remanso de Sur á Norte, formando un espacioso lago de tres millas cuadradas: era un estancamiento casual, producido por el

movimiento de las arenas, que habian arrastrado las avenidas del pasado invierno. Las aguas estaban completamente limpias y claras, y solo las rizaba el ténue soplo de la brisa matutinal: en medio de este lago habian quedado tres ó cuatro islotes cubiertos de verdor florido, y en la ribera opuesta á la que seguian nuestros caminantes, se alzaba un escarpado monte, sobre el cual descansaban los cimientos de un fuerte castillo, á cuyos piés, como las plantas débiles, al abrigo de un árbol frondoso, se estendian las modestas casas de una poblacion señorial. Mas léjos en perspectiva desigual se veian otras montañas elevadas; y todo esto parecia pintado en el brillante lienzo de nácar y oro, que formaba el cielo, iluminado por la blanca luz de la aurora. Otro cielo, otras montañas, otro castillo y pueblo aparecian con rasgos trémulos y prolongados en el espejo transparente del lago, que, por decirlo así, daba vida á un mundo imaginario.

Pulgar y Francisca lanzaron á la vez una esclamacion de sorpresa y alegría: aquel cuadro maravilloso se les habia presentado de repente, al revolver de una colina: maquinalmente detuvieron sus caballerías para contemplarlo, y lo mismo hizo Diego de Baena, el ex-bandido de Torozos, mientras los demás continuaban la marcha, ó indiferentes, ó distraidos.

—¿Sabrás decirme, amigo Diego, qué castillo es ese que estamos viendo? preguntó Pulgar al escudero.

Éste dió un suspiro, y contestó moviendo la cabeza con triste ademan:

—Demasiado bien conozco esa fortaleza y todas sus cercanías. Eso es lo que D. Pedro Diaz de Sandoval llama su castillo de Baena: el pueblo que está á sus piés se llama Castrillo, y es una dependencia del estado de Castro, que venimos atravesando. Allí nací yo: Baena se vé desde aquellas alturas.

Pulgar no escuchó toda la relacion del escudero: al oir el nombre del castillo y de su dueño, acudieron á su memoria y á su corazon recuerdos que deseaba olvidar, y apartó con dolor la vista de aquel delicioso panorama. Ya le parecia que iba á ver á doña Elvira de Sandoval, descender por la senda tortuosa del monte, ó surgir de entre las cristalinas aguas, mon-

tada en aquel fogoso caballo que, en otro tiempo, la llevaba á un precipicio. El virtuoso hidalgo tuvo miedo á los asaltos de su mal apagada pasion, sobre todo ahora, que un doble deber le mandaba olvidar. Doña Francisca reparó en la turbacion de su marido; pero segura de su lealtad, le dijo:

—¿No es ahí donde vive retirada mi amiga Elvira? ¡Oh! ¡Cuánto me alegraria de poderla dar un abrazo!

—Ojalá pudiese yo complacerte, amada mia, contestó Pulgar; pero bien sabes cuanto importa que caminemos con diligencia.

—¡Cómo ha de ser! repuso la jóven: pero mucho lo siento; pues aunque Elvira ha sido la causa de que hayas tardado tanto tiempo en comprender mi cariño, la quiero como á una hermana, y la querré toda mi vida,

—¿Quién te ha dicho?.... balbuceó Pulgar, sin atreverse á concluir la frase.

—¡Bah! Una mujer enamorada no necesita que le digan esas cosas. Pero, atiende, amigo mio, y vé si tengo firme confianza en tí: desde el dia en que Elvira determinó casarse, comprendí, no solo que la amabas, sino tambien que eras correspondido. Y sin embargo, nunca te lo he dicho, porque yo tambien te amaba; y ahora te lo digo, porque soy tu mujer, y tú eres Pulgar.

—Dejemos esto, y sigamos nuestro camino, sin pensar mas en cosas que pasaron, replicó nuestro jóven héroe con entereza. Hoy ya no tengo mas que un amor, ni tú tienes otro rival que la patria. Y es tirana, ¡pardiez! pues me arranca de tus brazos, cuando empiezo á conocer lo mucho que gano en poseerte, vida mia.

Doña Francisca se puso triste y quedó pensativa; pero agitando en seguida su graciosa cabeza, esclamó, esforzándose por parecer alegre:

—¡Cosa mas singular! ¿Estaré destinada á querer bien á todas mis rivales? Las dos que hasta hoy conozco, me han hecho llorar muchas veces, y á pesar de esto las amo.

Acababa de pronunciar estas palabras la hermosa jóven,

cuando, alzándose Pulgar en los estribos, llamó su atencion hácia una gran polvareda que, en frente de ellos y en el mismo camino por donde iban, se levantaba, oscureciendo el esplendor del sol naciente, como si fuera una nube. Mirando con cuidado, se observaban de cuando en cuando reflejos de armas, y era fácil reconocer que venian á encontrarse con nuestros viajeros.

—¡Alto! gritó Pulgar á su gente: y á esta voz acudió don Luis Osorio, que, como muy habituado á viajar á caballo, fué sorprendido en lo mejor de un apacible sueño.

—¿Qué hay? ¿Qué hay? preguntó el buen capitan arcediano, (que esta doble dignidad obtenia).

—Señor, dijo Pulgar; ved allí aquella polvareda que hácia nosotros avanza: me ha parecido que brillan armas entre ella. No sea, con mil santos, alguna zalagarda de moros, y cogiendonos desprevenidos, nos den un mal rato, ¿Quereis que salga yo á reconocerlos?

—¡No, tú no! esclamó doña Francisca, acercando cuanto pudo su montura al caballo de Hernando.

—Lo que debemos hacer, dijo D. Luis, es ocultarnos en este soto que tenemos á mano derecha, y enviar un adalid que reconozca á esa gente; y si son enemigos, segun el número de ellos, así obraremos.

—¡No pueden ser enemigos, dijo Diego de Baena; porque sería demasiado atrevimiento meterse en estas tierras tan pobladas de castillos, donde velan constantemente los capitanes fronteros y adelantados, y donde residen las familias de Fernandez de Córdoba, Ribera y Sandoval.

—Sin embargo, no está léjos de aquí la vega de Lucena, repuso D. Luis; y contra todo el poder del conde de Cabra y del alcaide de los donceles, se mete por ella, cuando se le antoja, el viejo Alí-Atar, á quien por esto llaman los moros el jardinero de Lucena. Lo mas prudente es emboscarnos, y pronto; pues aunque sean muchos, podremos derrotarlos, si los cogemos de sorpresa, y si los encontramos en este camino, estamos perdidos.

Pulgar miró con pena á doña Francisca, como si ésta fuese

un obstáculo á sus deseos. En seguida, encogiéndose de hombros, murmuró con disgusto:

—Hágase lo que mejor os parezca, señor; pero á ver quien sale á reconocer el campo.

—Yo iré, señor, contestó Diego de Baena. Conozco bien el pais y no corro ningun peligro.

Toda la gente de armas, y los espingarderos y ballesteros, que llevaba Pulgar, se entraron en el bosque; y mientras se tomaban disposiciones oportunas para defender á la dama y atacar al enemigo en caso necesario, el escudero andaluz se metió por entre unos ribazos, que le ponian á cubierto, y avanzó con la confianza de un hombre esperto en el conocimiento del terreno.

Á poco se oyó hácia el paraje por donde aquel habia desaparecido, una ruidosa carcajada, y el galope de un caballo. Pulgar se asomó al camino y vió á Diego de Baena, que volvia riendo.

—Salid, señor, salid, dijo: no es cosa de cuidado. Son unos pocos cristianos que vuelven seguramente de tierra de moros; y lo que tanto polvo levanta es un rebaño de carneros, que aquellos traen.

Pulgar descargó un terrible golpe con su manopla en la empuñadura de la espada, y prorumpió diciendo:

—¡Reid, reid de mi simplicidad! ¡Juro á Dios y á esta cruz, que no he de volver á esconderme jamás, así vengan mil moros contra mí solo!

— Eso es jurar en vano, sobrino, le contestó D. Luis; porque es jurar sobre lo imposible. Si conocieseis bien el género de guerra que usan los moros granadinos, sabriais que, no siendo en combate singular de caballero á caballero, ó en batalla campal de poder á poder, hay que andar siempre con ellos en celadas y estratagemas, para poder triunfar de su táctica endiablada. El moro, por lo comun, ataca impetuosamente y huye, se revuelve contra su enemigo, ceja y le vuelve á embestir, hasta que lo rinde con sus rápidas evoluciones, sin haberse puesto una sola vez á tiro. Entonces aprovecha la ocasion, y despliega todas sus fuerzas, que suele tener emboscadas, y aca-

ba de un golpe con su contrario. Es como el tábano, que fatiga al mas poderoso caballo, para luego descansadamente chuparle la sangre. Cuando encontreis una pequeña algarada en un camino, antes de acometerla, mirad á los costados y á la espalda; porque allí, no al frente, suele estar el peligro; y es menester observar mucho y guardar contínuamente el cuerpo, para no dejarse envolver.

Mientras el prudente arcediano daba esta leccion de táctica militar á su sobrino, que atentamente le escuchaba, llegaron á su encuentro los guerreros que habia anunciado Diego de Baena: eran efectivamente cristianos, y venian cargados de botin. Uno que, entre los demás, parecia jefe, á juzgar por la magnificencia de sus armas, pues traia echada la visera, corrió hácia Pulgar, tendida la lanza, pero en ademan de rendirla. Nuestro jóven, recelando algun engaño, ordenó su gente con prontitud, puso á doña Francisca en seguro, y saliendo, lanza en ristre, al medio del camino, gritó:

—No paseis adelante, caballero, quien quiera que seais, si no quereis descubriros el rostro, ó decir vuestro nombre.

—¡Pardiez! contestó riendo el encubierto: ¿de cuándo acá los novicios hacen cara á los caballeros? Decidme, amigo Hernando, añadió, haciendo con la cabeza y la mano un movimiento significativo hácia la dama: ¿por fin os metisteis fraile?

—¡Ribera! esclamó Pulgar.

—El mismo soy, contestó el marido de doña Elvira, descubriéndose el rostro, y haciendo una galante cortesía á la dama.

Hernando se acercó á su afortunado rival, y sin apearse del caballo, le dió los brazos. Entonces reparó que aquel traia colgada del arzon una cabeza de moro principal, segun por las tocas del turbante se conocia.

—La fortuna me trae, sin duda, á vuestro encuentro, dijo D. Diego de Ribera, pues me ofrece ocasion de evitaros un peligro, y el placer de que descanseis en mi casa.

—Ningun peligro puede hacer que me detenga, respondió Pulgar: de lo contrario, aceptaria con gusto vuestra generosa oferta.

—¿Es decir, que la rehusais? Pues yo no consiento que, es-

tando vos á mis puertas, paseis de largo, sin tomar siquiera un almuerzo. Y luego, ¿á dónde quereis ir? Sabed que el viejo Alí-Atar, un demonio de noventa años, con quien tarde ó temprano hareis conocimiento, anda por esa sierra. Le he jugado una mala pasada, y viene siguiéndome la pista: no podeis hoy proseguir adelante, sin tropezar con él.

—Dice bien el señor de Ribera, repuso D. Luis: es conveniente que descansemos, para continuar la marcha á la noche. Y puesto que nos ofrece su casa, no debemos rehusarla.

—Como que me hariais una ofensa, replicó D. Diego.

Y mandando tocar trompetas, se oyó en seguida repetir la señal en el castillo, y de la márgen opuesta del rio se destacó una barca de poco calado, movida por cuerdas y garruchas, y bastante capaz para transportar cien caballos de una vez: mas que barca, era una especie de puente de madera, sobre el cual, sin necesidad de desmontarse, pasaron al otro lado los ginetes: doña Francisca fué colocada entre su marido y D. Diego para precaver cualquiera desgracia que la pudiese ocurrir. En otros dos viajes quedaron trasladados los peones, acémilas y ganados, y estando ya todo en salvo, comenzaron los dos caballeros á hablar de sus aventuras, mientras subian la cuesta del castillo.

—Mucho tiempo hace que no nos hemos visto, amigo Hernando, dijo el jóven Ribera.

—Para cinco años vá, segun mi cuenta, respondió Pulgar.

—Justo y cabal, repuso D. Diego, y la prueba es que nos separamos cuando yo iba á casarme, y mi Fernando ha cumplido ya cuatro años.

—¡Ah! ¿Teneis un hijo?

—Tengo una alhaja, que se llama Fernando, en memoria del rey. Por cierto, amigo Pulgar, que si no hubieseis estado ausente de nosotros todo este tiempo, y si yo no tuviera seguridad completa en la virtud de Elvira, podria estar celoso de vos.

—¿De mí? No sé porque.

—Sí, porque mi chico es vuestro vivo retrato: la misma cara, y la misma condicion. ¡Y yo estoy contento, pardiez! ¡Cuántos padres desearian que sus hijos se os pareciesen, al ménos en

el carácter y el valor! Eso sí: mi Fernando, si Dios me lo conserva, será tremendo. Ved qué juguete le llevo.

Y señalaba á la cabeza del moro, que pendia del arzon, lívida y ensangrentada.

—Paréceme que ha de haber sido moro de cuenta ese cuya cabeza traeis, dijo D. Luis.

—Sí, lo era. No queria tanto á sus hijos Zair y Alí, el viejo Alí-Atar como á este Ibrahim Zafarjal, el mejor de sus capitanes: y os confieso que yo le habria perdonado la vida; pero el perro,—¡Dios le perdone!—se obstinó en creer que yo era hermano del marqués de Cádiz; y aunque le desengañé, me replicó que mentia: estaba puesto en quitarme la vida, por vengar no sé qué agravio de D. Beltran Ponce, y tuve que tomar la suya.

Continuando así la conversacion, dieron vista al castillo nuestros caballeros, despues de haber trepado la montaña. Doña Francisca iba temblando de emocion, al recuerdo de su buena amiga, y con lo que habia oido de la estraña semejanza del niño Fernando con Pulgar.

—Un favor nos habeis de hacer, señor de Ribera, dijo: y es que nos dejeis aquí, hasta que hayais prevenido á doña Elvira de nuestra llegada. Yo sé que se ha de alegrar mucho de verme, y no quisiera cogerla de sorpresa.

—Se hará como gusteis, contestó D. Diego.

Y picando al caballo, echó delante, seguido de sus hombres de armas, escuderos y soldados.

La gente del castillo estaba ya toda en movimiento para recibir á su señor. Doña Elvira salió hasta el rastrillo á esperarle, y con ella sus criados y dos niños: uno de cuatro años, vivaracho y hermoso como un ángel y otro mayor. Eran estos su hijo Fernando y un sobrino, hijo de su hermano D. Pedro, primogénito de su casa.

Don Diego echó pié á tierra en cuanto vió á su esposa, y corrió á darle los brazos. La hermosa dama lloraba de alegría, y tocaba á su marido, como para cerciorarse, mejor que con los ojos, de que volvia sano y salvo de los peligros de la guerra. Su hijo por otro lado le abrazaba las piernas con infantil alborozo.

—¡Qué cansado vendrás, amado mio! decia doña Elvira.

Y entre tanto el niño Fernando le preguntaba:

—¿Me traes muchos moros?

—Sí, te traigo uno, que vale por veinte, le contestó su padre, dándole un beso en la fresca mejilla. Pero vamos adentro, y me quitaré estos arreos.

—Sí, vamos, dijo doña Elvira, ciñendo con su brazo la cintura de su esposo, el cual apoyaba el suyo en los delicados hombros de ella.

De este modo pasaron á una estancia principal del castillo, á donde les siguió un paje de armas, y poco despues Fernando con su primo, haciéndose llevar la cabeza del moro, que echaron á rodar sobre la alfombra con risa y algazara. El uno le tiraba de las barbas ó le alzaba los bigotes, descubriéndole los dientes; el otro remedaba el gesto fiero que, á pesar de la muerte, aun conservaba aquel rostro desfigurado; y mientras ambos se rogocijaban en su bárbaro entretenimiento, D. Diego, á quien el paje desarmaba, parecia gozar en aquel espectáculo, y mas aun en el blando apoyo de doña Elvira, que, mirándole con apasionada dulzura, le dirigia las frases mas cariñosas. ¡Estraño contraste de sentimientos, muy comun en aquella época, y que apenas concibe hoy la imaginacion como pudieran hermanarse! Verdad es que tampoco nos es dado comprender todo el vigor lozano de aquellos corazones, lo mismo para la ternura que para la ferocidad.

Don Diego aguardó á que su jóven esposa hubiese desahogado sus dulces afectos hácia él, para decirla:

—Todos mis afanes los doy por bien empleados, amiga mia, por merecer tus tiernos halagos. Y esta vez me parece que estarás contenta de mí: te traigo magníficas joyas y preseas de gran valor, que Ibrahim Zarfajal habia cogido en los pueblos del conde de Cabra: no te traigo cautivos, porque eran cristianos los que apresé al moro, y les dí libertad; pero voy á presentarte, si me das licencia, otros huéspedes, que sin duda no esperas, ni adivinarás quienes son.

Diciendo esto, se volvió al paje, que acababa de servirle ro-

Estraño contraste de sentimientos, muy comun en aquella época.

pas limpias, y le habló pocas palabras en voz baja: el paje hizo una señal de inteligencia, y salió. Don Diego se sentó y doña Elvira á su lado, cruzando ambas manos sobre su hombro.

—¿Unos huéspedes? le preguntó. Con efecto, no adivino quienes pueden ser. ¿Acaso tus hermanos? ¿Mi padre?....

—Nó.

—¡Ea, pues! Dímelo, y no me impacientes.

—Fernando, hijo mio, dijo D. Diego: ben acá.

El niño se acercó, vivo como una centella, y montó á caballo en el muslo de su padre.

—Mira bien á este calaverilla, continuó D. Diego. ¿Lo ves bien? Pues uno de los que vienen es el original de este retrato. ¿Á ver si te acuerdas?

Doña Elvira habia notado, mas quizá que su esposo, la semejanza de su hijo con Pulgar, semejanza que era uno de esos estraordinarios efectos de la sensibilidad y de la imaginacion, que no esplicarán satisfactoriamente los fisiólogos; pero de los cuales se han presentado numerosos ejemplares: sin embargo, bajó los ojos y repuso:

—Don Diego, si vuestro hijo se parece á alguien, que no seais vos, bien sabe Dios que me pesa.

—¡Tontuela! esclamó el ingénuo caballero, abrazándola. ¿Pues no sé yo, que esa semejanza es un estraño capricho de la casualidad? Pero, en fin, ¿no adivinas?

—Nó.

—Es nuestro leal amigo Pulgar, y le acompaña su esposa.....

—¡Mi amiga Francisca! ¿No es verdad?

—Has acertado: una escelente pareja.

—¿Y dónde está?.... ¿dónde está Francisca?

—Vas á verla.

En este momento abrió el paje la puerta de la estancia, y apartándose á un lado, dejó pasar á los recien desposados, y al grave arcediano de Astorga. Doña Elvira dió un grito, que en otra situacion habria despertado celos crueles en el corazon de D. Diego, y corrió á echarse en los brazos de su amiga. Pero

no se atrevió á mirar á Pulgar: tampoco éste tuvo bastante serenidad para contemplarla sin conmoverse.

—¡Oh! esclamó por último doña Elvira, con severa tranquilidad; ¡cuántas veces he pensado en vos, Pulgar, al acordarme de la que hoy es vuestra esposa! ¡y cuántas he predicho que llegariais á enlazaros con ella!

—Admiro vuestra prevision, señora, contestó Pulgar con voz algo trémula. Mas ¿cómo habeis podido adivinar que llegaria este caso?

—Si supieseis, como yo, cuánto os ama Francisca, no me hariais esa pregunta. Era imposible que no triunfase de vuestra indiferencia, una dama que, poseyendo vuestra amistad, como ella, poseyese tambien su corazon y sus bellos sentimientos.

Estas palabras, hijas de la mas noble generosidad, no dejaron de penetrar el alma de Hernan Perez, pues parecia que encerraban un doble sentido, una reconvencion á su conducta pasada: sin embargo, el jóven rechazó esta idea, porque habria sido ofensiva á la honestidad de doña Elvira. Su amiga, que, movida de una curiosidad muy natural, se entretenia en acariciar al niño Fernando, para observar atentamente su semejanza con Pulgar, se volvió, diciendo:

—Muy bien, señora, muy bien: os divertís á mi costa.

—Digo la verdad, Francisca, y no lo ignorais, contestó doña Elvira.

—¡Ea señores! dijo la recien desposada: aunque yo aquí no mando, me tomo la libertad de suplicaros que despejeis el campo: necesitamos decirnos muchas cosas mi amiga y yo, y tenemos poco tiempo de que disponer.

Don Diego condujo á Pulgar y á D. Luis á otro aposento, dejando solas con los niños á las dos damas. La conversacion de éstas fué al principio un desahogo de afectuosos recuerdos, hasta que doña Francisca preguntó:

—Dime, Elvira, ¿eres muy feliz con tu marido? Es decir, ¿le amas mucho?

—No he de amarle, si es un ángel, contestó Elvira.

—Y Pulgar, ¿qué será?

—No lo sé, amiga mia: la esperiencia te lo dará á conocer.

—No hablabas así de él en otro tiempo: ¿habrás mudado de opinion respecto á su mérito.

—Francisca, todos los tiempos no son unos. Cuando éramos libres, podíamos hablar con íntima franqueza de ciertas cosas, que hoy sentarian mal en nuestros labios. Ya no debemos abrir la boca, mas que para honrar y bendecir, tú á tu marido, y yo al mio. Reconozco las virtudes de Pulgar, y no tengo motivos para creer que haya cambiado de carácter; pero no está bien que yo le elogie, sobre todo en presencia de su mujer.

—¡Oh! ¡Siempre buena y generosa conmigo! esclamó Francisca, estrechando las manos de su amiga.

—¡Generosa! ¿Por qué ó cuándo? preguntó Elvira con inquietud.

—No hablemos de esto, no hablemos de esto; dijo por último Francisca, abrazando á Elvira.

Largo rato permanecieron de este modo, y lágrimas tranquilas se deslizaban por las mejillas de entrambas. Una y otra eran dichosas en sus respectivas situaciones, pues eran amadas.

Aquel dia los castellanos procuraron obsequiar á sus huéspedes con agasajos dignos de un dia de bodas, pasándolo alegremente y sin una sombra de disgusto; y aunque allí habia elementos para producir una combustion violenta, llegó la hora de la despedida y á todos causó sentimiento. Pero allí habia tambien virtudes, y la prudencia, que es su capitana, las tenia en concertado y contínuo ejercicio.

En el momento de hundirse el sol en el Occidente, Pulgar y su esposa, con las demás personas que les acompañaban, ponian el pié en tierra en la márgen izquierda del rio. Sus amigos les saludaban desde una alta torre del castillo, despues de haberles dado adalides, para que les guiasen fuera de peligro hasta la villa de Alcalá la Real.

## CAPITULO VII.

Prosigue la historia de Pulgar el de las hazañas, y se refiere como este hidalgo no tenia agua para beber, pero sí para regalar.

QUELLA misma noche tuvo Montesino de la Isla el doble placer de abrazar á su hija y de ser sorprendido alegremente, viéndola casada con el hombre mas digno de su estimacion y cariño.

Poco nos detendremos en casa del honrado viudo, pudiendo presumir el lector lo que allí pasaria entre un padre amante y sus hijos, que despues de algun tiempo se veian en tan solemne y venturosa ocasion, y entre dos jóvenes desposados, que por primera vez se entregaban á las delicias del amor conyugal.

Pero ¡cuán corta fué esta felicidad! Todo lo mas que Pulgar consintió en permanecer al lado de su tierna esposa, fué hasta la tarde del dia siguiente. Doña Francisca pasó de repente desde la cumbre de la dicha al abismo del dolor: muchas veces se habia separado de Hernando; muchas veces habia sentido el horrible vacío de la ausencia; pero nunca le pareció tan cruelmente amarga la separacion como en estos momentos. Ella, tan tímida y delicada, no obstante que iba á quedar bajo el

amparo de su padre, sentia flaquear su valor, al pensar que pronto le faltaria el amado de su corazon, y sin embargo, no la arredraban los peligros de la guerra, siempre que hubiese de compartirlos con él.

—¡No! esclamó en el esceso de su afliccion. Yo no te dejaré ir, sino en mi compañia. Soy bastante fuerte para soportar las fatigas: cubriré la debilidad de mi sexo con el arnés de los caballeros, y te seguiré á todas partes.

—Eso es imposible, amada mia, le contestó Pulgar. El cuidado de velar por tu preciosa existencia, me robaria la atencion necesaria para conjurar los peligros: por el contrario, estando tú segura y pensando yo en tí, seré invencible.

—¡Bárbaro destino! repuso la jóven con desaliento. Al menos prométeme llevarme á tu lado, tan pronto como afirmes la planta en el pais conquistado. Aunque haya riesgos allí, no me importará nada, con tal que yo te vea á cada momento.

—Eso sí, te lo prometo: nos avecindaremos en Alhama.

Ya D. Luis Osorio estaba impaciente, y vino á poner término á esta escena. Pulgar abrazó á su esposa y á Montesino, y se apartó de ellos bruscamente. Tristan le tenia el caballo de las bridas: de un salto montó en él nuestro gallardo campeon, y sin detenerse mas tiempo que el necesario para volverse y hacer un afectuoso saludo, partió á escape con el ansia de recobrar el tiempo perdido.

En aquella tarde y la noche siguiente la marcha de nuestros aventureros fué tan rápida, que á pesar de haber necesitado dar un largo rodeo para no meterse en tierra de moros, entraron al amanecer en Archidona. En este pueblo se quedó el arcediano para acopiar víveres, segun las órdenes que llevaba, y fiado en el valor intrépido de su sobrino, y en la prudencia y pericia de algunos de los guerreros que le acompañaban, le dejó partir con setenta hombres denodados.

Los primeros albores de la mañana todavía no alumbraban, cuando Pulgar llegó á la vista de Alhama, y dejando el grueso de su gente resguardado en la honda cuenca de un barranco, avanzó, con solos sus escuderos Tristan y Diego de Baena, hasta

una cumbre, distante de los muros de la villa un tiro de flecha escaso: iban estos tres valiente á pié, para no hacer ruido, y llevaban además de sus armas habituales, una ballesta de mucho alcance y saetas largas y delgadas.

Pulgar distinguió en la oscuridad los fuegos del campo moro, que ocupaba una gran estension de terreno á su mano derecha, y oyó las voces de alerta, en lengua arábiga, que sonaban de trecho en trecho por casi todo el circuito de la plaza, siendo contestadas desde las murallas con gritos de *¡vela! ¡vela!* y algunos tiros de espingarda.

—La distancia es corta, dijo Pulgar á sus compañeros en voz muy baja; y si conseguimos ponernos de acuerdo con los sitiados, podremos entrar en Alhama al rayar la aurora. Dadme acá una saeta, y probemos.

Tristan le presentó la flecha, y sacando Pulgar de entre la cota y el coselete un pliego, que contenia órdenes de la reina, y una pequeña imágen de la Vírgen, los ató á la estremidad posterior de aquella. En seguida se la entregó á Baena, que tenia en sus manos la ballesta y era buen tirador, y aguardando el momento en que se repetian las voces de alerta, dijo:

—¡En el nombre de Dios! ¡Tira, Diego!

La saeta partió rasgando el aire, y sin duda fué á caer dentro de la villa; pues se oyó gritar á los de adentro, haciendo fisga y burla á los moros; indicio de que no habia herido á nadie.

Pasóse un cuarto de hora, durante el cual nuestro jóven héroe temblaba de impaciencia, porque no veia ninguna señal de inteligencia en la plaza, y recelaba que la órden de la reina y la imágen hubiesen caido en manos de los moros. Pero no tardó en aparecer en un ángulo de la muralla una luz, que Pulgar tomó al momento por contestacion á su aviso: apenas tuvo tiempo, sin embargo, para calcular bien el paraje donde aquella quedó colocada; pues casi en el acto se oyó una fuerte detonacion, y la luz desapareció arrebatada por una bala de mosquete.

—Parece que estos perros no se duermen, dijo Pulgar; pero

no importa. Me basta que nuestros compañeros nos hayan entendido.

En seguida bajó de aquella altura con los dos escuderos, encaminándose al sitio donde aguardaba la demás gente, y les dijo:

—Camaradas, pronto á caballo: embozaos en los capellares, que vamos á relevar las guardias de los moros.

Los hombres de armas que oian este breve discurso, se miraban unos á otros asombrados de la temeridad que se les proponia.

—Qué, ¿teneis miedo? repuso Pulgar. Pues bien, volveos, los que no esteis dispuestos á seguirme, que pocos me bastan para llevar adelante mi empresa.

Todos callaron: Pulgar continuó:

—Bien sabeis á lo que hemos venido: nuestros compañeros de Alhama tienen ya noticia de nuestra llegada, y nos esperan. ¿Qué puede detenernos? Antes que la luz del dia permita que nos reconozcan los enemigos, atravesemos con serenidad el campo, como si fuésemos una de las muchas partidas de relevo, que pronto andarán alrededor de la plaza, y así burlaremos su vigilancia.

Pareció bien á todos el plan, á pesar del inmenso riesgo que habia en su ejecucion, pues el menor accidente podia desbaratarlo; y emprendiendo la marcha con precaucion, se adelantó Pulgar á los demás, á fin de espiar el momento propicio para llevar á cabo su intento. Desde la misma altura donde poco antes habia estado, percibió el movimiento de algunos piquetes, que iban á paso precipitado relevando los puestos.

—¡Ahora es la mia! esclamó interiormente.

Y volviendo á colocarse á la cabeza de sus compañeros, se santiguó devotamente, y les dijo:

—Poned los corazones en Dios, seguidme sin hablar, y haced lo que me veais hacer.

Invencion fabulosa pareceria esta hazaña temeraria, si no la viésemos certificada en la historia con testimonios y documentos irrecusables. Aquellos setenta hombres, guiados por Pulgar, que

él mismo desconocia el terreno que pisaba, desfilaron tranquilamente por el flanco del campamento moro, cruzaron puestos de observacion y vigilancia; y sin que nadie pensase en detenerlos,-¡tan increible y estraordinaria era su decision!-llegaron al pié de los muros de la villa, cuando apenas rayaba el dia. El jóven se quitó de pronto el capellar que cubria sus armas, para darse á conocer á sus amigos de dentro, que ya empezaban á recelar de alguna sorpresa, y lo mismo hicieron los que le seguian. Algunos moros de los mas cercanos observaron este movimiento de los valientes aventureros, y dieron la voz de alarma.

—¡Castilla! ¡Santiago y la Vírgen! gritó Pulgar con toda la fuerza de sus pulmones.

Y oyendo que contestaban á este grito los cercados, mandó á Diego de Baena que adelantase con la mitad de la fuerza y se hiciese abrir un postigo; y él con la otra mitad volvió grupas, á fin de rechazar á los enemigos y defender la entrada.

En breves momentos cundió la alarma á todo el campamento moro, y los soldados muslimes corrian á centenares á colocarse en torno de sus respectivas banderas, que creian amenazadas. No podian figurarse siquiera lo que estaba pasando, sino pensaban que los sitiados querian hacer alguna salida, y se aprestaban á rechazarlos.

Esta feliz equivocacion, efecto natural de la inverosimilitud de la empresa que acababa de acometerse, dió tiempo sobrado para consumarla sin el menor obstáculo, y cuando los moros comprendieron su torpeza, estaba ya Pulgar en los brazos de don Luis Portocarrero, que le recibió como á su libertador.

Y, con efecto, bien merecia este nombre nuestro jóven guerrero; pues su llegada reanimó desde luego el espíritu abatido de la guarnicion: su presencia sola, sabiéndose que venia enviado por la reina, bastó para infundir esperanzas de socorro, y el valor estraordinario desplegado por un puñado de aventureros, produjo una emulacion saludable y un vivo deseo de distinguirse.

Pulgar aprovechó esta favorable disposicion de los ánimos para fortalecer su crédito y corresponder á la confianza que en él habia depositado el rey. Pasaba mucha parte del tiempo en

observacion, estudiando desde la fortaleza las posiciones del enemigo, á fin de reconocer los puntos por donde podria combatírsele con ventaja, y aquellos que ofrecian medios de burlar su vigilancia; y luego que se consideró bastante instruido, aguardó que se le presentase ocasion de acometer señaladas hazañas.

Ninguna era mas esencial que la de introducir en la plaza los bastimentos que estaba reuniendo el arcedeano de Astorga. Los sitiados habian habilitado una antigua mina, que encontraron en parte destruida y soterrada, con el fin de meter de noche algunos víveres; pero los moros, conocedores del pais, como que tanto tiempo habian dominado en él, descubrieron aquella entrada, y la combatian constantemente. Pulgar concibió la idea de chasquear al enemigo, fingiendo una absoluta necesidad de pasar por aquel punto, y distrayendo hácia él su atencion, mientras se verificase la introduccion deseada por una de las puertas mas inmediatas al castillo.

Comunicó su plan á D. Luis Portocarrero, y una vez adoptado, despachó á Gerónimo de Aguilera, uno de sus escuderos, con cartas para el arcediano, á quien recomendaba que de allí á tres noches procurase estar á la vista de Alhama, y pronto á entrar en ella por donde le guiase el mensajero, cuidando de avisarle de su venida por medio de una ahumada, puesta en cualquiera de los montes circunvecinos.

Tres dias despues, luego que las sombras envolvieron la tierra, Pulgar se puso en atalaya en la torre mas alta del castillo. Sería la media noche, cuando divisó en el horizonte una lucecita, que á poco tomó cuerpo, hasta convertirse en llama clara. Inmediatamente bajó de la torre, y llamando á doscientos hombres que tenia escogidos, se dirigió con ellos á la mina, llevando los caballos de las riendas.

—Compañeros, les dijo: tengo esperimentado que la audacia acrecienta las fuerzas y el miedo los peligros. Metamos mucho ruido y llevemos la alarma, si es posible, hasta la tienda del rey moro. ¡Ánimo, pues, y á ellos! Nada temais, pues nos guardan las espaldas.

Y acabando de hablar, el temerario jóven dió una carrera, y

salió con ímpetu violento al campo, donde multitud de moros acechaban, y le saludaron con una espesa lluvia de flechas y espantosa gritería. Rápido como el pensamiento montó á caballo: diez ó doce de sus compañeros estaban ya á su lado, y sin aguardar, que los demás se le juntasen, cargó intrépido á los enemigos atropellándolos con su arrojo.

—¡Sús, mis capitanes! gritaba: moved esos escuadrones, que esta noche hemos de prender al rey Baudilá (*)

Los moros mas cercanos que tal oyeron, y que no dejaban de entender la lengua castellana, llegaron á persuadirse que algun ejército se habia introducido en el campo, y corrieron desbandados, llevando la alarma por todas partes. En pocos momentos retemblaban los montes con el estruendo de los tambores y trompetas, de tal modo que parecia hundirse el mundo.

—¡Bien, compañeros! decia Pulgar: esto vá mejor de lo que yo esperaba.

Y distribuyendo su gente en grupos de quince ó veinte hombres para ocupar mucho espacio en un radio convenido, les mandó atacar siempre retrocediendo, y girando en todas direcciones, pero sin perder el punto de apoyo del escuadron que él mandaba.

No tardaron en acudir enormes masas de enemigos, los que al oir las diversas voces de mando, que osadamente daban sus contrarios, no pudiendo reconocer su número á causa de las tinieblas, avanzaban con precaucion. Esto contrariaba los designios del jóven Pulgar, que hubiera querido atraer sobre sí á toda la morisma, y que, aguijoneado por la impaciencia, se arrojó á provocar el ataque, dando furiosos gritos y lanzadas descomunales. Su impetuoso ardor le llevó mas léjos de lo que él mismo pudiera pensar; pues engolfado en la sangrienta refriega, llegó á meterse en el campamento, dejando atrás las primeras falanjes musulmanas.

---

(*) Los cristianos, en su algarabia, nunca pronunciaban bien los nombres árabes. Así vemos que los autores contemporáneos designan al último rey de Granada con varios nombres, llamándole, unos Boabdalá, otros Baudili, ó Baudeli, ó Baudilin, otros Abohardil, y por último Boabdil, Su verdadero nombre parece que era Muley Abu-abd-Alah, por apodo el Zogoibi.

—¡Seguidme! ¡Seguidme á la tienda del rey moro! gritó entonces á los que le acompañaban.

Y tocando una corneta, que llevaba, dió la señal á las partidas dispersas para que se le juntasen, esquivando las fuerzas del enemigo. Ejecutada esta evolucion, volvió á tocar, y al momento coronó las murallas de la plaza una diadema de fuego, y se oyó el estruendo de la arcabucería. Don Luis Portocarrero era quien de este modo aterraba á los moros, puestos al alcance de sus tiros por la intrepidez de Pulgar.

Éste corria entre tanto el campo, sin hallar enemigos que combatir; pero seguro de encontrarlos, pues la alarma no cesaba, llegó hasta las tiendas y derribó algunas de ellas. De pronto se vió atacado por fuerzas numerosas, á tiempo que hácia el lado por donde entraba el convoy se oyó estruendo de armas y de gritería. Los moros se encontraron perplejos, sin saber á dónde acudir, y aprovechando Pulgar estos instantes de indecision, cargó sobre ellos, introduciendo en sus filas tal desórden, que unos á otros se mataban con sus propias armas.

Dos horas duraba ya esta lucha, en que la audacia y el ardid casi triunfaban de la superioridad numérica, cuando retumbó la fuerte detonacion de una lombarda, disparada en el castillo de Alhama. Era la señal convenida para anunciar á Hernando que ya podia retirarse. Hízolo éste sosteniendo con bríos los ataques de que era blanco y tendiendo un hombre de cada cuchillada, hasta que logró poner en salvo su gente al abrigo de las murallas: allí encontró á un soldado muslime, disperso de sus banderas, el cual se le arrodilló pidiéndole la vida. Miróle el jóven riéndose de su terror, y mostrándole una copa de plata que en la mano traia, le dijo:

—Vuélvete á los tuyos, miserable, y diles que Pulgar es quien ha estado á visitarlos esta noche: que no hallando en sus tiendas buena acogida, he tomado este vaso de una de ellas para recuerdo; y que los aguardo aquí, cuando quieran devolverme la cortesía.

La pequeña hueste dirigió su marcha triunfal hácia el castillo. El alcaide y D. Luis Osorio aguardaban al jóven campeon,

y apenas le vieron llegar, le abrazaron con muestras de regocijo. Gracias á su osada estratagema, la guarnicion estaba provista de víveres para un mes.

Traia Pulgar el rostro arañado con hierros de picas, la cota ó sobrevesta hecha girones y manchada de sangre, que manaba en abundancia de su cuerpo. Luego que fué desarmado, se vió que las heridas y contusiones eran numerosas, pero ninguna de gravedad.

En el trascurso de muchos dias no aconteció hecho alguno digno de particular mencion. Los moros aguardaban vencer á fuerza de tiempo; los cristianos tenian puesta su confianza en los auxilios de sus compatriotas.

Una tarde, á principios de Julio, se observó gran ruido y algazara en el campamento de los sitiadores, y á poco se vió llegar hácia la plaza un caballero cristiano desarmado y conducido por una escolta de moros principales: uno de estos desplegó una bandera de parlamento; visto lo cual, se le franqueó la entrada en el castillo, juntamente con el prisionero que traia.

Éste fué desde luego reconocido por D. Luis Portocarrero, que le dijo:

—¿De dónde venís así, Juan Diaz? ¿Y vuestro señor el noble marqués de Cádiz?

—No todo ha de ser prosperidades, señor D. Luis, contestó el prisionero: las armas cristianas acaban de sufrir una derrota junto á la Loja; y este moro, que me ha cautivado, me trae, para que sea yo mismo quien os certifique de nuestra desgracia. ¡Pluguiera á Dios, que antes se me hubiese caido la lengua!

—Contadnos cómo ha sucedido eso, dijo el arcediano.

—Señor, continuó Juan Diaz: el rey D. Fernando dispuso entrar por tierra de moros, con ánimo de tomar alguna plaza que sirviese de apoyo á esta en que nos hallamos, y con mas ardimiento que prudencia, puso sus reales sobre Loja. ¡Nunca lo hubiera intentado! Llevaba solo veinte mil hombres, fuerza escasa para tamaña empresa, y eligió puestos que, aunque buenos para el ataque, no lo eran para la defensa. Mi ilustre señor, juntamente con el marqués de Villena, y el gran maestre de Ca-

latrava fortificaron la altura de Albohacen, que domina la ciudad: tres dias estuvimos allí. El veterano Alí-Atar intentó una salida: volamos á su encuentro, y él, sin aguardarnos, volvió grupas precipitadamente. Le seguimos, y esto fué nuestra perdicion.

—¡Habia emboscada! esclamó D. Luis Osorio.

—Y terrible: multitud de caballeros moros se apoderaron de de nuestro campo, tomando hasta las gruesas lombardas, que habíamos puesto en batería. Volvimos entonces á recobrar nuestras posiciones: la lucha fué tremenda y duró mas de una hora: muchos de nuestros hermanos cayeron muertos peleando. y entre ellos el valiente maestre de Calatrava, que fué atravesado por dos saetas. ¡Dios le tendrá en su gloria!

—¡Lástima de caballero! esclamó el alcaide de Alhama. Pero en fin.

—Al cabo fueron desalojados los moros; pero al dia siguiente recibimos órden de levantar el campo. Alí-Atar observó este movimiento, y antes que pudiésemos apercibirnos, ocupaba con su gente la altura de Albohacen. Las tropas del real que vieron á los infieles en la cumbre, y á nosotros que bajábamos de ella, creyeron que íbamos derrotados, y en vez de auxiliarnos, se llenaron de sobresalto y comenzaron á huir.

—¡Ah! ¡Cobardes! gritó Pulgar apretando los puños.

—Aconteció entonces lo que era natural, prosiguió el prisionero. El general moro cayó sobre nosotros con todas sus fuerzas, y gracias al valor intrépido del rey, de mi señor el marqués de Cádiz, que salvó dos veces la vida de S. A. y á otros muchos esforzados caballeros, no fué completa la catástrofe. Los infieles perdieron al cabo la esperanza de romper aquel muro de corazones leales y retrocedieron en buen órden hácia su ciudad. Pero el condestable Haro recibió tres heridas en la frente, el duque de Medinaceli quedó debajo de su caballo, de donde casi exánime le sacaron sus gentes; al rey le mataron el suyo, al atravesar con la lanza el cuerpo de un moro; el conde de Tendilla fué muy mal herido, y yo, con otros, he tenido la mayor desgracia de caer prisionero, para contaros este desastre.

Acabó de hablar el caballero cautivo, y el moro, que le acompañaba, conociendo por la tristeza de los semblantes el pesar que á todos agobiaba, se adelantó y dijo:

—Cristianos: duéleme de vuestro quebranto, y os lo juro por la fé de Mahoma; que aunque enemigo vuestro, yo soy Mohamad Meguet el malagueño, y me precio de cortés y misericordioso con los afligidos. No quiero vuestro daño, y por lo mismo vengo á proponeros lo que mas os conviene. Los que os dicen que los creyentes del Profeta estamos divididos, no os declararán la verdad entera; pues nuestras discordias se olvidan, cuando se trata de combatiros: en prueba de lo cual, sabed que mi señor el rey Abul Hacem vá en seguimiento del vuestro, derrotado por Alí-Atar. Inútil es que prosigais aquí, haciendo una resistencia temeraria: daos á partido y evitareis la muerte.

—Moro, contestó D. Luis Portocarrero; agradecemos tu buena intencion; pero has de saber que nosotros, los que aquí estamos, hemos recibido encargo de guardar esta plaza, y la guardaremos, contra todo el poder de los reyes de Granada. Si nuestro rey ha sido vencido, esa es una razon para que no le abandonemos.

Quiso insistir el moro; pero el alcaide le cortó la palabra, convidándole á cenar en su compañía. Mohamad aceptó la invitacion, y no habló mas del asunto. Diósele un espléndido banquete, para demostrarle que habia en Alhama abundancia de provisiones, y se le despidió luego, haciéndole magníficos regalos. Juan Diaz le siguió como su cautivo, fiel á la palabra de caballero.

La resolucion de los cercados y la provision de víveres de que dió testimonio Mohamad, decidieron á los jefes del campo á darles tréguas, esperando que la necesidad les apurase. Pasó así un mes, durante el cual solo cuidaron los sitiadores de cortar el agua del rio. El desaliento y la desesperacion volvieron á apoderarse de los cristianos: tenian el enemigo á la vista, y tan bien pertrechado y fortalecido, que no era posible combatirle en sus posiciones. Pulgar y otros valientes hacian algunas salidas, y arrebataban á veces el alimento á los mismos musul-

manes; pero el agua era tan escasa y mala, que diariamente habia que arrojar por las murallas los caballos muertos de sed.

En tan deplorable situacion se acercó á la villa el alférez del pendon real de Granada Muley el Bexir, intimando la rendicion á los cristianos; á cuyo fin les ponderó la clemencia de su rey, la imposibilidad en que estaban de ser socorridos, y la muerte inevitable que les aguardaba, si persistian en sostenerse, sin agua que beber en lo mas recio de los calores de agosto.

Juntáronse los capitanes para deliberar, y casi estaban inclinados á ceder, conociendo cuan cierto era todo lo que habia dicho el moro. Pulgar, aunque fué llamado á este consejo, permanecia en pié junto á una ventana, sin tomar en él aparentemente parte alguna, y entreteniéndose en hacer rayas con la punta de su daga en una copa de plata que tenia en la mano. De pronto, y notando la tendencia de los otros caudillos, envainó la daga, y dijo:

—Señores: ¿quereis autorizarme á mí solo para contestar al Bexir? Yo os prometo que lo haré dignamente, y cual cumple á caballeros de vuestra fama.

—No es ocasion esta de valentías, sobrino, le respondió don Luis Osorio. Tenedlo en cuenta, porque realmente, si de aquí á tres dias no somos socorridos, moriremos de sed.

—Con el respeto debido á vuestra dignidad y esperiencia, señor tio, repuso Pulgar, os contestaré que no soy del mismo parecer: si el enemigo tiene tanta seguridad de rendirnos, como presume, ¿qué hace que no nos ataca? Dejadme obrar, os lo ruego, que si agua necesitamos, yo iré por ella,

—Decidnos, al menos, vuestro plan.

—No digo nada. ¿Teneis en mí confianza? Sí ó nó.

—Sí, sí, haced lo que gusteis, contestaron varios caudillos.

—¿Qué agua nos queda? preguntó Pulgar.

—Tan poca, repuso el alcaide Portocarrero, como que hoy se ha repartido á cuartillo por cada seis soldados, y para el pueblo no ha quedado nada. Para nosotros hay un cántaro.

—Ya sobra, replicó el jóven. Dadme ese cántaro de agua.

—¿Qué pensais hacer con ella? preguntó el arcediano.

—¡Pardiez! prorumpió Pulgar con impaciencia. ¿Qué he de hacer? ¡Regalarla á los moros!

Esta original ocurrencia produjo un movimiento de admiracion. Todos los capitanes dieron á nuestro campeon amplias facultades para arreglar aquel asunto como mejor le pareciese.

Pulgar llamó á su escudero Tristan de Montemayor, y le mandó cargar con el cántaro de agua, llevando además unas cuerdas para atarlo. Apenas salió á la muralla, multitud de gente se agolpó detrás de él, pidiéndole por Dios y con gemidos y clamores una gota de aquel agua. Nunca se vió el intrépido mozo en mayor apuro: partíasele el corazon al oir los lamentos de los ancianos, mujeres y niños, que, traspasados de sed, abiertas las secas fáuces y con los ojos enrojecidos por la fiebre, le seguian implorando su caridad.

—¡Apartaos! ¡Apartaos! le gritaba con voz trémula de emocion y afectando una dureza muy agena de su carácter.-Esto no es para vosotros. Retiraos pronto, y no me impacienteis, porque mataré á alguno.

Y al proferir estas palabras, volvia el rostro á otro lado, para ocultar sus ojos enternecidos.

La muchedumbre de sedientos se cansó de suplicar, y dejó ir á nuestro jóven, profiriendo contra él, aunque en voz baja, denuestos y maldiciones. Solamente le siguió hasta el adarve una pobre mujer con un niño en los brazos y una taza de barro en la mano: tenia los ojos desencajados, los labios blancos y escamosos, y la criatura que llevaba no queria tomar sus pechos exhautos y lácios.

—Noble señor, decia la infeliz con voz desfallecida: una gota... una no mas; ¡que se muere mi hijo!

Pulgar y el escudero seguian su camino aparentando no escucharla, y sin atreverse á repeler aquel angustioso lamento de una madre. El primero volvió la cabeza, y viendo que los demás sedientos estaban léjos, dijo á Tristan:

—Llénale la taza y despacha pronto.

El escudero no se hizo repetir esta órden, y dió agua á la mujer, que, sentándose en el suelo, vuelta de espaldas contra

Ya os he dado agua, moros: ahora os regalo esta copa porque me deis combate.

el adarve, se puso á beber con ansia: su hijo queria quitarle la taza de la boca; pero ella no pensaba ya mas que en sí.

Muley el Bexir estaba al pié de la muralla, rodeado de una fuerte escolta de caballeros, aguardando la contestacion á su mensaje. Pulgar le hizo seña para que se acercase, y luego le dijo:

—Las amenazas con que amedrentarnos quereis, señor alférez, no hacen mella en nuestros corazones; solo nos acrecientan la codicia que de ser combatidos tenemos. Así podeis certificar á S. A., de cuya parte venís, que á defendernos estamos apercibidos, si es que se decide á usar de la fuerza y dejar el ruido y las palabras. Y porque veais que os engañaron los que os dijeron que la sed nos rinde, aquí os traigo agua fresca y limpia, cogida esta mañana de la fuente, que os sabrá bien, pues el calor arrecia.

Diciendo esto, mandó á Tristan descolgar el cántaro por el adarve, mientras el moro respondia:

—Os agradecemos el obsequio del agua que nos dais, aunque falta no nos hace; y os repetimos que mireis bien lo que os conviene, pues el combate no se hará esperar, y no alcanzareis misericordia.

Hernando sacó entonces la copa de plata que traia consigo, y en la cual habia grabado su nombre con la daga, y mostrándola á los moros, les dijo:

—Albricias merece ciertamente lo que me decís. Ya os he dado agua, moros: tomad ahora esta copa por la promesa del combate; y guardadla bien, que de vuestros reales la saqué.

Y la arrojó al campo, con gran satisfaccion de Tristan, que por esta vez, al menos, no le pesó de la generosidad de su amo.

De allí á dos dias todos los moradores de Alhama, llamada *la Seca* desde entonces, así la gente ordinaria, como los guerreros, padecian una sed rabiosa, que les ponia en el estremo de acometer las mas desesperadas acciones. Pulgar sufria como los demás; pero disimulaba, y juntando á sus compañeros de privaciones, les arengó, mostrándoles cuanto importaba á su honra y á la salvacion de sus vidas no aflojar en el apuro grande en

que se hallaban, sino romper con los enemigos, ya que ellos, no atacándoles, daban testimonio de temerles. Con estas y otras pláticas acrecentó los bríos de los menos animosos, que á voces pedian salir á combate. Y quiso la buena estrella de nuestro héroe que, en los momentos de mayor furia, con no menos denuedo acometiese el moro á la plaza, pues la defensa de ella en aquel trance fiero, le aseguraba, con la victoria, la fama de invencible y la autoridad de caudillo.

En todos los puntos por donde atacó fué rechazado el enemigo, y como viese Pulgar desde el adarve gran tropel de gente que de léjos venia, trayendo desplegado el pendon morado de Castilla.

—¡Sús, mis valientes! gritó á los que de cerca le ayudaban: el socorro teneis á la puerta: gozaos, que el rey no olvida á sus leales defensores. Seguidme, que hoy hemos de recobrar mi taza de plata, para que el rey beba en ella.

Unos seiscientos hombres de á caballo se lanzaron fuera de la plaza, en seguimiento de Pulgar. ¿Quién podia resistir aquel impetuoso torbellino de acero? Los primeros escuadrones enemigos, que encontró el denodado caudillo, quedaron desbaratados: él y sus caballeros desaparecieron en seguida envueltos entre el polvo y una espesa lluvia de flechas; la arcabucería tronaba por todas partes; pero aquellos héroes parecian invulnerables. De pronto los atabales y trompetas de los moros tocaron á recoger.

—¡Á ellos! ¡Á ellos que se nos escapan! gritó Pulgar.

Y cerró con un brillante escuadron de nobles, que marchaban á proteger el real amenazado. El caudillo que los mandaba era un jóven de la misma edad de Pulgar, arrogante, magnífico, cuyos ojos y barba negros hacian resaltar la estraordinaria blancura de sus mejillas.

—¡Alah Akbar! ¡Alah Akbar! gritaba este guerrero con varonil acento.

Y viendo llegar hácia él al caudillo cristiano, le arrojó la lanza con tal furia, que á poco le pasa: el agudo hierro y dos palmos del asta se hundieron en la tierra, y lo restante quedó vibrando, como si aun permaneciera en la fuerte mano de donde

habia partido. Pulgar corrió al encuentro del moro, y con su lanza le atravesó el caballo por los pechos, derribándole en el suelo. En seguida echó pié á tierra, y presentándole la punta de la espada, le intimó que se rindiese.

—Mátame, cristiano, que tuyo soy, dijo el moro en buen castellano: mátame, pues nací para ser desventurado.

Alegróse Pulgar creyendo que tenia prisionero al rey de Granada. Preguntó su nombre al vencido, y éste le dijo:

—Soy Zair-ben-Atar, cuñado del rey. Vine aquí buscando en quien vengar mis propios agravios, y todo me sale mal; pues no hallé á quien buscaba y tú no quieres quitarme la vida.

—No te pese, valiente Zair, repuso nuestro campeon, ayudando al moro á levantarse. La vida no es nunca despreciable, mientras no la mancille la deshonra.

—Es que yo vivo ofendido, y estoy cautivo.

—Te comprendo: necesitas vengar alguna afrenta. Pues bien, serás libre.

Habian quedado solos los dos guerreros: sus dos huestes, empeñadas en una lucha cuerpo á cuerpo, se habian alejado, y ya el rey moro, levantado su campo precipitadamente, se retiraba hácia Granada, mientras los cercados saludaban con aclamaciones de júbilo á un ejército libertador, que conducia el rey D. Fernando.

Pulgar, gozando modestamente de su triunfo, se apartó á un lado con Zair y le dijo:

—Ya tienes mi palabra de ser libre; solo espero de tí, que te presentes en Córdoba á la reina mi señora, y le digas que Pulgar te envia á saludarla, y que volviendo luego por Alcalá la Real, des noticias de mí á mi esposa doña Francisca Monte de la Isla. Tambien espero que, si tu resentimiento es con algun caballero cristiano, lo entregues al olvido.

—Generoso Pulgar, contestó el moro; haré lo que me mandas, salvo lo que me manda el honor. Yo no puedo perdonar al aleve, que llevándose cautiva de ese castillo á la que debia ser mi esposa, la ha seducido, hasta el punto de hacer que reniegue de su fé. Lo único que puedo prometerte es castigarle en buena lid, como es ley de caballeros.

Segun las costumbres de aquel tiempo no habia nada que oponer á esta exigencia razonable. Pulgar dejó ir á su cautivo, despues de acompañarle á larga distancia, para evitarle cualquier contratiempo, y luego se volvió á Alhama, donde ya el rey habia entrado con gente de refresco, y puesto por alcaide al conde de Tendilla, disponiendo que Pulgar, en premio de los servicios que acababa de prestar, obtuviese el cargo de contador de la villa, y cuantiosas haciendas para sustentarlo con decoro.

Aquí le dejaremos, para continuar la relacion de otros personajes no menos importantes de esta historia.

## CAPITULO VIII.

### Viuda y doncella.

Aleccionado el rey D. Fernando con el descalabro de Loja, luego que hubo guarnecido y abastecido la villa de Alhama, dió treguas á la guerra, para recorrer sus reinos, y juntar un ejército y pertrechos mas formidables que los empleados anteriormente. Los grandes y señores andaluces, y los adelantados de la frontera quedaron encargados de sostener el honor de la nacion, oponiéndose á las algaradas y sorpresas de los muslimes, y haciéndoles á su vez el daño que pudiesen.

Gozábase por consiguiente, en los reinos de Sevilla y Córdoba de una tranquilidad negativa. No se podia decir que hubiese guerra; pero el rey Muley Abul Hacem, desde Málaga, entró por tierra de Algeciras y Gibraltar, y taló muchos campos, cautivó cristianos y robó ganados: otros guerreros de Granada hicieron correrías por la parte de Lucena y Lorca: sus contrarios se desquitaban cuanto podian, y el marqués de Cádiz recobró á Zahara; con lo cual, y estando desagraviado, ya que no satisfecho, pensó en terminar su interrum-

pido banquete de Pascuas, celebrando en esta ocasion las bodas de su hermano D. Beltran, cuyas desavenencias con doña Beatriz Henriquez iban á terminar felizmente.

Convocados estaban á esta fiesta los personajes que participaron del primer convite y que no habian sucumbido en la guerra, y además otros muchos caballeros, parientes ó deudos del marqués, y su antiguo rival D. Enrique de Guzman.

Ya estaba en Arcos el adelantado D. Pedro Henriquez, quien por razon de su cargo no residia en Córdoba por este tiempo, sino en los pueblos de la frontera de Sevilla: y se esperaba á su sobrina doña Beatriz, á quien habia ido á buscar D. Beltran, desposado con ella, para hacerla compañía por el camino. Pero sin duda pesaba alguna fatalidad sobre este proyectado matrimonio, pues nunca se llegó á consumar, como veremos adelante.

Caminando hácia Ecija iba la noble desposada el primer dia de su viaje: la escoltaban, además de su esposo, diez hombres de armas y escuderos, y la seguian con un cuantioso equipaje seis doncellas y dueñas, todas ellas de sangre hidalga. Conversaban amistosamente D. Beltran y doña Beatriz, algo adelantados de sus gentes, y el primero decia:

—No dudeis, mi estimable señora, que todo fué artificio de algun mal intencionado enemigo de nuestro reposo: afortunadamente, veo con placer desvanecidos vuestros recelos, aunque algun escozor os queda; y esto quisiera yo que no fuese, pues tengo dadas pruebas de la lealtad con que os sirvo.

—Mal me está, D. Beltran, repuso la dama, recordar hechos que á mi honor ofenden. Pero ya que á tanto me obligais, decidme, ¿por qué Celima se ha decidido tan de repente á entrar en un convento? ¿No es cosa estraña en una mora?

—Celima, ó mejor dicho Isabel, que así se llama por la gracia de Dios, ha dispuesto hacerse religiosa despues que supo la desgraciada muerte de su padre, que pudiendo aceptar la generosa amistad de mi noble hermano, prefirió dar alientos á su rencor, y recibió el castigo que merecen los soberbios y vengativos.

—¡Ah! Perdonad, amigo mio, mi injusta sospecha: no sabia

yo que el padre de Isabel hubiese muerto. ni que esta fuese la causa de su piadosa resolucion.

—Pues no ha sido otra, señora mia: Ibrahim Zafarjal, padre de Celima, era un hombre rencoroso y feroz, que no queria deber nada á la benevolencia de un enemigo: muchas veces habia puesto asechanzas á mis hermanos y á mí, y creyendo combatir contra alguno de nosotros, peleó cerca de Lucena con D. Diego de Ribera, el cual le cortó la cabeza.

Mientras los desposados se daban estas mútuas satisfacciones, que á la verdad no eran muy sínceras de parte de D. Beltran, vieron venir por el mismo camino, con direccion á Córdoba, un hombre modestamente vestido, y caballero en una mula que, por las trazas de sus arreos, parecia ser cabalgadura de fraile. Antes que llegase á su encuentro, doña Beatriz reparó en él, y mirándole con una atencion singular, como si en su persona hubiese algo que la fascinase, dijo:

—Don Beltran, ved ese hombre que viene hácia nosotros. ¿Qué notais en él de particular?

El jóven se encogió de hombros despues de un ligero exámen, y contestó:

—Veo de particular en él, señora, que es muy jóven todavía para tener los cabellos canos, y que su presencia es arrogante, á pesar de la pobreza que revelan su rostro enjuto y su humilde vestimenta.

—No es nada de eso, amigo, repuso la dama. Es un no sé qué, un aire de dignidad abatida por la desgracia, una cosa, en fin, que no acierto á esplicar, y que me dá miedo. Se me figura estar viendo á un rey destronado y fugitivo de su patria.

—¡Esa sí que es una idea singular! replicó el jóven.

Llegó en esto el solitario viajero, y quitándose la caperuza, descubrió su frente, que era espaciosa y elevada, y saludó cortesmente, pero sin el menor indicio de humillacion. Hubiérase dicho que aquel hombre, si no era rey, estaba acostumbrado á tratar con reyes de igual á igual. Viéndole entonces mas de cerca, doña Beatriz, que no volvia de su admiracion, observó que tenia el cútis blanco y sonrosado, aunque algo pecoso, la nariz

aguileña, y los ojos grises y muy animados: el conjunto de su fisonomía le pareció agradable, y sobre todo revestido de bondad é inteligencia espresivas.

Los desposados contestaron al atento saludo del viajero, y don Beltran, por satisfacer la curiosidad de su señora, le preguntó:

—¿Á dónde bueno se camina?

—Voy á Córdoba, señor caballero, le contestó el desconocido, cuyo acento y pronunciacion descubrian su orígen italiano. Así vuestra señoría me hiciese la merced de decirme, si voy bien encaminado, y si es verdad, como me han dicho, que ha de venir allí pronto la corte.

—El camino de Córdoba es este, repuso D. Beltran. De la venida de la corte nada os puedo decir, estando ahora los reyes en Guipúzcoa.

El viajero miró al cielo con resignacion, y volviendo á saludar continuó su marcha.

Los desposados siguieron adelante, y estarian á la mitad de su jornada y á unos dos mil pasos del estranjero, cuando súbitamente se vieron sorprendidos por treinta moros á caballo, que salian con ímpetu de un bosque inmediato al camino. El jefe que los capitaneaba era un arrogante mozo, de blanco cútis, ojos negros y poblada barba: traia sobre la armadura martola y capellar morados y amarillos: plumas azules en el almete, y en la adarga pintados un tígre y un leon luchando por una flor que el segundo pisaba, con este lema en caractéres arábigos: *¡Hasta morir!*

Don Beltran, viendo la gravedad del peligro que amenazaba á su señora, dió trazas para que ésta se retirase inmediatamente con sus criadas y recámara detrás de unas peñas que allí cerca en un alto estaban empinadas, y ordenando los pocos hombres que tenia para su defensa, esperó al moro, que con triples fuerzas avanzaba. El cual, luego que estuvo cerca, refrenó el caballo, y mirando con ceño altivo y fiero á D. Beltran, le dijo:

—Cristiano, ¿me conoces?

—No sé quién eres, ni eso puede importarme, respondió el jóven desposado. Bástame saber que vienes contra mí con fuer-

zas muy superiores á las mias y que me asaltas como un malhechor, para que vea en tí un enemigo, á quien debo disputar la vida.

—Cristiano, repuso el moro con energía: el estado de guerra en que se encuentran tu nacion y la mia, y el hallarme yo en tierra estraña, me autorizan para buscarte y combatirte, si quiero, con fuerzas superiores. Pero no abusaré de tu debilidad. Prepárate á defenderte cuerpo á cuerpo contra mí solo, y que cada uno de tus hombres elija un campeon entre los mios: la lucha será de igual á igual; el premio de la victoria, esa dama que conduces.

—Esa dama es mia, replicó D. Beltran, y si te venzo, no tienes que darme.

—¿Que no? Yo soy Zair-ben-Atar: si me vences, lo que no temo, dama por dama, no vale la tuya mas que Celima.

—Valiente Zair, dijo D. Beltran, bajando su lanza y adelantándose; modera tu injusto rencor, y escúchame: No rehuyo el combate que me propones, y si quieres luchar con toda tu gente contra mí, tambien lo acepto. Pero entiende que la razon no está de tu parte. Yo encontré á Celima abandonada, y la protegí contra los ultrajes de los soldados; la conduje al castillo de Arcos y supe respetarla; y si tú me la hubieses pedido, te la hubiera entregado sin rescate. Hoy mismo puedes recobrarla, si ella quiere seguirte. ¿Necesitas mas amplias satisfacciones?

Una amarga sonrisa contrajo los labios del moro, el cual repuso:

—Aunque yo no despreciase ya á la renegada Celima, no me bastaria recibirla de tu mano, para quedar satisfecho. Necesito además tu corazon, y eso es lo que vengo á disputarte. Apercíbete pronto para la defensa, porque quiero vengar la sangre de Ibrahim Zafarjal, muerto por causa tuya,

—Moro, por última vez te ofrezco la paz: yo no he tenido nada que ver en la muerte del padre de Celima.

—Ni yo tengo ya paciencia para escucharte, replicó el moro.

Y tomando campo, se apercibió para el combate: lo mismo hizo D. Beltran, y sus diez hombres le imitaron: otros diez mo-

ros salieron al frente, buscando cada cual un adversario, y los veinte restantes se colocaron á larga distancia, como meros espectadores de la lucha. El viajero cano, que desde léjos habia oido el tumulto de la sorpresa, movido por un impulso de generosidad, retrocedió por fuera de camino, para prestar auxilio á las damas, si acaso lo necesitasen, y llegó á donde estaba doña Beatriz angustiada y temblando, en el momento de comenzar la refriega.

Tremendo fué el encuentro de los combatientes: en el primer choque algunas de las lanzas saltaron hechas pedazos, y uno de los moros cayó al suelo, atravesado de parte á parte, siendo reemplazado en el acto por otro de sus compañeros. D. Beltran y Zair aprendieron á respetarse mútuamente, pues ambos sintieron en el escudo y adarga la fortaleza igual de sus brazos; pero ninguno de ellos quedó herido, y volviendo á encontrarse con mayor furia, el moro, cuyo caballo era sumamente ligero y fogoso, esquivó el choque, y dando de través un bote de lanza, hirió en el costado á su enemigo.

De que el valiente Leon se sintió herido, antes que Zair tuviese tiempo para acudir al reparo, le embistió, tomando una corta carrera, y le falseó la adarga y atravesó la jacerina de Fez que llevaba debajo de los vestidos, metiéndole el acero en el vientre. Al revolverse D. Beltran perdió la mitad de la lanza, quedándose con la otra mitad en la mano. Furioso por este contratiempo, arrojó el pedazo del asta, usando de él á manera de dardo, y con tan buen acierto, que la aguda punta de la astilla fué á clavarse debajo del pretal del caballo de Zair, enredándosele el cuento entre las manos. Espantado el fogoso bruto, comenzó á dar corcobos, y habria comprometido en aquel punto la vida de su dueño, si éste, con estraordinaria destreza no le hubiese retirado, aprovechando su misma impetuosidad.

Entre tanto los otros diez combates personales seguian con furioso encarnizamiento, y casi todos los campeones de ambas partes habian recibido heridas mas ó menos graves: unos, perdidas las lanzas, peleaban con las espadas y cimitarras; otros, desmontados, por haber muerto sus caballos, luchaban á pié, y

los que habian roto las espadas contra los acerados yelmos ó corazas, esgrimian dagas y mazas ó hachas de armas.

Doña Beatriz, en medio de sus damas, contemplaba la espantosa refriega, rogando á Dios por el triunfo de sus caballeros, y á cada golpe favorable ó contrario daba gritos de esperanza ó terror: el viajero de los cabellos canos estaba junto á ella y la sostenia, infundiéndola valor, al mismo tiempo que seguia con la vista enagenada las peripecias de la lucha, y llevaba de cuando en cuando la mano á su cintura, como si echase menos un arma para entrar con ella en la lid.

—Ánimo, noble señora, decia: que si el bárbaro infiel alcanzase la victoria, lo que Dios no permita, yo estoy aquí para sacaros ilesa del peligro, aunque me cueste la vida.

Zair, entre tanto, no pudiendo sosegar á su caballo, tendió la lanza y la arrojó al de su enemigo para desmontarle. Don Beltran sintió el golpe antes que el amago, y conociendo por el estremecimiento de su bridon, que al caer muerto éste podia cogerle debajo, se desembarazó de los estribos, saltó en tierra, y fuese, espada en mano, al encuentro del formidable moro, el cual ya le aguardaba desmontado, dejando ir su caballo, que al verse suelto, dió á correr por el campo, con la crin erizada y las narices humeantes.

Los dos guerreros continuaron entonces la lucha con nuevos bríos, á pesar de faltarles muchas fuerzas por la sangre que perdian: el almete del moro quedó destrozado á los primeros golpes del cristiano; pero éste resbaló en su propia sangre al tenderse para dar una estocada, y cayó al suelo. Un agudo grito de doña Beatriz le infundió bríos para levantarse: pero el peso de las armas le embarazaba, y al ver venir sobre sí al infiel decidido á matarle, hizo un supremo esfuerzo, y se abrazó con él. Las armaduras de ambos campeones crugian, y rechinaban; confundíanse en uno sus alientos agitados, y la sangre de sus heridas, brotando á borbotones, se mezclaba, antes de coagularse en la tierra. Zair resbaló á su turno, y cayó de espaldas abrazado con su enemigo.

Gritos de triunfo y de rábia sonaron á la vez en el refugio

de las damas y en las filas de los musulmanes, que habian quedado en observacion; los cuales se precipitaron al socorro de su jefe. Pero no llegaron á tiempo de salvarle. Don Beltran levantó el brazo armado con la daga, y dió á Zair una puñalada en el cuello: quiso repetir el golpe, y el arma se le escapó de la mano. Se habia desangrado durante la lucha, y acababa de exhalar su espíritu, á una con su enemigo.

Entonces la mas frenética rábia se apoderó del ánimo de los muslimes, que, sin aguardar ya ningun género de consideracion, cayeron en tropel sobre los fatigados campeones cristianos. Las damas viéndose perdidas, volvieron los ojos al estranjero, como el único amparo que les quedaba, esclamando:

—¡Salvadnos! ¡Salvad, al menos, á nuestra señora!

Doña Beatriz habia perdido las fuerzas y estaba como desfallecida bajo el peso de su desgracia.

—¡Huyamos! ¡huyamos! dijo el desconocido viajero: yo procuraré libraros de la cautividad.

Todas las mujeres siguieron el consejo, menos doña Beatriz, que parecia no haberle oido. El estranjero tomó las bridas de la bestia que montaba la dama; pero viendo que ésta vacilaba, como si la faltase el aliento, con un esfuerzo que demostró el vigor de sus brazos, la trasladó sobre su mula, y partió á escape.

La resistencia que los hombres de armas de D. Beltran oponian á sus numerosos contrarios, no podia librarles de la muerte ó el cautiverio; pero dió tiempo suficiente para que los fugitivos se pusieran en salvo. Sin embargo, algunos de los moros se lanzaron en su seguimiento, y alcanzaron á cuatro de las mujeres que caminaban mas despacio, por querer salvar el equipaje y las joyas de su señora: las otras dos se desbandaron aturdidas, y tambien cayeron en poder de los enemigos. Solamente doña Beatriz logró escapar de aquel peligro, merced á los ausilios del generoso desconocido, el cual, metiéndose por la espesura de un bosque, continuó su marcha con direccion á Córdoba, guiándose por el curso del Sol.

Pero éste declinaba ya mucho hácia el Ocaso; hacía una hora que nuestros fugitivos caminaban á la ventura por sendas es-

traviadas, y la dama, privada de conocimiento por las violentas emociones de terror que habia sufrido, reclinaba lánguidamente su cabeza en el hombro del estranjero: mirábala él con atencion afectuosa y delicada, y suspiraba de pena, pensando que no podria prestarle los ausilios que su situacion requeria, y que por no conocer el pais, estaba en peligro de perderse con ella, sin encontrar antes de la noche un pueblo ó casa, donde le diesen asilo.

Apenas doña Beatriz volvió en su acuerdo, se incorporó, y asombrada de verse sola con un hombre á quien no conocia, y viajando fuera de camino, asaltaron nuevos terrores á su corazon. Miró al estranjero, y haciendo un movimiento para arrojarse de la mula, preguntó:

—¿A dónde me llevais? ¿Qué intencion es la vuestra?

El hombre de la cana caballera se turbó como un niño, al oir estas palabras, que encerraban una sospecha injusta, y respondió:

—Noble señora: yo mismo ignoro á dónde voy; ahora que, felizmente, os veo recobrada de vuestro sobresalto, iré probablemente á donde vos me mandeis.

—¡Dios mio! esclamó la dama: ¡pero si yo no sé dónde estamos! Y mis criadas ¿qué se han hecho?... Vos sois aquel generoso viajero, que vino á consolarme en los momentos de la horrible desgracia... ¡Oh! ¡noble corazon! Vos no me abandonareis, ni sereis capaz de abusar de mi situacion desastrosa. Lo conozco en vuestro noble porte, que revela en vos una persona distinguida, por mas que seais desgraciado como yo.

El estranjero escuchaba á doña Beatriz ruborizado, como una doncella, de oir sus propios elogios, y satisfecho al mismo tiempo de que su aspecto bastase á inspirar confianza á una mujer abandonada á su probidad.

—Señora, dijo: vuestras criadas han sido presa del bárbaro musulman: pero podeis estar segura de que haré cuanto pueda por merecer vuestra estimacion. No siento mas, añadió suspirando, que, siendo estranjero y pobre, no podré serviros como mi voluntad desea.

—Gracias, hombre bondadoso. Pero decidme ¿no sabeis dónde estamos?

—Me parece, y no creo equivocarme, que vamos caminando hácia Córdoba. He tenido que meterme en estos bosques, para evitar que os siguiesen vuestros enemigos. Por desgracia, esta es la primera vez que visito estos lugares, y á la verdad, por tierra no soy muy ducho. Si fuésemos por mar, os conduciria, sin temor de equivocarme, á cualquiera parte del globo que me designaseis; aunque fuese menester ir al Catay, ó á mi soñada isla de Zipango.

—¿Segun eso, sois marino?

—Entre las inquietas ondas del mar he pasado mi juventud, y ellas han arrullado con su murmullo imponente y sublime las mas bellas ilusiones de mi vida. Marino soy, señora, y marino deseo morir, porque en el mar se vé á Dios frente á frente: allí todo es grande, como la mano poderosa, que guia el carro del sol del uno al otro hemisferio; allí sondea la imaginacion exaltada los abismos de la eternidad; allí, en fin, concluyó el viajero con tristeza, están mis esperanzas de gloria, y el blanco de todas mis aspiraciones.

—¡Y yo que, al veros, repuso la dama con ingenuidad, os tuve por un rey destronado!... ¿De qué pais sois?

—Génova, la opulenta rival de Venecia y Barcelona en el imperio de los mares, Génova, no ha mucho tiempo, emporio del comercio del mundo, es mi patria querida.

—Sin duda pertenecereis á una familia patricia: ¿quereis decirme vuestro nombre?

—La nobleza heredada, señora, es mucho, para quien sabe ser digno de ella; es nada para el que carece de virtudes, y aun puede ser un borron para el malvado: mas es la que alcanzamos por nuestros méritos. Mi familia, segun he oido decir á mis padres, fué célebre en Italia por las proezas de sus claros varones: yo mismo he servido á las órdenes del invencible Colombo, almirante de la República, que era pariente mio; pero mi padre era un honrado cardador de lana, que no hubiera trocado su virtuosa medianía por todos los títulos de nobleza del mundo.

Yo, pobre como él, y heredero de su honradez, me llamo Cristóbal.

Hubiera querido el genovés preguntar á su turno su nombre y calidad á la dama, á quien ya miraba con ese tierno afecto, que á los grandes corazones inspiran los séres débiles ó desgraciados; pero un sentimiento de respeto y delicadeza le contuvo, y así continuaron su marcha estravagante estos dos personajes, hablando cada vez con mas intimidad, y como si toda la vida se hubiesen conocido.

Pero la noche se acercaba; la mula, rendida de cansancio, hacía fatigosos esfuerzos para conducir su doble carga, y entre tanto no se descubria pueblo alguno ni habitacion donde reposar. Doña Beatriz comenzó á concebir sérios temores, y su compañero, no por él, sino por ella, se afligia, sin atreverse á manifestar su inquietud, por no entristecerla. Por último la dama, viendo como las tinieblas se condensaban, esclamó:

—¡Dios mio! ¡No vamos á llegar nunca! ¿Estais cierto, Cristóbal, de que caminamos hácia Córdoba?

—No os apureis, señora, contestó el genovés; si esta noche no llegamos á Córdoba, Dios nos deparará algun asilo.

—¡Con que estamos perdidos!

—Perdidos, no. Tenemos la tierra que nos sustenta, y el cielo que nos cobija.

—¡Y yo sola en estos desiertos!

—¡Sola! esclamó el jenovés, con un arranque de enojo: no digais que estais sola, estando á vuestro lado Cristóbal Colon. ¿Ó es, por ventura que habeis perdido la confianza en mí?

—¡Ah! Perdonad, Cristóbal, mi buen amigo, repuso la dama, tocando ligeramente la mano con que Colon la sostenia por la cintura. ¡Pero es tan triste nuestra situacion!

—No ofendais al cielo con vuestras quejas, señora mia, replicó el genovés con dulzura. No hace tanto tiempo que estábais destinada al cautiverio, y sin embargo, sois libre, y teneis un amigo... si es que merezco este nombre, que generosamente me dais.

—¡Oh! sí, vos mereceis ese título; porque ¿quién, sino un

amigo, ó un hombre digno de serlo, habria hecho lo que vos?

La noche cerró enteramente: doña Beatriz temblaba de frio, y tal vez de necesidad, pues no habia tomado ningun alimento desde aquella mañana. Colon no se atrevió á cobijarla con su capa, sino despues de haberla pedido permiso para ello. En tal estado, el cansancio, la reaccion natural de las fuertes emociones del dia, y el suave calor restablecido por el abrigo, produjeron á la dama un pesado sueño; y si bien ella luchó largo rato para no dormirse, al cabo cerró los párpados involuntariamente, y quedó recostada en el hombro de su compañero. Éste sentia contra el suyo los latidos de su corazon, fuertes y acelerados unas veces, tranquilos otras, como las blandas oleadas de un lago en calma.

Pero este sueño duró poco: de pronto despertó doña Beatriz sobresaltada, preguntando:

—¿Todavía no hemos llegado?

Colon suspiró, meneando la cabeza: no sabia qué responder.

La luz de la luna, que se alzaba magestuosa detrás de los montes, iluminaba en aquel momento unas ruinas situadas á un lado de la estrecha senda por donde iban nuestros viajeros. Colon se detuvo y propuso á su compañera pasar allí la noche; pero el instinto del pudor se rebelaba en ella contra la idea de quedarse en aquellas soledades con un hombre, de quien no tenia mas noticias que las que él mismo habia querido comunicarle. Verdad es que no podia quejarse ni dudar de su delicadeza; pero no era á sí misma, sino al mundo, á quien necesitaba satisfacer.

—Colon, dijo: yo no quisiera que nos detuviésemos: apresuremos mas el paso, y puede que encontremos pronto alguna aldea.

—¡Válgame Dios, señora! contestó el genovés. He perdido la esperanza de encontrar posada esta noche, pues no descubro luz por ninguna parte; y no podemos exigir mas de esta pobre cabalgadura. Si no os diese sueño, yo me bajaria para caminar mas aprisa.

—¡Oh! No: ¡quedémonos aquí, ya que Dios así lo dispone!

Las ruinas eran los restos de una antigua ermita, que debió de haber sido residencia de algun piadoso anacoreta: se conservaba un trozo techado, que ofrecia bastante abrigo. Á un lado brotaba un cristalino manantial. El genovés recogió hojas secas de los árboles, de que estaba cubierto el suelo, y con ellas hizo un lecho á la dama y proveyó de alimento á la mula. Encendió fuego para calentarse, y sacando algunas pobres provisiones que traia, las presentó á su compañera, diciéndola con cortedad:

—No tengo otra cosa que daros, señora mia: yo quisiera ofreceros los mas esquisitos manjares.

Doña Beatriz le miró con los ojos arrasados de lágrimas, y el alma llena de gratitud. Cada sencillo rasgo de aquel hombre estraordinario hacía crecer su admiracion y su afecto hácia él.

—Colon, le contestó: yo aprecio esto mas que si me sentaseis á la mesa de un rey. Cenemos, amigo mio.

—¡Ah! yo no tengo apetito, repuso Colon.

Y sin embargo, aquellas provisiones eran el alimento con que debió haber pasado el dia. Doña Beatriz no consintió en probar bocado, si su libertador no la acompañaba: éste accedió al cabo, pero procurando engañarla; y terminada la pobre cena, tendió su capa sobre el lecho de hojas, diciendo:

—Ya veis, señora, como Dios provee á todas nuestras necesidades: tenemos un albergue y un hogar; hemos comido, y aunque en humilde cama, podeis gozar las delicias del sueño.

Doña Beatriz miró la cama que acababa de prepararle su amigo, y viendo que éste se habia despojado por ella de todo cuanto tenia, y que estaba dispuesto á pasar la noche poco menos que á la intemperie, respondió sonriéndose:

—Con efecto, nada me hace falta; pero entre tanto, ¿que vá á ser de vos?

—Yo debo estar en vela, mientras vos descansais: no paseis pena ninguna por mí, señora. Conozco ya las fatigas y las privaciones, y nada me incomoda. Dormir tranquilamente hasta mañana.

—¡Cuánta abnegacion, Dios mio! murmuró la dama. Colon, os advierto que no podré dormir tranquila, si al menos no recobrais vuestra capa: os vais á helar con el frio que hace.

—Señora, replicó el genovés con ardimiento: ¿para qué necesito ese débil abrigo? Yo he pasado las noches en claro, sobre los mástiles de una galera, mientras el huracan soplaba impetuoso, y el granizo helado era mi única cobija: he corrido las borrascas del mar, en pié, con la mano puesta en la caña del timon, y durante muchos dias ha huido el sueño de mis ojos: he visto destrozarse mi nave, como frágil cáscara de nuez que un tosco villano pisa, y he disputado mi vida á las olas encrespadas y frias, que por todas partes me acosaban, para hundirme en los abismos. Dormid, señora, dormid, y no os inquieteis por el endurecido marino, á quien no pueden ya molestar las inclemencias del cielo.

Contemplaba doña Beatriz, recostada en el lecho, el rostro y el continente magestuosos de Colon, que, iluminados por la trémula luz de la hoguera, parecian revestidos de un hechizo incomparable. Las palabras del entusiasta marino inflamaban su imaginacion, y le hacian mirarle como á un ser sobrenatural y superior á los hombres: el prestigio del genio la dominaba, desvaneciendo ante su vista las huellas destructoras, que los años y los padecimientos habian impreso en el semblante de aquel mortal estraordinario: representábasele jóven, y hasta las onduloSas canas que le caian sobre los hombros, tenian para ella la apariencia de una blonda cabellera.

Bajo el influjo de esta fascinacion, doña Beatriz sentia vagos terrores, figurándose que el hombre á quien llamaba su amigo, y que tan pronto habia conquistado su estimacion y cariño, podia ser algun encantador, de aquellos que poseian la ciencia de contrastar los elementos y torcer las leyes de la naturaleza. Sin atreverse á replicarle, se acostó, pero con propósito firme de no pegar los ojos en toda la noche. Hizo como si durmiese, para observar mejor á su prodigioso compañero, y pronto creció su admiracion hácia él, cuando le vió arrodillarse y orar fervorosamente levantando las manos al cielo, y alzándose luego lleno de confianza, mirarla con la complacencia de un padre, taparla los piés sin tocárselos, y retirarse léjos de ella con mucho tiento para no turbar su reposo.

—¡Será un ángel este que me habeis enviado, Dios mio! pensó la noble dama.

Con esta consoladora creencia se quedó dormida, y soñó lo que jamás habia visto: el mar, con todas sus maravillas se estendia infinito ante sus ojos: las olas encrespadas salpicaban el cielo con su espuma, y sobre ellas andaba Colon, cercado de una resplandeciente aureola, y sostenido por blancas alas de ángel. De las dos estremidades del mar surgieron espaciosas regiones, pobladas de gentes diversas. Colon estendió ambas manos, y aquellos paises se acercaron, hasta quedar uno en frente del otro como las dos riberas del Guadalquivir: el genio que produjo esta maravilla se sentó luego á la mesa de los reyes, que le trataban con cariño y admiracion; pero despues se formó una tempestad, y aquel apareció de nuevo en una barca combatida por los vientos y cargado de cadenas. Doña Beatriz dió un grito, y despertó; y buscando á Colon con la vista, le halló sentado en una peña junto al fuego, vueltos hácia ella los ojos con inquietud. En seguida se levantó, y fué á sentarse á su lado: estaba temblando, como si acabase de salir de algun gran peligro.

—Poco habeis dormido, señora, le dijo el genovés, ¿Os habeis puesto mala?

—No, amigo mio, no: ya estoy tranquila. Soñaba cosas maravillosas, cuando de pronto os ví aprisionado y en peligro de muerte; pero ya veo que fué mentira.

Colon era hombre sumamente susceptible de impresiones repentinas: dotado de un espíritu fuerte y obstinado para arrostrar los peligros, vigoroso para vencerlos, tenia al mismo tiempo la sensibilidad y el candor de una doncella, y como se habrá conocido por lo que llevamos delineado de su carácter, á los cuarenta años de edad conservaba la pureza de sentimientos y el entusiasmo de un niño, cualidad que le acompañó hasta el sepulcro. Era naturalmente irascible y enojadizo, aunque incapaz de guardar rencor á nadie, y la mayor lucha que sostuvo en su azarosa vida, fué la que empleó constantemente en dominarse, hasta ser apacible y comedido con cuantas personas trataba.

El delicado interés que mostró por él doña Beatriz, le tocó

en el corazon, tanto que, mirándola al rostro, y reparando que ella misma estaba turbada por lo que habia dicho, se estremeció y bajó los ojos sin saber que contestar. Por último se aventuró á decir:

—¿Pues qué soñabais?

Doña Beatriz le refirió su sueño, y antes de concluir, la interrumpió Colon esclamando:

—¡Es mi propio pensamiento! ¡Es el delirio de mi vida! No, dije mal: ¡es la realidad, que el vulgo no comprende; que yo veo clara, y por la cual me llaman visionario y loco! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Y vos me ratificais vuestra promesa por la boca de un ángel!

Diciendo esto, enagenado, cayó de rodillas á los piés de doña Beatriz, y la besó las manos: sus ojos brotaban lágrimas de alegría.

—¿Qué haceis Colon? preguntó la dama, creyendo que soñaba todavía. Levantaos: reveladme el secreto de vuestra vida.

—Sí, vos sois digna de saberlo todo: vos podeis aliviar mi corazon, repuso el genovés.

Y volviendo á sentarse, contó á la dama su historia, dando así tiempo á que llegase el dia.

## CAPITULO IX.

Cuenta el genovés su historia y conduce á doña Beatriz á su casa, todo en un capítulo.

Nací en Nervi, aldea cerca de Génova, dijo Colon; pero las necesidades propias de un artesano, hicieron que mis padres se trasladasen á la ciudad, cuando apenas contaba yo seis años. Era entonces un muchacho inquieto y revoltoso, y recuerdo que algunas veces mi buena madre, para librarme del castigo que merecia por mis travesuras, me hacía salir del taller, y me enviaba á las playas cercanas. Esta era mi mayor delicia: en vez de ponerme á jugar con otros niños de mi edad, pasaba las horas absorto, contemplando las agitadas olas, que venian rugiendo á estrellarse á mis piés; y si amagaba tormenta, me subia á los fragosos montes, y desde allí gozaba de un salvaje placer, viendo los rayos que parecian salir de entre las amarillentas aguas, y oyendo el estridor de los truenos y los roncos bramidos del mar.

«Á los diez años ya era yo el mejor nadador de toda la costa, y gracias á los desvelos de mi madre, sabia leer y escribir con tal perfeccion, que empecé á ganar el sustento sacando copias de libros. Pero esta ocupacion me incomodaba, y solo me pare-

cia llevadera por el gusto de lo que aprendia: deseaba que llegase el domingo, para ir por la tarde, despues de los oficios divinos, á recrearme en mi diversion favorita. Mis padres, viendo esta aficion decidida al mar, determinaron dedicarme á la marina; pero deseaban que adquiriese estudios, para abrirme carrera en el arte de la navegacion, y aguardaban á tener juntos algunos ahorros, con que enviarme á la universidad de Pavía.

«Muchas veces habia oido yo hablar de un corsario de mi apellido, terrible perseguidor de los berberiscos, tanto, que las moras lo nombraban para amedrentar á sus hijos. Una tarde, hallándome cerca del muelle, fué anunciada una flota, que á velas tendidas enderezaba su rumbo hácia el puerto: el pueblo acudia en tropel para ver llegar al famoso corsario, que volvia enriquecido de despojos africanos. Mi corazon daba saltos de entusiasmo, y cuando oí tronar los tiros en las galeras vencedoras, y los gritos de la muchedumbre, que aclamaba á Colombo, parecíame ser á mí á quien aquellos aplausos se tributaban: y soñando despierto, imaginaba ser almirante, ó por lo menos capitan de una galeota. De pronto me sacó de mi delirio un grito desgarrador que partió de una chalupa. En el momento de ir á desembarcar, habíasele escapado de los brazos de una africana cautiva un niño que criaba. La mar estaba recia; los buques muy juntos: era peligroso lanzarse en medio de ellos; pero yo no pensé en nada: escapándome de mis padres, que en vano intentaron detenerme, corro á la ribera, de un brinco me zambullo vestido en las aguas, y-¡Dios lo quiso!-mis manos tropezaron en seguida con la criatura; la levanto en mis brazos, y sin que ningun daño me viniese, la presento á su madre. ¡Si hubieseis visto qué contenta se puso la infeliz! Yo lloraba de gozo, y no podia oir los vítores del pueblo.

«El corsario presenció la accion: se hizo informar de quien yo era, y aquella misma noche vino á nuestra casa. Yo, al verle, me reí de él: era un hombre de vulgar apariencia, y tenia el rostro surcado de cicatrices: pero le miré con respeto, cuando dijo su nombre.

«Una semana despues, me hallaba estudiando en la univer-

sidad de Pavía, mantenido á costa de la República y recomendado á los mas sábios profesores en las ciencias útiles para la navegacion. Allí empezó á fortalecerse en mí este deseo ardiente de marchar en busca de lo desconocido por las vias de los descubrimientos geográficos, deseo que ya habia sentido sobre las escarpadas rocas de Génova, y que crece con mis años: los jóvenes, lo mismo que los sábios encanecidos, disputaban á todas horas sobre las obras de Plinio, Estrabon, Aristóteles y otros autores mas modernos, recientemente desenterrados del polvo de las bibliotecas de Oriente: se hablaba en particular, y yo me procuré una copia, de las magníficas descripciones de diversos paises remotos, hechas por el veneciano Marco Polo, que visitó la China y el Catay, la Gran Tartaria y la isla famosa de Zipango... Pero os hablo de cosas, que os darán tédio, señora, y no quisiera abusar de vuestra bondad.

—¡Oh! No digais tal, amigo mio: jamás oí narracion alguna, que me interesase tanto como la vuestra. Continuad: os lo ruego.

—En aquel gran centro de las ciencias, prosiguió Colon, traté con intimidad á un jóven mayor que yo y de mis mismas inclinaciones, llamado Pablo Toscanelli: hoy es uno de los primeros sábios que honran á Italia. Los dos juntos componíamos un alma perfecta: él era el juicio raciocinador, lógico, inflexible; yo la imaginacion viva, penetrante, á veces adivinadora, disparatada en ocasiones; pero entusiasta siempre: sus estudios y los mios, despues de largas disputas, venian á formar un solo cuerpo de doctrina: él moderaba el ímpetu de mis osadas concepciones; yo daba vida á sus combinaciones matemáticas. ¡Cuántos sistemas inventamos y destruimos sobre la configuracion de la tierra, sobre el curso de los astros, sobre la estension de los mares y la posibilidad de penetrar en la zona torrida! ¡Cuántos sueños de ambicion y de gloria se abrigaron en nuestras jóvenes cabezas!

«No habia yo cumplido diez y ocho años, cuando tuve que separarme de mi amigo y del bullicio de las aulas, para continuar mis incompletos estudios en una escuela práctica. Mi pro-

tector me llamó para que hiciese mi aprendizaje marítimo bajo su mando en una espedicion arriesgada, y corrí á obedecerle con el corazon henchido de entusiasmo y el espíritu animado por las mas lisonjeras esperanzas. Tratábase de una empresa caballeresca y bizarra, capaz de inflamar un pecho jóven y ansioso de gloria. El príncipe Juan de Anjou, duque de Calabria, intentaba restituir la corona de Nápoles á su destronado padre Renato; nuestra República le daba su apoyo, suministrándole buques y dinero, y nosotros íbamos á entrar en la lid que se preparaba, como representantes del poder de nuestra patria, y como campeones de la majestad abatida.

«Cuatro años duró esta lucha: en los dos primeros aprendí á moderar los vuelos de mi presuncion, pues conocí lo mucho que necesitaba saber: en los dos siguientes, mi orgullo picado me impulsó á distinguirme, y presentándose ocasiones, en que demostrar audácia personal y algun acierto, merecí del mismo rey Renato una prueba de confianza. Su alteza me envió á Túnez para tomar la galeota Fernandina, que estaba en aquel puerto. Partí de Marsella con una sola galera, que para tal empresa no era mucho, ni aun bastante; y habiendo llegado á una isla cerca Cerdeña, me dijeron que habia dos navíos y una carraca con la referida galeota: turbóse mi gente al oirlo y quiso obligarme á retroceder para tomar refuerzos en Marsella. Parecióme esto sobrada cobardía; pero viendo que no habia medio de vencer la obstinacion de aquella gente, fingí acceder á sus deseos, y mudando la punta de la brújula, una tarde hice desplegar las velas, y al amanecer del dia siguiente nos hallábamos dentro del golfo tunecino, cuando todos creian que íbamos á Marsella. No quedó ya á mis compañeros mas recurso que decidirse á obrar: la fortuna se asoció á nuestra empresa, pues habiendo salido la galeota Fernandina aquella misma mañana á reconocer el mar, la acometimos de improviso, y fué apresada. Esta hazaña me valió el nombramiento de piloto de la escuadra, en cuyo empleo he servido muchos años á mi patria.

«Pero esto no satisfacia las vehementes aspiraciones de mi corazon: yo pensaba siempre en dilatar el campo de los descu-

brimientos: el mundo conocido me parecia pequeño, erróneas é injustificables las ideas que acerca de él se tienen, pobres las ciencias y esclavizadas bajo el yugo de preocupaciones eruditas. Yo sentia en mí una necesidad ardiente de ir en todo mas allá de donde habian ido los demás hombres, y mi destino me encadenaba sobre la cubierta de un buque, y en los estrechos límites del Mediterráneo. Una sola vez tuve la suerte de aspirar las brisas del Atlántico en sus incomensurables llanuras: la escuadra en que yo iba pasó el Estrecho de Gibraltar, y salió á dar caza á cuatro galeras de Venecia, que á la sazon estaba en guerra con nuestra República, las cuales volvian de Flandes con un rico cargamento.

«Tres dias cruzados delante de las costas de Portugal, hasta que, un sábado al amanecer, oimos dar al vigía de la capitana, la voz de *¡Viva S. Giorgio!* Era la señal convenida, y nuestro grito de guerra que pronto fué contestado por el de *¡Viva S. Márcos!* junto con algunos tiros de cañon, que nos asestaban los venecianos. Siguióse á este encuentro una espantosa batalla: nuestros buques y los del enemigo se aferraron con cadenas y gárfios de hierro, y las tripulaciones se envistieron cuerpo á cuerpo. La lucha duró todo el dia, sin ventaja por una ni otra parte, y á la noche sobrevino una borrasca, para aumentar los horrores de aquella escena. El bajel que yo mandaba combatia contra la mayor de las naves enemigas: vencerla era imposible, á no acabar con todos los que la tripulaban: en mi furor, acrecentado por la magnitud de las dificultades, resolví emplear un medio desesperado: mandé arrojar á la galera veneciana granadas de mano y pelotas incendiarias. El fuego se propagó al momento, y el huracan, prolongando las llamas, trajo el inciendo á mi propio buque. La muerte era inevitable: mi gente huyendo de ella, se arrojó al mar, cuyas hondas embravecidas no ofrecian menor peligro que el incendio mismo. Yo seguí su ejemplo, y asiendo de un remo, que por casualidad flotaba junto á mí, empecé á nadar hácia la costa, que distaba seis millas.

«Dios me salvó, sin duda; pues solo mediando una gracia de su bondad divina, concibo como pude salir de aquel peligro:

el oleaje me llevaba como el viento furioso á una pequeña tira de papel; me remontaba sobre sus crugientes y empinados lomos, y al punto me absorbia en sus resbaladizos abismos, retorciendo mi cuerpo. No sé cuánto tiempo batallé contra la tempestad; porque perdí el sentido, pareciéndome que los espíritus infernales cabalgaban en las hondas, y las azotaban para irritar su furia contra mí. Tuve una suspension de mis facultades corporales, á manera de un sueño, y creí ver la fúlgida vestidura del ángel de mi guarda, flotando sobre mi cabeza, y oí distintamente una voz que me decia: «Lucha con fé, y vencerás. Tus «dias no serán cumplidos, hasta que por tí se den las manos el «Oriente y el Ocaso, y la ley del Eterno enlace las diversas re«giones de la tierra.»

«¿Venia esta voz de arriba? ¿Emanaba del fondo de mi alma? Esto es lo que no he sabido esplicarme nunca. Cuando volví en mi acuerdo, me encontré tendido en la arena de la playa, y tan débil que no podia moverme: la mar brámaba á mi lado, y el sol naciente dispersaba las nubes, refugiadas en los linderos del horizonte.

«Un pescador me dió los primeros auxilios, y luego que estuve restablecido, me trasladó á Lisboa en su propia barca: yo esperaba encontrar en aquella ciudad algunos compatriotas y medios para volver á mi pais natal. Pero Dios me reservaba otro destino: los genoveses que encontré, unos eran negociantes, demasiado entretenidos en enriquecerse para que llamase su atencion un desdichado náufrago, y otros tan pobres que no podian hacer nada por mí. Sin embargo, me agregué á estos últimos, que me facilitaron ocupacion adecuada á mis conocimientos, y así pude ir viviendo, aunque con alguna estrechez.

«Pero me hallaba entonces en todo el vigor de mi juventud: tenia fé en Dios y en los hombres, y ningun contratiempo me arredraba. Por otra parte, mi imaginacion, adelantándose siempre á la realidad, me hacía recorrer espacios infinitos, poblados de brillantes ilusiones: el movimiento marítimo del Portugal y el fervor con que este pueblo se lanzaba á la carrera de los descubrimientos, me compensaban con creces la pérdida de mi pa-

tria, y nutrian mi espíritu con mil risueñas esperanzas. Mientras así dulcificaba el rigor de la suerte, formando planes y proyectos dignos de un rey, solia ir á la capilla del convento de Todos los Santos, á ofrecer á Dios mis trabajos y á pedirle valor para sobrellevarlos. Una tarde me quedé allí mas tiempo del que acostumbraba: la oscuridad del santuario apenas permitia distinguir los objetos. Creia yo estar solo, cuando percibí cerca de mí los lastimeros ayes de una jóven, que, arrodillada delante de una imágen de la Virgen, rogaba por la salud de su madre. Aquella dulce plegaria era pronunciada en mi idioma: naturalmente me sentí atraido hácia aquel ser simpático, y llenándoseme los ojos de lágrimas, uní á las suyas mis oraciones.

«Cuando se levantó la jóven estaba serena, como si su alma descansase en una promesa de la Madre de Dios: me miró y no se sorprendió de verme. Yo entonces la dije:—«¡Dichosos los buenos hijos, que aman á sus padres, y oran por ellos!» —Al oir mis palabras en italiano, se detuvo á contemplarme, y me preguntó:— «¿Me conoceis, hermano?» —Tiene tanta dulzura esta palabra en nuestra lengua, que aunque la jóven solo la pronunció para espresar nuestro comun orígen, me penetró el corazon de ternura.—«¡Oh! esclamé con tristeza: soy un proscrito de la suerte, arrojado á estas playas por la tempestad. Mis hermanos de Italia no reconocen al marino que ha vertido su sangre por la patria; pero yo me acerco á ellos, porque los amo. —¡Sois marino! repuso: ¡tambien lo era mi padre!—Y al decir esto, la emocion del amor filial embargaba su voz.

«Pero, ¿á qué cansaros, señora, con estos recuerdos llenos para mí de triste delicia, mas indiferentes para vos? Aquella jóven, mi primero y único amor, era hija del distinguido navegante Bartolomé Palestrello, caballero italiano que habia dado á Portugal nuevos dominios, y sido gobernador de la isla de Puerto Santo, descubierta por él. Huérfana de padre, temia perder tambien á su madre, que á la sazon estaba enferma. Yo la consolé, y habiendo hecho conocimiento por aquellos dias con un sábio judío español, que se hallaba, como yo, proscrito, me valí de su ciencia, para restituir la salud á la anciana madre de

Felipa. Toda mi vida estaré agradecido á este favor del desgraciado Isahak Sephardí.

«Este incidente me valió la adquisicion de una nueva familia. Doña Felipa Moñís de Palestrello fué al poco tiempo mi esposa; y aunque no trajo á mi poder bienes de fortuna, con sus relaciones me abrió ancho campo, donde adquirir lo suficiente para vivir con desahogo, y aun hallé medio de que me sobrase para socorrer á mi anciano padre, y para costear la educacion de mis hermanos, que estaban en Génova. La madre de mi mujer me comunicó curiosos datos y noticias, relativos á los viajes y espediciones de su difunto marido; me entregó sus papeles, y en ellos encontré un tesoro inapreciable; pues al paso que pude conocer todos los vastos planes de los portugueses, sus empresas náuticas, y sus ideas respecto á la circunnavegacion del África, ví confirmadas en parte las que yo tenia, acerca de la posibilidad de abrirse paso á las Indias por medio del Océano Occidental. Desde entonces me entregué con mas ardor que nunca á mis estudios favoritos, y mientras tomaba parte en las atrevidas espediciones á las costas de Guinea; mientras, descansando en mi casa, me ocupaba en construir y trazar cartas geográficas, que me dieron reputacion de sábio, y lo que yo mas estimaba, pan para alimentar á mi pobre familia, un pensamiento fijo enardecia mi alma: el de encontrar nuevos paises, cuya grandeza hiciese olvidar todos los descubrimientos de los demás hombres. Queria yo ser el príncipe de los navegantes; agregar, si fuese posible, un nuevo mundo al mundo conocido; y á esto me impulsaban dos móviles poderosos, ambos adheridos á mi corazon: el de llevar la fé cristiana á regiones ignotas y aun no pisadas por plantas europeas, y el de adquirir un nombre y tesoros que diesen esplendor á mi Felipa, la mas tierna y la mas amada de las esposas.

«Y al cabo encontré lo que anhelaba.

—¿Encontrasteis ese mundo desconocido? preguntó doña Beatriz, que escuchaba al genovés llena de admiracion.

—Sí, lo encontré: Dios me lo mostró; pero los hombres no quieren ayudarme á poseerlo. Encontré el arcano de la tierra,

que ha estado oculto desde el principio de los siglos; que ha sido anunciado en las Santas Escrituras, por boca de los profetas, y presentido por los sábios mas grandes de la antigüedad: y, sin embargo, ¡los hombres no me creen, y unos me llaman impío, y otros loco! ¡Dios me enseñó la tierra prometida, y no ha querido que la posea con la amada de mi corazon!

Al decir esto Colon sollozaba como un niño sentido, y tenia las mejillas inundadas de lágrimas.

—No perdais la esperanza, le dijo doña Beatriz: yo no comprendo bien lo que vos sentís, ni lo que os proponeis, pero no dudo que os ayudará Dios.

—¡Oh! Sí, me ayudará; porque oigo una voz dentro de mí, que me manda esperar, y que me elige para llevar á cabo la mayor empresa, que jamás acometieron los hombres. Y esta fé me sostiene; que si no, ¿cómo arrostraria yo la miseria, y lo que es mas, el vilipendio de los ignorantes, despues de haber muerto aquella angelical criatura que me alentaba? ¿Cómo, si ya no puedo adquirir grandezas para ella?

—Os comprendo, ¡vuestra esposa murió!

—Sí, amiga mia: murió, dejándome un hijo, que es mi delicia; perdí en la tierra el apoyo de mis esperanzas, y por eso le busco en el cielo. No sé si os he dicho que desde Lisboa pasé á vivir á la isla de Puerto Santo con mi esposa, donde por fallecimiento de su madre, acababa ella de heredar algunas tierras.

—No me lo habiais dicho.

—Pues bien, así sucedió, y en aquel límite de los descubrimientos marítimos, tuve ocasion de dar ensanche á mis ideas. Allí residia un cuñado de mi mujer, llamado Pedro Correa, hombre instruido é intrépido navegante: hablando con él muchas veces acerca de nuestros viajes al Sur de África, para buscar el paso hácia la India, le hice observar que mas fácil sería encontrarlo, navegando sin detenerse con rumbo al Occidente. ¿Lo creereis? Él fué el primero que se rió de mi observacion, calificando la empresa de temeridad irrealizable. ¿Y por qué ha de ser irrealizable? Donde el hombre domina por disposicion de Dios, ¿hay algo que no ceda á su firme voluntad?

«Desde entonces no pensé mas que en la realizacion de mi idea: me entregué con ardor al estudio de todos los autores, que podian darme alguna luz para traspasar los tenebrosos límites del Océano. Entre muchos pasajes notables, que confirmaban mi teoría de la redondez de la tierra y existencia de los antípodas, leí uno de Séneca en su *Medea*, que dice así:

«Vendrá tras lenguos años un siglo nuevo, en que el hombre «traspasará los límites del Océano anchuroso; y navegando el «mar profundo, que ahora nos cierra el paso, descubrirá gran- «des tierras: y la famosa *Thule* (*), que hoy miramos como el «término del mundo, quedará muy atrás en esta larga car- «rera.»

«¿Por qué, me dije entonces, no acertaria el poeta á ver en el entusiasmo de la inspiracion, lo que no es dado alcanzar al sábio que friamente medita? Pues qué, ¿no siento por mí mismo, esos arrebatos sublimes, que arrancándome de la vida mezquina, me remontan en alas de la fé sobre mundos desconocidos? Quise, sin embargo, ver confirmada por los filósofos la prediccion de Séneca, y solo hallé en ellos dudas y contradicciones. Resolví hacer un viaje á la isla de Thule, y pasar mas allá. Los hielos me detuvieron; y meditando de nuevo sobre lo que habia leido, volví á insistir en mi primitivo pensamiento. Allá, entre las brumas del Ocaso, en el seno de ese mar que los hombres pueblan de fantasmas pavorosas y de quiméricos peligros, es donde está la realidad que yo busco: allí se encierra el arcano de mi vida.

«Escribí entonces á mi amigo Toscanelli, consultándole mis ideas: el sábio florentino las aprobó, suponiendo con Ptolomeo, que el Océano es un vasto lago entre el Asia, Europa y África. Mientras yo aguardaba esta contestacion, seguia estudiando; y fuera impío si atribuyese á la casualidad los numerosos indicios que en poco tiempo concurrieron á fortalecer mis convicciones. Corrian voces, como clamor de pueblo, que por todas partes y á todas horas decian: «Hay algo mas allá.» -Los doctos se bur-

(*) Islandia. La isla que visitó Colon, se cree que fuese Iceland.

laban de las tradiciones populares, de las noticias evidentemente falsas ó exageradas de algunos navegantes aventureros: yo, por el contrario, las recogia todas, las coordinaba, y desechando lo absurdo, utilizaba lo posible. Para mí era casi evidente, que además de encontrar, siguiendo mar adentro, las costas de Asia, se hallarian en el intermedio islas mayores que España, pobladas y fecundas en riquezas de incomparable valor: en medio de aquel lago me parecia ver el celebrado Ofir de Salomon.

—Y es verdad, dijo doña Beatriz; que yo tambien he oido hablar mucho de unas islas que están en medio de esos grandes mares, y que serán la isla de San Brandan y la de las Siete Ciudades.

—Yo tengo esas islas por invencion de poetas, pues nadie ha sabido darme razon científica de ellas. Lo que allí debe existir, y existe sin duda, es la Antilla de Aristóteles, la Zipango, region vastísima y llena de prodigiosas riquezas, y acaso tambien una parte de la Atlántica de Platon. Y si esto no, tierras hay, no importa el nombre que tengan, hácia las cuales me llama Dios para estender la luz de su Evangelio.- Una noche, cansado de largas meditaciones, despues de haber medido y calculado la circunferencia del globo, mi cabeza abrasaba, y mi alma pedia alas para atravesar el espacio: mis ojos no veian los objetos que tenian delante. Impensadamente estendí la mano y abrí un libro: miré, y leí estas palabras de Isaias:

«Irán ángeles veloces en barcos alados y vasos de árboles «sobre las aguas á una tierra, que está mas allá de los rios de «Etiopía, á una gente arrancada, á un pueblo terrible, despues «del cual no se halla otro.»

«Abrasado por el fuego de mi deseo, seguí mirando, sin poder leer las palabras sagradas; pero mi vista se detuvo en otro pasaje, que decia:

«Se juntarán los estremos de la tierra, y todas las naciones «y las lenguas se unirán bajo las banderas del Redentor..... «Enviará Dios naves que vuelen; palomas con tan arrebatado

«vuelo, como cuando van á sus palomares. Convertirán pueblos «bárbaros, y traerán en retorno su plata y oro juntamente con «ellos.»

«Ya no pude dudar: yo estaba allí indicado por boca del profeta, para dar cumplimiento á los designios del Eterno. «Dios enviará palomas.....» ¿No es paloma mi nombre? (*) ¿No ansío volar con arrebatado vuelo á esos desconocidos horizontes? Desistir de mi empresa, flaquear un momento en mi fé, sería grave pecado.-Cordiné mis datos, y ya no dudé que podia juntar los estremos de la tierra. ¡Oh! ¡Qué glorioso destino! ¡Cuánta grandeza promete á la nacion cristiana que me ayude!

—Ciertamente, dijo la dama: y las naciones se disputarán la ocasion de adquirir esa grandeza.

—¿Lo creeis así, amiga mia? repuso Colon con amargura: ¡Dios mio! ¿Por qué habeis negado al hombre poseido de su ciencia, la fé que hace ver claro á una sencilla mujer?-Señora, continuó: sabed que las potestades de la tierra me rechazan, cuando pongo á sus piés un nuevo Mundo.

—¿Es posible?

—Sí: yo he ofrecido ese mundo á Génova, mi patria, y me ha contestado que está pobre para acometer empresas de éxito dudoso: he solicitado el apoyo del rey de Portugal, y este monarca sábio y capaz de comprenderme, ha fiado mas en la terquedad de otros hombres, que en su propia sabiduría; he acudido al de Inglaterra, y se ha mofado de mí. Entre tanto he consumido mis recursos en inútiles viajes y demandas á esas cortes soberanas; pero firme, inalterable en mi propósito, aquí me teneis buscando en los magnánimos reyes de Castilla y Aragon, lo que no he podido hallar en otras partes: una cabeza que perciba la luz; un corazon que la ame, y tenga valor para obrar con resolucion.

—Habeis pensado bien: nuestra reina os ayudará. ¿Mas cómo hareis para introduciros en la corte? Si yo pudiese.....

---

(*) Alude á su verdadero apellido *Colombo*, que suponia originario del latin *Columbus* ó *Columba*.

—Dios no me abandona en medio de mis tribulaciones. Hace un mes, señora, llegué con mi pobre Diego, mi querido hijo, á las puertas de un santo asilo de la piedad y la ciencia. Veníamos de Portugal, de donde nos arrojaba la desgracia: yo habia refugiado una noche en mi casa á un desdichado, á quien no conozco, que iba huyendo de la muerte, por suponérsele cómplice en la conjuracion del duque de Braganza, el cual acababa de ser decapitado. Esto se supo, y trataron de prenderme; por lo cual tuve que huir, como un delincuente. Poco despues de atravesar la frontera, no me quedaban ya ningunos recursos, y mi hijo, rendido de cansancio, desfallecia de hambre y sed: la Providencia me guió al convento de Padres Franciscanos de la Rábida. Llamé á su puerta, y pedí pan y agua para el pedazo de mis entrañas. Mientras la caridad me socorria, se presentó allí, como enviado por Dios, el virtuoso prior del convento, fray Juan Perez de Marchena, hombre de gran corazon, y en quien la modestia escede á la sabiduría. Me habló, y no sé lo que veria en mi persona, pues me invitó á descansar en su celda.

—Veria lo que yo he visto, Colon, dijo doña Beatriz, abandonando completamente la reserva propia de su sexo: veria que la desgracia realza vuestro mérito, y que en cualquiera situacion sois digno de amor y respeto.

—¡Ah! ¡noble señora! esclamó Colon sin poder contener las lágrimas. ¡Bendita seais, pues poseeis el alma de la que fué mi ángel consolador en la tierra! Yo creo que solo la caridad ardiente del P. Marchena le movió á darme hospitalidad. Hablamos largamente de mi venida á España en tal estado y de mis proyectos régios: él me oyó con una atencion dulce y benévola, solo comparable á la que vos teneis á bien prestarme, y ¡cosa estraña! juzgó realizables mis ideas. Pero, humilde, como lo es siempre la verdadera sabiduría, no se fió de sí mismo: convocó á los Padres mas instruidos; hizo venir á un médico del vecino puerto de Palos, llamado Garcia Fernandez y á Pedro Velasco, anciano y esperimentado piloto, que como yo creia en la existencia de tierras al Occidente, y en el reposo de aquel claustro tuve la dicha de oir aprobado, lo que en las córtes fastuosas y en

las doctas universidades se llamaba el delirio de un visionario.

«El bondadoso prior tomó á su cargo el cuidado y educacion de mi hijo, me entregó una carta para el P. fray Hernando de Talavera, confesor de la reina Isabel, y me dió esa mula y algunos recursos para este viaje, en que mi buena estrella me ha traido á conoceros, aunque en momentos que deploro. Ya sabeis, señora, mi historia y el secreto de mi vida. ¿No os burlais vos tambien del pobre loco?

—¡Yo burlarme de vos, Colon! esclamó doña Beatriz: ¡yo que os admiro, como á un escogido de Dios, como á un rey de la inteligencia!

Y, en efecto, la noble dama, que no poseia la ciencia necesaria para ofuscar su natural talento, ni para amortecer el entusiasmo de su corazon, miraba al estranjero como á un ser privilegiado, y creia en sus magníficas promesas, sin pararse á examinarlas. Colon era ya para ella mas que un amigo: él le habia mostrado de un golpe todos los senos de su alma, donde con rasgos naturales y sencillos estaban retratados el ardor vehemente de un genio, la intrepidez del hombre fuerte; y al mismo tiempo los ímpetus irreflexivos de un corazon generoso, la candidez de un niño y la ternura de un buen padre y de un buen esposo. Doña Beatriz le amaba ya, como á un hermano mayor.

Al concluir Colon su relacion, comenzó á rayar el alba. Nuestros dos improvisados amigos continuaron su viaje por medio de la selva, y al poco rato fueron detenidos por la corriente del Guadalquivir. Doña Beatriz reconoció el sitio donde se hallaban, y esclamó:

—¡Dios mio! Hemos pasado la noche á las puertas de mi casa. ¿Veis esa alquería que tenemos delante? Pues me pertenece, y estamos á dos leguas de Córdoba. Bien haremos en descansar ahí.

La dama guió esta vez al estranjero, y habiéndose aposentado en aquella casa de campo, no le dejó partir, obligándole á permanecer en su compañia hasta la venida de los reyes á Córdoba, que tardó mas de tres meses.

## CAPITULO X.

Trata de los segundos amores de Colon, y de otras cosas que verá el que leyera.

*Homni soit qui mal y pense.*

La desgraciada muerte de D. Beltran Ponce de Leon sublevó los ánimos de todos los héroes españoles, que ocupaban las fronteras de Andalucía; pues además del dolor que generalmente causaba la pérdida temprana de aquel jóven caudillo, era vergonzoso el pensar que el atrevido musulman hubiese burlado la vigilancia de los adelantados, penetrando casi hasta las puertas de Córdoba.

Estaba en esta ciudad el gran maestre de Santiago D. Alonso de Cárdenas con muchos caballeros de su órden, y apenas supo la infausta noticia, se juntó con el señor de Aguilar, cuñado del difunto, y con el conde de Cifuentes, y partió decidido á tomar señalada venganza de aquel agravio. El valiente marqués de Cádiz, mas sensible que nadie á la desgracia de su hermano, reunió todos los caballeros de su familia y dependencia, y acompañado de D. Pedro Henriquez, voló á la ciudad de Antequera, donde se congregaban los demás capitanes. Era aquella una cruzada, en que las afecciones del parentesco sobreescitaban el ardor reli-

gioso y caballeresco de la época: por esto el conde de Ureña, que aun lloraba la pérdida de su hermano gemelo D. Rodrigo Tellez Giron, maestre de Calatrava, corrió tambien con gentes de su acostamiento á tomar parte en la empresa.

Don Alonso de Cárdenas y el marqués de Cádiz, se encontraron así apoyados por fuerzas tan imponentes, que no dudaron podian acometer hazañas mas considerables que las que habian imaginado en el primer arrebato de su indignacion. Proponíanse atacar pueblos de corto vecindario, hacer presa en ellos de personas y riquezas, talar, destruir cuanto hallasen á su paso; y como no existia ya el enemigo que les habia ofendido, les era indiferente el punto sobre el cual iban á descargar su furia. Mientras se consultaban para escoger el campo de sus operaciones, algunos renegados les indicaron la Ajarquía de Málaga, como un pais, que por estar resguardado entre ásperas montañas; encerraba una poblacion rica y mal defendida, y se ofrecieron á servirles de adalides ó guias.

Mientras se ejecutaba esta espedicion, el genovés y su sensible amiga vivian alejados del bullicio del mundo; el retiro donde la casualidad los habia juntado, era peligroso para dos corazones afectuosos como los suyos, y que sentian por temperamento la necesidad de amar y ser amados (1).

Diráse quizás, que la calidad, las virtudes y circunstancias especiales de doña Beatriz, por una parte, la desgracia y la edad de Colon, por otra, alejaban ó disminuian este peligro. Pero, ¿cuándo el amor no hizo presa en los obstáculos para engalanar los trofeos?

La viuda de D. Beltran era una dama de alta categoría, muy

(1) A los espíritus *fuertes* que miran con desden las debilidades, que los novelistas suelen atribuir á los grandes hombres, debemos advertirles, que estos amores de Colon *son históricos*. Al escribir esta obra, hemos puesto especial cuidado en no alterar en nada esencialmente la Historia, y en reproducir los caractéres y los hechos propios de cada personaje tales como fueron, aun sacrificando muchas veces á esta precision la forma y el interés de la novela. Nos ha movido á obrar así el deseo de rectificar las ideas equivocadas que tiene cierta clase numerosa de lectores acerca de varios acontecimientos y personajes notables de la época señalada que vamos trazando.

celosa de su decoro, y honesta por el sentimiento y la educacion; pero tambien era vehemente en sus afecciones, compasiva y admiradora de la virtud y el talento: poseia en sumo grado esa irritable y delicada sensibilidad de la mujer, que tan fácilmente convierte para ella el trato humano en un manantial de goces puros, ó en un abismo de dolores: el menor desaire, la mas leve falta de consideracion hácia su persona la incomodaban y entristecian; al paso que bastaba una palabra cariñosa ó la mas insignificante deferencia para llenar su corazon de agradecimiento y regocijo.

Colon era respetuoso y desgraciado: no habria sido menester mas para que doña Beatriz le quisiese, aunque no hubieran mediado entre ambas circunstancias capaces de dar, por lo menos, orígen á una tierna amistad. Y esto fué lo que sucedió: el ingénuo marino franqueaba mas y mas cada dia su alma sencilla y elevada; proseguia sin interrupcion la comenzada série de finas y desinteresadas atenciones hácia la noble viuda, que, apoyada en la confianza que le inspiraba aquel bello carácter, llegó pronto á identificarse con él, á gozar con sus alegrias y á condolerse de sus penas.

Así los dias se deslizaban tranquilos para estos dos séres simpáticos, que en la soledad del campo, confiándose mútuamente sus pensamientos, vivian satisfechos, como si el mundo se encerrase en ellos solos. La diferencia de edades entre uno y otro no era tanta que pudiese infundir desvío, y doña Beatriz, mas atenta á las dotes del espíritu que á las perfecciones del cuerpo, se acostumbró á mirar las prematuras canas de Colon como un testimonio de sus virtudes y padecimientos, y aun á sus ojos no carecian de cierta belleza y dignidad. Contribuia mucho á desvanecer toda impresion desfavorable la vivacidad candorosa del genovés, cuyo corazon, á los cuarenta años era tan jóven y lozano como pudiera haberlo sido á los veinte.

Los dos juntos solian dar paseos solitarios por los jardines y parques de la alquería, y sus conversiones versaban casi siempre, ya sobre los magníficos proyectos y las esperanzas de Colon, que la dama apoyaba y fortalecia con el convencimiento de

la fé ciega; ya sobre los prodigios de la naturaleza, que el sábio aventurero iluminaba con el esplendor de la ciencia. Otras veces distraian el tiempo, instruyendo Colon á su amiga en el arte de la pintura, que poseia con bastante perfeccion, ó ensayando cantos poéticos, á lo cual era en estremo aficionado.

¿Cómo podia prolongarse esta íntima cordialidad, sin que un sentimiento mas profundo viniese á reemplazarla? El genovés comenzaba á temer su permanencia al lado de la noble dama, en quien veia reproducirse el espíritu adicto y tierno de su perdida esposa: Doña Beatriz se dejaba arrastrar hácia él con entero abandono, con absoluta confianza; y si algunas veces, viéndole triste y pensativo, sorprendia en sus miradas el fuego de un dolor oculto, no le preguntaba la causa; porque solo entonces creia sentir los reflejos de aquel incendio en el fondo de su corazon. Ambos, sin embargo, procuraban engañarse á sí mismos, haciendo por distraer sus pensamientos del objeto amado, y de este modo, al separarse por las noches, continuaban viéndose con los ojos de la imaginacion, y concentrando, sin querer, las dulces impresiones recibidas durante el dia.

Una tarde, paseando los dos por el campo, seguidos á respetuosa distancia de un paje y una dueña, se alejaron hasta la márgen amena del Guadalquivir, llegando á una casita rústica, sombreada por frondosos árboles, que señalaba el término de aquella posesion. Doña Beatriz se sentó en un banco de piedra, que habia debajo de un olmo corpulento, y alrededor del cual brotaban espontáneas las flores, y permaneció algunos momentos contemplando los brillantes rastros del sol, que acababa de hundirse en el Occidente. Colon seguia con la vista la direccion de sus miradas, como si quisiese penetrar con el pensamiento en las regiones que iba á visitar el rey de los astros; pero volviéndose de pronto á su amiga, reparó que estaba triste.

—¿Qué teneis, amiga mia? le preguntó con ese afan que nace del alma. ¿Puedo saberlo?

—¡Ah! esclamó doña Beatriz, como volviendo de una profunda distraccion: no tengo nada Estoy triste; pero no sé de qué.

—¡Oh! repuso el genovés: bien lo comprendo. Esta soledad os cansa, y yo no sirvo para divertiros.

—¡Colon! ¿Qué estais diciendo? replicó la dama vivamente resentida: ¿es acaso que deseais ya marcharos? Yo no os detengo: si os ofrecí esta residencia, fué porque creí que nada podiais hacer en Córdoba por ahora.

Y al hablar así, doña Beatriz hacía esfuerzos para reprimir las lágrimas.

—Ciertamente, dijo el genovés, reconozco el favor que me habeis dispensado, y solo siento no haber sabido corresponder á él como quisiera. Pero una vez que me despedís, partiré mañana.

—¡Mañana!... Me habeis entendido mal, Colon: si yo pudiera esplicaros... Sí, es conveniente que recobreis vuestra libertad: mientras aquí malgastais el tiempo en distraerme, pudierais emplearlo mejor, ganando amigos que os ayuden para llevar á cabo vuestra grande empresa. Teneis razon; debeis partir.

Iba Colon á responder á esta amarga reconvencion, que sin duda queria espresar un sentimiento mas acerbo, cuando fué interrumpida la plática por un criado, que venia corriendo de la quinta, el cual anunció la repentina llegada del Adelantado.

Al oir esta noticia, doña Beatriz se levantó palideciendo, como si el corazon le anunciase alguna desgracia. Cuando llegaron ella y Colon á la casa, encontraron á D. Pedro Henriquez sentado, con el codo sobre la mesa en que solia dibujar su sobrina, y el rostro iracundo, apoyado en el dorso de la mano: tenia puestas las armas, escepto el casco, el cual estaba tirado en la mesa en medio de los dibujos revueltos.

—¡Ah! ¡mi querido tio y señor! esclamó doña Beatriz, yendo hácia el Adelantado. Por fin os veo: pero, ¿por qué estais enojado? ¿No venís vencedor?

—¡Sí, vencedor! contestó D. Pedro con tono de áspera ironía: vuestras oraciones, señora, deben de haber sido tan fervorosas, que han llegado al cielo.

Colon oia estas palabras, manteniéndose por comedimiento junto á la puerta de la estancia.

—Si Dios ha oido mis súplicas, señor, repuso la dama, sin duda os habrá dado la victoria.

—Pues bien, señora, vengo derrotado: ¡espantosamente der-

rotado! Nunca se vertió mas sangre cristiana, ni aun en los funestos campos del Guadalete. Sabedlo, sí: casi toda la ilustre familia del marqués de Cádiz ha sucumbido al filo del alfanje; la mitad de la hueste de Santiago ha quedado en aquellos horribles desfiladeros de la Ajarquía; el conde de Cifuentes, con doscientos nobles mas están cautivos: D. Manuel Ponce de Leon, el único que se ha salvado de los hermanos del marqués, viene mortalmente herido. Esta es la victoria que hemos alcanzado por vuestras plegarias.

—¡Dios mio! esclamó doña Beatriz. ¡Qué desgracia! Pero, ¿qué culpa tengo yo de eso?

El Adelantado miró hácia la puerta y dijo, indicando á Colon:

—¿Qué hace aquí ese hombre? ¿Qué espera? ¿Es algun criado vuestro?

—¡Criado! No, señor, contestó la dama. Es nuestro amigo Colon. el que me sacó del peligro...

—¡Ah! Con que, vuestro amigo Colon. Pues bien, que espere fuera. Salid buen hombre; ya se os pagará vuestro trabajo.

Colon dió dos pasos dentro de la estancia; y mirando al Adelantado con los ojos chispeantes de ira y las mejillas inflamadas, contestó:

—Mi trabajo, señor Adelantado, no tiene precio, ni puede pagarse con oro: la única recompensa que merece, no me la podeis dar vos.

Doña Beatriz suplicaba á Colon con la vista que no provocase la cólera de su tio: pero él no reparaba en sus ruegos.

El Adelantado se levantó, y mirando á su vez á Colon con sangre fria repuso:

—Veo que sois audaz.

—Bastante, replicó el marino.

—¿Sois grande, ó título?

—No.

—¿Caballero?

—De tal me precio.

—¿Hidalgo?

—Del corazon.

—Poco es, replicó el Adelantado, sentándose con calma. Id con Dios, y antes de provocar á un hombre de mi clase, adquirid títulos de nobleza iguales á los mios.

—Algun dia los tendré tan elevados, repuso Colon, que vuestra orgullosa estirpe será honrada enlazándose con la humilde sangre mia: yo os lo prometo. Entre tanto, señor Adelantado, cedo al derecho que os asiste, abandonando esta casa, donde se me debe gratitud, y se me paga con agravios.—Señora, añadió, volviéndose á doña Beatriz: vos nada me debeis, pues me doy por satisfecho con haber tenido la dicha de serviros.

Y sin aguardar respuesta, salió del aposento. Doña Beatriz quedó como petrificada bajo la dolorosa impresion de la inesperada escena que acababa de ocurrir; pero vuelta en seguida de su estupor, se lanzó hácia la puerta con ánimo de detener á Colon.

—¿A dónde vais? prorumpió el Adelantado. Venid acá, señora, y decidme, ¿qué bellos entretenimientos son esos en que se ha ocupado la honesta viuda de un Ponce de Leon?

Y mostraba los dibujos esparcidos sobre la mesa. Doña Beatriz los miró, y se puso pálida como un cadáver. Entre aquellos papeles habia algunos bosquejos del retrato de Colon, intentado por ella de memoria. Por fortuna, su mano poco esperta no habia logrado acertar con el parecido.

—¿Son esos, continuó el Adelantado, los ejercicios de piedad en que os ocupabais, mientras los mas brillantes caballeros sacrificaban su vida por vengaros?

Don Pedro Henriquez era naturalmente áspero de carácter, pero en la ocasion presente se reunian varias circunstancias para aumentar su mal humor: tales eran la muerte de D. Beltran, de cuya alianza con su sobrina se habia él prometido sacar grandes ventajas; la derrota sufrida recientemente, donde esperaba obtener triunfos y riquezas; y por último el hallazgo de los dibujos, estando doña Beatriz ausente de su habitacion, en el momento de su llegada, lo cual le hizo sospechar que ella se entretenia en devaneos frívolos, y acaso culpables: la actitud altiva de Colon, en presencia de sus provocaciones altaneras, habia acabado de irritarle.

La noble dama no pudo sufrir mas las crueles invectivas de su tio, y respondió con dignidad:

—Me ofendeis injustamente, señor, hiriendo á un mismo tiempo mi honor y mi corazon. No creo haber faltado á lo que me debo á mí misma, durante vuestra ausencia; y si de algo puedo acusarme en este momento, es de haber sufrido, sin protestar, el mal trato inmerecido con que habeis ultrajado al hombre que acaba de salir de aquí.

—¿Qué significa esto? prorumpió con ira el Adelantado. ¿Será menester que yo pida perdon á ese miserable? ¿Quién es él, ni quién sois vos para reconvenirme?

—No se os reconviene, señor: se os exige lo que debeis dar, replicó la dama con calor. Ese hombre vale tanto como cualquier príncipe, porque es un sábio; merece nuestra consideracion, por que á él debo mi libertad y acaso mi vida: si vos no teneis nada que ver con él, yo sí: soy dueña de mis acciones, y como tal deseo obrar en adelante.

—¡Hola! Pues no se os olvide, señora, que yo tengo á mi cargo velar por el honor y buen lustre de mi familia, y que no consentiré amistades indecorosas.

—Sea enhorabuena, señor, replicó doña Beatriz.

Y se retiró á otra estancia, para desahogar la pena que le oprimia el corazon.

Entre tanto, el genovés disponia rápidamente su marcha, decidido á no pasar la noche en la quinta: su alma era palenque de los mas encontrados sentimientos: ahogábale la ira de verse despreciado de quien menos lo esperaba; le afligia el desconsuelo de no haber oido en boca de su amiga una palabra reparadora de aquellos ultrajes, y al mismo tiempo le inquietaba la idea de que sus propios arrebatos, al contestar á D. Pedro Henriquez, tuviesen consecuencias funestas para el éxito de las negociaciones que pensaba entablar en la corte. ¡Qué mudanza tan súbita en su posicion! En la mañana de aquel mismo dia, sin duda se habia lisonjeado con la esperanza de que el valimiento de la familia de doña Beatriz sería su mejor recomendacion cerca de los reyes: tal vez habia soñado un venturoso cambio en

su vida desdichada, viendo en aquella mujer acumuladas su felicidad doméstica y sus ilusiones de ambicion y gloria. Y todo esto quedaba desvanecido en un instante, como á un soplo del huracan desaparece la opulenta nave á la vista del puerto.

Pero el espíritu de Colon no se abatia: la indiferencia de doña Beatriz era lo único que afectaba profundamente al sufrido genovés, haciéndole prorumpir en amargos sollozos, como le acontecia siempre que algun dolor agudo angustiaba su corazon magnánimo: parecíale imposible que ella fuese ingrata, y sin embargo, recordando sus últimas palabras, hallaba en ellas una cruel analogia con las del Adelantado. Entonces se reputaba doblemente infeliz, pues no podia ocultarse á sí mismo que amaba sin esperanza.

—¡Oh! esclamaba entre afligido é irritado: si únicamente hubiese de sufrir la insolente vanidad de ese hombre, no lo sentiria; porque yo hallaré medios de abatirla: yo haré por elevarme á tanta altura, que él no pueda mirarme al rostro sin avergonzarse de su pequeñez. Pero que ella tambien me desdeñe, ¡Dios mio! ¡Ella, en quien yo imaginaba ver resumidas todas las virtudes, toda la grandeza de ánimo de la compañera que perdí!... ¡Oh! Esta idea me asesina; mi corazon la rechaza, porque es absurda. Y, sin embargo, ¿puedo dudar...?

Un accidente casual vino á retardar la marcha de nuestro aventurero. Como si el cielo quisiese estar en consonancia con la agitacion de su pecho, á la hora misma en que todo lo tenia ya dispuesto para partir, estalló una furiosa tempestad. Colon reflexionó que su salida en aquellos momentos haria notar á la servidumbre lo que acaso ignoraba, y lo que su noble orgullo habria ocultado, si posible fuese, aun á su propio espíritu. Resolvió, por lo tanto, permanecer encerrado, y marchar al amanecer; y como la escitacion del ánimo no le permitia dormir, se sentó junto á una mesa, y allí permaneció muchas horas pensativo, con la mano en la mejilla.

Era mas de media noche, y un profundo silencio reinaba en todo el edificio, cuando Colon sintió entreabrir la puerta de su aposento: levantó la cabeza sorprendido, y lo quedó mas al ver entrar á doña Beatriz.

—Estaba segura de que velabais, y por eso he venido, dijo en voz baja la dama, en cuyo rostro se descubrian las huellas de una lucha entre el amor y el deber.

—¡Señora! esclamó el marino, levantándose turbado, y frotándose los ojos: ¿es verdad que os veo? ¿No me engaña mi imaginacion?

—Pues qué, repuso doña Beatriz: ¿no me aguardabais? ¿Podiais creer que os dejase partir, llevando por todo premio de vuestras bondades un recuerdo de oprobio y de ingratitud? No, Colon: si tal pensasteis, me habeis ofendido. Yo soy dueña de mis acciones, y no quiero tener para con vos la responsabilidad de lo que otros hagan.

—¡Oh! ¡Cuánta felicidad encierran para mí esas palabras! Decís bien, señora, decís bien: yo necesitaba creer en la bondad de vuestro corazon; pero no podia esperar que me recompensaseis demasiado.

—¡Demasiado, amigo mio!... ¡Ah! ¡Quizá tengais razon!... Pero dejemos esto, replicó la dama con viveza, como queriendo reprimir el movimiento de sus pasiones. No he venido á satisfaceros con vanas palabras: lo que ha pasado esta noche exigia una reparacion de mi parte.

Colon sintió afluir á sus mejillas toda la sangre de sus venas. Doña Beatriz continuó:

—Sí, yo tambien necesitaba probaros que sigo mereciendo vuestra estimacion, y que mi memoria no olvida lo que debo al sábio y al amigo. Poco puedo hacer por vos; pero, mi voluntad es grande. Ved aqui esta carta, prosiguió la dama, sacando una de su limosnero: es para la marquesa de Moya, íntima amiga de la reina, que tambien lo fué mia cuando éramos niñas. Tomadla, y quiera Dios que os facilite el camino de la fortuna.

—¡Gracias, señora! ¡Gracias! repuso Colon, tomando la carta y besándola con transporte.

—Además, añadió doña Beatriz con cortedad, quisiera que aceptaseis esta memoria.

Y le presentaba un bolsillo con oro, Colon lo rechazó suavemente, diciendo:

—Eso no me hace falta, señora: soy bastante rico en mi pobreza, para no necesitar socorros de la sobrina de D. Pedro Henriquez.

—¡Ah! ¡Lo despreciais!

—¡Perdonadme, señora! No lo desprecio: solamente lo rehuso, aunque agradezco vuestro buen deseo.

—Es que... Colon, amigo mio, no intento pagaros lo que os debo; no os hago una merced; no es un socorro lo que os doy!

—¿Pues qué es eso? repuso el marino con voz ronca.

—Es que quiero participar de las glorias, que sin duda os tiene el cielo reservadas, y me asocio á vuestra grande empresa. En tal concepto solamente os adelanto este dinero, y no podeis rehusarlo.

—He jurado, señora, no recibir auxilio ninguno de vuestra opulenta casa.

—¿Ni de mí, Colon?

—¡De vos!... ¿No os llamais Henriquez?

—¡Cruel sois! esclamó la noble viuda como fuera de sí. ¿No quereis nada de Beatriz Henriquez?... Pues bien: tomadlo, porque no es la ilustre dama quien os lo da...

—¿No? ¿Pues quién?...

—¿Quién puede ser?... ¡Oh!... ¿No lo adivinais?

—Si vos no sois, será vuestro tio.

—¡No, Colon, no! Es vuestra amiga...

—¡Mi amiga!... ¡Oh! Mi amiga no me ofreceria dinero.

—¿Tampoco lo quereis de vuestra amiga?... ¿Y de vuestra esposa?

—¡Beatriz!... ¡Dios mio! esclamó Colon, creyendo ser juguete de un delirio ¿Qué habeis dicho?

Pero doña Beatriz no pudo contestarle: agobiada, rendida bajo el peso de su vergüenza, buscó sollozando un apoyo en que sostenerse, y Colon la recibió en sus brazos.

Estaba roto el hielo de las consideraciones sociales, y la naturaleza recobraba sus eternos derechos: aquellos dos corazones, nacidos para latir á un solo impulso, arrojaron unánimes la cadena del disimulo, y se abrieron confiados, imprudentes quizás,

los recónditos senos de su ternura. ¿Podia suceder de otra manera? El fuego que ardía en ellos, probablemente los hubiera consumido en secreto, sin la accion de una causa esterna; pero el aliento de la vanidad sopló sobre ellos y los juntó, y del rudo choque salieron regenerados en uno, como el fénix de sus cenizas.

Mucho tardó la noble dama en volver del éxtasis de su pasion al conocimiento de la realidad ordinaria: tomó entonces las manos de Colon, y apretándolas contra sus labios, y regándolas con sus lágrimas, esclamó:

—¡Ay, amigo mio! ¡Qué horrible abismo nos separa! Nuestras almas están unidas delante de Dios, que las mira: ningun poder humano es bastante á desatar sus lazos; pero ¿cómo arrostrar las preocupaciones del mundo? ¿Cómo romper la cadena que mi clase me impone? ¡Oh! ¡Por qué no nací villana!

—Deciais bien ayer, amada mia, repuso Colon: yo debí alejarme de vos; debo huir todavia, para restituiros la tranquilidad.

—¡La tranquilidad!..... Puedo yo tenerla sin tí..... ¡Dirás que estoy loca!..... Pues bien: piensa de mí lo que quieras..... Soy tuya, y me envanezco de proclamarlo: quiero ser el apoyo de tus esperanzas, el norte de tus empresas. Partirás, sí, te apartarás de mi lado; pero mi memoria te seguirá á todas partes: en tus aflicciones, en tus luchas contra la ignorancia de los hombres, podrás volver á mí los ojos, y me verás, diciéndote con toda la energía de mi alma:—«¡Sigue, Colon, sigue la ley de tu augusto destino! ¡Corona de gloria tus nobles sienes: vé que te espero para premiar con mi amor tus heróicas fatigas, y que necesito verte aclamado el mas grande de los mortales!»

—¡Oh! ¡Beatriz! ¡Beatriz! ¡Tú no eres una mujer! Eres un ángel, que Dios me envia para mi consuelo. Delante de ese Dios, que nos contempla, te juro luchar y vencer por tí, hasta que pueda ofrecerte un nombre tan esclarecido, que debajo del rey no haya otro que le iguale. Serás la esposa del almirante del mar Océano, y te rendirán vasallaje los pueblos mas ricos del Occidente... Pero, ¿lloras, vida de mi vida? ¿Qué tienes?

—Sí, lloro... de gozo y de terror... Ahora puedo decirte en qué pensaba yo ayer tarde, cuando me afligiste con tus palabras. Esa espedicion á través de mares desconocidos me amedrenta. Si tu fé te engañase...

—¡Oh! nada temas: yo cruzaré esos mares: volaré con las alas de tu amor, y con el aliento que Dios me inspira, y traeré de retorno un mundo para ponerlo á tus piés.

La luz del alba sorprendió á los dos amantes en medio de sus felices delirios, y les obligó á separarse. Pero no fué duradera su ausencia: Colon fingió partir, y á la noche siguiente fué á ocultarse en la casita rústica, que habia en la orilla del Guadalquivir, donde una criada fiel favoreció sus deseos: allí permaneció muchos dias, durante los cuales, y mientras el sol visitaba las regiones que enardecian su mente, no cesó de brillar el astro de sus amores.

## CAPITULO XI.

### Granada y Córdoba.

Todavía lloraban los cristianos la derrota de sus armas en las sierras de la Ajarquía: estaba demasiado reciente la memoria de aquel desastre, para que hubiesen podido ellos recobrar los abatidos alientos, y ya el nuevo rey de Granada hacía pasear por su magnífica ciudad el estandarte régio, apellidando á sus nobles tribus guerreras. Abú-Abdaláh en persona iba á salir á campaña, ganoso de vencer á los castellanos en su propio territorio, y no tanto por el ódio que tuviese á éstos, sus naturales enemigos, cuanto por eclipsar la gloria de su padre, ó mejor, de su tio el Zagal, que habia sido el héroe de la última jornada.

El anciano Alí-Atar era el alma de esta espedicion: sentido aun por la pérdida sucesiva de su amigo Zafarjal y de su hijo Zair, convocó á los guerreros de su sangre, á los caballerosos Abencerrajes, á los Alaveces y Almoradíes, y acompañado de los jefes de estas tribus, se presentó al rey su yerno, que olvidado de la guerra, pasaba el tiempo adormecido en los brazos de la tierna Morayma.

—Rey de Granada, le dijo con voz grave, que hacía retemblar su larga y plateada barba;-la estrella venturosa del Islam, ofuscada un momento, vuelve á cobrar sus fúlgidos resplandores; pero no lo debe á tí, que eres el elegido del Profeta, el poderoso en la tierra, el escudo de nuestra ley. El trono en que te sientas necesita el apoyo de tu valor: sin él no está seguro. ¿Sabes á quién vuelven ya los ojos los amantes de la patria? Oye el rumôr que se levanta fuera de tu palacio, y percibirás el nombre de Muley Hacem, y el de su hermano, cuyas hazañas le dan el apellido de *Zaguer* (*). Yo, rey de Granada, vengo con estos nobles gefes á ofrecerte mi cabeza: córtala, si quieres; pues tuya es. Pero como leal que soy á mi sangre y á mi ley, te digo: «Allí donde haya un brazo mas levantado que otro en defensa de la patria, allí estará con su alfanje nunca vencido el veterano Alí-Atar.»

Calló el adusto guerrero, y su voz vibró largo espacio en los dorados muros, hasta perderse confusa en los cupulinos de la elevada techumbre. Abdaláh no osaba contestar por no afligir á Morayma, que al oir el discurso de su padre, habia prorumpido en llanto. Aben Hamet, jóven caudillo, que por su valor mandaba á la tribu de los Abencerrajes, habló entonces y dijo:

—¡La sangre de Zair está clamando venganza! Su espíritu habrá visto con amargura nuestra indolencia, mientras los Zegríes y Venegas trunfan del comun enemigo. Antes que sufrir esta mengua, la tribu de Aben Hamet se ocultará para siempre de la faz de los hombres.

—Valerosos caudillos, repuso la sultana Aixa, que estaba presente: id y disponed vuestras legiones, que el rey aguarda, para conducirlas á la victoria.

—Sí, dijo Abdaláh con energía:- tremolad el estandarte de Granada. Yo mismo quiero ser vuestro capitan.

En tres dias no cesó de oirse el estruendo de los tambores y trompetas y de los aprestos militares: llegó el momento de la

(*) El Valiente. Los castellanos, corrompiendo el vocablo, le llamaban el Zagal.

partida, y el jóven rey Abdaláh se presentó el primero, montado en un caballo blanco, cubierto con magníficos jaeces, en que brillaban el oro y la pedrería: sobre la reluciente armadura llevaba una marlota de brocado y un manto de púrpura: el color sonrosado de su rostro hermoso y benévolo, campeaba sobre el cuadro de sus cabellos castaños, y del airoso turbante, que le ceñia el casco, y del cual arrancaba una bella garzota de esmeraldas. Diez mil caballeros le seguian, todos ellos bizarros, la flor de la nobleza granadina, sedientos de gloria y adornados como para una fiesta; y en pos de ellos iban hasta veinte mil peones, cuyas largas picas y gruesos arcabuces formaban apiñados haces como espesos cañaverales.

Los miradores y azoteas de la ciudad estaban llenos de gente, viendo desfilar el poderoso ejército; las damas agitaban los pañuelos ó escondian las lágrimas, al ver el saludo que, con los pendoncillos ó tocas regalados por ellas y pendientes de las lanzas, les hacian los caballeros.

Al pasar la magnífica puerta de Elvira, tropieza en el arco y se rompe la lanza que lleva el rey. Un grito general de inquietud resuena en torno, á la vista de este funesto presagio: un alfaquí suplica al rey que se vuelva; pero Abdaláh, pidiendo otra lanza, hiere furioso los hijares de su caballo con las agudas puntas de los estribos. Morayma, que le miraba desde el torreon de Bib-el-Bonut, cae desmayada en los brazos de sus damas.

Ya marcha el brillante ejército por la anchurosa Vega: los mil colores de las marlotas y capellares y los reflejos de las armas y la argentería le dan el aspecto de un inmenso torneo: allí descuellan sobre los cerrados escuadrones quince banderas de otras tantas tribus nobles, y sobre todas el estandarte verde del Profeta. Pero ¿qué nuevo contratiempo sobreviene á las huestes del rey? ¿Por qué se arremolinan peones y caballeros y corren agitados en direcciones diferentes?-Al pasar el rio Beiro ha cruzado una raposa por delante de Abdaláh: mil lanzas la acometen, mil dardos y saetas vuelan en seguimiento de la fugitiva y pasan rápidas mas allá de su carrera; pero ningun tiro le alcanza: la raposa desaparece, y hasta el invicto Alí-Atar se tor-

na pálido. Sin embargo, su yerno le tranquiliza, diciéndole que no crea en funestos agüeros, y vuelve á clavar los estribos en los hijares de su caballo blanco.

El vistoso ejército moro continúa por la llanura, caminando hácia las faldas de Sierra Elvira: las brisas de Parapanda mueven con suave soplo las desplegadas banderas, los penachos airosos y los trofeos de amor de los galanes caballeros: con todo, muchos van pensativos, y miran con zozobra el desaliento de los soldados, á quienes no tranquiliza la serenidad que aparenta su rey.

—¿Á dónde vamos, valiente Alí? pregunta el Zogoibi al padre de Morayma.

—Vamos á mi jardin de Lucena, contesta el aguerrido veterano. Por si muero este año, quiero coger antes de Mayo las flores de la primavera.

Entre tanto, la Fama lleva, con su rápido vuelo, á las fronteras cristianas la noticia de esta correría: los pueblos quedan desiertos: sus habitantes recogen cuanto pueden y se refugian en los castillos; los adelantados y fronteros se aprestan para la defensa, se comunican la nueva del peligro, y por los puestos de las hermandades la transmiten hasta los confines de Navarra, donde Isabel y Fernando asisten para oponerse á las asechanzas del rey de Francia.

—¡Volad, señor, al socorro de Castilla! esclama la reina: id á castigar la osadía del bárbaro agareno, y no torneis hasta haberle encerrado en los muros de Granada: yo basto aquí para hacer respetar vuestros derechos.

Pero don Fernando no puede llegar á tiempo de contener la rápida carrera del musulman. El conde de Cabra, que le mirá desde su fortaleza de Baena, sin fuerzas para contrastar su poderío, le vé seguir una marcha de triunfo hasta Aguilar, y volver hácia Lucena, cargado de ricos despojos. En Lucena está el alcaide de los donceles, sobrino del conde, jóven de pocos años, pero de mucho seso y valor sobrado: solo dispone de quinientos soldados para resistir al moro, que le cerca con su ejército numeroso. Pero estos dos héroes son pilares de la casa de Córdoba, y por nada se arredran.

Otros dos vástagos del mismo tronco hay en Antequera: el uno es D. Alonso el de Aguilar, el otro su hermano Gonzalo; quienes, al saber el peligro en que se encuentran sus parientes, corren á socorrerlos con solo cincuenta hombres de armas, que les acompañan para escolta de sus personas. Un impulso no menos fuerte que el de la gloria mueve al animoso Gonzalo, al héroe de valor frio, que á los treinta años es mas grave en el consejo, que bravo en la pelea: su esposa doña María Manrique, casta mujer, en quien él adora el talento y la ternura, está en Lucena, y reclama el apoyo de su corazon animoso.

—Compañeros, dice á sus hombres de armas sonriéndose, y conversando familiarmente con ellos:—¿habeis visto alguna vez el pájaro que llaman quebrantahuesos, tamaño como una codorniz, meterse debajo del ala de un buitre carnicero, y por allí taracearle las entrañas? Pues figuraos que una cosa parecida vá á suceder entre nosotros y el buitre granadino; solo que aquí seremos dos los pajarillos: ¿no es así, hermano? añadia dirigiéndose al señor de Aguilar.

—Ciertamente.

—Pero cuidado, prosigue Gonzalo de Córdoba; que mi paloma y señora vuestra nos mira, y fia su libertad á nuestro denuedo. Cuando llegue la hora, estad atentos á la voz de mi hermano y á la mia, y no repareis en que somos pocos; pues para todo hay remedio, y ya sabeis que el ingenio vence á la fuerza.

Los guerreros escuchan á su jefe y le siguen llenos de confianza; pues no ignoran que el grito de Aguilar y el nombre de Gonzalo siempre vencen.

Mientras estos pocos valientes traspasan las encumbradas sierras, buscando los amenos valles que riega el Genil, un velo se interpone ante su vista, el horizonte merma y pierde su transparencia el aire, cuyas ráfagas traen de vez en cuando rumores temblorosos, cual si la montaña de Ilíberis se estremeciese agitada por el fuego que llena sus impenetrables cavidades. A medida que avanzan, ven crecer la niebla pálida que enturbia la clara luz del dia, y perciben confuso el fragor de una desesperada batalla. El corazon de Gonzalo, lleno de ardor guerrero y

de amorosa inquietud, quiere salírsele del pecho: ¿quién sabe si el enemigo asalta los muros de Lucena?

Esta idea devora el alma del héroe: salir pronto de la incertidumbre cruel es su mas fervoroso anhelo: quisiera poner alas á su caballo, y sin embargo, el fogoso bruto no corre, vuela, cual si participase de la impaciencia de su señor. Los demás le siguen, pero de pronto, al llegar á la cumbre de una colina, detiénese Gonzalo con fria serenidad; observa con mirada de águila el dilatado campo; mide y computa las fuerzas de los combatientes; calcula sus ventajas; reconoce los jefes, y esclama con varonil acento:

—¡Ved allí los estandartes de la casa de Córdoba! Los valientes de Cabra y de Lucena, los que jamás contaron sus enemigos, luchan contra todo el poder de Granada. No temais que sean vencidos; temed, sí, no alcanzar una parte de sus trofeos. Hoy hemos de morir todos, ó el apellido de Córdoba ha de quedar glorioso para siempre.

Sin embargo, la victoria es dudosa: el pequeño ejército del conde de Cabra pelea compacto, inalterable, como si fuese un animado castillo de acero; el valiente alcaide de los donceles se sostiene en la salida de un desfiladero, y haciendo tocar muchas trompetas entre las montañas, á falta de soldados, llama á los ecos en su ayuda, y aterra al enemigo con el marcial estruendo; pero hay doce muslines para cada cristiano, y aunque la infantería mora se encuentra embarazada con el botin, la brillante caballería lucha con impetuoso denuedo. En medio de los escuadrones mas briosos descuella como un cedro el centenario Alí-Atar: su presencia sola infunde invencibles alientos á la nobleza granadina, y atrae á la juventud castellana, deseosa de vencer al mas temible de sus enemigos. ¿Quién es aquel caballero, que acaba de perder tres caballos, y á pié, cubierto con el escudo, desafia la cólera del formidable Alí? Los bravos que le acompañan llevan las divisas de Ribera y Sandoval. Bien defiende su puesto el desmontado campeon: de un revés ha degollado el magnífico alazan del caudillo moro, y á éste lo pasa de una estocada: la victoria parece decidirse por el valeroso cris-

tiano... Pero ¡ay!... que cien lanzas le rodean; Alí se levanta, toma otro caballo, y sus fieros escuadrones atropellan á los guerreros de Ribera, y trotan sobre sus cuerpos ensangrentados.

La mirada de Gonzalo se fija en aquel punto.

—¡Allí está el ala que debemos herir! grita á sus compañeros. El viejo Alí vá atravesado de una estocada: si logramos rendirle, nuestra será la victoria.

Y partiendo á galope tendido, cubierto con las terreras del arroyo de Martin Gonzalèz, en pocos momentos llega al lugar de la pelea, sale de pronto á campo raso y acomete sereno á la retaguardia de Alí-Atar. Su nombre terrible vuela de boca en boca hasta los oidos del veterano, que se revuelve impávido, y esclama:

—¡Dónde está ese Gonzalo tan temido! ¡Venga á mí, por Alah! que ha mucho tiempo deseo probar el temple de sus armas.

Pero estaba escrito que los dos mas bravos guerreros de España no llegarian á encontrarse cuerpo á cuerpo. En el tumulto de la sorpresa se habia desordenado la gente de Alí: Gonzalo, frio calculador de los peligros, aun en medio del mas ardoroso choque, sabe que su ventaja consiste en una ilusion del enemigo: quiere que éste venga á estrellarse contra sus lanzas, y le espera, en lugar de precipitarse; porque esto daria á conocer la pequeñez de sus fuerzas: es valiente, es audaz; pero no temerario. Entre tanto su hermano D. Alonso, arrastrado por el ímpetu de la carrera, se precipita con algunos hombres de armas en medio de los escuadrones musulmanes. Las lanzas les abren delante una senda de cadáveres: una de ellas encuentra la adarga de Alí, que la repele y rompe; la maza del sarraceno derriba de un golpe al caballero: tras de éste llegan otro, y otro, y ambos sucumben al esfuerzo de aquel brazo poderoso: el cuarto avanza con mas bríos; es el señor de Aguilar, que con la espada en alto se asemeja al santo patron de España: su escudo cae roto al primer golpe; su caballo y el del moro se envisten, se chocan con estruendo, y ansian despedazarse con los dientes: el cristiano hiere á su contrario en la cabeza y le aturde; luego le descubre la juntura del arnés, y le pasa la espada por

el cuerpo. Alí se derrumba de su caballo, como el alud que baja de la montaña.

Mil guerreros intentan vengarle y defenderle; pero él les dice:

—¡No penseis ya en mí! ¡La vida me abandona!..... ¡Salvad al rey!....

A estas palabras la consternacion se apodera de los ánimos. No hay salvacion para nadie, faltando el bravo Alí, la mejor lanza de la morisma. Sin embargo, todos quieren obedecer la última órden de su jefe, corren, se atropellan y son perseguidos por el de Aguilar: la fatal nueva cunde, y los batallones de infantería se dispersan en masa, dejando en el campo las armas y el botin. Entre tanto Gonzalo arrolla la caballería, y se cruza entre ella y el cuerpo de Alí; pero viendo á dos de sus hombres, que tienen asida la blanca barba de este guerrero y se disputan su cabeza.

—¡Deteneos! les grita, volando á ellos con la espada sangrienta: ¡respetad esas canas!.... ¡Respetad la memoria del mas valiente de los musulmanes!

El anciano guerrero abre los apagados ojos, y quiere incorporarse: aun queda vida en aquel cuerpo privilegiado: busca á Gonzalo, pero no puede verle, y vierte una lágrima.

—Tú eres el héroe de quien yo debia recibir la muerte, dice con sordo acento. Ven, acércate, generoso Gonzalo..... que yo toque tu mano antes de morir.

Gonzalo desciende de su caballo, y se arrodilla al lado del moribundo, le estrecha una mano entre las suyas y le dice:

—Aun puedes vivir, si quieres, valeroso Alí: hay otra vida mejor mas allá del sepulcro..... Si yo pudiese dártela.....

—Sí, puedes dármela, replica el anciano: junto á la tumba veo la luz de la eterna verdad.... La religion que produce hombres como tú, es la única verdadera. Quiero ser cristiano y adorar al Dios que tú adoras.

Gonzalo manda traer agua del vecino arroyo: un soldado corre, y á poco vuelve, presentándosela en un capacete. El jóven guerrero invoca á la Divinidad, y vertiendo lágrimas de gozo, bautiza al endurecido veterano.

En este momento se vé llegar, atravesando el campo á todo escape, un arrogante moro. Es Alí, el segundo hijo de Alí-Atar, que ha sabido la muerte de su padre, y viene á impedir que se profanen sus despojos. Gonzalo no sabe quien es, y se apresta para rechazarlo; pero el mozo, que reconoce por la blanca barba el autor de sus dias, no tiene valor para pelear.

—Noble castellano, dice al héroe cordobés: si has tenido padre y le has amado, tómame por cautivo, y permíteme abrazar esos restos venerables.

—Yo te los cedo con la libertad, le contestó Gonzalo; y ahora que estás aquí para evitar su profanacion, adios, Alí, que me aguardan en la batalla.

Y partió á juntarse con los suyos, que en union con las gentes del conde de Cabra y del alcaide de los donceles, apretaban al enemigo contra las márgenes del Genil. El anciano general moro pudo aun proferir algunas palabras.

—Alí, amado hijo mio, barbotó: ese caballero que aquí habia es Gonzalo Fernandez... Amale como á un hermano... Tu padre te lo ruega... y te lo manda.... ¡Adios!

No pudo decir mas: la muerte, compasiva con el que jamás la habia evitado, cerró sus oidos antes que á ellos llegase el rumor del desastre de su patria.

Ya los mas denodados campeones del Islam rehuian una muerte gloriosa, y la encontraban huyendo en las aguas del Genil: mas de cien caballeros de la guardia noble habian perecido defendiendo á su rey: las banderas de las valientes tribus granadinas estaban en poder de los cristianos, cuando Martin Hurtado, caballero del conde de Cabra, vé á un opulentó moro montado en un caballo blanco, que se refugia en un cañaveral, á orillas del rio. Inmediatamente le acomete: el moro abandona su bridon, que, rendido de fatiga, no puede sostenerle, y se defiende á pié; pero otros soldados cristianos acuden contra él, y viéndose perdido, declara su nombre. Era el desventurado Abdaláh.

—¡Victoria por el conde de Cabra!-¡Victoria por el alcaide de los donceles! gritaban los vencedores.

Gonzalo, á quien casi se debe la victoria, no la reclama para

sí: abraza sucesivamente á sus dos primos, les felicita y parte con ellos á Lucena, donde le aguarda la que adora su corazon.

Pocos dias despues Granada y Córdoba ofrecian un notable contraste de las vicisitudes de la guerra: en la primera de estas ciudades habia públicos llantos y lamentos, pues se daba el primer ejemplar de que uno de sus reyes hubiese quedado preso en Castilla: en la segunda el júbilo llegaba hasta el estremo de olvidar las recientes desventuras y de compadecer al enemigo vencido. Pero en medio de este contento surgian incidentes desagradables: los dos Diegos de Córdoba, tio y sobrino, se disputaban la gloria de haber vencido al rey moro, y ansiosos de ganar cada uno para sí las albricias de la reina, parten precipitadamente á Vitoria. Doña Isabel los recibe mas como á iguales que como á vasallos, y dispensando á entrambos el honor de sentarse á su mesa, los reconcilia diciéndoles:

—No encuentro diferencia entre vosotros: hoy comereis juntos conmigo, pues no merecen menos los vencedores de reyes.

Entre tanto D. Fernando llega á Córdoba con un ejército formidable, que ha juntado por el camino: cincuenta mil son los hombres de combate, y treinta mil los taladores, que salen con él por las puertas de la ciudad. Granada tiembla al ver asomar por Puerto Lope aquella nube que agosta los sembrados en flor y convierte en páramo la fértil Vega. Tajarja está entre Loja y Alhama, y es fortaleza que estorba la comunicacion con esta villa, el ejército de Fernando se detiene delante de sus muros, y Tajarja desaparece como la cera junto al fuego. Alhama recibe mil acémilas cargadas de mantenimientos, y el rey vuelve triunfante á Córdoba, sin haber encontrado enemigos que le disputen su marcha.

Todo esto habia sucedido mientras Colon, olvidado del mundo, pasaba los dias oculto, y las noches en claro, entregado á la felicidad que le proporcionaba su amor. Pero el ruido de tan grandes victorias llegó hasta el apacible retiro de los amantes, y despertó al marino genovés de su dulce letargo, doña Beatriz misma le estimuló para que partiese.

—Colon, le dijo: piensa en nuestro porvenir y en los con-

flictos que han de cercarnos en dias acaso no muy distantes. El rey está en Córdoba: la reina vá á llegar. Aprovecha los momentos de entusiasmo y alegría, en que los ánimos están dispuestos para todo lo grande, y no descanses hasta ver realizados tus deseos.

Cuando Colon llegó á Córdoba, el espíritu público estaba fuertemente escitado por la magnitud de los acontecimientos; la muchedumbre llenaba las calles y plazas ansiosa de novedades: á todas horas entraban magnates seguidos de acompañamiento régio: era inmenso el bullicio de la gente de guerra que se agitaba por todas partes, viéndose mezclados los diversos trajes y armas de todas las provincias de España, los soldados de todas clases desde los rudos honderos de los Pirineos y de Cantabria hasta los magníficos guerreros del Infantado. Allí vió entrar con fausto y ostentacion al rey prisionero, escoltado por el alcaide de Porcuna Martin de Alarcon, y acompañado de sus vencedores que le trataban con afable cortesía: le vió dirigirse al palacio donde le aguardaba D. Fernando rodeado de los primeros capitanes y grandes de Castilla y Aragon: los duques del Infantado y de Medina Sidonia, los marqueses de Cádiz y de Villena, los condes de Ureña, de Benavente y de Haro y otros cien caballeros, ilustres por su sangre y por sus hazañas.

Girando alrededor de esta corte deslumbradora, como el débil satélite en torno de un esplendoroso planeta, Colon sentia por una parte crecer sus esperanzas, y por otra su pequeñez. ¿Cómo podia él penetrar en aquel foco de magnificencia? Y los mismos acontecimientos que tan ocupadas traian todas las cabezas, ¿no eran un obstáculo insuperable para hacerse oir?

Ya que no le fuese dado entrar en comunicacion inmediata con la corte, procuraba informarse de todo cuanto en su seno pasaba: supo como el rey habia recibido al desgraciado Abdaláh, dándole los brazos y no permitiéndole que le besase las manos; como habiendo llegado Aben Comixa y otros personajes granadinos con una embajada de la sultana madre para tratar del rescate del rey moro, el consejo de capitanes se habia dividido en pareceres, opinando el marqués de Cádiz y Gonzalo de

Córdoba que convenia otorgarle la libertad, dejándole obligado, y otros que debia tenérsele cautivo; y como inclinándose D. Fernando al dictámen de los primeros, defirió por último la resolucion del asunto al juicio de la reina.

Colon tenia toda su esperanza en Isabel: los hombres no le inspiraban tanta confianza como las mujeres para hacerse comprender.

—¿Y vendrá pronto la reina? preguntó al que le daba estas noticias.

—Ya está en camino, y debe llegar á Córdoba de un momento á otro, le contestaron.

Con esto se retiró tranquilo á su posada: sin embargo, los dias le parecian años, creyendo que sus proposiciones serian oidas tan pronto como fuesen anunciadas. Si hubiese sabido que aun habia de atravesar una larga série de humillaciones, acaso habria desistido de su colosal proyecto.

Pero el amor y la esperanza le sostenian. Por fin los preparativos de fiesta y el movimiento de la poblacion le anunciaron la venida de doña Isabel, y corrió á ser de los primeros que la viesen pasar: á todos preguntaba si conocian á fray Hernando de Talavera y á la marquesa de Moya, y cuando se los indicaron á los lados de la reina, los siguió sin perderlos de vista, y llegó hasta las puertas del palacio, atropellado por la muchedumbre. Las guardias no le dejaron entrar; pero aguardó allí hasta la noche, y á cuantos salian les mostraba las cartas que necesitaba entregar al confesor y á la dama de doña Isabel.

Nadie, sin embargo; favorecia sus pretensiones, hasta que acertó á pasar junto á él un eclesiástico, el cual á su indicacion hecha en mal español, contestó afablemente en correcto italiano:

—Venid, amigo: yo os conduciré á la estancia de Talavera.

Colon acababa de encontrar un tesoro en aquel hombre, pues era un compatriota suyo, un sábio, y persona de alta posicion en la corte: llamábase Alejandro Geraldini, y desempeñaba el cargo de preceptor de los infantes de España. Sin conocerle el marino, la calidad de italiano le inspiró bastante confianza para indicarle al punto el objeto de su gestion: el eclesiástico le es-

cuchó con sorpresa, y aunque no dió crédito á sus palabras, conociendo por ellas que era un hombre instruido y no un charlatan, despues de dejarle á la puerta del aposento de Talavera, le dijo su nombre y habitacion, añadiendo:

—Podeis venir á verme cuando gusteis, y hablaremos de eso despacio.

El confesor de la reina no estaba solo cuando Colon obtuvo el permiso de verle: se hallaba con él D. Pedro Henriquez, el tio de doña Beatriz. Talavera tomó la carta del Padre Marchena y la leyó, mostrando en el semblante la satisfaccion de quien recibe nuevas de un amigo á quien estima; pero luego que se hubo enterado del asunto que se le recomendaba, se encogió de hombros con aire de conmiseracion, y dijo:

—¿Y sois vos este Colon, de quien me habla mi amigo?

—Yo soy, señor, contestó el genovés.

—¡Válgame Dios! esclamó el buen Talavera. ¡Qué crédulo es el pobre fray Juan Perez! Lo que pretendeis, amigo Colon, es una cosa irrealizable... Creedme: no insistais en estos delirios, porque ofendereis á Dios y perdereis el juicio.

—Señor, repuso Colon: no llameis delirios á lo que la ciencia humana y los libros divinos me muestran como cosa palpable. Dignaos oirme, y os convencereis de la verdad.

—Bien, hombre, bien, replicó Talavera con su natural bondad: os oiré, aunque estoy seguro de que no me habeis de convencer; pero ahora es imposible: venid otro dia y discutiremos, siquiera sea por pasatiempo.

Colon se retiró poco satisfecho de esta entrevista, pero confiado en el poder de su ciencia para vencer otro dia la incredulidad del religioso. Éste se volvió á D. Pedro Henriquez, y le enteró de las pretensiones del genovés. El adelantado soltó una carcajada y dijo:

—Vamos, ahora no estraño las ínfulas de ese hombre. ¡Pobre diablo! Está loco de atar.

—¿Le conoceis? preguntó el confesor.

—Sí, reverendo Padre: le conozco, y os aseguro que vive de milagro. Es un génio díscolo y atrevido, que no ha mucho tiempo me provocó del modo mas insolente. Pero me alegro de no haberle castigado, ahora que veo que es un pobre de espíritu.

# LIBRO QUINTO.

## VALOR Y FÉ.

### CAPITULO PRIMERO.

La hazaña de la Vírgen.

Han pasado cuatro años: en tan corto período, Granada, presa de las disensiones intestinas, ha visto tres reyes en su recinto, y ha prodigado su sangre en estériles revueltas, que, léjos de mejorar su suerte, la empeoran de dia en dia.

Las armas cristianas, sostenidas por el entusiasmo ardiente de la reina Isabel y por el valor personal de su marido, han marchado, entre tanto, de victoria en victoria, y los dominios de Castilla se estienden ya hasta los muros de Málaga. Loja es la puerta que debe guardar estas conquistas y cerrar el paso á las mermadas huestes granadinas: á poseerla se dirigen, por lo tanto, las miras del prudente y animoso Fernando. En esta empresa no le ayudan ya solamente los grandes y caballeros castellanos, andaluces y aragoneses: el fervor por la guerra santa se ha estendido á todos los paises de la cris-

tiandad: el Papa ha otorgado indulgencias á los guerreros que concurran á ella, y subsidios pecuniarios para llevarla á feliz término: y de Italia, de Alemania, de Inglaterra y Portugal acuden paladines aventureros, que desean compartir los laureles de la Cruz con los soldados españoles.

Mientras el rey Fernando combate á Loja, varios de sus mejores capitanes asedian las demás villas fuertes situadas en torno de la Vega, que sirven de antemural á Granada: Gonzalo de Córdoba está sobre Illora y Moclin: Alhendin y la Malaha se ven amenazadas por Martin de Alarcon, íntimo amigo de aquel héroe. Ningun brazo de algun valer está ocioso, y la fama de las hazañas singulares y de las mas eminentes proezas llega hasta los pueblos recien conquistados, cuyos guardadores, en medio de los peligros á que se hallan espuestos por las contínuas asechanzas del enemigo, las oyen referir con envidia loable, porque se creen ociosos, mientras otros mas afortunados guerrean!

En la puerta del castillo de Alhama estaban una tarde sentados los escuderos y algunos amigos de Pulgar, departiendo sobre los varios sucesos que habian llegado á su noticia, y recordando los lances en que ellos mismos habian tenido participacion. Quince eran entre todos, hombres de mucho esfuerzo y acostumbrados á seguir en sorpresas y correrías, en lides y combates desiguales al valiente contador de la villa, á quien miraban mas como á hermano ó padre que como á caudillo.

Uno, entre los demás, aunque vestido á la castellana, y que de buen cristiano se preciaba, tenia en el rostro y en el aire de su persona los rasgos propios de la raza árabe, y aun su lenguaje incorrecto y gutural revelaba el mismo orígen.

—Yo te aseguro, amigo Pedro, decia el escudero Tristan al morisco, que nuestro señor tiene alguna pena secreta; y no diré que no sea por verse aquí mano sobre mano, cuando pudiera dar testimonio de su valor en el campo, como el mas cumplido caballero: pero tambien es cierto que sus cavilaciones comenzaron el dia que te hizo cautivo en las márgenes del Genil. ¡Qué dia aquel! ¿Te acuerdas?

—Lo tendré presente toda mi vida, contestó el morisco; porque en él aprendí á despreciar á mi raza menguada, y conocí el valor y la bondad de mi padrino y señor Hernan Perez, por quien vivo y por quien soy cristiano. Aquel dia venia yo de los campos de Lucena, donde fué derrotado el rey Chico, y donde murió el valiente Alí-Atar, despues de haber visto caer exánimes á sus piés á caballeros tan animosos como D. Diego de Ribera. Yo abandoné el campo, siendo ya de noche, y no fugitivo, como otros cobardes, sino trayendo prisioneros: y el que hoy es mi señor y padre, y con cuyo apellido me honro, no me habria vencido, á no ser por la bajeza de los que me acompañaban, que todos huyeron.

—Dímelo á mí, repuso Tristan, que aun conservo una cicatriz en este hombro, y no de arma de moros, sino de una lanzada que me dió nuestro señor. Porque ahora que ya eres cristiano como nosotros, puedes saber lo que allí pasó. Íbamos con nuestro bravo caudillo unos ochenta, cuando apareciste con aquella turbamulta de enemigos: todos nos arredramos y quisimos volver las espaldas. Pero Hernando, que tal vió, ardiendo en ira, enristró la lanza, y nos dijo:-«Si de los moros pensais huir, no escapareis de mis manos.» Y con tal furia comenzó á herir en nosotros, que si no acometemos pronto á los vuestros, no quedamos allí uno con vida. ¡Oh! ¡Todavia me avergüenzo de mi cobardía!

—No, buenas lecciones nos ha dado el valiente Pulgar, dijo Gerónimo de Aguilera: el que á su lado sea cobarde, lo será aunque le mande el apostol Santiago.

—Asi es la verdad, repuso Diego de Baena; y no sabe el rey lo que pierde, con no tenerle á su lado. ¿Sabeis lo que yo creo? Que S. A. está resentido de nuestro señor por alguna cosa, que no es cuerdo adivinar, y por eso le mantiene retirado del ejército, donde podria prestar tan buenos servicios.

—Algo hay de eso, observó Tristan; pues yo sé que nuestro jefe ha solicitado ir al sitio de Loja, y no se le ha concedido esta gracia, bajo pretesto de que su valor es necesario en Alhama; y tambien sé que alguien ha recibido contento de ello.

—¿Quién? preguntaron varios á la vez.

—No penseis mal, repuso Tristan: hablo de nuestra querida señora doña Francisca.

—Á propósito, dijo Diego de Baena: creo adivinar ahora la causa de la tristeza de Pulgar. Sabeis que era muy amigo de aquel Ribera, que murió á manos de Alí-Atar, y desde entonces precisamente anda pensativo.

—Yo pudiera decir mucho sobre eso, contestó Tristan; pero me callo. Lo que hay de cierto es que el deseo de pelear por la fé le consume, y mucho mas con las hazañas que se cuentan de varios de sus amigos y en particular de Gonzalo de Córdoba. La aventura de los molinos le ha dado mucho en qué pensar, y desde que aquí se supo, no me ha dicho dos palabras seguidas.

—¿Qué aventura es esa de los molinos? preguntó Cristobal de Castro.

—¿Es posible que la ignoreis? repuso Francisco de Bedmar. No se ha hablado de otra cosa estos dias. Ya sabeis que desde el desbarato de Lucena, Gonzalo de Córdoba y el rey Chico quedaron muy amigos, como que aquel valiente capitan influyó mucho para que nuestros reyes diesen la libertad al moro, y aun le ayudó á tomar posesion de su reino, que habia vuelto á ocupar el viejo Muley Hacem. Muerto éste, segun dicen, con veneno que le dió su hermano el Zagal, los dos *Baudelís*, tio y sobrino se repartieron el mando; pero Gonzalo continuó ayudando á su amigo como á tributario y aliado de Castilla, y habia dentro de Granada una guerra contínua; cosa que al cabo redundaba en servicio de Dios, y favorecia el triunfo de nuestras armas.

—Es cierto, dijo Aguilera; y solo por eso se puede hacer alianza con los alarbes; pues ya veis el pago que el rey Chico ha dado á los favores del rey nuestro señor y á los servicios de Gonzalo, juntándose ahora con su tio el Zagal, y viniendo á Loja á rechazar á los cristianos.

—Pues bien, continuó Bedmar; por eso mismo, resentido Gonzalo, juró pegar fuego á Granada; y hace pocas noches,

partió desde Moclin con unos cuantos hombres de su confianza, y llegó hasta los molinos que hay al pié de Granada, pasada la ribera del Genil; apresó á los molineros, les tomó la harina, y quiso entrar en la ciudad, pero como se alborotasen los moros y no podia él cumplir su juramento, se acercó á las puertas del castillo de Bib-Taubin y les pegó fuego, volviéndose tranquilo á su fortaleza.

—¡Buena hazaña, pardiez! esclamó Cristóbal de Castro: pero ¿qué motivo es ese para que se aflija Hernando?

—¡Ahí, es nada! replicó Tristan: cada proeza de nuestros guerreros es una puñalada para Pulgar; y no porque conozca la envidia, que se alegra y mucho de que triunfen sus amigos, y los elogia con lágrimas en los ojos; sino porque quisiera él hacer otro tanto.

Aquí llegaban de su plática los buenos escuderos, cuando se presentó á su vista Pulgar, que venia de la mezquita, recientemente convertida en templo cristiano: aun traia húmedos los ojos, como de haber llorado.

—Pláceme de hallaros aquí reunidos, mis leales amigos y compañeros, dijo; porque deseo comunicaros un pensamiento, que solo puedo tratar con hombres de vuestro esfuerzo. Mas como importa mucho el secreto, quisiera que vinieseis todos á mi casa, donde hablaremos despacio.

Levantáronse al momento los quince, mostrando asi á Pulgar, mejor que con palabras, cuanto eran gustosos de obedecerle, y le siguieron á su morada, en donde, haciéndose rodear de ellos como un padre de sus hijos, el caudillo les habló de esta manera:

—Bien sabeis que el rey me ha negado la gracia que le pedí de salir á campaña con S. A. No estoy quejoso, pues conozco que mis escasos merecimientos no me hacen acreedor á tanta merced; mas por lo mismo he determinado emprender alguna hazaña que realce mi nombre. La ocasion es oportuna: la reina nuestra señora viene á los reales de Loja; y cuando no habrá un solo guerrero que deje de ofrecerle muestras distinguidas de sus hechos, fuera mengua para mí no merecer siquiera un re-

cuerdo. La empresa que medito es, sin embargo, demasiado arriesgada, para que yo esponga en ella vuestras vidas: únicamente os ruego que, á fin de preservar la mia, me acompañeis hasta las puertas de Granada.

Un grito de sorpresa se escapó de todos los labios:—Bedmar fué de los circunstantes el único que se atrevió á responder:

—Vuestros ruegos, Pulgar, son leyes para nosotros, y no hay aquí ninguno que deje de seguiros á donde quiera que nos mandeis... Pero si el amor que os tenemos pesa algo en vuestra voluntad, nos permitireis aconsejaros que desistais de una empresa temeraria.

—No prosigais, interrumpió Pulgar: yo no os mando, ni pretendo exigir que me acompañeis; pero tampoco os he llamado para que me deis consejo. Mañana voy á entrar en Granada con el favor de Dios y de su Santísima Madre, y si en esta ocasion me faltais, confio en el que todo lo puede, que, aun yendo solo, me sacará ileso del peligro.

Y esto diciendo, se levantó, alcanzó la espada de su padre, que allí en el muro estaba colgada, y comenzó á limpiarla.

Mirábanse atónitos unos á otros los escuderos, dudando aun si era realidad lo que acababan de oir; pero sabiendo por esperiencia que Pulgar nunca hablaba en vano, se consultaron entre sí unos breves momentos, y luego dijo Aguilera:

—Hernando, aunque ignoramos lo que pensais hacer en Granada, y solo comprendemos que os esponeis á morir, nos basta esto para que no os abandonemos. En vuestra compañia iremos todos: pero no para quedarnos en las puertas de la ciudad, sino para entrar en ella; y lo que sea de vos, eso será de nosotros.

No supo responder Pulgar á estas palabras de otro modo que dando las manos á sus amigos, que se las besaban á porfia.

—Ea, pues, compañeros, les dijo, luego que la emocion dió treguas al sentimiento: apercibios para la marcha, que ha de ser esta misma noche con grande recato: si necesitais espadas de buen temple, yo las tengo de las mejores de Toledo. Poneos la jacerina debajo de los vestidos, que ha de ser vuestra única defensa, y no descuideis el llevar capellares ó albornoces, pues ha-

bremos de necesitarlos tal vez para pasar por medio de los enemigos. Id, y no os detengais, que aquí aguardo.

Añadió el caudillo á estas otras razones, alentando el valor de sus compañeros y dándoles muestras personales del aprecio en que los tenia, y así les fué acompañando hasta la puerta de su casa. Solamente se quedaron en ella Tristan y el converso Pedro de Pulgar para disponerle el caballo y los demás arreos.

Al regresar Hernando á su aposento, encontró en él á doña Francisca, que, inundada en llanto, le acogió en sus brazos, diciendo:

—¿Qué intentas hacer, esposo mio? ¿Á qué vas á Granada? ¡Oh! No te basta vivir feliz conmigo, ó estás cansado de mi amor y deseas buscar el reposo en una muerte inevitable.

—Francisca, amada mia, contestó el héroe: ¿puedes tú reconvenirme por lo que intento hacer, siendo en pro de mi honra y de la tuya?

—¿Pero qué ambicionas? repuso doña Francisca, ¿No tienes un nombre respetado y querido; riquezas, cuantas nos bastan para pasar una vida tranquila y dichosa, y el aprecio de nuestros reyes? ¿Qué mas quieres, Pulgar?

—¡Quiero merecer todo eso! replicó Hernando con las mejillas inflamadas. Los reyes me han hecho mercedes, que demuestran su estimacion, es verdad; pero no me admiten á tomar parte en sus empresas. ¿No habrá quien diga que me dieron lo que no gané? ¿No habrá quien presuma que recibí dones de gracia en obsequio á mi mujer?

—No te comprendo, Pulgar... Acaso no has espuesto cien veces tu vida por la patria? ¿Y no vale tu vida las tierras que posees?

—No: mis servicios no igualan al premio que he recibido por ellos; y ademas, Francisca..... ¿por qué me rechaza el rey?..... ¡Oh! Tú no comprendes nada de esto: algun dia lo comprenderás. Recuerda la manera estraña como se efectuó nuestro enlace, y no me preguntes mas, ni me detengas: mi honor es el tuyo, y quiero que resplandezca como el sol.

—¡Pero tambien tu vida es la mia, Pulgar, y si murieses me matarias!

—¡Oh! No desesperes así, corazon mio, le repuso Pulgar abrazándola. He puesto mi empresa bajo el amparo de la Vírgen María. ¿Puedes temer que me abandone nuestra madre amorosa? No lo temas. Antes de tres dias volveré triunfante, y habré consumado la hazaña mas grande que hayan visto los hombres.

Ni los ruegos, ni las lágrimas de doña Francisca bastaron para conmover la firme resolucion del héroe. Llegó la noche, y ya no se sentia en la villa mas rumor que el de las rondas que vigilaban en su recinto, cuando comenzaron á desfilar los quince escuderos en pos de su denodado caudillo. La guardia de la puerta por donde aquellos intentaban salir se componia de tropas de la Hermandad, y el oficial que la mandaba era un anciano de ochenta y seis años, á quien varias veces hemos encontrado en el discurso de esta historia; el cual, apenas sintió el ruido de los caballos, se adelantó con algunos hombres á reconocer á los que venian.

—Soy yo, Juan del Prado, soy Pulgar, le dijo el caudillo: abridnos la puerta, y os lo tendré á mucha merced.

—Aunque fuera la del cielo os abriria, si fuese yo el portero, mi buen señor, le contestó el veterano.—Y luego que hubo hecho lo que Hernando le pedia, mientras iban saliendo los escuderos, les dijo en tono festivo:

—*¿Con Pulgar is? La cabeza llevais pegada con alfileres.*

Riéronse todos de la agudeza, y aun el mismo Pulgar no pudo mantener la seriedad del semblante; con lo cual, aunque hablaron poco y anduvieron mucho, no les faltó el buen humor durante la noche.

Al amanecer hicieron alto los valientes aventureros á dos leguas de Granada, y á fin de evitar las miradas de algun transeunte, se retiraron detrás de un monte fuera del camino, donde permanecieron hasta la traspuesta del sol. En el transcurso del dia encargó Pulgar á sus compañeros que le buscasen por el campo, atocha y retamas secas, para hacer hachos: visto lo cual por Aguilera, y acordándose de la reciente hazaña de Gonzalo de Córdoba, no pudo menos de preguntar á su capitan:

—¿Por ventura, vais á pegar fuego á Granada?

—Lo has acertado, amigo Aguilera, contestó el caudillo: voy á eso, y á tomar posesion del lugar de mi sepultura; pues como no sé el tiempo que he de vivir, quiero estar prevenido..... Y no es decir que vea cercana mi muerte, añadió sonriéndose; que larga vida me prometo, si Dios me ayuda, sino que necesito tener algo mio dentro de Granada, y hacerlo sagrado, para que haya empeño en cobrarlo.

Miráronse unos á otros los escuderos, y sin hablarse, ratificaron el propósito que habian hecho de no abandonar á su jefe en ningun trance, y de morir con él, si tal era su destino.

La noche cerró muy oscura, favoreciendo los temerarios intentos de Pulgar, que soltando las riendas á su caballo, y seguido siempre de sus fieles amigos, cruzó en breve tiempo la dilatada Vega, y no paró hasta pisar las arenas del Genil, cerca de una mezquita que habia extramuros de la ciudad, convertida hoy en ermita, y dedicada á San Sebastian. Allí, puesto en medio de sus compañeros, comenzó á despedirse de ellos en voz baja; pero Diego de Baena le cortó la palabra, diciendo:

—Hemos jurado seguiros á donde quiera que vayais: así pues, mostradnos el camino, pues ninguno de nosotros ha de quedarse atrás.

—No habia pensado que me acompañase nadie mas que Pedro, porque, como natural de esta ciudad, sabe bien las entradas y salidas, repuso Pulgar; pero ya que os empeñais, seguidme: atravesaremos el Genil, cortando de soslayo la corriente, pues vá crecido. Al otro lado está la desembocadura del Darro: entraremos en él, caminando por dentro del agua, y con mucho sigilo, no sea que nos sientan los centinelas y escuchas de Bib-Taubin, y se malogre nuestro intento, y en llegando al último puente, allí me aguardareis.

No habia concluido de hablar el caudillo, y ya tenia su caballo el agua á la cincha: todos los demás le siguieron, tanteando el vado, y conteniendo la respiracion por temor de ser descubiertos; aunque la oscuridad de la noche, el estrépito de

las aguas y los bramidos del viento parecian contribuir al logro de sus esperanzas. Pulgar, entre tanto, mas cuidaba de sus compañeros que de su propia persona: volvíase á contarlos, y los llamaba por sus nombres, para asegurarse de que no faltaba ninguno.

Marchando contra la corriente del rio, nuestros audaces aventureros lograron llegar sin el menor contratiempo hasta colocarse al abrigo de un ancho puente, situado á la entrada de la ciudad. Allí volvió Pulgar á despedirse de sus amigos; pero movióse un fuerte altercado entre él y ellos, porque ninguno queria obedecerle, quedándose en aquel lugar, que reputaban de menor peligro. Fué menester que el caudillo desplegase toda la energía de su carácter, diciéndoles:

—Puesto que á todo trance quereis arrebatarme la gloria de esta hazaña, sabed que antes de consentirlo moriremos todos; porque, ó haceis mi voluntad, ó juro por lo que traigo al pecho, que daré voces hasta que nos oigan los enemigos.

Enmudecieron todos al oir esta desesperada resolucion, y Pulgar entonces, aprovechando los momentos favorables, continuó diciéndoles para acabar de sosegarlos:

—No pretendo arrogarme todo el mérito de esta empresa, en que teneis tanta parte como yo: y porque veais que es así, consiento en que me acompañen seis de vosotros.... cualesquiera.... los que estais aquí mas á mano.... Los demás quedareis en este sitio para velar por nuestras vidas.... Ven tú, Pedro, y mira como cumples..... y vosotros, Bedmar, Aguilera, y tú, Tristan, y Montesino Dávila, y Baena.... y nadie mas.... ¡nadie mas! añadió con energía, viendo que otros se adelantaban..... Vosotros quedais aquí, y si oyereis que os pedimos auxilio, podreis acudir en nuestra ayuda; pero si el peligro fuese demasiado grave, volveos por el mismo camino, antes que os corten la retirada.

Diciendo esto, Pulgar entregó su caballo á uno de los que allí quedaban: lo mismo hicieron los demás que debian acompañarle, y juntos con él emprendieron el camino al centro de la ciudad, siguiendo el cauce del rio, guiados por el adalid Pedro, que les condujo hasta la inmediacion de un magnífico palacio,

Esta empresa es de la Reina de los cielos.

en frente del cual facilitaba la subida al ribazo un arroyo de desagüe. Por este punto treparon unos en pos de otros, y pasando una estrecha calle, cruzaron la del Zacatin y se hallaron á poco en una plaza rodeada de soberbios edificios: el que estaba enfrente era la mezquita mayor.

Mandó Pulgar á su liberto y á Montesino Dávila que le aguardasen á la entrada de la calle, y llevando una cuerda encendida, y un hacha de cera, que para su intento traia preparadas, se encaminó con los otros cuatro á la puerta principal de la mezquita: estando allí encendió el blandon y dió la mecha á Tristan; y sacando del pecho un pergamino, de cuyos ángulos pendian cintas verdes y rojas, lo mostró á sus compañeros, diciéndoles:

—Ved aquí el objeto que á Granada me trae, amigos mios: esta empresa es de la Reina de los Cielos. Sed vosotros testigos de que tomo posesion de esa mezquita para templo de la Vírgen María, y acordaos de que aquí mismo deseo ser sepultado, cuando sea Dios servido llevarme de este mundo.

Llenos de asombro y veneracion contemplaron los escuderos el cartel de Pulgar: sobre un fondo dorado, que reverberaba á la luz de la antorcha, vieron escrita en latin y en gruesas letras azules el *Ave-María*, y debajo, en caractéres mas pequeños, un testimonio de la toma de posesion de la mezquita para templo de la Vírgen.

Pulgar colocó el cartel con una mano contra la puerta, y arrodillándose, oró con fervor un corto rato: sacó luego el puñal, y clavándolo con fuerte ímpetu para atravesar las planchas de bronce de que aquella estaba forrada, dejó pendiente de él el pergamino, esclamando:

—¡Vírgen purísima, reina del cielo y de la tierra, en tu poder confío. Yo te consagro esta casa: ¡recíbela por tuya, y haz que en ella te rindan adoracion los fieles por los siglos de los siglos!

En seguida se levantó, dejando el hacha encendida arrimada á la puerta, y encaminó sus pasos á la Alcaiceria, opulento barrio, allí cercano, donde los moros tenian concentrado su comer-

cio de sedas: era un recinto cerrado, dentro del cual y fuera de sus muros habia siempre guardas en vela para custodiar las riquezas en él depositadas. Pulgar se dirigió á una de sus puertas con mucho recato, y pidió á Tristan la cuerda encendida que poco antes le entregara. Pero Tristan la habia apagado, haciendo con ella una cruz y dejándola arrimada á la mezquita.

—¡Oh! ¡mal hombre! ¡Qué has hecho! esclamó el caudillo con ira.

Y sin ser dueño de refrenar su cólera, tiró al escudero una cuchillada que le alcanzó en el rostro.

—Sosegaos, señor, dijo Baena, que yo os traeré fuego.

Y corrió hácia la mezquita con ánimo de recoger el blandon, que habia quedado ardiendo: pero al doblar la esquina del Zacatin, tropezó con uno de los guardas que por allí rondaba, el cual, reparando en el traje del cristiano, comenzó á gritar pidiendo auxilio. De una cuchillada le tendió Baena en el suelo; mas no pudo seguir adelante, pues de la casa del alfaquí mayor salian muchos moros armados, y otros acudian por varias partes al ruido de la alarma.

No sin gran riesgo logró Baena reunirse con Pulgar y sus demás compañeros, que ya se abrian paso con las espadas por entre la muchedumbre de furiosos alarbes. Pero la sorpresa y la confusion ayudaban á nuestros aventureros en aquel apurado trance; y gracias á la fidelidad de Pedro el converso, que los guió por el revuelto laberinto de estrechas calles, pudieron saltar á la cája del rio, donde ya estaban disponiéndose á ir en su socorro los que habian quedado bajo el puente. Sin detenerse mas, recobraron los caballos, y volviendo por el mismo camino que habian traido, salieron al campo. Todos se abrazaron con lágrimas de gozo, al verse libres del inminente peligro, y partieron á escape por la llanura, oyendo á lo léjos el estruendo que hacian dentro de la ciudad los muslimes alarmados.

## CAPITULO II.

De como se trató de comprar una cabeza con una mano.

RANDE fué la consternacion de los granadinos cuando vieron el cartel del *Ave-María* pendiente de un puñal en la puerta de su mezquita: mirando estaban aquel testimonio palpable de haber pisado caballeros cristianos las gradas del templo árabe, y no acertaban á creer esta, para ellos, horrible profanacion. Los alfaquies y santones prorumpian en lúgubres lamentos, y el muetzin llamaba á los creyentes del Profeta desde el alminar mas alto, para que acudiesen á pedir á Dios misericordia: el pueblo murmuraba de sus dos reyes rivales, acusando cada cual, segun sus simpatías, al uno de connivencia con sus enemigos, y al otro de abandono y descuido; pues no siendo así, parecia inconcebible que un puñado de aventureros, apenas vistos ni sentidos, hubiesen penetrado hasta el centro de la ciudad, sin recibir el castigo de su osadía. Los guerreros, entre tanto, se concertaban para tomar venganza de tamaño ultraje, y cada uno en el secreto de su conciencia revolvia mil medios y trazas de acometer por sí solo una singular hazaña, en desagravio de su patria y religion ultrajadas.

Nadie habia mas digno de esta empresa que Muza, el hermano bastardo del rey Chico; Muza, el mayor valiente despues de Alí-Atar, y el único que, deplorando las discordias de sus compatricios, á ninguno de los partidos se aliaba, y á entrambos ofrecia el apoyo de su brazo, para combatir al comun enemigo. Pero Muza estaba en desgracia con su tio el Zagal y con su hermano: con el primero, porque habiendo éste asesinado brutalmente al hijo menor de Aixa, durante las pasadas revueltas, él fué el único que se atrevió á reprobar en público consejo su bárbara conducta; con el segundo, porque amaba en secreto á Fátima, hija del Abencerraje Aben Comixa, el único traidor de su tribu, que se habia pasado al partido del Zagal.

Muza era amado de todo el pueblo, que reconocia sus nobles y varoniles prendas, y esto tambien daba celos á los dos reyes contrarios, que, sin embargo, aprovechaban su valor y esfuerzo en las ocasiones apuradas: era correspondido por Fátima, y esto le hacía odioso al Zegrí Hamet, el mas feroz de su linaje, que la solicitaba, sin poder rendir sus desdenes.

En estos dos guerreros puso el Zagal sus esperanzas para vengar la hazaña de Pulgar; y á fin de encender sus ánimos, mandó publicar en la corte, que daria la mano de Fátima al caballero que le presentase la cabeza del temerario cristiano. Á un mismo tiempo corrieron á la Alhambra los dos animosos rivales, y aunque por diferentes caminos, llegaron á la vez á entrar por la puerta del alcázar: ambos llevaban lucidas escoltas de caballeros; ambos pretendian pasar delante, si bien á Muza tocaba este honor, como infante de Granada; pero el audaz Hamet le cortó el paso, poniendo mano al alfanje.

—¡Traidor! gritó Muza cogiéndole el brazo y deteniendo la accion. ¿Ignoras que este palacio es mio?.... ¿que mi sangre es la de tus reyes?

—¿Quién osa llamar traidor á un Zegrí? esclamó el bravo Azaator, guerrero de esta tribu, que á la sazon llegaba, y que habiendo oido las palabras de Muza, sin saber el motivo de la querella, creyó que se trataba de sorprender la guardia del palacio.—¡Á mí, soldados del rey Zagal! ¡Defended á vuestro señor!

Y así diciendo, acometió, cimitarra en puño, á Muza, que no pudo menos de defenderse, poniéndose al frente de los suyos. Trabóse al punto una lucha desesperada y desigual entre los caballeros del infante, (muchos de ellos eran Abencerrajes), y los fieros Zenetes y Zegríes de Hamet, á quien ayudaban los guardias de palacio, hasta que llegando el estrépito del combate á oidos del rey, salió éste, y cruzando su estoque entre los combatientes, dijo en altas voces:

—¡Traidor sea quien no rinda las armas á mi mandado!

Cesó entonces la pelea, y enterado el Zagal de la causa que la promoviera, no queriendo descontentar al Zegrí Hamet y sí abatir el orgullo de Muza, dispuso que ambos entrasen juntos y á la vez.

—¡Soy de tu sangre, malek! (*) dijo el valiente Muza: y si por mí consentiria en bajarme hasta el nivel del arquero mas humilde, por tí no quiero igualarme con el que puede ser mi vasallo.-Á pedirte licencia para salir á vengar ultrajes de la patria he venido: dámela si quieres, y Alah te guarde, pues desde aquí me vuelvo.

—De muy buen grado te daria la licencia que me pides, Muza, si no me hubieras desobedecido, le contestó el Zagal, pero hacer yo tu gusto, no haciendo tú el mio, fuera humillarme á tí. Vete, pues, que valientes me sobran en Granada.

—¡Plegue á Alah, que yo no te falte algun dia! replicó el infante. Y devorado por el despecho, volvió al rey las espaldas, y se marchó con arrogancia.

Muy ofendido quedó el Zagal por la conducta de Muza, y entrándose en palacio con los caballeros Zegríes, y otros de varios linajes, que iban llegando, pasó con ellos á la sala de Justicia. Los Zegríes trataban de persuadirle, que el intento de Muza no habia sido otro que el de sorprenderle, y que merced á su oportuna llegada, no habia que deplorar algun grave atentado; pero tomaron la defensa del infante varios nobles Almoradies y hubiéranse enconado los ánimos, á no cortar el rey la disputa diciendo:

---

(*) Lo mismo que rey.

—Quede eso así... Ya sabeis, caballeros, la afrenta que ha caido sobre Granada: el vulgo licencioso se atreve á motejar el descuido de mis guardias. ¿Quién de vosotros se encarga de volver por mi honra, trayéndome la cabeza del cristiano que reza este pergamino?

Y les mostraba el cartel de Pulgar estendido sobre una mesa.

Todos los que habia presentes se ofrecieron para llevar á cabo la hazaña: Reduan Venegas, Ibrahim Zenete, Azaator, y otros varios guerreros, las mejores lanzas de Granada. Pero dos avanzaron mas, tocando ambos á un tiempo el pergamino: eran estos Hamet el Zegrí, y Tarfe el Africano, moro de corazon empedernido, que nunca supo amar.

Miráronse frente á frente los dos guerreros, tratando de adivinarse las intenciones por los ojos: la barba rubia de Hamet temblaba á impulso de los celos; el membrudo y atezado rostro de Tarfe estaba sereno, inmóvil su barba negra y revuelta: solo en sus ojos chispeaba la ira.

—Valientes sois todos, y dignos de la empresa que os propongo, dijo el rey: pero ella es una y vosotros muchos: no es posible contentaros. Elegiré tres, Hamet, Tarfe y Azaator, y que echen suertes entre sí: el que salga primero, será dueño del cartel; los otros dos pueden escoger cabezas entre los guerreros cristianos, que buenas las hay para darse por contentos.

—Pero el premio... dijo Hamet.

—El premio, interrumpió Tarfe, será de quien lo gane; de quien traiga la cabeza de Pulgar.

—Pues bien, repuso el Zegrí, echemos suertes, y acabemos.

Puestos los nombres de los tres competidores dentro de un morrion, sacó uno el Wacir Aben Comixa, y leyó:—«¡Tarfe!»

Tomó el africano el pergamino, y salió de la sala.

Fátima, que habia presenciado la anterior escena, oculta detrás de una celosía, tembló al ver decidirse la suerte en favor del rudo africano. Perdiendo á Muza, todo destino era adverso para ella; pero ninguno tan cruel como el de ser entregada en manos de Tarfe.

Todo el dia lo pasó llorando la enamorada jóven, mientras

los tres elegidos hacian sus aprestos para salir en busca del caudillo castellano, pues ninguno se contentaba con menos que con traer su cabeza. Llegó la noche, y Fátima pensaba en Muza: si él saliese á campaña, sin duda obtendria el premio de la victoria. Bien quisiera la tierna doncella que su amante lo alcanzase á menos coste; pero, ya que así estaba dispuesto, habria deseado poder siquiera esperar en su valor. ¿Y era posible que Muza dejase de intentar el combate, aunque fuese menester contravenir á las disposiciones del rey, cuando de su amor se trataba?

Ya la ciudad dormia, reinando en toda ella un profundo silencio, cual si estuviese desierta, y aun se hallaba Fátima sentada junto á un agimez, contemplando, absorta en sus pensamientos, la luz vaga de la luna, que se quebraba en el follaje de los amenos bosques del Generalife, cuando al pié de la torre donde ella tenia su aposento sonó el preludio de una cancion, que la hizo estremecerse de alegría y temor: prestó atencion, y oyó la voz conocida de su amado, que cantaba al compás de una guitarra:

Duerme, Fátima querida,
duerme, regalada flor,
que por tí vela tu amor.

—

Ya de mi ancho cinto pende
la invencible cimitarra;
ya impaciente mi caballo
la tierra, piafando, escarba:
Y mas inquieto su dueño
suspira por la batalla,
y ansiando volver triunfante,
cuenta las horas que tarda.-
Reposa, bien de mi vida,
duerme tranquila, mi amor,
en brazos de mi valor.

¡No aspiro al premio adorado,
aunque tras dél se vá el alma!-
Que otro alcanzarlo no pueda
es lo que á mis ansias basta.
Y ¡ay de quien osado intente
robarme el bien que me mata;
pues ya en mi mano fulgura
la invencible cimitarra!
Descansa, dulce amor mio;
duerme, duerme sin temor,
mientras torno vencedor.

Al concluir Muza de cantar esta estrofa, vió brillar junto al muro de la torre la hoja de un alfanje, y oyó la voz de Hamet el Zegrí, que le decia:

—Si tanto deseas vencer, saca el acero, y aprovecha la ocasion, pues cerca tienes el enemigo.

—¡Hamet! gritó el bastardo, arrojando la guitarra, y poniendo mano á las armas. Á tiempo vienes. ¡Por Alah, que tengo el verte á gran fortuna!

Sin mas hablar, se arremetieron los dos rivales; sus alfanjes se enroscaban en el aire, como dos serpientes, arrojando centellas, y caian con furia sobre sus cuerpos, que defendidos por las ocultas jacerinas, los rechazaban con áspero chasquido. La lucha se prolongaba, sin otro resultado, que el de fatigarse mútuamente ambos enemigos, á cual mas forzudo y valeroso, á cual mas diestro é indomable, hasta que Muza, favorecido por la suerte ó el acaso, dió en la cabeza un tajo descomunal á su contrario, y le tendió en el suelo, dejándole por muerto. No se detuvo á ensañarse en el vencido: levantó en alto su brazo vencedor, armado con la fuerte cimitarra, y un grito de alegría, que partió de un agimez vecino, fué la corona de su triunfo.

—¡Adios, Fátima hermosa! esclamó lleno de gozo. Muza ha comenzado á ganar tu rescate.

Y partió á buscar su caballo, que cerca de allí le tenian dispuesto unos veinte caballeros, con los cuales bajó á la Vega, tomando el camino de Alhama.

Tarfe y Azaator habian ya marchado en la misma direccion: el primero llevaba el cartel del *Ave-María* atado en la cola de su caballo; su armadura se componia de láminas de acero superpuestas, á guisa de escamas; una fuerte correa sostenia en su brazo derecho el ferrado lanzon de dos puntas, y sujeta con una cadena le pendia de la cintura una enorme maza de hierro.

Pero, entre tanto, ¿dónde estaba Pulgar? Unos en pos de otros llegaron los tres guerreros delante de Alhama, y enviaron heraldos á desafiar al caudillo castellano: unos en pos de otros se retiraron, convencidos de que Pulgar habia marchado al campo de la reina.

—Será ese Pulgar uno de los gozquecillos, que la reina Isabel ha criado en su falda, dijo el feroz Tarfe, y habrá ido á refugiarse en la tienda de su señora. ¡Juro por Alah, que he de sacarle de allí, aunque se haya metido debajo de la cama!

Y en verdad que la erraba el bárbaro africano: Pulgar estaba en cama, sí; pero curándose de dos mortales heridas: no en la tienda de la reina, sino en el castillo del Salar, que acababa de tomar á los moros con solos setenta hombres. ¡Hazaña inaudita, acometida sin mas objeto, que el de ofrecer al rey Fernando las llaves de aquella fortaleza, como presente en el dia de su Santo!

Ignorantes de esto los de Alhama, no habian sabido dar mas razon cierta de su valiente contador, sino la de su salida para los reales. Tomando lengua los tres guerreros musulmanes, adquirieron noticias muy diversas de las que buscaban: Loja se habia entregado á merced del vencedor: el rey Chico, cediendo á las instancias de su amigo Gonzalo de Córdoba, habia vendido aquella plaza en cambio de una promesa de apoyo contra su tio el Zagal, y Granada, al saberlo, se armaba para rechazarle de sus muros. Al oir estas nuevas, esclamó el bravo Muza, sin poder reprimir las lágrimas:

—¡Ay, Granada! ¡Patria mia querida! Los altos decretos de Alah te han puesto, para tu perdicion, entre un rey tirano y un rey pérfido: el uno te esclaviza; el otro te vende. ¡Ay de tí, Granada! ¡Si has de sucumbir, que no vea yo el último dia de tu ruina!

Mientras por diversos caminos iban los tres valientes moros en busca de Pulgar, D. Fernando y doña Isabel, levantado el campo de Loja, despues de haber dejado un fuerte presidio en esta ciudad, estaban á una legua de Illora, haciendo alarde de su brillante ejército. La reina recorria las filas, montada en un soberbio caballo blanco, y cubiertos sus delicados miembros con una reluciente armadura, embutida de oro: llevaba en la cabeza un sombrero de púrpura con plumas blancas y azules, que decian muy bien á su rostro sonrosado y lleno de gracia: iba el rey á su derecha, y á su izquierda el príncipe D. Juan, niño de nueve años, magnífica promesa del cielo, que arrebató la muerte, para desventura de nuestra patria (*): seguian detrás las infantas doña Isabel y doña Juana, hermosas flores, y tambien desgraciadas, que eran el regalo y las esperanzas de su buena madre: la marquesa de Moya y otras damas principales, el cardenal Mendoza, elevado ya á la dignidad de arzobispo de Toledo, su hermano mayor, hecho duque del Infantado, y otros grandes, seguian á tan ilustres príncipes, mostrando en sus galas y atavíos un esplendor estraordinario. La reina saludaba afectuosamente á los guerreros que la eran conocidos; hablaba, al pasar, á los que habian contraido méritos recientes, y á todos

(*) El príncipe D. Juan murió á los 19 años de edad, poseyendo el gran corazon y las virtudes de su madre junto con la penetracion y el valor de su padre, y además una instruccion vasta, que ellos no pudieron adquirir en su descuidada niñez; en el consejo privado que le dió doña Isabel, para que se fuera acostumbrando á gobernar, despachaba los negocios con tanto acierto y rectitud como pudiera hacerlo ella misma. Por su muerte pasó la corona de Castilla, con sus vastas dependencias, á la casa de Austria: desde entonces debe contarse la época de nuestra decadencia, no obstante los *relámpagos* de gloria que dió á España Cárlos V.: desde entonces acá, con breves intérvalos, la política de España no ha dejado de ser supeditada ó entorpecida por intereses estranjeros.

sonreia, no con esa falsa amabilidad, que es la máscara de los palacios, sino con el verdadero afecto de una amiga. Los estandartes de los grandes y las banderas de las ciudades se le rendian, y los soldados la aclamaban con entusiasmo, y á su esposo é hijos por aficion á ella.

Revistado el ejército, pasó doña Isabel á examinar el hospital de campaña, invencion suya, informándose con maternal solicitud del estado de los heridos y enfermos que allí habia, preguntando á ellos mismos si estaban bien asistidos, y haciendo tomar notas de las faltas y necesidades que observaba y de las mejoras que le proponian los facultativos.-De allí se dirigió á revisar el parque y material de artillería y el de máquinas é *ingenios*, elogiando el celo de su director D. Francisco Ramirez de Madrid, y alentando á Pedro Navarro y á otros jóvenes entendidos, que debian abrir á la Europa una nueva escuela en el arte de la guerra.-El vasto tren de pertrechos y víveres, objeto reservado á su especial inspeccion y cuidado, fué tambien requerido con el interés que merecia por su importancia; y vió la reina con satisfaccion que, siguiendo sus instrucciones, abundaban allí, no solo las cosas necesarias á la vida, sino tambien las supérfluas y destinadas al regalo: el opulento mercader de Segovia D. Abraham Señor, y otros proveedores judíos, merecieron justos encomios de su boca, y que volviéndose al rey le dijese:

—¿Veis, señor, cómo se afanan estos infelices en nuestro provecho? No me pesa de haber mitigado en favor de ellos los rigores del Santo Oficio, cuyo celo comenzaba á estraviarse desde el principio.

Y con efecto, doña Isabel habia refrenado los vuelos de aquella institucion, y mientras ella vivió fueron muy raros los autos de fé.

Terminado el alarde, volvieron los reyes con la corte á sus tiendas, y luego que hubieron comido, se movió conversacion sobre las últimas hazañas de varios guerreros, y sobre los triunfos que se esperaban. En particular elogió doña Isabel las dos empresas recientes de Pulgar, y la actividad é intriga de Gonzalo de Córdoba.

—Muy contento estoy de Gonzalo, dijo el rey; pero tarda

mucho en tomar á Illora, y sentiré tener que ir yo en persona á rendir ese castillo.

—No habrá necesidad de que os molesteis, repuso la reina.

Y llamando á un caballero que pasaba por delante de la tienda, le dijo:

—Id, Benavides, y decid de mi parte, á Gonzalo Fernandez, que el rey y yo queremos oir misa en Illora mañana temprano.

Partió Benavides al punto, y apenas habria salido del campo, cuando se presentó en él un rey de armas moro, solicitando una audiencia de los monarcas de Castilla. Esta clase de mensajeros era inviolable, y se reputaba como crímen de alevosía el tocar á sus personas: sin la menor dilacion se le concedió el permiso para presentarse á los reyes, los cuales al momento se vieron rodeados de sus mejores caballeros, atraidos por la novedad. Luego que el heraldo obtuvo licencia para hablar, dijo:

—Altos y poderosos señores: el insigne general Tarfe el africano, á Vuestras Altezas me envia, y dice: que desea le concedais seguro para hacer campo al frente de vuestros reales, y que os digneis dar licencia al caudillo Pulgar para combatir con él.

—Decid á Tarfe, contestó el rey, que tiene concedido el seguro, pero que elija otro caballero, porque Pulgar está herido y ausente de aquí.

Volvióse el mensajero, acompañado de dos faráutes del rey, los cuales publicaron por todo el campo el seguro que sus Altezas concedian al moro Tarfe, para que nadie atentase contra su persona.

Irritado el feroz africano al ver burladas sus esperanzas, y presumiendo que Pulgar habria sido herido por alguno de sus competidores, se presentó al frente del campo cristiano, y dando largos paseos con el cartel del *Ave-María* pendiente de la cola de su caballo, comenzó á decir en altas y descompuestas voces:

—Sepan cuantos ahí están, desde el rey Fernando hasta el último escudero, que Tarfe á nadie teme, y aquí aguarda, y aguardará tres dias con sus noches á quien quiera lidiar con él, hasta que muerte se siga. Salga ese famoso Alcaide de los donceles, salga su primo Gonzalo, salga el marqués de Cádiz que

á todos y cada uno los desafío, y he de poner sus cabezas donde está el cartel, que dejó Pulgar en la mezquita de Granada.

Mientras el moro repetia este insolente desafío, todos los caballeros cristianos se agitaban, pretendiendo alcanzar la gracia de salir á lidiar con él, y considerando el rescate de aquel cartel como empresa indeclinable y propia de cada uno. Pero la reina y el rey se encontraban perplejos en la eleccion de caballero; porque el moro era formidable, y no se trataba de vencer ó morir, sino de vencer á todo trance, y vengar el ultraje que se hacía á la Reina de los Ángeles.

Entre tanto que esta indecision duraba, un doncel, un mancebo de diez y ocho años aun no cumplidos, se habia provisto de caballo y armas, y corria el campo adelante, saliendo solo y sin permiso al encuentro del africano.

—Apercíbete, moro, le gritó con voz atiplada; y cuida bien como te defiendes, porque vengo á matarte.

Miróle el alarbe de alto á bajo con desprecio, y contestó:

—De buen humor están tus reyes, rapaz. Vuélvete, y diles que Tarfe no pelea con niños, ni con doncellas.

—¡Por vida del embustero Mahoma! gritó el mancebo. ¿Piensas que me burlo, moro? ¡Defiéndete pronto, si no quieres morir como un perro!

—Vete, criatura, y no me irrites: ¿no sabes que soy Tarfe? Anda, que te acabe de criar tu madre.

—Si tú eres Tarfe, repuso el jóven con arrogancia, yo soy Garci Laso de la Vega; y porque veas que no en vano he venido á buscarte, toma.

Y le arrojó la lanza con imprudente furia. Confiado el moro, no tuvo tiempo para resguardarse del golpe, de modo que, apenas oyó el zumbido del arma y ya el agudo hierro le habia falseado la visera, entrándole por un ojo. Tarfe dió un espantoso grito, arrancado á su pecho por el dolor y la rábia, y aprovechando su aturdimiento, Garci Laso le arremetió espada en mano, y de un tajo le cortó la correa, con que llevaba el lanzon sujeto al brazo, reparando así la pérdida de su propia lanza.

Bramaba el fiero africano, viéndose mal herido y desarmado

por un muchacho, á quien habia despreciado; y poseido de ciego furor, puso mano al alfanje, y embistió á su enemigo; pero éste sabia muy bien aprovecharse de sus ventajas: la enorme corpulencia del moro, y la pesadez de sus armas entorpecian los movimientos y la agilidad de su caballo: el de Garci Laso, por el contrario, corria ligero y descansado, cual si no llevase carga. El doncel comenzó á revolverse y girar en torno de su formidable contrario, á fin de cansarle, y dar tiempo á que se desangrase: de vez en cuando le acometia, procurando huir el cuerpo, de modo que aquel descargase los golpes en vago, y así quebrantaba sus fuerzas. Gran placer habria dado á Gonzalo de Córdoba esta lucha, en que el ingenio superaba al valor material. Sin embargo, en una de las embestidas, no tuvo tiempo el jóven para resguardarse de la terrible maza del africano; cubrióse rápidamente con el escudo, pero este cayó al suelo hecho pedazos, y su dueño recibió en la cabeza tan fuerte golpe, que comenzó á echar sangre por boca y oidos. Mas no por esto desmayó, antes, afianzando el montante con ambas manos, volvió á embestir, esclamando:

—¡Ayúdame, Santísima Vírgen María!

El mandoble dió en la cabeza del moro, partiéndole el bonete y casco, y dejándole mortalmente herido. Todavía hizo vibrar Tarfe en el aire la formidable maza; pero se estremeció bramando, y cayó de espaldas, al dar una carrera su caballo. Ligero como el pensamiento saltó Garci Laso del suyo, y acudió á rematar á su enemigo; pero hallándole muerto, le cortó la cabeza: en seguida arrancó de la cola del caballo el trofeo de Pulgar, y arrodillándose y besándolo con fervor, dió gracias á la Vírgen por su victoria.

En esto, la noticia de aquel combate habia llegado hasta el pabellon real, y muchos caballeros acudian á disputar el triunfo al osado paladin: pero cuando le vieron y reconocieron, todos le abrazaron admirados, llevándole de allí con gran regocijo á la presencia de los reyes.

—¡Garci Laso! esclamó doña Isabel, esforzándose por aparecer severa. ¿Cómo te has atrevido á lidiar sin mi licencia?

—Perdonadme, señora, contestó el doncel doblando una rodilla en tierra, y presentándole con una mano el cartel del *Ave-María*, y arrojando con la otra á sus piés la cabeza de Tarfe.

—Levántate, repuso la reina: estás perdonado por esta vez. nuevo David, en gracia de la Madre de Dios que te escuda.—Y despues de tomar el cartel y besarlo, añadió, señalando á la cabeza del moro:—Retirad de aquí ese repugnante trofeo y oidme bien, caballeros: que nunca mas vuelva yo á ver objetos de esa especie. Pelead y venced por la fé de nuestros padres; pero no imiteis ya en adelante los usos bárbaros de vuestros enemigos.

Mientras esto pasaba en los reales, el mensajero Benavides iba corriendo hácia el campo de Gonzalo delante de Illora, donde ocurria una escena semejante á la anterior. Habiendo llegado allí el valiente Azaator en demanda de Pulgar, se le contestó como á Tarfe, y entonces el moro desafió al mismo Gonzalo. Estaban los dos guerreros en lo mas encarnizado de la lucha, rotas las armas, muertos los caballos, y batiéndose sobre charcos de sangre, cuando llegó el enviado de la reina. En aquel momento Gonzalo derribó á su enemigo de una puñalada; pero, léjos de abusar de la victoria, le tendió la mano, diciéndole:

—Seamos amigos, valeroso Azaator: Gonzalo de Córdoba no mata á sus enemigos vencidos, mucho menos si son tan esforzados como tú.

—Dispon como gustes de mi vida, contestó el moro; ¡tu esclavo soy, Gonzalo! Así lo quiere Alah.

El héroe cordobés le alzó del suelo, y mandó que se le llevase á su tienda para curarle las heridas. En seguida, enterado del deseo de la reina, dijo al mensajero:

—Subid al castillo, y comunicad de mi parte, esa misma órden al alcaide moro.

Al dia siguiente doña Isabel y D. Fernando, con su lucida corte, entraban en el castillo de Illora, despues de haber plantado sobre su torre mas alta la cruz de plata, que llevaba el arzobispo de Toledo, y los estandartes de Santiago y de Castilla. Multitud de cristianos cautivos salian de las mazmorras, arras-

trando pesadas cadenas, y daban gracias al Todopoderoso por su libertad. Erigióse un altar sobre los muros, y allí se dijo la primera misa.

Durante esta ceremonia llegó Muza al campo, y habiendo sabido el fin trágico de Tarfe y la rendicion de Azaator, bajó la cabeza murmurando:

—¡Alah lo quiere! ¡Cúmplase lo que está escrito!

Y desistiendo de su empeño, pidió permiso para entrar á ver á los reyes. Concedióselo de buen grado, y habiendo recibido de Gonzalo y de la reina el mas cordial hospedaje y regalos, de allí á tres dias se volvió á Granada.

## CAPITULO III.

De cómo entraron cristianos en el Albaicin.

Qué puedo esperar ya en Castilla? Mientras solo se ha tratado de dar treguas á mi ardiente anhelo, he tenido paciencia; porque he confiado en que tarde ó temprano veria lucir el sol de mi ventura: pero no solo pasan los años... ¡años perdidos! ¡Tambien pasan mis ilusiones, y con ellas se desvanece la esperanza! ¡Oh, Dios mio! ¡cuánto sufro!...

Así se lamentaba Colon á orillas del Guadalquivir debajo del olmo que cobijaba con su sombra un banco de piedra, cerca de la casita rústica, refugio de sus misteriosos amores. Sentada en el mismo banco, le escuchaba doña Beatriz con un niño en los brazos, en cuyo infantil rostro caian las lágrimas de su madre: aquel niño se llamaba Fernando Colon; y era el mismo que, años adelante, habia de escribir la historia de su padre. No léjos de ellos velaba por su seguridad una mujer, fiel depositaria de su secreto, y nodriza de Fernando, á quien criaba dándole el nombre de hijo.

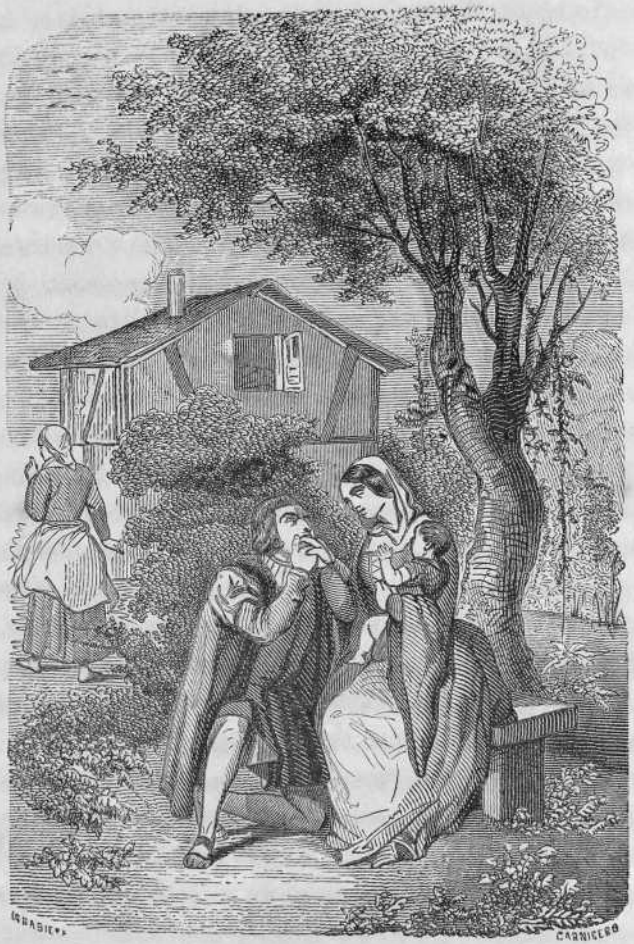
—Pero esos hombres, ¿son ciegos que no ven la luz? dijo doña Beatriz, alzando de pronto la cabeza. ¡Yo soy una ignorante mujer, y sin embargo, me atreveria á confundir toda su

ciencia vana: ¡tan natural, tan sencillo me parece lo que ellos reputan imposible!

—No los convencerias, Beatriz, repuso Colon: no hay nadie mas terco é incorregible que un sábio de oficio. Se puede infundir la luz de la verdad en un espíritu embrutecido, con solo hablar á su razon: se puede dar vista á un ciego; pero no es posible arrancar la venda de los ojos al que se envanece de llevarla: un capillo y un birrete de doctor autorizan á un hombre para no creer nada mas de aquello que cabe en su engreido entendimiento. ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Cuánto me han hecho sufrir los sábios del consejo de Salamanca!

—¡Y tú que habias puesto en ellos tu esperanza!

—¿Y quién no la pondria? Despues de haber luchado con la obstinada incredulidad del padre Talavera, aunque es un verdadero sábio y hombre de buena fé, ví el cielo abierto, encontrando propicio al cardenal Mendoza, merced al favor de mi compatriota Geraldini, y de tu amiga, la marquesa; y miré con júbilo la fria determinacion del rey, de someter mis proposiciones á una reunion de hombres doctos. «Aquí se discutirá, me dije á mí mismo: se examinarán mis teorías á la luz de la ciencia; la razon ilustrada buscará imparcialmente la solucion de los arcanos naturales, partiendo de lo conocido á lo desconocido.» Pero ¡cuánto me engañé! A mis demostraciones matemáticas, á mis teorías geográfico-astronómicas, los sábios de Salamanca oponian embrollados argumentos en forma silogística, y citas vagas de la Escritura y de los Salmos; á mis pruebas prácticas de la redondez de la tierra y de la existencia de los antípodas, contestaban con pasajes ridículos de Lactancio y con las piadosas dudas de S. Agustin; los mas me escuchaban con estúpida sonrisa; otros se enfurecian de modo, que llegué á temer me reputasen hereje; ¡los pocos pensadores que allí habia, cansados al fin de disputar estérilmente, bostezaban de fastidio! Solo el inteligente dominico fray Diego de Deza y algunos religiosos de S. Estevan eran de mi opinion y me apoyaban... ¡Oh! ¡Dios les recompensará los consuelos que han dado á mi alma en aquel piélago de amargura!



No desmayes, Colon: acuérdate que soy madre.

—¿Y al cabo no te han dado ninguna esperanza? ¿No has podido hablar á la reina? Si ella te oyese, estoy segura de que te protegeria.

—No lo sé, Beatriz, no lo sé: tales desengaños he recibido, que hasta he llegado á desconfiar de la magnánima Isabel. ¡Ah! Tú no sabes cuánto padezco, andando siempre como un mendigo detrás de esa corte fastuosa, confundiéndome con la turba de pretendientes importunos... ¡yo, que no pretendo recibir nada, sino que aspiro á dar un mundo á quien lo quiera!... Y verme despreciado y escarnecido por los necios, y oir que sin reserva me califiquen de mentecato, y sufrir que hasta los niños, cuando junto á ellos paso, se toquen la frente con el dedo, y me señalen como diciendo: «¡Ahí vá el loco!»... ¿Hubo algun hombre mas desdichado que yo?

—¡Colon! esclamó la dama con entereza: ¿eres tú el sábio que ha merecido mi amor y el sacrificio de mi honra? ¿Es posible que hagas caso de semejantes pequeñeces, tú, que te consideras elegido por Dios para consumar la obra mas grande que han visto los siglos? ¡Ah! Sin duda he sido engañada: ¡tú no eres aquel Colon que yo conocí hace cuatro años: no eres aquel que, lleno de fervor, me juraba luchar y vencer por mí!

—¡Beatriz! ¿Tambien tú quieres atormentarme?... ¡Oh! ¡Ten compasion de mí!

—¡Yo atormentarte! No, Colon: ¿ignoras que, por verte dichoso, daria yo toda la sangre de mis venas? Lo que quiero es que desprecies las miserias de este mundo mezquino, y que, acercándote á esos pocos sábios que te comprenden, marches adelante sin temor. Lo que quiero es, añadió doña Beatriz llorando, que te acuerdes á todas horas de esta pobre mujer, y oigas su voz, que constantemente dice en el fondo de su alma: «¡No desmayes, Colon, acuérdate que soy madre!»

—¡Vida de mi vida! esclamó el marino, cayendo de rodillas y besando con fuego la mano de su amada. ¿Por quién sino por tí tengo valor para luchar contra mi adversa suerte?

—Por mí debes luchar, y por este ángel querido, que te pide un nombre, repuso la dama mirando á su hijo.

—Sí, todo lo sufriré por vosotros, pedazos de mi corazon, dijo Colon levantándose. ¡Adios, Beatriz! ¡Adios, hijo del alma! En Castilla no encuentro quien me ayude; pero iré á Francia, recorreré todos los paises de Europa, y en alguna parte me harán justicia.

—Eso no, Colon: soy la madre de tu hijo y quiero un nombre ilustre para él: pero soy española y quiero para España el mundo que tú posees... ¡Y luego, ingrato!... ¿Nos dejarias aquí abandonados á los azares de la fortuna? ¡Oh! siento entristecerte, esposo mio: acaso en este momento se nos vigila, se nos acecha: mi tio recela alguna cosa, y es capaz de matarme en un arrebato de ira. Yo nada temo por mí; con tal que pueda seguirte, y partir contigo tu infortunio, estoy contenta. Pero mi hijo...

No pudo concluir la frase. La nodriza, que espiaba á corta distancia, y que siendo mujer de uno de los mozos de labranza, hacía pasar al niño Fernando por hijo suyo en lugar de otro que murió al nacer, se volvió en este momento, haciendo señas precipitadas.

—¡Véte, Colon, véte! esclamó doña Beatriz. Mi tio ha venido.

La nodriza llegó corriendo á tomar el niño, y Colon, sin tiempo mas que para besarlo y estrechar la mano á su madre, se lanzó á una barquilla que habia en el rio, y se puso á remar, conduciéndola hácia Córdoba.

En esta ciudad estaba la corte á la sazon, y no se pensaba mas que en estrechar el círculo de victorias, cuyo centro era Granada. En ella estaba tambien el rey Chico Abu-Abdalah, conspirando contra su patria, por obtener una efímera soberanía: repelido de los muros de su capital, despues de la rendicion de Loja, buscaba en los reyes de Castilla y Aragon una alianza facticia contra su tio Abdalah el Zagal. Con este motivo los caballeros cristianos y moros, depuestos momentáneamente sus ódios, paseaban juntos, como amigos, por las calles de Córdoba; y asentadas las bases de una liga ofensiva y defensiva, quedó concertado,—¡cosa inaudita! que el rey Chico entregaria

á Granada, tan pronto como el Zagal fuese espulsado de todos sus dominios; en consecuencia de este pacto, que sin duda no pensaba cumplir el Zogoibi, los vasallos fieles al mismo podian entrar y comerciar libremente en Castilla, beneficio de que se privaba á los parciales de su contrario, los cuales serian tratados como enemigos por ambas partes contratantes.

¿Qué mayor triunfo podia desear el astuto Fernando? Desde este punto debió de considerar á Granada como suya; pues nada le importaba que su débil aliado faltase á la fé prometida, despues que le hubiese ayudado á vencer al Zagal; conseguido este triunfo, ya no le quedaba por derrotar mas que un enemigo flaco y sin prestigio.

Apenas acababa de concertarse esta inconcebible alianza, cuando llegó á Córdoba un caballero del marqués de Cádiz, el adalid Luis Amar, que años antes habia caido cautivo en la desastrosa accion de la Ajarquía: buscó á Gonzalo Fernandez en el palacio de su hermano, y presentándole una carta que traia, le dijo:

—Señor: á este mensaje debo mi libertad: la hija del Wazir Aben Comixa, en cuyo poder yo estaba, me ha sacado del cautiverio, mandándome entregar esta carta al rey Chico Abdalah. Valiéndome vos, he creido que cumpliria mi palabra, mejor que desempeñando yo mismo el encargo. Dignaos acceder á mis deseos, que, á lo que entiendo, podreis prestar un gran servicio á nuestros reyes.

Tomó Gonzalo la carta, prometiendo al adalid hacer lo que deseaba, y pasó sin detenerse á ver al Zogoibi. Leyó éste el mensaje, y luego lo devolvió al héroe castellano, diciéndole:

—Ved ahí la ocasion propicia, noble Gonzalo: Granada solo aguarda que se presente allí su señor natural, para espulsar de su seno al tirano usurpador.

Gonzalo leyó la carta, que decia así:

«Alto señor y padre de los creyentes: si la voz de tu sierva, «si el grito de tu propia sangre pueden llegar todavía hasta tus «oidos y conmover tus entrañas, no dudo que acudirás sin tar- «danza al socorro de los que padecen: vé, señor, que acaso pue-

«de irte en ello la corona. Tu generoso hermano Muza yace aher-
«rojado en una mazmorra, víctima de su valerosa confianza y
«de la perfidia de sus enemigos, que desean quitarle la vida...
«Me falta tiempo para comunicarte los pormenores de esta vi-
«llanía; y únicamente puedo decirte que el pueblo de Granada
«solo necesita un jefe, para arrojarse sobre el opresor y rom-
«per las prisiones de tu hermano. Ven, señor: un dia perdido
«puede ser luego irreparable. No atiendas á quien soy, ni á
«quien me dió el sér: acuérdate solo de que eres rey, de que
«peligra la vida de tu noble hermano, y de que quien implora
«tu auxilio con el alma y el corazon es la Abencerraje.—FÁ-
«TIMA.»

Esta carta, dictada por el amor, produjo una esplosion guer-
rera inesperada: el rey Fernando se dispuso al momento para
entrar de nuevo en campaña, y mientras se hacian estos bélicos
preparativos, Gonzalo de Córdoba, con sus ciento veinte lanzas,
tomó el camino de Granada en compañía del *desventuradillo* Ab-
dalah.

Era una lóbrega noche de diciembre, cuando llegó este prín-
cipe con sus auxiliares á las inmediaciones de la capital de su
reino: con el sigilo posible rodeó los altos muros por la parte
del Norte, hasta subir á las cumbres del cerro del Aceituno, que
dominan toda la ciudad. Acercóse por allí á las murallas anti-
quísimas, acompañado de solos dos criados, y descubriendo á un
centinela, que estaba en paraje solitario, le dijo:

—Compadécete de mí, amigo, y déjame pasar: soy un pros-
crito y vengo á ver á mi madre. Si eres complaciente conmigo,
te haré rico; pues mi familia es de las principales de Granada.

El centinela opuso al principio alguna resistencia; pero al
cabo los ruegos de Abdalah, unidos á una bolsa que éste le ar-
rojó, ablandaron su corazon, y le movieron á permitirle entrar
solo. El rey subió en los hombros de sus dos servidores, y agar-
rándose á la pica del centinela, que éste le alargó, trepó hasta
lo alto de la muralla. Entonces, sacando su puñal y cambiando
de tono, dijo:

—Escoge entre la muerte y mi favor: ¡soy Abdalah, rey le-
gítimo de Granada!

El centinela cayó de rodillas, implorando á su vez la compasion del rey.

—Nada temas, repuso éste. Ayúdame fielmente, y recibirás premio en vez de castigo.

—Lo que me mande mi señor, eso estoy pronto á ejecutar, contestó el centinela.

—Pues bien, veas lo que veas, calla: no quiero mas de tí.

Diciendo esto Abu-Abdalah hizo una seña á sus criados, y uno de ellos partió al momento, volviendo á poco seguido de cien moros de guerra, que habian quedado escondidos en un olivar cercano: estos arrimaron escalas al muro y entraron en la ciudad. El rey se ocultó con ellos en una estrecha calle, y dijo al centinela:

—Vuelve á tu puesto, dá la voz de alarma á la guardia de la puerta de Fajalauza, y haz que acuda hácia esa parte de la muralla que te está encomendada: toma este anillo, con el cual puedes presentarte mañana en el palacio de Aben Habuz á recibir mi recompensa, si me sirves bien esta noche: pero, ¡ay de tí, si me vendes!

Hizo el centinela lo que le mandaba el rey; la guardia corrió al momento á examinar el punto que se suponia estar amenazado, y entre tanto, sorprendiendo aquel con su gente la puerta casi abandonada, la hizo abrir, dando por ella entrada á la caballería cristiana y mora, que aguardaba á corta distancia.

Inmediatamente se dió el grito de: «¡Granada, por el rey Chico!»

A esta voz los habitantes de Albaicin se levantaron presurosos, tomando las armas, y muchos de la parte baja de la ciudad corrieron á unirse con ellos, mientras otros de ambos distritos se alzaban para sostener al Zagal. Éste se hallaba á la sazon en la Alcazaba Cadima, residiendo en el palacio de Aben Habuz, para velar por sí mismo sobre aquellos barrios conocidamente desafectos á su causa, y sobre las personas de la sultana viuda Aixa la Horra y de Muza, que estaba encarcelado en las prisiones de aquella antigua fortaleza. El temor de precipitar una sublevacion popular habia detenido la cuchilla que estaba sus-

pendida sobre la cabeza del valiente bastardo: así, que al oir la gritería, el primer cuidado del Zagal fué asegurar las puertas y reforzar las guardias del alcázar.

Pero, entre tanto, la multitud engrosaba las filas de su sobrino, gritando:

—¡Viva el rey Chico!... ¡La libertad del infante Muza Abul Gozan!

Sin embargo, la noche se pasó, aunque en contínuo tumulto, sin que los enemigos de ambos bandos viniesen á las manos: aguardaban unos y otros que la luz del dia les mostrase las fuerzas que necesitaban combatir. Al amanecer vióse al feroz Hamet el Zegrí, ya recobrado de su mortal herida, recorrer las murallas de la Alcazaba, capitaneando las tropas del Zagal; y al Wazir Abul Cacim aprestándose para la defensa de la ciudad baja: los preparativos que se hacian y la muchedumbre de guerreros agrupados en torno de ambos reyes, anunciaban una lucha obstinada y sangrienta. Los alfaquies, protegidos por su carácter sagrado, iban de un punto á otro procurando apaciguar los ánimos irritados y traerlos á una transaccion, antes que corriese la sangre; pero el pueblo no se daba por satisfecho á menos que se le entregase libre á Muza, y el Zagal exigia que su sobrino abandonase el Albaicin; llegando á declarar, que si no se retiraba en todo el dia, la cabeza de Muza sería arrojada por la muralla de la Alcazaba.

Era imposible avenirse: durante las contestaciones, se presentó al rey Chico el Santon Alí Macer, aquel hombre austero que habia predicho la ruina de Granada, y mirando con faz adusta á Gonzalo de Córdoba y á otros caballeros cristianos que allí habia, dijo:

—Príncipe: yo veo en tí al hijo de mis reyes, al legítimo soberano de Granada; pero tiemblo al considerar, que tu fatal estrella nos conduce á una perdicion inevitable. ¿Qué hacen contigo aquí estos guerreros? ¿Pueden vivir unidos los tígres y las ovejas? ¡Ay de tí, rey sin ventura, que pones tu pueblo á la merced de sus enemigos!

—Venerable Santon, le contestó Gonzalo en lengua arábiga,

conteniendo al rey, en cuyos ojos ardia la ira: el juicio que formas de nosotros desmiente tu probada sabiduría. Si nos conocieses á fondo, sabrias que no venimos ahora contra tu pueblo, sino á defender la justicia y la inocencia, como es el deber de todo caballero cristiano. Dime, ¿no es justo que el hijo de tus reyes recobre el trono de sus mayores? ¿No es empresa digna de pechos leales, salvar al inocente Muza, el mas noble y el mas amado de los héroes granadinos? Pues á conseguir lo uno y lo otro hemos venido, procurando además, con nuestra presencia, evitar, si es posible, la efusion de sangre. Despues nos volveremos, sin reclamar siquiera la gratitud de vuestro pueblo. Si á pesar de esta declaracion, insistes en mirarnos como á enemigos, creeremos que lo eres de tu señor y que deseas la muerte de Muza.

—Noble Gonzalo, repuso Alí: conozco la lealtad de tu corazon; pero tus servicios, aunque sean gratuitos, cuestan siempre caros á Granada. Mas te quiero enemigo en el campo, que amigo en nuestra casa. Muza estaria libre y no necesitaria de tu defensa, sin los obsequios que en Illora le prodigaste, y sin las generosas atenciones que le dispensó tu reina.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué ha motivado la prision del valiente Muza?

—¿Lo ignoras?... Pues bien: te diré la verdad:-El genio de la venganza meditaba en secreto la perdicion del héroe, mientras él habia salido á desagraviar el honor de Granada, contraviniendo á las órdenes del Zagal. Si hubiese vuelto herido, ya que no vencedor, se le habria perdonado su inobediencia; pero volvió enriquecido con tus presentes, mientras otros guerreros habian sucumbido en sangrientas lides; tu amistad debia serle funesta. El rencor de los celos derramó su ponzoña en el corazon de Hamet, y Muza fué acusado de traicion, de inteligencia contigo y con tus reyes para destronar al Zagal: tu presencia en estos momentos corrobora la presuncion de su delito, y acelerará su muerte, léjos de evitarla.

—No será: ¡lo juro por la cruz de mi espada! esclamó el héroe castellano. Preséntate al Zagal, y dile que, si á la puesta

del sol no veo libre á Muza, esta noche misma no ha de quedar piedra sobre piedra en su palacio.

El Santon se volvió al rey, moviendo la cabeza, y dijo:

—Malek: la verdad brotará siempre de mis labios. ¡No consientas que por tus manos corra la sangre de los creyentes, porque serás maldito de Alah!

—Vé, Alí: haz lo que te se encarga, replicó el rey: si no quieres que se vierta sangre, ábreme las puertas de la Alcazaba, ó entrégame la cabeza del Zagal.

Era ya muy avanzada la tarde, y el Zagal celebraba consejo con sus capitanes para tomar una resolucion decisiva. Pretendian algunos que se tuviese á Muza como en rehenes, para impedir que el enemigo rompiese las hostilidades; pero Hamet, arrastrando la opinion del mayor número, decia:

—La palabra del rey debe cumplirse: hágase la última intimacion á los rebeldes, y si al ponerse el sol no han rendido las armas, que caiga sobre ellos la cabeza del traidor y nuestra ira. No demos ocasion á que nos juzguen débiles, cuando nos sobran fuerzas para derrotarlos.

—Sí, dice bien Hamet, repuso el Zagal; acabemos de un golpe con esa raza de traidores, indignos de mi sangre, que se alian con los enemigos de Granada.

La muerte de Muza quedó definitivamente decretada y el feroz Hamet encargado de ejecutarla. En este momento se presentó Alí Macer en el consejo, dió cuenta de su mensaje, y concluyó esclamando con energía:

—¡Príncipe Abu-Abdalah! No te obstines en acelerar los dias de la patria, escuchando la voz de la ambicion y la venganza. Oye por mi boca la palabra del gran Profeta: ¡Desventurado de aquel que sigue el consejo de la iniquidad, y funda su engrandecimiento en la perdicion del inocente!

—Alí, me parece que tienes hoy la cabeza poco segura, le contestó el Zagal: vé á predicar al Zogoibi, que necesita de tus consejos, y déjame en paz.

Y esto diciendo, le volvió la espalda. Los capitanes se retiraron con Hamet, que salió á ejecutar lo resuelto en el consejo;

y hecha por él la última intimacion á los parciales del rey Chico, se retiró á su albergue violentamente agitado.

El sol, entre tanto, bajaba en su carrera hácia el horizonte y todas las miradas se fijaban en él con inquietud y zozobra, pues era ya pública la terrible resolucion del Zagal. Hamet lo contemplaba impaciente, como si quisiese acelerar su curso, y al verle tocar las cumbres de Parapanda, se levantó acariciando la guarnicion del alfanje.

—¡Llegó mi hora! murmuró con acento sombrío.

En este instante se abrió la puerta del aposento, y Hamet quedó sorprendido viendo entrar á una mujer cubierta con un velo, la cual se arrojó á sus piés sollozando.

—¿Quién eres? ¿Qué deseas? la preguntó.

—Hamet, respondió la encubierta: ¿Es verdad lo que todos dicen? ¿Puedo creer que un guerrero de tu valor intente manchar sus claros timbres con un borron de infamia? Sin duda miente el vulgo: Hamet el Zegrí aprecia demasiado su honra, para que se convierta en asesino de su rival.

—¡Fátima! esclamó el Zegrí: con efecto, te han engañado. Yo no asesino á Muza: le mata su traicion y su delito.

—¡Oh! ¡Mientes, Hamet! repuso la jóven levantándose, Muza no es, ni puede ser traidor: si lo fuese, no vendria yo á pedirte su vida.

—Su vida pertenece al verdugo, replicó Hamet friamente.

—¡Bárbaro! Si tan sediento estás de sangre, toma la mia, y no provoques la indignacion de todo un pueblo, inmolando al mas leal y generoso de sus hijos.

—Retírate, Fátima, y no me pidas lo que no está en mi mano conceder. Mira el disco del sol medio oculto detrás de los montes: cuando haya desaparecido enteramente, habré de dar cuenta al rey de estar cumplidas sus órdenes. No me detengas.

—¡Oh! ¡Cruel! ¡Te detendré á tu pesar! esclamó Fátima llorando. ¿Qué quieres? ¿Qué rescate necesitas?-Habla: yo te sacrificaré mi vida, seré tu esclava; pero no manches tus blasones con la sangre de un inocente.

—Si el deber no me lo mandase, tus ruegos me obligarian

á derramar esa sangre aborrecida. ¿No conoces, insensata, que me estás irritando?

—¿Por qué? ¿Cómo?... ¿No conoces que, si en tu pecho hallase cabida la clemencia, sería yo capaz de amarte?

—¡Amarme!... ¡Por él!...

—No, no... por tí... por tu bondad, Hamet. ¡Oh! yo te lo juro. Seré tuya... tuya nada mas... Compadécete de mí: lo que deseo es que él no muera por culpa mia. Dale la libertad, y viviré para tí: de lo contrario, mi muerte seguirá inmediatamente á la suya.

—¡Oh! ¡Poseerla, y que él lo sufra! murmuró Hamet como hablando consigo mismo: sería un tormento mil veces peor que la muerte.-Sí, añadió en voz alta: espera.

Y mirando por una ventana, esclamó:

—¡Ah! ¡Ya es tarde! ¡Le sacan de su prision para conducirle al suplicio!

—¡Corre! ¡Corre! ¡Sálvale! gritó la jóven.

Resonó en este momento una espantosa gritería en todo el ámbito de la fortaleza, y Hamet y Fátima se precipitaron á un tiempo fuera de la estancia.

Los soldados de Gonzalo de Córdoba asaltaban á escala franca los muros de la Alcazaba, y en treinta puntos á la vez combatian moros y cristianos unidos contra los guerreros del Zagal. Muza quedó abandonado á la puerta de su prision; pero sus brazos poderosos estaban oprimidos por fuertes ligaduras. Tronaba por todas partes el estruendo de la batalla, y en medio de los opuestos bandos se veia la majestuosa figura de Alí Macer; el cual, con las manos levantadas, aconsejando la concordia, y prediciendo la ruina de Granada, cayó atravesado por multitud de balas y saetas.

Hamet y el Zagal se vieron entonces desobedecidos por sus soldados, á quienes aterraba la muerte de aquel hombre venerable: no menos consternados quedaron los secuaces del rey Chico; pero, entre tanto, los guerreros cristianos avanzaron, guiados por su caudillo, que les gritaba:

—¡Seguidme! ¡seguidme, que el Santon nos abre las puertas!

Con asombro y rábia vió Hamet al héroe castellano sobre la muralla, y corrió á su encuentro; furioso fué allí el ataque, desesperada la defensa; pero los moros tuvieron que ceder al ímpetu de los esforzados guerreros de Gonzalo, que incesantemente eran auxiliados por nuevos combatientes. Los muros y reparos esteriores de la fortaleza fueron ocupados en breve espacio por los sitiadores, y el Zagal tuvo que refugiarse en su palacio, mientras Hamet reorganizaba su gente, decidido á morir luchando.

Gonzalo llegó en esto á donde estaba Muza y rompió sus ligaduras; pero el ilustre moro permaneció triste y abatido, como si no apreciase la libertad.

—¡Oh! ¡cruel destino! esclamó por último con amargura. ¿Por qué me sueltas las manos, Gonzalo, si esto es atarme la voluntad? Vuélveme á mi prision, pues nada me importa la esclavitud del cuerpo, mientras el alma es libre: no quiero deberte un don mas precioso que la vida; porque mientras yo aliente, seré enemigo tuyo y de tu raza.

—Valiente Muza, le contestó Gonzalo: yo he venido á darte la libertad, y no pretendo coartarla de modo alguno; usa de ella sin condicion. Dame ahora las manos, y ármalas mañana contra mí.

Aquella noche quedó el Zagal con sus parciales arrojado de la Alcazaba; pero valiente y obstinado, continuó defendiendo palmo á palmo las calles de la ciudad, donde se combatió constantemente por espacio de cincuenta dias. Gonzalo, avaro de la sangre de sus soldados, procuraba ganar la voluntad de los moros contrarios, venciéndolos mas con la dulzura de sus palabras, que con el rigor de las armas. El Zagal fué por último espulsado de Granada, y trasladó su corte á Guadix, á donde le siguió el wazir Aben Comixa, llevando consigo á la hermosa Fátima.

Muza, entre tanto, aprovechando su libertad, se habia retirado á las Alpujarras, y se ocupaba en organizar una falanje de duros montañeses, para acudir á la defensa de su patria.

## CAPITULO IV.

### Abraham el Guerbí.

IVIDIDAS las fuerzas mahometanas, y ocupadas sus armas en fratricida contienda, los ejércitos castellanos pudieron dedicarse con mayor desahogo á dilatar el campo de sus victorias: de los dos reyes moros, solamente el Zagal les oponia ya resistencia; y aunque tenia que luchar á la vez contra su sobrino, á quien apoyaba la casa de Córdoba, no perdia la esperanza de vencer, ó al menos, de sucumbir con gloria. En esta heróica resolucion le ayudaban los príncipes Alnayares, señores de Almería, y todos los guerreros de mas bravura entre los musulmanes, juntamente con los pueblos indomables de la fragosa region oriental que, desde la frontera de Murcia, se estienden por una parte hasta el horizonte mismo de Granada, y por otra hasta la opulenta Málaga.

El rey D. Fernando sitiaba esta última ciudad, estrechándola por tierra con el ejército mas formidable que se habia visto desde que comenzó la guerra, y por mar con una fuerte escuadra de naves vizcainas y catalanas, pero su defensa estaba á

cargo de Hamet el Zegrí, á quien el Zagal habia dicho, al confiarle aquel importante cometido:

—Mi honor y el de la patria pongo en tus manos: si está escrito que Málaga haya de caer, ¡cúmplase la voluntad de Alah! Pero que el enemigo no la posea: que solo conquiste un monton de cadáveres y ruinas. A este precio te daré á Fátima, y con ella el título de príncipe y vastos dominios en el fértil valle de Lecrin: de otro modo, no te presentes mas ante mi vista; porque pagarás con tu cabeza.

Y Hamet juró sepultarse entre las ruinas de la plaza, con todos sus habitantes, primero que rendirla. Estaba en el castillo de Geb-alfaro, donde tenia una guarnicion feroz, compuesta de indómitos gomeres, de bárbaros marroquíes, negros africanos y cristianos renegados, huidos por sus crímenes de los dominios de Castilla; gente toda endurecida y sanguinaria, que en ningun caso podia esperar misericordia del enemigo.

Las repetidas intimaciones, las amenazas y hasta las promesas de Fernando no habian merecido del arrogante Zegrí mas que desprecio: los ruegos de los malagueños pacíficos, que presagiaban un desastroso fin, habian provocado de su parte bárbaras ejecuciones capitales: solo el hablar de rendirse costaba la vida, y todos tenian obligacion de defenderla con las armas en la mano, aunque sin esperanzas de conservarla.

Tan fiera obstinacion irritó al fin la cólera de Fernando: tronaron las baterías formidables del marqués de Cádiz: las enormes lombardas enviaron contra las murallas gruesas masas de piedra y de hierro; y los capitanes Ulloa, Maceda y el comendador de Leon, corrieron al asalto. Pero Hamet se burlaba de los hechos como de las palabras: su artillería destrozaba los parapetos y enterraba los fosos del sitiador; sus tiros alcanzaban á derribar de la tienda real el pendon de Castilla, y sus aguerridos gomeres, capitaneados por el gallardo Ibrahim Zenete, repelian con esfuerzo á los denodados campeones de la cruz:-Antonio de Fonseca y el jóven Garci-Laso se apoderan de un arrabal: sus soldados toman posesion de una torre á fuerza de sangre; pero apenas pueblan los aires con sus gri-

tos de victoria, estremécese la tierra, parece que el infierno ruge bajo las inseguras plantas, y la torre vuela hecha pedazos, con inmenso fragor, enviando al campamento cristiano los deshechos miembros de cien valientes.

Así pasaban los dias en inútiles tentativas y desesperados combates: el hambre y la peste, fieles compañeras de la guerra, mostraban ya su macilenta faz á sitiados y sitiadores; pero el indomable Hamet permanecia tranquilo y los soldados de Fernando comenzaban á desalentarse y abandonarle. ¿A quién volver los ojos en esta situacion? ¿Cómo convencer al enemigo de que es vano su empeño en resistir, y cómo reanimar los abatidos alientos de las tropas españolas? El rey conoce ya, por esperiencia, el medio infalible para conseguir ambos objetos: un correo parte con toda diligencia, y pocos dias despues se presenta doña Isabel, seguida de las infantas y de sus damas y dueñas: innumerables carros bajan á la falda de las montañas cargados de harina y todo género de bastimentos.

Son los últimos dias de Mayo: los guerreros cristianos se aprestan para celebrar con regocijos y hechos de armas la llegada de la reina y el cumpleaños del rey. Doña Isabel recorre á caballo todo el ámbito de las trincheras: á su vista los soldados, vestidos de gala, se alegran, y quieren aparecer gallardos y ansiosos de pelea; los grandes y caballeros la saludan con mesura, ostentando la bizarría de sus personas y la magnificencia de sus armas y arreos; truena la artillería en las empavesadas naves, y cesa el ruido de los talleres y fábricas, cuyos veinte mil operarios vuelven luego con mas ardor á sus faenas: allí se labra la madera y el hierro para los pertrechos militares, se corta la piedra para los parapetos y defensas, se construyen cañones y máquinas, y se fabrican pólvora y balas.

Con asombro y desmayo contemplaban los moros á la heróica reina, mientras con su fastuosa comitiva de damas y prelados trepaba una encumbrada colina, para dirigirse al campo del marqués de Cádiz, situado á Levante de la plaza, enfrente del castillo: su presencia sola era el mas infalible presagio del futuro destino de los cercados: en ella podian esperar clemencia,

pero nunca debilidad. La rendicion de Málaga era un hecho decretado. Pero, entre tanto, callaban las baterías de los muros, y los guerreros de Hamet descansaban sobre sus armas; porque fuera descortesía imperdonable turbar el paseo de la reina y de sus damas castellanas, amedrentándolas con el estruendo de la guerra.

Mas conocedor el marqués de Cádiz de los gustos y animosos bríos de su señora, despues de haber salido á recibirla con marcial regocijo, y de haberla obsequiado en su tienda con un espléndido banquete, quiso divertirla un rato, mostrándola el alcance y el poder de sus tiros. Los artilleros ocuparon las baterías, y asestando contra el castillo las enormes lombardas, hicieron salva estrepitosa. Pero el indomable Hamet miraba impasible los torbellinos de polvo que, chocando en las murallas, levantaban las balas de siete arrobas, y solo hizo sacar las armaduras de los guerreros españoles, muertos en la batalla de la Ajarquía, y el estandarte del marqués, tomado en aquella accion, y pasearlos con ludibrio por la plataforma de la fortaleza.

Bramó de ira el valiente D. Rodrigo, al ver aquellos trofeos, y el ultraje que con ellos se le hacía en presencia de la reina: encendióse toda su sangre al recuerdo de la desgraciada batalla, en que perdió la flor de sus caballeros, los mas de su familia; y arrastrado por la indignacion, ordenó rápidamente sus soldados, y los condujo al asalto.

Hamet no quiso esperarle dentro de los muros: mandó á Ibrahim Zenete hacer una salida, y detenerle en la mitad de su carrera. Los dos briosos enemigos se encontraron en el declive de la montaña, donde el ímpetu de los sarracenos arrolló los primeros batallones castellanos: mezclados unos con otros, combatian cuerpo á cuerpo, sin que sus respectivas baterías pudiesen darles apoyo: allí perecieron muchos valientes, víctimas de su arrojo; allí cayó el intrépido capitan de escaladores Ortega del Prado, por defender á su jefe, y la bala de arcabuz que le atravesó el pecho, rompió tambien la coraza del marqués. Larga y obstinada fué la lucha, sin que se conociese ventaja por ninguno de los combatientes: los dos caudillos se encontraron en me-

dio de la refriega, y reconociéndose, vinieron á las manos: eran iguales ambos en valor y esfuerzo, y tan semejantes en el carácter magnánimo y generoso, que á no ser enemigos, se habria creido que eran hijos de un mismo padre. Sus armas se chocaron arrojando centellas, y abrieron en sus cuerpos anchas heridas: imposible habria sido que ninguno venciese á su contrario, imposible que se dejaran rendir; pero viendo que ya la noche cubria de tinieblas el campo, temerosos de comprometer la vida de sus soldados, se tendieron mútuamente las manos y se apartaron como amigos, dejando aplazado el combate para otra ocasion.

Profundamente afectada volvió doña Isabel al pabellon real: su fé y su entusiasmo religioso, junto con el deber tradicional que habia heredado de sus mayores, le mandaban proseguir con empeño inalterable la guerra comenzada, hasta que el territorio español quedase completamente libre de la dominacion agarena; pero el amor á sus semejantes, fuesen amigos ó enemigos, hacía que anhelase alcanzar su objeto por medios suaves y con la menor efusion de sangre que fuese posible. Mandó, por lo tanto, suspender las hostilidades, y ensayar de nuevo tratos de paz.

Habia en Málaga un moro poderoso, llamado Alí Dordux, el cual mantenia un activo comercio con todos los puertos y escalas de Oriente; sus inmensas riquezas le daban influencia; su carácter benéfico habia hecho que los malagueños en general le dispensaran respeto y amor como á un padre: los reyes pusieron sus miras en este hombre, para que les sirviese de mediador cerca del fiero Hamet, y evitase con una honrosa capitulacion las calamidades de un largo asedio y los horrores de los asaltos. Pero se sabia que el obcecado gobernador castigaba con pena de la vida toda palabra de paz, pronunciada por cualquier súbdito suyo, y fué menester enviar un embajador cristiano, que hiciese la proposicion: Alí Dordux se encargaria solo de proteger su persona, y de acompañarle hasta el castillo.

Pulgar acababa de llegar al campo con la reina, y deseoso de conocer á uno de los que habian codiciado su cabeza, solicitó y obtuvo la gracia de llevar el peligroso mensaje.

Con seis de sus escuderos y un intérprete se dirigió á la plaza el intrépido guerrero: la reina se encerró en su tienda, y se puso á orar con fervor por él y por el buen éxito de su negociacion: el rey montó á caballo y dió órden á todos los jefes del campo de estar sobre las armas, para castigar en el acto cualquier desman del enemigo.

Era en estremo imponente el aspecto interior de la ciudad: no habia calle que no estuviese fortificada con fosos y palizadas, ni hombre alguno, escepto los ancianos y niños, que no llevase armas: pero lo que infundia mas terror era la actitud sombría, el aire macilento y lúgubre de los habitantes: devorados por el hambre y constreñidos por la tiranía de Hamet, tenian pintada en los rostros la desesperacion, y mostraban en sus escuálidas facciones y hundidos ojos el deseo ardiente de morir matando. Pulgar pasó con semblante sereno por medio de aquella multitud, que le dirigia miradas amenazadoras, y subió al castillo acompañado de Alí Dordux y de un ulema.

El gobernador le admitió á su presencia, esperándole sentado en la plaza de armas, en compañía de su segundo Ibrahim, y escoltado por una guardia de negros.

—Ilustre Hamet, le dijo Pulgar: yo soy aquel que con seis valientes entró en Granada y santificó su mezquita: no te digo esto por vanagloria, sino porque sé que deseabas conocerme, y porque sepas que quien tal hizo es el mas inútil de los guerreros de Castilla: inmenso es el poder de mis reyes; su decision inalterable, porque descansa en el convencimiento de su fuerza y de su derecho. Usando de ambos pueden hundir á Málaga en el polvo de sus ruinas; pero son clementes y apreciadores del mérito, y hacen justicia á tu valor: rindiéndote á tan poderosos príncipes, no puede sufrir menoscabo tu honra, y ellos te darán á Coin con título de señorío, y cuatro mil doblas de renta por juro de heredad...

—¡Basta ya! prorumpió Hamet. Si tus reyes hacen justicia á mis alientos, ¿cómo han podido pensar que yo me venderia? Retírate, cristiano, y vuelve pronto á tus reales; porque si tardas una hora, no responderé de tu vida.

—¡De mi vida! repitió Pulgar encogiéndose de hombros. ¡Bah! De esa respondo yo, Hamet; pues no en vano traigo acero en el cinto.-Y reportándose en seguida, continuó:

—No he venido á proponerte que te vendas, sino á decirte que no es valor, y sí temeridad tu resistencia: Málaga sucumbirá, y tú con ella: si no mueres peleando, la esclavitud te aguarda. Dos horas te doy de término para escoger entre la paz y la guerra.

—Ni un minuto necesito para decidirme. La guerra quiero á todo trance; y dí á tus reyes que vivan avisados, pues muy pronto he de hacerles una visita.

—Serás bien recibido, Hamet; y por si gustas de mi hospitalidad, en la huerta del Acibar tengo la posada.

Dichas estas palabras, Pulgar saludó cortesmente al moro, y salió del castillo en compañía de los mismos que le habian conducido; pero se detuvo en la ciudad dos horas, aguardando que Hamet cambiase de resolucion. Durante este tiempo corrió entre la muchedumbre armada la noticia del altivo recibimiento hecho al enviado castellano, y la desesperacion comenzó á volver sus iras contra él: entre tanto, podia oirse en el campamento el vuelo de un insecto; tan suspensos estaban los ánimos, aguardando el resultado de la intimacion, y temiendo que se cometiese algun atentado contra Pulgar.

Pero éste atravesaba la ciudad con arrogancia entre el bullicio de las turbas agitadas, tranquilizando á Dordux, que se inquietaba por su vida; y aquel continente sereno, aquella marcial actitud imponian mas respeto á los sitiados, que las palabras del influyente mercader y del venerable ulema, que no respiraron con desahogo hasta ver al enviado fuera de la plaza.

—No juzgueis por lo que habeis visto, noble caballero, dijo Alí Dordux á Pulgar en el acto de despedirle: Málaga desea entregarse, porque esos hombres que llevan las armas se mantienen con tres onzas de pan al dia, y son artesanos y mercaderes, nada acostumbrados á las fatigas de la guerra: sus mujeres y sus hijos comen animales inmundos y cueros cocidos en agua; y á los niños de pecho les dan pámpanos molidos y remojados

con aceite: pero el gobernador cree que os faltan municiones y además espera socorros. Suplicad á SS. AA. que tengan piedad de nosotros.

Pulgar volvió al real y dió cuenta exacta de su comision y de cuanto habia visto y sabido dentro de Málaga: entre tanto, seis honrados padres de familia, entre los cuales iba un hermano de Aben Comixa, subian al castillo, á implorar de Hamet les eximiese del duro ejercicio de las armas, ya que no pensaba ceder en su inexorable resolucion. El bárbaro Zegrí les oyó con calma, y sin volverles contestacion, los entregó á sus negros, mandando decapitarlos en el acto.

Ejecutándose estaba la horrible sentencia, cuando retembló el suelo, una nube de humo se alzó del campamento, seguido de un ronco estruendo, semejante al fragor de cien truenos, y una espesa lluvia de proyectiles cayó sobre la ciudad. Don Fernando, para dar al Zegrí una muestra de los recursos con que contaba, habia hecho disparar á un tiempo todas sus baterías. Pero Hamet, léjos de intimidarse, preparó todas sus fuerzas y se dispuso para dar un ataque general á los sitiadores.

Una hora faltaba para rayar el alba, cuando el estrépito de las trompetas anunció á los cristianos la presencia del enemigo en sus propias trincheras, al mismo tiempo que las naves surtas en la bahía, unas se iban á pique, taladradas por manos invisibles, y otras eran presa repentina de las llamas: el gobernador de Geb-alfaro habia enviado á sus capitanes Ibrahim y Derbat contra el ejército de Fernando, y una escuadrilla de barcas sutíles contra la poderosa flota.

Terrible fué el estrago que los desesperados malagueños hicieron aquella madrugada en tierra y mar: el valiente Ibrahim salvó con sus gomeres los parapetos y fosos, y desbarató en su mismo campo las fuerzas del Alcaide de los donceles, tomándole los cañones y pertrechos. El sol estaba ya sobre el horizonte, y aun permanecia el intrépido Zenete recorriendo las posiciones abandonadas: de pronto se detuvo á la entrada de una tienda, en la cual acababan de refugiarse unos fugitivos: enristró la lanza y les mandó salir; mas al verlos aparecer agrupados y

temblando, pues eran tres muchachos de corta edad, les tocó suavemente con el cuento de aquella, diciéndoles:

—Id, niños, id con vuestras madres.

Noble accion, por la cual le reconvinieron algunos de sus guerreros; pero él les contestó:

—Menguado sería yo, é indigno de llevar armas, si contra esas criaturas las emplease: sabed que les dejé ir, porque no ví barbas.

Pocos dias despues hicieron los cercados otra salida, pero esta vez tenia por objeto proteger la entrada de cuatrocientos gomeres que llegaban de Guadix: conducíalos un Santon fanático llamado Abraham el Guerbí, el cual suponia estar en trato y comunicacion con los ángeles, quienes le habian revelado, que, por su mediacion, se salvaria Málaga, y quedaria vencido todo el poder de Castilla. Menester era creer firmemente en el favor divino para arrojarse, como lo hicieron, aquellos infatuados guerreros á pasar á viva fuerza por medio del campamento cristiano: su fé les daba el valor suficiente para morir contentos, seguros de ganar el Paraiso. Doscientos de ellos entraron en la plaza, despues de un desesperado combate: los demás sucumbieron al filo de la espada. Su inspirado jefe habia desaparecido.

Tocaban á recoger las trompetas del marqués de Cádiz, cuando al retirarse el adalid Luis Amar con otros dos soldados, encontraron en un barranco á un moro arrodillado y con las manos levantadas, en actitud de orar fervorosamente por los suyos: parecia estar tan absorto en sus beatíficas visiones, que ni siquiera dió muestras de apercibirse de la presencia de sus enemigos. Acercáronsele éstos, y no viéndole armas, se contentaron con hacerle cautivo y llevarle á la presencia de su general. Era el moro un hombre de constitucion hercúlea y color cetrino; pero sus miradas revelaban resignacion y dulzura, y en sus demagradas facciones se veian impresas las huellas de una vida ascética y contemplativa.

El marqués le preguntó quién era y con qué objeto se habia introducido en el campo, á lo cual contestó el cautivo:

—¡Bien veis, señor, que soy un pobre siervo de Alah! He

venido á rogar al gran Profeta que aleje de mi patria la calamidad de la guerra, ó me conceda la dicha de morir en su servicio. No soy hombre de llevar armas, y aborrezco la sangre: por evitar que se derrame, haré cualquier sacrificio.

—¿De dónde habeis venido? le preguntó el marqués.

—Vengo de Guadix, y si pudiese hablar á vuestros reyes, les haria revelaciones tan importantes, que de seguro pondrian feliz término á esta guerra.

—¿Y no podreis indicarme esas revelaciones?

—¿Sois vos acaso el rey? preguntó á su vez el Santon con aparente sencillez.

—No; pero obtengo su mayor confianza.

—Perdonad, repuso el Santon: lo que yo sé, solo debo comunicarlo á SS. AA.

El marqués no insistió, y dispuso que Luis Amar y sus dos compañeros condujesen al moro á la tienda de los reyes.

Aunque era cerca de medio dia, D. Fernando estaba durmiendo; pues con motivo de la alarma de la noche anterior, habia velado hasta el amanecer. Luis Amar comunicó su encargo á una dama de doña Isabel, quien, no queriendo turbar el sueño de su esposo, mandó conducir al Santon á la tienda inmediata, ocupada por doña Beatriz de Bobadilla, y que allí le tuviesen, hasta que despertara el rey.

Paseábase por delante de aquellas tiendas, con aire meditabundo, un hombre de majestuosa presencia y noble aspecto, que que tenia los cabellos canos, sin ser viejo: hablaba consigo mismo, gesticulaba con energía, y parándose á trechos, dirigia miradas suplicantes al cielo. Luis Amar tocó á uno de sus compañeros con el codo, y le dijo en voz baja:

—¿Cuándo vamos á la isla de Zipango?

El soldado soltó una ruidosa carcajada; pero no por esto se distrajo de sus cavilaciones el solitario personaje.

—¿No es ese el loco de marras? preguntó el otro compañero del adalid.

—Callad, que tiene mal genio, repuso éste; y se conoce que esta vez viene furioso.

La marquesa de Moya estaba sentada, conversando amistosamente con un magnífico caballero, cuando se presentó Luis Amar á comunicarle la disposicion de la reina.

—Tened confianza, señor D. Álvaro, decia la noble dama: las negociaciones para el matrimonio de la infanta Isabel con vuestro sobrino están muy adelantadas; y no dudo que este enlace hará olvidar las pasadas discordias. El rey de Portugal siente ya el rigor con que ha procedido contra la casa de Braganza, y no es creible que conserve rencor á los miembros de su familia, cuando él mismo dispone una alianza con Castilla.

—Ciertamente, respondió D. Álvaro; la ocasion parece ser favorable á mis deseos; pero el rey mi cuñado no podrá persuadirse que nosotros hayamos olvidado la muerte de mi hermano, ni la del duque de Viseo, y siempre sospechará que conspira contra su vida la casa de Braganza.

—Sin embargo, yo sé que está persuadido de vuestra inocencia.

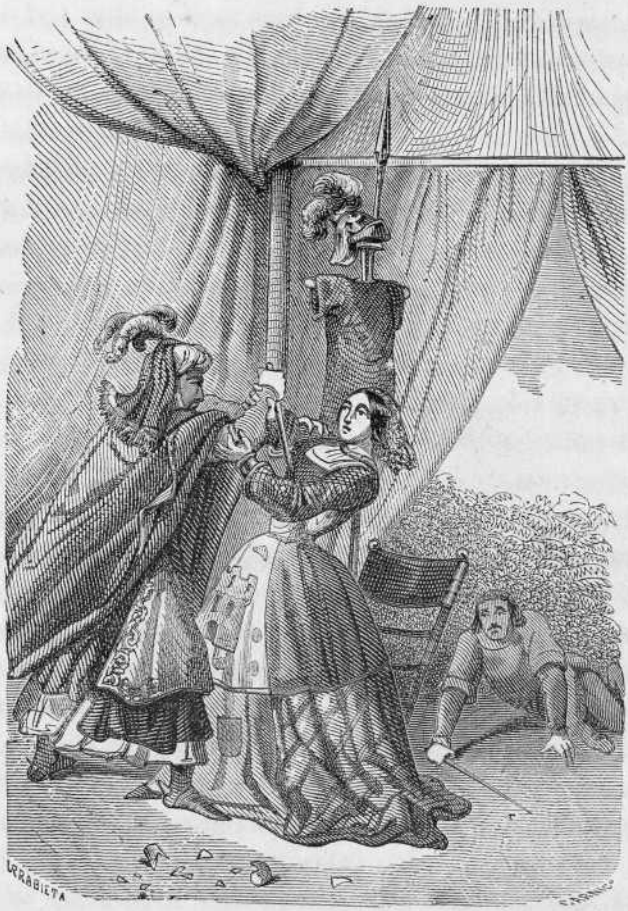
El adalid interrumpió esta conversacion, dando con profundo respeto el recado de doña Isabel. La marquesa mandó entrar al moro, y despidió á Luis Amar.

El Santon se quedó en pié en un ángulo de la tienda, observando con atencion disimulada á doña Beatriz y D. Álvaro de Braganza, que continuaban hablando; y pareciéndole por la magnificencia de sus trajes y por la edad que eran los reyes, se adelantó, y pidió por señas un poco de agua. Mandó la marquesa que se la diesen, y prosiguió su íntima conversacion, sin cuidarse mas del moro. Éste bebia, entre tanto, en un jarro de porcelana, que acababa de presentarle una esclava negra; mas dejándolo caer de pronto, y bajándose como asustado de lo que habia hecho, con un movimiento veloz sacó del seno una gumía que llevaba oculta, y arrojándose sobre D. Álvaro, le dió tal cuchillada en la cabeza, que le hizo caer al suelo.

—¡Favor! ¡socorro! gritó doña Beatriz, levantándose.

—*¡Le galib il Alah!* (*) gritaba el asesino, entre tanto, con

(*) Solo Dios vence.



*Le galibh Alah*, gritaba el asesino.

los ojos inyectados, precipitándose furioso contra la dama, y asestándole una puñalada.

Pero doña Beatriz no perdió en esta ocasion sus varoniles bríos: en el aire cogió la muñeca del fanático Guerbí, librándose así de la muerte, pues la punta de la gumía le atravesó los vestidos, y solo alcanzó á desflorarle la carne.

Sin embargo, ella y el infante portugués habrian sucumbido á manos de aquel furioso, á no ser por el paseante solitario, que, acudiendo á los gritos, abrazó al moro por la espalda y le afianzó los brazos. Un fraile, llamado Juan de Belalcazar, y un tesorero de la reina llegaron en seguida, y acabaron de sujetarle; y sacándolo fuera, lo entregaron á la furia de los soldados. Luis Amar y sus compañeros despedazaron en el acto al miserable, y recogiendo sus miembros sangrientos, los pusieron en la palanca de una catapulta y los arrojaron dentro de la ciudad.

Mientras se ejecutaba este castigo, el hombre cano habia vuelto al lado de la marquesa, interesándose por su salud y la de D. Álvaro: éste reparó en él, á pesar de lo mal parado que estaba, á causa de su herida, y esclamó:

—¡Colon! ¿Erais vos? ¡Cuánto me alegro de encontraros!- Y añadió volviéndose á la marquesa.-Ved aquí, señora, otra víctima inocente de la política portuguesa: un compañero mio de infortunio. Gracias á su generosidad, tengo aun la cabeza sobre los hombros.

—¡Cómo! esclamó Colon: sois vos, caballero, aquel fugitivo...

—El mismo, Colon, el mismo, el que albergasteis en vuestra casa: no lo he olvidado.

Y esto diciendo, el infante de Portugal dió afectuosamente las manos al marino genovés.

## CAPITULO V.

### Los dos Reduanes.

Los guerreros de Gonzalo de Córdoba velaban en torno de Granada para precaver alguna nueva defeccion del rey Chico, mientras se proseguia estrechando el asedio de Málaga: no se podia poner en duda el ódio irreconciliable de aquel soberano á su tio; pero Muza, que tenia mayor motivo para aborrecerle, habia vuelto á la capital, y sacrificando su resentimiento en las aras de la patria, reunia todos los hombres independientes, y se afanaba por acallar las discordias, y concentrar las fuerzas diseminadas, para hacer frente á los enemigos del Islam.

El prudente Gonzalo no podia desconocer que este adversario generoso era el mas temible de todos y el mas difícil de vencer; pues poseia el fuego sagrado que reanima los alientos vitales de los pueblos, y enardecido el de Granada, era fácil que el rey siguiese su impulso por interés propio.

No descansaba, por lo tanto, el héroe castellano, y mientras atraia con halagos á los moros granadinos y les aseguraba las ventajas de que carecian los partidarios del Zagal, apoyaba

fuertemente al Zogoibi contra aquel, sin dejar de celarle, y no perdia ocasion de ganar el afecto de Muza.

Las armas de Gonzalo y las del conde de Tendilla tenian, propiamente hablando, bloqueada la capital del reino moro: por una parte, desde las fortalezas de Alhama, Alhendin, el Padul y la Malaha sujetaban á los pueblos montaraces de la Alpujarra y de la costa de Málaga; por otra, desde Alcalá la Real hasta las faldas de Sierra Nevada, mantenian una línea de puestos fijos y volantes para seguridad de sus fronteras, y á fin de hostilizar al Zagal, cortándole las comunicaciones.

En una de estas posiciones entre Guadix y Granada, se hallaba el veterano Juan del Prado, con cincuenta hombres de su milicia: con él estaba su inseparable compañero Reduan, hecho ya un soldado aguerrido y tan diestro en el manejo de la ballesta, que no habia quien le aventajase: verdad es que no la dejaba un momento de la mano, y que era la única habilidad, que habia conseguido enseñarle su entendido y valiente jefe.

Recostados á la sombra de unas encinas, por resguardarse del calor del estío y ser la hora de la siesta, pasaban el tiempo los soldados reunidos en grupos, mientras Juan del Prado, en medio de quince ó veinte de ellos, referia con lágrimas en los ojos las hazañas de su hijo, el malogrado capitan Ortega. Reduan, cansado ya de oirle contar historias, sin haber podido jamás entender ninguna, se entretenia solo en tirar al blanco. Uno de los soldados llamó su atencion hácia una paloma, que venia volando de Oriente á Occidente, y le dijo en tono de burla:

—Reduan: haz algo de provecho. Cázanos aquella paloma.

El idiota tendió la ballesta, que armada tenia, y en menos de un segundo la inocente ave, atravesada por la flecha, fué á caer en medio del grupo donde estaba Juan del Prado. Éste la recogió palpitante todavía, y vió con sorpresa que traia un billete atado debajo de un ala.

—Buena caza has hecho, Reduan, dijo, mirando y remirando el billete: si no me engaño, estos garabatos son letra de moros, y aquí ha de haber algun misterio encubierto.—¿A ver?

añadió dirigiéndose á todos los soldados, que habian acudido en torno suyo: ¿hay alguno de vosotros que sepa leer?

Ninguno le contestó.

—¡Diantre! prosiguió el veterano. Será menester ir en busca del señor Gonzalo Fernandez, que lo mismo lee en arábigo que en cristiano; porque no es cosa de fiar esto á la conciencia de ningun moro.

Dos soldados á caballo partieron al momento á Illora con el billete, y aquella misma noche se presentaron á Gonzalo, quien, habiéndolo leido, mostró mucha alegría y deseó conocer al ballestero que habia hecho tan buena presa: era una carta de Abul Cacim, en que decia:

«El Wazir y primer Cadí del rey poderoso Abu-Abdalah el «Zagal, que Dios proteja, al valiente general Hamet el Zegrí «salud envia.—Muy complacido está nuestro señor de tu esfuer-«zo y entereza, noble Hamet; por lo cual me manda decirte que «mereces su gracia y el galardon que ambicionas. Piensas con «acierto que Aben Comixa, ofendido por la justicia que has he-«cho en su hermano, rehusará entregarte su hija por esposa; mas «porque no desconfies, hemos imaginado un ardid en obsequio «tuyo: hemos supuesto que el príncipe real de Tremecen pre-«tende á Fátima, ofreciendo enviar socorros á Málaga: los so-«corros vendrán, pues nos lo han prometido; pero Fátima que-«dará á tu disposicion en poder del alcaide de Salobreña. De «hoy en tres dias saldrá de aquí, conducida por mi hermano «Reduan; pero con muy poco acompañamiento para no llamar «la atencion y evitar impedimentos á su viaje, pues el Zogoibi «nos tiene puestas emboscadas.

«Procura sostenerte un mes, que en este tiempo recibirás re-«fuerzos nuestros y de África. En Granada tenemos ya un par-«tido poderoso, y con esto y el favor de Alah, tu firmeza nos «dará el triunfo. Avísanos de lo que suceda por medio de men-«sajeros alados, pues en los hombres no se puede fiar. Guárde-«te el Señor de todo lo criado, y déte salud y ventura.»

Gonzalo dió órden inmediatamente para que el alcaide del Padul bajase al valle de Lecrin y se emboscase cerca del cami-

no de Salobreña con gente bastante para cautivar á Fátima: otro tanto previno á Juan del Prado por conducto de los mensajeros, á quienes despidió, despues de haberles gratificado bien, dándoles además una hermosa ballesta con embutidos de plata para el diestro tirador que habia cazado la paloma.

De allí á dos dias el oficial de la Hermandad estaba con sus cincuenta hombres apostado junto á un desfiladero, á cuatro leguas de Guadix, en el corazon de Sierra Nevada: no habia ningun otro puerto por donde bajar á la costa, como no fuese dando un largo rodeo hácia la parte de Almería. El aguerrido veterano distribuyó su gente en dos alas al abrigo de unos castaños campales, que allí crecian silvestres y espesos entre mucha maleza, y aunque en aquellas alturas hacía un frio insoportable, á pesar de ser esto en el mes de Agosto, prohibió encender fuego, al ver que se acercaba la noche.

Pasó ésta sin que ningun indicio confirmase la revelacion de la carta de Abul Cacim; pero á la mañana siguiente se vió asomar por la cumbre de la cordillera, una pequeña caravana. Juan del Prado alistó su gente, y encargando mucho el silencio, se colocó en primera línea detrás de una peña. Un accidente inesperado descubrió la celada en el momento de entrar los caminantes en el desfiladero. Traian éstos mulas y yeguas: algunos caballos de los cristianos comenzaron á relinchar y agitarse, con lo que fué imposible á los mismos permanecer encubiertos. Los moros eran doce, y entre ellos tres mujeres: solamente uno parecia persona principal; los demás tenian trazas de labriegos, y las moras llevaban trajes tan modestos, que el veterano dudó si sería aquella gente la que esperaba. Sin embargo, avanzó solo al medio del camino, y mandó hacer alto.

Los moros le obedecieron, y adelantándose el mas distinguido de ellos, dijo en castellano bastante correcto:

—Acercaos, cristiano, si sois el jefe de esa banda, y os mostraré el salvoconducto que llevamos del rey de Granada: somos vasallos fieles suyos; tenemos nuestra vecindad en Trevélez, y venimos de una fiesta que hubo ayer en Bacares.

Juan del Prado se acercó á reconocer el salvoconducto, cre-

yendo de buena fé lo que el moro le decia, y en todo caso para obrar segun lo requiriesen las circunstancias, y como estaba bien armado, no le pareció digno de un valiente llamar á nadie que le acompañase. Pero pronto conoció que habia sido imprudencia su confianza; el moro le presentó un papel, y mientras él lo examinaba, buscando el sello del rey Chico, le asió con una mano del cuello y con la otra le puso al pecho un puñal desenvainado, diciendo:

—¡Manda á tu gente retirarse, ó eres muerto!

A pesar de su mucho valor, el veterano titubeó un momento; pues habiéndole cogido la accion, se hallaba obligado á elegir entre una derrota vergonzosa, y la pérdida infalible de la vida: pero estaba seguro de que, muriendo, sus soldados le vengarian, ejecutando las órdenes que él habia recibido, y ya iba á decidirse por esto último, cuando el moro le repitió:

—Haz retirar tu gente, y no lo pienses; porque si se mueve un solo hombre, te hago caer á mis piés.

—¡Sea! esclamó el anciano: mátame; pero no pienses vivir.

Irritado el moro, y pareciéndole que, muerto el jefe, sería fácil dispersar á los pocos soldados que veia, levantó el brazo armado, y á descargar iba el golpe, cuando llegó silbando por el aire una flecha, y le arrebató el puñal de la mano, dejándosela herida.

—¡Bravo, Reduan! esclamó Juan del Prado, reconociendo en aquel tiro el ojo certero de su discípulo.

Y desprendiéndose de su enemigo, empuñó la espada y gritó:

—¡A mí, compañeros!... ¡A mí!

Sucedió entonces una cosa muy singular: mientras los moros sacaban armas que traian ocultas debajo de los capellares, para defender al que hacía cabeza entre ellos, y los soldados acudian á la voz de su capitan, dos de las mujeres se apartaron á un lado, procurando ponerse en salvo; pero la otra guió la mula que montaba, metiéndose en medio de sus enemigos, y se dejó cautivar de ellos, diciéndoles en mal castellano:

—Llevadme, llevadme, y no me solteis, que os darán buen rescate.

No necesitaban los soldados de tanto estímulo para satisfacer el estraño deseo de la mora; pues el viento, separando de su cara el tosco velo que la cubria, y dejando de manifiesto su hermosura delicada y esplendente, les habia ya revelado la calidad de la prisionera. Inmediatamente la rodearon diez ó doce, y se apartaron á larga distancia con ella.

Entre tanto, los demás cercaban á los moros, que hacian vanos esfuerzos para defenderse, y que habrian perecido, á no ser porque su caudillo, viendo el camino que llevaba la hermosa disfrazada, y reconociendo cuan inútil era su resistencia, esclamó con despecho:

—¡Mal haya quien toma á su cargo la guarda de una mujer! Cristianos, concedednos la vida, y ved que pudiera costaros muy cara, pues teneis en mí á Reduan Venegas.

Juan del Prado mandó suspender todo acto hostil, y dijo á su enemigo:

—Me place de tratar con un caballero. Dadme palabra de que ni vos, ni ninguno de los que os acompañan intentareis fugaros, y os llevaré sueltos, como compañeros, al poder de mi señor Gonzalo de Córdoba, de quien sois cautivos.

—Lo prometo por mi fé; ó si quereis mejor, por la de mi padre, que fué cristiano.

—Prefiero la última, repuso el veterano con su genial viveza: y así volvieran las aguas al mar de donde han salido, señor Reduan.

—¿Reduan?... repitió el idiota, que á la sazon se acercaba, mirando con ojos espantados al ilustre moro.-¡Reduan soy yo!

—¿Quién se atreve á usurpar mi nombre? prorumpió el moro, mas quejoso de las palabras del ballestero, que de verse cautivo.

—No os enfadeis, noble señor, repuso el veterano: este otro Reduan es el que os ha vencido, en prueba de que Dios se vale á veces de instrumentos humildes para abatir á los fuertes de la tierra. Por burla le dieron el nombre, que han hecho famoso vuestras hazañas, y ya veis que, en su pequeñez, procura no deshonrarlo.

Rendidos los moros y cautiva la hermosa Fátima, con gran contento de ella, Juan del Prado no quiso detenerse en aquel sitio, y colocándose en medio de la tropa con sus prisioneros, dispuso inmediatamente la marcha, para salir cuanto antes á tierra segura.

Dos dias despues se hallaban todos en el castillo de Illora, donde Reduan Venegas encontró á varios de sus antiguos conocidos y compañeros de armas, entre ellos al valiente Zegrí Azaator, tan mudado en sus ideas y afecciones, que suspiraba por hacerse cristiano y tomar el nombre de su vencedor Gonzalo (*); y al jóven Alí-Aliatar, que habia sido el alcaide de aquella fortaleza, cuando se rindió, y era á la sazon amigo de confianza del héroe cordobés.

Fátima fué muy bien recibida y agasajada por la esposa de éste. Doña María Manrique y los demás cautivos vieron con asombro que se les trataba mejor allí, que cuando eran libres en el servicio de sus reyes.

Pasados algunos dias, Gonzalo escribió largamente á la reina, dándole cuenta de todo lo ocurrido con Fátima y Reduan, y enviándole la carta de Abul Cacim: el mismo Reduan Venegas, despues que hubo hecho juramento de fidelidad, fué á Málaga en compañía del mensajero de Gonzalo, á fin de presentarse á los reyes, y ayudar con su influjo á vencer la obstinada resistencia de Hamet el Zegrí.

Cuando llegaron al campamento cristiano estos enviados, Málaga y sus contornos ofrecian el cuadro mas terrible de la guerra. Los soldados españoles, tostados por el sol, estaban tan ennegrecidos, que no tenian semblantes de hombres: sus ropas, destrozadas por las armas y las fatigas, se caian á pedazos: muchos andaban descalzos; pero sus piés encallecidos no sentian la dureza de las piedras, ni recelaban pisar los abrojos. Sin embargo, ninguno desmayaba: su ardor habia crecido en proporcion de los obstáculos que estorbaban su deseo. La reina recorria

(*) Azaator se convirtió al fin, y se llamó en adelante Gonzalo Fernandez Zegrí.

diariamente á caballo todas las líneas del sitio, manteniendo vivo el fuego del entusiasmo con sus exhortaciones y consuelos, y procurando que abundasen los víveres, ya que faltaban otras comodidades: los guerreros oian sus palabras con la risa en los labios, y contestaban á ellas con gritos de frenética impaciencia y agitando las armas.-En mil partes se veian las huellas del enemigo: ya era un parapeto desmantelado, ya las cenizas de una tienda incendiada, ya los girones de las banderas ondeando sobre sus astas inmóviles.-El mar estaba cubierto de naves, llegadas de refuerzo: solo el duque de Medina Sidonia habia enviado ciento, armadas á su costa, y con ellas veinte mil doblas de oro.-Acercándose mas á la plaza, la vista contemplaba en todo el ámbito ruinas de torres y murallas ennegrecidas por la pólvora, y despojos de cadáveres insepultos; pero en medio de tanto estrago, el pabellon mahometano flotaba con arrogancia sobre el castillo de Geb-alfaro.

Gran contento dieron á doña Isabel las nuevas que le enviaba Gonzalo de Córdoba, pues le daban esperanzas de rendir la obstinacion de Hamet, sin necesidad de mas sangre: propuso, en su consecuencia, al rey hacer nuevas proposiciones de paz por medio de Reduan. Pero D. Fernando, enfurecido por una resistencia á que no estaba acostumbrado, se opuso á entrar en mas negociaciones.

—¿Qué partido quereis hacer á esa gente endurecida? dijo: ¿no han querido ellos la suerte que sufren? ¿No han intentado últimamente librar su destino á una batalla decisiva? Os enternecen los lamentos de las mujeres, que han perdido en la accion sus hijos y sus esposos, ¿y no reparais que antes debieran ablandar la dureza de su fiero gobernador? Sí, pues, no quieren romper de una vez con él y acogerse á nuestra clemencia, justo es que sufran el rigor de nuesta indignacion.

Sin embargo, doña Isabel instó, y D. Fernando dió permiso para que Reduan subiese al castillo; pero no quiso que en su nombre se hiciera ya ninguna promesa.

—Declarad á los malagueños, dijo al enviado, que estoy decidido á tomar su ciudad, y que me daré por satisfecho recibiendo un sepulcro; que se entreguen á mi merced.

Con esta desconsoladora embajada entró en Málaga Reduan. Alí Dordux y el alfaquí Abraham Alhariz salieron á recibirle, y aunque oyeron con amargo desconsuelo la resolucion del rey, no se atrevieron á prometer que la ciudad se entregaria: paseáronle por toda ella, para mostrarle el duro estremo á que se hallaban reducidos sus míseros habitantes, insensibles ya al dolor, y solo entregados á la ferocidad: ora encontraban á una madre sentada en el suelo, meciendo en la falda el cadáver de su hijo, que habia muerto peleando; ora presenciaban una lucha tenaz entre dos doncellas, que se disputaban un pedazo de carne humana, dando salvajes alaridos: aquí oian desesperados gritos y cantares disonantes, arrancados por el delirio: allí eran imprecaciones y dicterios horribles contra el gobernador y los sitiadores: á cada paso tropezaban con niños y ancianos, que, cansados de luchar con la agonía, recostaban tranquilamente sus cabezas en las duras piedras, aguardando el sueño de la muerte: no habia ricos ni pobres; todos eran iguales ante la desgracia, y el oro solo servia para agravar la desesperacion de sus poseedores.

Reduan subió solo al castillo: ni Alí Dordux, ni el alfaquí se atrevieron á ir con él. Apenas pronunció su nombre, se le abrieron las puertas, y pudo llegar hasta la presencia de Hamet, que en aquel momento celebraba consejo con sus oficiales: Reduan no quiso permitir que se interrumpiese por él la deliberacion, y oyó con asombro que decia el fiero Zegrí:

—Esos contínuos clamores de la gente débil me irritan y desesperan; porque hacen flaquear el valor de mis guerreros: además, ¿para qué sirven esos viejos miserables, esos muchachos, esas mujercillas, sino para consumir el escaso alimento del soldado? Ellos me entorpecen aun mas que el enemigo, y estoy resuelto á esterminarlos. Esta noche hemos de bajar á la ciudad, y no ha de quedar vivo nadie que no pueda llevar las armas.

Los mas feroces se estremecieron al oir esta horrible proposicion. Reduan aprovechó los momentos de silencio que siguieron á ella, y dijo:

—Noble Hamet: si yo viese que era posible salvar la patria y tu honor por el medio que acabas de proponer, lo aprobaria;

pero seguramente tu lealtad te exagera la posibilidad de vencer, y te aconseja escesos, que solo servirian para precipitar tu ruina. En vano pretendes luchar contra el destino inexorable: yo mismo debia venir aquí á traerte esperanzas de socorro y alentar tu constancia; y sin embargo, mi adversa estrella quiere que solo pueda decirte: «Hamet, ya has hecho bastante para probar tu decision y patriotismo; nadie te acusará de flaqueza y cobardía: ríndete al enemigo, antes que sea tarde para alcanzar su clemencia.»

—¡Reduan! esclamó Hamet con energía. ¿Qué estás diciendo? ¿Mienten mis ojos, ó eres tú quien tal cosa me aconseja?

—No soy yo, es la fatalidad quien habla por mi boca, repuso Reduan: aquí donde me ves, soy un mísero cautivo, sujeto á la cadena por la mano de un humilde idiota. La que debia recompensar tu valor, está en poder de cristianos, y todo por haberles entregado el cielo prodigiosamente esta carta, que una paloma te traia: toma, y verás que el hado se conjura contra tí.

Hamet tomó la carta y la leyó rápidamente.

—¡Y esto ha ido á manos del enemigo! murmuró con ira, pero sin mostrar abatimiento.

—Sí: y eso nos ha perdido. ¿Crees ahora poder salvar la mitad de Málaga, sacrificando la otra mitad?

—¡Creo que soy desdichado! Eso creo... Pero no ha de domar mi espíritu la adversidad. Quede Málaga entregada á su suerte, y obre cada cual como quien es. Hamet morirá, pero no se rinde. Tal es mi resolucion irrevocable.

Reduan volvió á la ciudad, y manifestó á varias personas principales que eran libres para tratar de la entrega. El traficante Alí-Dordux y otros moros respetables pasaron inmediatamente al campo á impetrar la clemencia del vencedor. Pero en aquellos momentos habia llegado á tal estremo la irritacion de los ánimos, que los mas de los guerreros querian entrar á saco y á degüello en la ciudad.

Entonces la reina convocó á todos sus capitanes y les dijo:

—Málaga es nuestra, merced á vuestro esfuerzo y constancia; pero así como estimulo y admiro el valor en la pelea, tam-

bien así repruebo la crueldad con el vencido; ya no tenemos aquí enemigos, sino hermanos desgraciados. Haced saber, que quien toque á un cabello de esos infelices, me tocará en las niñas de mis ojos, y pagará con la vida.

No alcanzaron, sin embargo, los malagueños tan buen partido como hubieran podido esperar algun tiempo antes: pero el dia siguiente, al tomar posesion de la plaza el comendador de Leon, D. Gutierre de Cárdenas, llevó consigo, de órden de la reina, muchos víveres y provisiones para repartirlos entre los vencidos.

Una semana despues la guarnicion de Geb-alfaro se sublevó contra su jefe, no pudiendo resistir mas el rigor de su disciplina, ni la espantosa penuria en que vivia. Rindióse el castillo, y Hamet fué traido á la presencia de los reyes, cargado de cadenas. Muchos caballeros cristianos acudieron á ver de cerca aquel hombre indomable, y á observar en su semblante si la adversidad le abatia: pero habiéndole preguntado el marqués de Cádiz la causa de su temeraria resistencia, contestó con fria entereza:

—Yo habia jurado defender mi patria y mi ley, junto con el honor del que en mí confió: y á no haberme faltado ayudadores, habria muerto peleando.

Hamet fué mandado encerrar en el castillo de Coin: á su segundo Ibrahim Zenete se le tuvo en cuenta la accion de los tres niños, y se le dieron honores y riquezas.

## CAPITULO VI.

### El último valiente.

ENDIDA Málaga, el poder musulman quedó concentrado en las plazas fuertes de Almería, Guadix y Baza. Esta última era la mas importante por su situacion, como puesto avanzado de la frontera, y como paladion del territorio moro: contra ella dirigieron sus esfuerzos los reyes de Castilla y Aragon, y en dos campañas sucesivas quedó avasallada, despues de un sitio memorable, en que probaron su gran valor y gallardía los mas distinguidos campeones del Islam, y en que doña Isabel dió muestras acabadas de su firme carácter, allanando montañas intransitables, para llevar pertrechos á sus soldados y sostener sus abatidos bríos.

Baza, que habia resistido con heróico denuedo los repetidos y furiosos combates de Fernando; Baza, que tenia en su recinto al príncipe Cid Hiaya con veinte mil guerreros, los mas animosos y mejor disciplinados de la morisma, dobló la cerviz, humillada y no vencida, cuando vió ante sus muros á la invencible Isabel con su brillante cortejo de hermosas damas: quiso pos-

trarse á las plantas de la belleza, por no provocar el rigor de sus iras; y recibió el yugo, de la misma manera que el noble paladin, en el torneo, recibe el galardon de su cortesana bravura. Guadix y Almería no aguardaron el combate, y fueron entregadas por el Zagal, que, convencido de su adversa suerte, perdió la fé y con ella el valor que le sostenia. Era, pues, llegado el momento de que el rey Chico de Granada cumpliese su imprudente palabra, poniendo la capital del reino y su corona á los piés del vencedor.

Previendo esta ocasion, el sagaz y mañoso Gonzalo de Córdoba habia conservado á Fátima en su poder, desdeñando admitir las brillantes proposiciones que le hiciera su padre, de darle por ella el mas cuantioso rescate; pues conociendo que Muza sería un obstáculo invencible para la entrega de Granada, se proponia ganarle por el afecto de su dama. Pero aquel corazon altivo y generoso no se dejaba vencer por los halagos de los enemigos de su patria: no hacía obligacion del agradecimiento, ni sacrificaba sus deberes á los atractivos de la pasion.

Muchas veces, invitado por Gonzalo, habia ido Muza á visitar á su amada, que en el cautiverio era mas feliz, que lo fuera en su propia casa; pero siempre, al despedirse de ella, la decia:

—¡Líbreme Alah de encontrar á Gonzalo en mi camino! A nadie amo tanto como á él, despues de tí. Si la ley del honor y deber lo trajese á mi encuentro en la batalla, temo que me faltaria el valor para combatirle... Y sin embargo, Fátima, no te aceptaré de su mano, sino recobrándote á viva fuerza; porque un favor tan grande no tiene precio, y antes que ser traidor, preferiria perderte.

Gonzalo conocia muy á fondo estos sentimientos de su noble enemigo, y se alegraba cada dia mas de haber cautivado á Fátima. Cuando los reyes le enviaron á Granada, para exigir del rey Chico el cumplimiento de su promesa, hizo vestir á su prisionera con riquísimos trajes, le dió magníficas joyas y criados, y la llevó consigo.

Muza residia con su hermano en el palacio de la Alhambra:

en cuanto supo la llegada de Gonzalo, salió á recibirle con un lucido acompañamiento de caballeros; mas al ver á la hermosa Abencerraje, se inmutó, comprendiendo las intenciones del noble castellano, que le dijo:

—Lo que no he querido ceder por interés, lo cedo por amistad, ilustre Muza; y como solo la tuya pudiera ser suficiente precio para pagar el rescate de esta hermosa doncella, vengo yo mismo á traértela, para que de tí la recobre su padre, y puedas así hacerte doblemente digno de ella.

—Generoso Gonzalo, contestó Muza: mi amistad tienes, sin que necesites contraer nuevos méritos para conseguirla; pues queda pagada con la tuya: y claro está que, al aceptar yo el inapreciable presente que me haces, recibo mucho mas de lo que doy: si, pues, no me permites recompensarte el esceso, lo que en tí es generosidad, en mí fuera ofensa.

Hizo Gonzalo buen semblante á las razones de Muza, procurando desviarle de su nimia delicadeza, y juntos subieron á la Alhambra, donde, por espacio de algunos dias, se celebró con festejos la vuelta de la cautiva y se obsequió al castellano, sin que éste hablase una palabra de su embajada. Pero luego que encontró una ocasion favorable, hallándose á solas con el rey, le recordó su compromiso. Abdalah lo reconoció; pero pidió al mismo tiempo un plazo para decidirse, y acallar los escrúpulos de sus súbditos.

El embajador accedió á esto, y dispuso su partida, no sin haber antes ganado la voluntad de Aben Comixa, reconciliándolo con el rey, é introduciéndolo de nuevo en su íntima confianza. El dia designado para la marcha de Gonzalo, se presentó Muza en su morada, y acercándole á una ventana, le mostró en la puerta quinientos cautivos cristianos, veinte caballos árabes cubiertos con soberbios jaeces, recamados de oro y pedrería, dos grandes azafates de filigrana, llenos de perfumes y joyas de inestimable valor y sostenidos por esclavos negros, y cuatro leones domesticados.

—Gonzalo, le dijo: ahí tienes lo que puedo darte por el rescate de Fátima: sé que no es bastante, pero mi deseo suple la

cortedad del presente. Si no lo aceptas, creeré que lo desprecias, porque ambicionas mas: en ese caso recibe á la que adoro.

—Acepto esos dones por ser tuyos, Muza, no por lo que valen; pero ya te dije que solo ambiciono tu amistad.

—Tuya es, Gonzalo, bien lo sabes, le repuso el infante, apretándole la mano: ambos á dos tenemos nuestras almas y nada nos debemos: lo que me diste de mas, te pago, y estamos iguales. ¡Adios, caro amigo! ¡Adios, hasta que nos veamos en los campos de batalla!

—¡Oh! ¡Eso no es posible, amigo mio!

—¡Que no es posible!... replicó el moro vertiendo lágrimas. Gonzalo, tú no estrecharias esta mano si la vieses deshonrada. ¡Oh! ¿que no es posible?... ¡Granada luchará mientras aliente Muza!

Y avergonzado de que el cristiano le viese llorar, se salió apresuradamente de la estancia. Gonzalo partió con el corazon acongojado.

Pasó el tiempo de la tregua, y el rey Chico no daba cumplimiento á su palabra. Una mañana de Abril los vecinos de Granada vieron entrar por la Vega adelante una tropa poco numerosa de cristianos, magníficamente vestidos, los cuales se detuvieron delante de las murallas, junto á una grande acequia, que riega aquellos amenos campos: con ellos venian un niño y un prelado. El niño era el príncipe D. Juan, quien recibió en aquel sitio la investidura de caballero, de manos de su padre, celebrando el cardenal Mendoza las ceremonias religiosas propias de tales actos. No podia darse una provocacion mas audaz, ni un testimonio mas patente de la firme resolucion tomada por los reyes de Castilla.

Muza se presentó á su hermano, y le habló de esta manera:

—Rey de Granada: los enemigos de tu patria y de tu ley llegan ya pacíficamente á nuestras puertas, y consagran nuestro territorio con los ritos de su religion. ¿Qué significa esto, Abdalah?... Granada, ¿es árabe ó cristiana? ¿Pueden ya los soldados de Cristo pisar sus umbrales, consintiéndolo tú?

—¿De qué me hablas? ¿por qué me reconvienes, Muza? le

contestó el rey. ¿No sabes á lo que me obliga mi desventura?

—Yo no sé mas, sino que Alah te ha dado un reino para que lo defiendas; no para que lo dejes perder cobardemente.

—¡Traidor! ¿Qué palabra has pronunciado? esclamó Abdalah poniendo mano en su gumía. Ignoras que soy dueño absoluto de mis acciones y de tu vida.

—Tómala, que yo no te la disputo, replicó Muza, presentándole el pecho indefenso. No me importa morir, cuando me llama traidor un rey, que vende lo que no es suyo: no temo perecer cuando mi patria se hunde.

Abdalah temblaba de ira y de vergüenza, y en aquel momento habria cometido un fratricidio, por no tener delante á un hombre, que era como el grito acusador de su conciencia. Inopinadamente sintió que le asian por detrás el brazo; se volvió, y sus ojos encontraron la mirada penetrante y severa de Aixa.

—¡Desventurado! esclamó la sultana. ¿Por qué ofendes al último valiente de tu raza? ¡Óyeme, Abdalah! Yo te dí la vida, y te puse tres veces en el trono que ocupas: yo te privaré de la una y del otro, antes que verte cobarde. Tú no puedes cumplir la promesa que hiciste á nuestros enemigos, porque tu pueblo no es un rebaño que se vende ó se regala: prueba, si quieres, y verás que ese pueblo tiene poder para despedazarte.

—¿Y qué quereis que yo haga?

—Luchar: si el hado te condena á morir, muere con honor. Eso es lo que te mandan tu madre y la corona que ciñes. Entrega tus guerreros á Muza, y él los conducirá á la victoria: él sabrá, por lo menos, mantener puro el lustre de Granada; y si la fortuna le favorece, quizás puedas dilatar de nuevo tus dominios menguados.

Muza recibió el mando en jefe de las tropas de Granada, y aprestó sus armas para defenderla.

Entre tanto, los ejércitos cristianos invadian la Vega, destruyendo sus sembrados en flor. Fernando intimó á Granada que se entregase, y Muza le contestó con entereza espartana:

—¡Ven á tomarla!

Como el leon bravo, que, acostumbrado á ver abandonadas

las selvas por los demás animales, al solo rumor de su rugido, se enfurece indignado, si otro leon le hace frente, amenazando disputarle su poder, así el animoso rey de Aragon, olvidando su acostumbrada prudencia, convocó á sus principales caudillos, y corrió al asalto, marchando él á la cabeza de los guerreros mas denodados. Todos participaban de su ardor impetuoso, menos el valiente Gonzalo, que, acercándosele á la mitad del camino, le dijo:

—Señor, temo que no hayais meditado bastante la accion que acometeis: la fortaleza de Granada y la del jefe que la defiende es tanta, que, si á viva fuerza hubierais de rendirla, perderiais todo vuestro ejército antes de quebrantarla.

—Dejadme obrar, Gonzalo, que meditado tengo lo que hago, le contestó el rey; mas si acaso temeis asaltar los muros de Granada, descuidad, que os señalaré un puesto de menos peligro.

—Señor, repuso el caballero vivamente resentido: mi puesto está al lado de V. A., donde pronto espero probaros la lealtad de mi consejo.

Aunque era de noche, no dormian descuidados los guerreros de Muza: el ejército de Fernando encontró otro ejército acampado, no detrás, sino delante de las murallas de la ciudad: trabóse allí una espantosa refriega, siendo tal el ímpetu del inesperado ataque, y tan vigorosa la fuerza del enemigo, que las aguerridas huestes de los castellanos quedaron desordenadas al primer encuentro. Pero la actividad del rey, la intrepidez del marqués de Cádiz y la fria serenidad de Gonzalo impidieron una inminente derrota: sin embargo, la lucha duró hasta el amanecer, con grandes pérdidas de los cristianos, y sin que estos pudiesen retirarse, por haber soltado los moros el agua de las acequias y estar el terreno intransitable para los caballos. Don Fernando perdió el suyo, y habiendo tomado el de un soldado, peleaba con desesperacion; tanto, que algunos de sus capitanes hubieron de aconsejarle que moderase su arrojo, y se saliese del peligro.

—No me está bien cuidar de mi persona, les contestó, cuando peligra la vida de mis súbditos.

Con la venida del dia fué mas fácil ordenar la retirada; y como los moros vencedores seguian al alcance de sus enemigos, el marqués de Cádiz y Gonzalo se quedaron en la retaguardia para detenerlos, dando así tiempo al rey para poner las demás tropas al abrigo de las trincheras.

Desde esta batalla no se pensó mas en atacar directamente á Granada: púsose un campo fortalecido en un lugar llamado el Gozco; y desde allí se trabajó en cortar las comunicaciones de la ciudad; pero los moros hacian frecuentes salidas, y eran contínuas las escaramuzas y combates parciales en aquella espaciosa llanura: solo las baterías avanzadas batieron por espacio de muchos dias algunos puntos de la muralla para abrir brechas en ella.

Entre tanto, llegó la reina al campamento, y Gonzalo andaba discursivo y suspenso, como si algun pesar oculto le aquejase: no habia podido olvidar las palabras de D. Fernando, y suspiraba por tener ocasion de probarle que era capaz de entrar solo en Granada: su anhelo quedó satisfecho de una manera singular.

Era la víspera de S. Juan: despues de haber acometido durante el dia mil bizarras hazañas, los caballeros cristianos obsequiaban á las damas con festejos, propios de aquella noche: habian talado un bosque cercano, y trasladado los árboles enteros al campamento, convirtiéndolo en un ameno jardin, entre cuyo verde follaje brillaban innumerables luces de colores: con ramas y flores cogidas, espada en mano, de los verjeles del Darro y del delicioso Jaragüí, habian construido salones de arcos, cubriendo los testeros con ricos tapices, donde la reina misma y sus hijas se solazaban entre alegres músicas y danzas. Nadie, al ver aquel espectáculo, habria sospechado que se estaba enfrente de una plaza sitiada, sino en una poblacion tranquila del centro de Castilla y en medio de las dulzuras de la paz.-Los moros celebraban tambien, dentro de la ciudad, la velada del solsticio, segun la costumbre inmemorial de casi todos los pueblos: las bellas granadinas esperaban la media noche para blanquear sus rostros lavándose en el agua de sus fuentes de ala-

bastro, y quemaban flores de cardo para consultar el destino de sus amores.

Durante estos regocijos, ocurrióle á la marquesa de Cádiz elogiar los buñuelos y hojuelas, que en otra noche semejante habia comido en su castillo de Arcos, hechos por manos de una mora cautiva.

—Con efecto, dijo la reina: son las moras muy hábiles en la confeccion de esas golosinas, y en particular las de Granada tienen fama de pulcras é inmejorables.

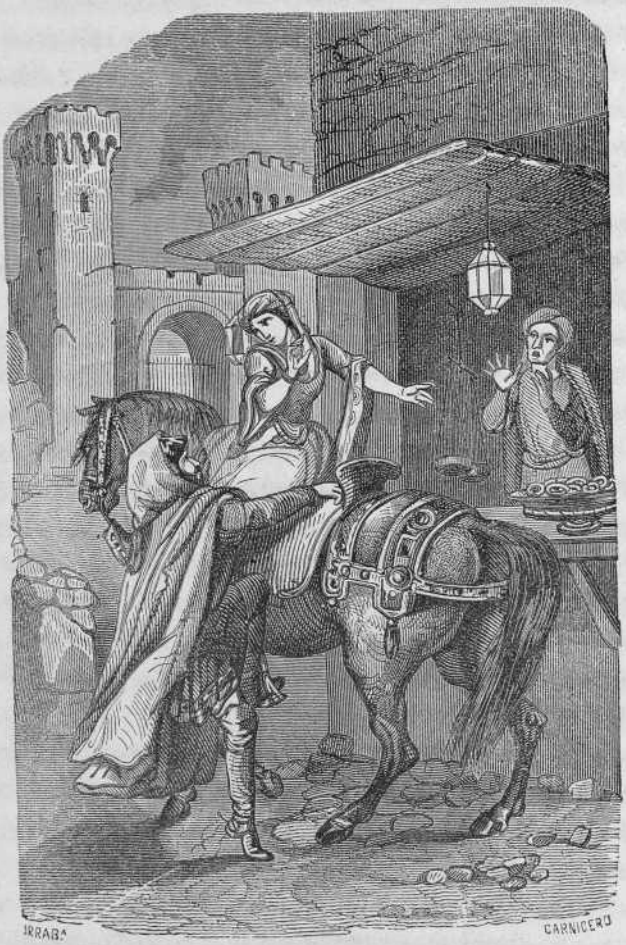
—Así es la verdad, repuso el príncipe Cid Hiaya, que desde la rendicion de Baza militaba en las filas castellanas: pero, de cuantas buñoleras conozco, ninguna es comparable á la linda Zaira, muchacha tan limpia, que se la puede beber en un vaso de agua.

—¡Lástima que no tengamos algunas frutas de sarten de manos de esa Zaira, que tanto encareceis! replicó doña Isabel. Es lo único que falta en nuestra fiesta.

Uno de los guerreros, que oyó esta plática, sin hablar palabra, se retiró cautelosamente de la reunion, mandó que le ensillasen un caballo negro, poniéndole jaeces moriscos, tomó un albornoz ligero, y antes que se notara su ausencia, partió á escape hácia Granada.

Los moros estaban tranquilos aquella noche, con la seguridad de que sus enemigos solo pensaban en divertirse; por lo cual únicamente habia en los muros y torres las centinelas ordinarias. El guerrero se acercó á una de las brechas abiertas en la muralla, y dando gritos en arábigo, como si fuese huyendo, perseguido por alguna patrulla de cristianos, saltó rápidamente las piedras que obstruian el foso, y se metió en la ciudad: los guardias le vieron pasar como una exhalacion, sin tiempo para detenerle, y se quedaron riendo de él, pues creyeron que el miedo, y no la audacia, espoleaba su caballo.

Apenas el aventurero se vió dentro, moderó su carrera y recorriendo un laberinto de calles tortuosas, subió por la de la Azacaya á la de Elvira, donde sabia que moraba la bella Zaira. No tardó en divisar su puesto, que era reducido; pero tan




No temas, hermosa infiel, que no te haré daño.

aseado, que brillaba como un espejo: tenia sobre la puerta un cobertizo de madera para darle sombra, del cual pendia un farol, y debajo habia un mostrador portátil, en el que se veian los buñuelos calientes, puestos sobre hojas de naranjo y toronjil y entre jarros de flores, para mas escitar el apetito: detrás del mostrador estaba la linda buñolera despachando, y dentro de la tienda su madre, cuidando de servir á sus parroquianos, que en un patio interior movian una bulliciosa algazara.

El caballero aguardó que el puesto quedase solo, y acercándose con el caballo de las riendas, saludó galantemente á la jóven, que no pareció descontenta de la atencion y le pidió que le pusiese las mejores hojuelas que tuviese en una cestilla de juncos.

—¿Serán para obsequiar á una dama? dijo la buñolera, sirviéndole.

—Lo has acertado, sandunguera criatura, repuso el caballero; mas no creas que es obsequio de galan, pues si tal fuese, aquí lo dejaria, despues de haber visto esos pícaros ojos.

Diciendo esto, sacó una bolsa para pagar, y como distraido, dejó caer rodando algunas monedas de oro; pero echándola de galan generoso, tomó la cesta para acomodarla en el caballo, cuidándose poco del dinero. La mora pidió luz á su madre y se bajó á recogerlo; pero él la dijo:

—No os inquieteis por eso, amable Zaira: otro cuidado me aflige, y es que soy torpe. Así me ayudaseis á colocar esta cesta, de modo que no se mueva.

—Con el alma y la vida, contestó la jóven.

Y se acercó al caballero para hacer lo que deseaba. Entonces él la cogió de la cintura, y alzándola en el aire, cual si fuera una pluma, la sentó en el arzon delantero de la silla: y como Zaira comenzase á gritar sobresaltada, la dijo, poniendo el pié en el estribo:

—No temas, hermosa infiel, que no te haré daño: al contrario, vas á servir esta noche á la mesa de una reina.

Pero la mora no le escuchaba, y su madre habia quedado estupefacta, sin alientos para pedir socorro. A los gritos de

aquella acudieron muchos moros de los que habia dentro de la casa, y de los que andaban por la calle; pero ya el cristiano, puesto en la silla, metia espuelas al caballo, que arrojaba manojos de chispas de las herraduras. Sin embargo, la muchedumbre le seguia, vociferando, y difundiendo la alarma en la ciudad. Cuando llegó el atrevido castellano al portillo por donde habia entrado, Zaira iba desmayada en sus brazos, lo cual aumentaba la dificultad de abrirse paso por entre los guardias, que, avisados por el tumulto que oian, estaban sobre aviso. Pero empeñado ya en su árdua empresa, nuestro aventurero valia él solo por veinte hombres: con arrojo inaudito envolvió á la mora en el albornoz, para preservarla de los golpes, y empuñando la espada, pasó, como un relámpago, rompiendo las picas que intentaban detenerle, y apartando en el aire las azagayas y dardos que le arrojaban; hasta que, viéndose fuera de los muros, se volvió gritando:

—¡Necios! ¡Habeis dejado escapar á Gonzalo de Córdoba!

Entre tanto, seguia el regocijo en el campo, y solo un caballero permanecia retirado del bullicio de la fiesta: tenia por banda un crespon en señal de luto, y conversaba respetuosamente con una dama, que, como él, parecia rehusar los placeres. El primero era Pulgar, que habia enviudado; la segunda doña Elvira de Sandoval, á quien la reina dispensaba una especial proteccion, desde que su marido falleció peleando. La historia ha respetado la conversacion de estos dos antiguos amigos, y solo nos dice que en sus semblantes rebosaba una dulce tristeza. De pronto fué interrumpido su coloquio por las voces de muchas personas, quu decian con inquietud:

—¿Dónde está Gonzalo? ¿quién ha visto á Gonzalo?

Nadie sabia responder á estas preguntas: Pulgar se apartó de su amiga, y participando de la comun ansiedad, comenzó á requerir sus armas y caballo, por si fuese menester ir en busca del héroe de Córdoba. Pero en esto se oyó el galope de otro que hácia el campamento venia, y á poco los alegres gritos de los soldados, que esclamaban:

—¡Aquí está! ¡Vedle aquí!

Gonzalo se presentó en medio de la brillante reunion de damas y caballeros, trayendo en una mano la cestilla de juncos y de la otra á Zaira, que, repuesta del susto, miraba el espléndido concurso, como si estuviera soñando.

—¿De dónde venís, Gonzalo? preguntó la reina mirando con sorpresa á la mora. ¿Vaya que habeis ido á Granada por buñuelos?

—Acertado habeis, señora, contestó el caballero, que aquí los traigo; y por si no llegan bien calientes, os he traido además la buñolera, que podrá serviros á pedir de boca.

—¿Pero es posible que hayais entrado solo en Granada? repuso el rey.

—No debeis estrañarlo, señor, sabiendo que ha mucho tiempo me conocen los moros.

Mas de un caballero se mordió los labios, pesaroso de que no le hubiese ocurrido la misma idea que á Gonzalo.

El resto de la noche se pasó muy alegre; pero al amanecer, cuando ya todos reparaban con el sueño y el descanso las perdidas fuerzas, resonó súbitamente por todo el recinto del campo la voz de alarma. El valiente Muza habia entrado solo, y sin ser percibido, hasta las estancias del real, y dejando su lanza clavada junto á la tienda de la reina, se volvió ufano, cuando fué sorprendido por una ronda; pero habiéndola acuchillado, acababa de salir ileso de entre sus enemigos.

Pendiente de la lanza se halló un cartel en que decia:

«Muza invita á los caballeros cristianos á lidiar con él y los suyos, de hoy en quince dias, en celebridad de sus bodas. El paso de armas se podrá efectuar entre este campo y la ciudad.»

## CAPITULO VII.

### El último triunfo.

IMPACIENTES estaban los guerreros cristianos por medir sus armas con los campeones granadinos, ya que la política adoptada por sus reyes no les permitia emplearlas en batallas campales: veian á Granada, término de su belicoso anhelo, y los dias eran siglos para su afan de poseerla; pero Isabel se habia propuesto conseguir este objeto, economizando la sangre de sus vasallos, tan pródigamente vertida en el largo transcurso de diez años.

Llegó la víspera de las bodas de Muza: entre el campamento y la ciudad se habia construido un espacioso circo, á modo de palenque, donde, en presencia de los dos ejércitos, sitiado y sitiador, debian combatirse cuerpo á cuerpo los principales caballeros de ambas partes. El infante granadino era el mantenedor, y habia propuesto que, si en el término de tres dias no fuese vencido, se hubiera de alzar el sitio; pero si le venciesen, él mismo se entregaria en rehenes para obtener la sumision de la plaza.

Estaban ya nombrados para luchar con Muza el marqués de Cádiz, los maestres de Santiago y Calatrava, Gonzalo de Córdoba, Pulgar, y otros de los mas esforzados capitanes, cuando acaeció un accidente que puso en gran conflicto á los sitiadores.

En el silencio de la noche se alzaron voces alarmantes, que denunciaban una fatal catástrofe.

—¡Fuego! ¡Fuego en la tienda de la reina! gritaban los centinelas, sin dejar sus puestos, por recelo de alguna sorpresa.

El marqués de Cádiz saltó del lecho, en que reposaba con las armas ceñidas, y ordenando rápidamente sus escuadrones, sin comprender aun lo que pasaba, corrió en busca del enemigo, que presumia estuviese cerca del campo. Entre tanto, las llamas le daban aviso del peligro evidente: la conflagracion se habia estendido de la tienda de la reina á las inmediatas, y las damas huian medio desnudas buscando un asilo, por entre la multitud de caballeros y soldados, que hacian vanos esfuerzos para estinguir el incendio: D. Fernando, envuelto en una colcha de su cama, iba de unas partes á otras dando órdenes para conjurar el daño, y para prevenir el ataque de los moros, suponiendo que aquel era obra suya.

Entre tanto Muza, teniendo aviso de este accidente casual, juntaba una escogida hueste de caballeros, y salia de Granada, con intento de entrar en el campo cristiano á favor del desórden: pero á corta distancia de la puerta de Elvira le salió al encuentro un Santon venerable, cuya blanca barba le cubria la mitad del pecho; y tomándole aparte, le dijo con voz al parecer trémula y afectada:

—Noble Muza: en el nombre del poderoso Alah te conjuro, por tu bien y el de nuestra amada patria, que te apartes del camino que llevas. Yo soy Abraham el Guerbí, mártir de mi celo, á quien Alah permite venir desde la mansion feliz de los buenos creyentes, á fin de salvarte de la muerte, y conducirte á una segura victoria.

El acento profundo y sepulcral del Santon conmovió á Muza, que, sin saber si debia dudar ó creer lo que aquel le decia, el contestó:

—Venerable Santon: si eres efectivamente el mártir sacrificado en Málaga, debes saber el destino reservado á Granada.

—Granada se salvará por tu esfuerzo, si quieres seguir mis consejos, repuso el Santon: las llamas que ves y el ruido que oyes en el campo enemigo, son una falsa alarma para atraerte á una emboscada que te aguarda cerca de aquí. Ven conmigo, rodearemos por la falda de Sierra Elvira, y yo te mostraré un punto, que puedes atacar con ventaja, y por el cual te apoderarás de los reyes cristianos.

Al oir esta proposicion, Muza no reflexiona: suplica al hombre misterioso que le guie, y no duda del prodigio al ver que aquel anciano marchaba con mas agilidad que su propio caballo. En menos de una hora se encontraban al pié de la volcánica montaña, y habiendo llegado á un vallecillo, desde donde se veia claramente el real de los cristianos á la luz del incendio, se volvió el Santon y dijo al valiente bastardo:

—Manda á tu gente quedarse aquí hasta que yo le avise, y sígueme, reconocerás el paraje, donde el cielo te tiene reservada la victoria: conviene que vengas solo, para que no te sientan.

Accedió el infante á los deseos del supuesto aparecido, y aunque, recelando que fuese un traidor, le mandó no apartarse del lado de su caballo, comenzó á caminar solo por donde aquel le guiaba. Era la senda estrecha y pedregosa, y á cada paso parecia irse borrando, á lo cual atribuia Muza la marcha lenta de su poderoso bridon; hasta que observó que le flaqueaban las piernas, y metiéndole espuelas, notó con asombro que gemia y vacilaba.

—¡Traidor! ¿Me has vendido? esclamó amenazando con la lanza á su guia.

Pero éste, de un salto se puso fuera del alcance del arma, y soltó una carcajada sardónica. Muza quiso perseguirle para matarle, pero su caballo cayó muerto: el fingido Santon le habia picado una vena, y el noble animal estaba desangrado.

Enfurecido Muza, se desembarazó de los estribos, y corrió en pos de su burlador, que, cual si realmente fuese un espíritu,

saltaba de roca en roca, y ora desaparecia, ora se paraba á esperarle, provocando así su ira y su deseo de perseguirle. El bravo moro le arrojó la lanza, sin poder alcanzarle, y otra carcajada fué la contestacion del perseguido: aquella risa despertaba en el pecho de Muza impulsos de un rencor inveterado, y sin la insolente provocacion que encerraba, ella sola hubiera bastado á irritarle contra el que la proferia.

Fingiendo huir el uno y siguiéndole el otro, llegaron ambos á las alturas peñascosas de la Sierra, donde ni las aves moran, ni se cria planta ninguna: las rocas entreabiertas amenazaban tragarse á los dos temerarios que las hollaban. El supuesto Santon se detuvo á la entrada de una horrenda sima, y arrojando el tosco sayo y la postiza barba, sacó una cimitarra y un puñal, que brillaron con siniestro reflejo á la luz de las estrellas, y esclamó con su voz natural:

—¡Aquí!

Muza se estremeció al oir aquella voz, y dió un salto, á la manera del tígre, hácia su contrario, gritando:

—¡Infierno! ¿Eres tú?...

—¡Yo soy, Muza, yo! replicó el reconocido. ¿Podias creer que Hamet te dejase gozar de la hermosura de Fátima? ¡Prepárate á morir; pues no en vano he roto mi prision!

Muza, sin dar respuesta á su rival, le acometió furioso; pero sus armas eran rechazadas, como si chocasen contra los duros peñascos: Hamet iba cubierto de bruñidas láminas de acero desde los piés á la cabeza. Sin embargo, el estraordinario esfuerzo de su enemigo le habria sido fatal, si éste no hubiera estado enfurecido hasta el punto de perder el acierto, mientras él, por premeditacion, conservaba toda su serenidad y sangre fria. Muza, no conociendo el terreno que pisaba, se dejó atraer hasta el borde de un precipicio, cuyo ignorado fondo se pierde en los vastos senos de aquella montaña: el fiero Zegrí le acosó entonces con mayores bríos, para obligarle á retroceder, con ánimo de despeñarle; pero el bastardo de Granada no solia cejar nunca, y menos lo habria hecho en esta ocasion, en que el furor le impulsaba hácia su contrario: cansado al fin de una lucha estéril,

Muza tiró la cimitarra, que se habia roto contra la armadura de Hamet, y le abrazó con intento de ahogarle. Gimieron entonces los dos atletas bajo la opresion de sus titánicas fuerzas; enlazáronse sus brazos y piernas como rudas serpientes, y sus fogosos hálitos resonaron confundidos con ronco y agitado estertor: el Zegrí, temiendo que su enemigo le arrastrase al abismo, procuraba con afan sepultarle su gumía en el costado; pero era vano su empeño, pues la mano de Muza le agarrotaba la muñeca. Duraba ya una hora esta obstinada lucha, cuando el valeroso infante perdió tierra, y conoció el nuevo peligro que le amenazaba: Hamet dió un grito de horror, y trató de soltar á Muza: pero éste, creyendo próximo su triunfo, redobló sus esfuerzos. Un momento vacilaron ambos en el filo de la roca, y abrazados se precipitaron en la profunda sima.

Cuando los compañeros de Muza notaron su tardanza, salieron á buscarle, recelando la traicion: cerca ya del amanecer encontraron su caballo muerto, y no sabiendo qué pensar de su desaparicion, y temiendo la furia del pueblo, si volvian á Granada sin él, se encaminaron hácia los pueblos de la Alpujarra.

En cuanto amaneció, los caballeros cristianos designados para ajustar con Muza salieron del campo magníficamente armados, y seguidos de seis mil ginetes para su acompañamiento y resguardo; pero llegados al palenque, vieron con estrañeza que aun no se habia presentado el mantenedor: pasóse todo el dia, y no apareciendo ningun moro, se volvieron al campamento formando mil comentarios.

Entre tanto, en Granada estaban todos los ánimos suspensos, advirtiendo que Muza no regresaba, ni quien diese noticias de su paradero: suponíase que hubiese emprendido alguna espedicion, y se esperaba verle volver triunfante de tierras de Castilla. Pero el tiempo pasaba, y con él crecia la ansiedad de la corte mora. El jefe de los Abencerrajes, Aben Hamet, y Abul Cacim, que no habiendo querido someterse cuando capituló el Zagal, obtenia de nuevo el cargo de Wazir mayor de Granada, se encargaron de su defensa; y presumiendo que Muza hubiese sido cautivado, trataron de averiguar la verdad; pero fueron

inútiles sus pesquisas. Fátima estaba inconsolable, y pasaba los dias absorta en su dolor, contemplando alelada las galas de novia, que no habia llegado á estrenar.

Acercábase ya el invierno: los granadinos confiaban en verse libres del asedio, luego que arreciasen las lluvias y los frios, y esta esperanza les iba sosteniendo; pero pronto quedó desvanecida. Una mañana de Octubre observaron que el campamento cristiano habia desaparecido del lugar que ocupaba: en el primer momento respiraron con alegría: mas ¿cuál sería su asombro, cuando á corta distancia vieron que se alzaban los muros y torres de una ciudad erigida como por encanto enfrente de la suya, en el transcurso de una noche? Parecia esto increible; pero la realidad estaba allí para aterrarlos. Era ya imposible resistir á quien poseia el don de hacer prodigios: verdad es que la ciudad nueva no estaba concluida; mas de treinta mil operarios trabajaban en torno de ella y dentro de su improvisado recinto, labrando la piedra, la madera y otros materiales para construir casas; pero esto no menguaba el asombro de los moros en presencia de aquella amenazadora maravilla; ignoraban que las murallas y torres eran de tela pintada, y puesta con artificio, para engañarlos mientras se levantaban otras verdaderas á su abrigo.

En pocos dias quedó acabada la ciudad, y el ejército cristiano tuvo sólidos cuarteles de invierno en vez de tiendas de campaña: todo aquello era obra del maternal desvelo con que Isabel miraba las necesidades del soldado, y de su ardiente afan por alcanzar á fuerza de constancia el último triunfo de la Fé. Reunidas las personas que componian el consejo real para determinar el nombre que habia de darse á la nueva poblacion, todos convinieron en que debia llamarse *Isabela*, en honor de su fundadora; pero la reina rehusó esta demostracion lisonjera, y dispuso darla por nombre *Santa Fé*.

Desde que apareció sobre la tierra esta ciudad simbólica, el aliento de los agarenos, ya decaido por la pérdida irreparable de Muza, se abatió completamente. Solo entre el pueblo y en el ánimo severo de Aixa existian destellos del fuego pátrio: el

rey Chico, sumido en profunda tristeza, y creyendo en el rigor de su estrella infausta, no pensaba siquiera disputar el triunfo á las armas cristianas. Veia los antiguos servidores de su padre y suyos aliados con su enemigo: Reduan Venegas, el hermano de su Wazir Abul Cacim, Cid Hiaya, su primo, Alí Aliatar, su cuñado, Azaator el Zegrí, Mohamad el Veterano y otros muchos esforzados capitanes recibian mercedes y agasajos de Isabel y Fernando, y peleaban bajo sus banderas. El mismo Abul Cacim y Aben Comixa, rendido á las ofertas de Gonzalo de Córdoba, procuraban ya persuadir al mísero monarca que era necesario someterse.

Abu-Abdalah prefirió al cabo esto último á desafiar por mas tiempo la adversidad de su destino; y aunque á escondidas de su madre, firmó una noche la capitulacion de la entrega de Granada en manos de Gonzalo y del secretario de la reina Isabel Fernando de Zafra.

No habian transcurrido dos meses, término prefijado en aquel pacto, cuando los poderosos reyes de España vieron lucir el dia de su anhelado triunfo. Era el 2 de Enero de 1492: á poco de haber amanecido, y antes que los habitantes de la ciudad comenzasen á recorrer sus calles silenciosas, bajaba de la Alhambra una triste comitiva, y pasando el Genil, se encaminaba lentamente hácia el valle de Lecrin: componíanla personas principales, que iban acompañando á la sultana Morayma, sus hijos y las damas de su servidumbre: solo faltaba entre ellas la hermosa Fátima, que habia preferido quedarse en Granada con su padre.

Al mismo tiempo, en el real de Santa Fé se hacian alegres preparativos de marcha, y todos los guerreros cristianos se vestian con sus mejores galas. Entrado ya el dia, partió el cardenal Mendoza con su sobrino el conde de Tendilla y muchos caballeros y escoltado por una fuerte columna de infantería, y encaminó sus pasos á la Alhambra, pasando por delante de la puerta de los Molinos, sin entrar en la ciudad, segun estaba capitulado. En seguida marcharon los Católicos reyes por la vega adelante con todo el ejército: D. Fernando avanzó hasta

la ribera del Genil, en resguardo del cardenal: doña Isabel se quedó en Armilla, á media legua de Granada.

Subia D. Pedro Mendoza el cerro de Habul, ahora llamado de los Mártires, llevando delante su gran cruz de plata y los estandartes de Santiago y de Castilla, cuando vió asomar por la cumbre al vencido rey Abdalah en compañía de su madre y de muy pocos servidores de ambos sexos. El cardenal se detuvo á saludarle, y habiendo hablado un poco en secreto con él, dijo el desventurado:

—Id, señor, y tomad posesion de esos alcázares para los reyes poderosos, á quienes Alah quiere darlos por nuestros pecados.

Aixa miró con ceño á su hijo y al prelado, y murmuró:

—¡Y por vuestras miserias!

El cardenal siguió adelante con su comitiva y encontró abiertas las puertas de la Alhambra, cuyo alcaide Aben Comixa le aguardaba para entregársela.

Entre tanto el destronado Zogoybi bajaba la pendiente colina, y pasado el rio, encontró á D. Fernando, é hizo ademan de echar pié á tierra, para ir á besarle la mano. Mas el rey de Aragon, para impedirlo, corrió á su encuentro, al mismo tiempo que Aixa le decia en voz baja, pero con enérgico acento:

—¡Detente, rey desdichado! No acabes de abatirte y deshonrarte.

Abdalah se acercó á su vencedor, que no le permitió apearse, y le besó en el brazo, en señal de sumision: hecho lo cual, los dos reyes se apartaron: D. Fernando siguió su marcha hácia la Alhambra, y el Zogoybi tomó el camino de Andarax, sin entrar en Armilla, donde estaba doña Isabel.

Llegado á la cumbre de una colina que parte las vertientes por un lado hácia la vega y por otro hácia el valle de Lecrin, Abdalah refrenó su caballo, y se volvió para contemplar por última vez su querida ciudad: el caballo puso una mano sobre una piedra franca, dejando impresa la herradura, huella que han ensanchado los pasajeros á fuerza de indicársela unos á otros, y que hoy mismo señala el sitio conocido con el nombre

de *el Suspiro del moro*. Abdalah no pudo contener la pena que le ahogaba, y prorumpió en amargo llanto, esclamando:

—¡Alah-akbar! ¡Oh! ¡Dios grande! ¡Dame valor para soportar mi desventura!

La sultana madre le miró con desprecio, diciéndole:

—¡Llora, sí, llora como una mujer, ya que no has sabido ser hombre!

Al acercarse á aquel sitio los desterrados viajeros, se habia levantado de detrás de la piedra una jóven hermosa, que allí estaba sentada y vestida con un rico traje de boda. Era Fátima, que habia salido sola de Granada, la cual, mirando fijamente al Zogoybi, esclamó:

—¡Ah! ¡Vosotros tambien venís á buscarme! Seguidme, seguidme, que él salvará á Granada... Yo sé dónde está: mañana nos desposamos.

Y echó á correr por el monte con muestras de verdadera demencia.

Abdalah, que hasta entonces no habia reparado en aquella infeliz, mandó que se la trajesen, pero no pudiendo reducirla á seguirle, se la envió á su padre.

Doña Isabel, entre tanto, miraba impaciente á la Alhambra, esperando la señal que debia hacer D. Pedro Mendoza: todo el ejército tenia puestos los ojos en aquella fortaleza. De pronto resonó en el campo un inmenso grito de alegría, pues acababa de verse brillar la Cruz de Toledo en la torre del homenaje, y el trueno del cañon anunciaba el término de una guerra de ocho siglos. La reina cayó de rodillas dando gracias á Dios: lo mismo hicieron las innumerables personas que la acompañaban, y el clero entonó el himno *Te Deum laudamus* al son de armoniosos instrumentos.

Dos meses habian pasado desde el dia de la toma de Granada: el palacio de la Alhambra, impregnado todavía del aliento moro, abrigaba entre sus laboreados muros á la brillante corte castellana: doña Isabel no cesaba de admirar las maravillas de las artes contenidas en aquel encantado recinto, y contínuamente daba fervorosas gracias á Dios, que le habia conce-

Llora como una mujer, ya que no has sabido ser hombre.

dido la merced de acabar la reconquista de España, coronándola con la posesion de aquella magnífica joya. Pero, entre tanto, se afanaba en atraer á los vencidos con halagos, á fin de reducirlos por amor á su servicio, y á la Fé cristiana. Zoraya y sus hijos, recogidos en Almería, cuando se entregó esta ciudad, obtenian de la bondadosa reina todo género de caricias: la primera volvió á recibir el bautismo y su primitivo nombre de Isabel de Solís, y los segundos conservaron el título de infantes, con el apellido de Granada, y aceptaron la religion de su madre: los hermanos Venegas, Cid Hiaya, cuñado de éstos, y toda su familia tambien se convirtieron, y de ellos descienden hoy nobles casas de España. Pero la solicitud de la reina era mas esmerada con la infeliz Fátima, cuyo lamentable estado merecia un particular interés.

Contínuamente se veia á la desdichada vagar, como una sombra, por los salones del alcázar moro, mirando con atencion á cuantos pasaban por su lado, y volverse moviendo la cabeza. Frecuentemente recorria los jardines cogiendo flores y tejiendo coronas, con las cuales adornaba sus sienes, murmurando con apacible sonrisa:

—¡Mañana nos desposamos!

Otros cuidados importantes ocupaban á la magnánima Isabel. Un dia, estando en el mirador de la sultana con su amiga la marquesa de Moya, la dijo:

—Hace mucho tiempo que no he visto á tu recomendado Colon, y sentiria que se hubiese ido sin enterarme bien de su proyecto, ahora que pudiéramos pensar en él.

—Justamente, señora, contestó la dama, deseaba yo hablaros del genovés. Hace algun tiempo que, cansado de solicitar inútilmente, y siendo protegido por D. Álvaro de Braganza, determinó pasarse á Portugal, cuyo rey le habia escrito llamándole á su corte.

—¡Y ha marchado! esclamó doña Isabel.

—Marchó; pero ved aquí una carta, que hoy he recibido, del P. Marchena, en que me dice que Colon está en la Rábida, y que no le dejará partir, hasta que él mismo se haya visto con V. A.

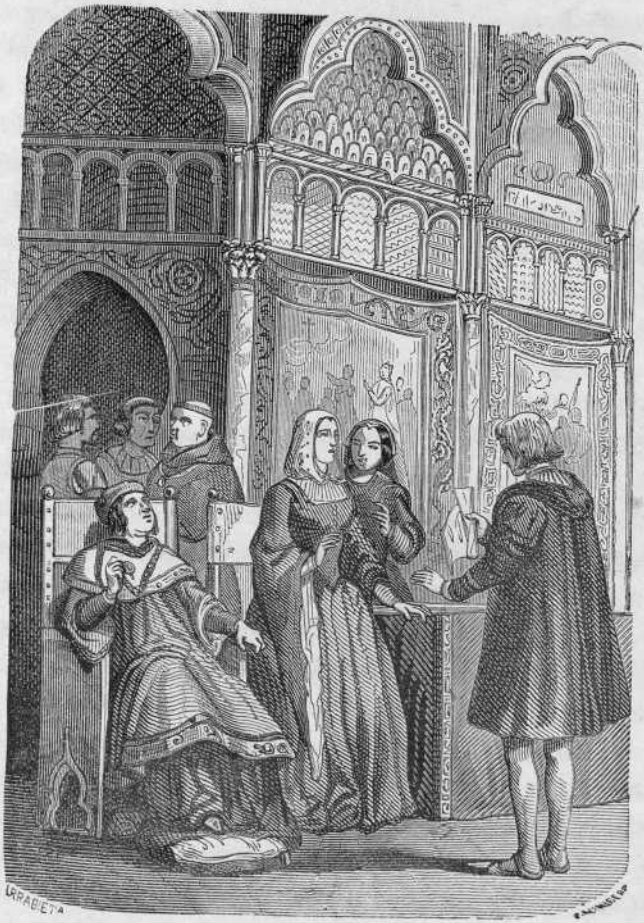
—¡Oh! Que le hagan venir al momento... Pero, ¡estaba tan pobre!... Le mandaremos dinero para que se vista, y *para que compre una bestiezuela.*

No demoró la marquesa un momento la ejecucion de los deseos de su señora, y á los pocos dias se presentaba Colon en la Alhambra, en compañía de su amigo el prior de la Rábida. Geraldini, Alonso de Quintanilla y las demás personas que antes le habian atendido, acudieron á felicitarle y á ofrecerle su eficaz apoyo. El P. Talavera, nombrado arzobispo de Granada, y otros, continuaban en su tenaz oposicion al grandioso proyecto del piloto genovés.

Cuando éste compareció á la presencia de la reina, estaban con ella D. Fernando y el arzobispo, ambos contrarios á su pretension; pero tambien se hallaba allí la marquesa de Moya, que, á fuer de agradecida, no dejaba de abogar por él, y Luis de Santángel, contratista ó receptor de las rentas eclesiásticas de Aragon, junto con Alonso de Quintanilla, que le patrocinaban con ardor. Santángel y el P. Marchena habian movido ya el ánimo de la reina, inflamando su alma, siempre inclinada á las grandes empresas: solo faltaba que Colon la persuadiese, hablando á su claro entendimiento.

Alentado el modesto marino por la confianza que doña Isabel le inspiraba, espuso su proyecto con razones científicas; pero sin entrar en demostraciones abstractas, y enardeciéndose por grados, habló con aquel acalorado entusiasmo, que insensiblemente le arrebataba: nunca fué mas facundo, ni emitió sus ideas con mas clara espresion de profundo convencimiento. Su elocuencia sencilla y fervorosa cautivaba el corazon: y es que con el corazon sentia en aquellos momentos; pues las prendas queridas de su alma, doña Beatriz y su hijo, para sustraerse á las iras de D. Pedro Henriquez, vivian de caridad en un convento de monjas.

El fuego que ardía en la mente de Colon se comunicó al fin al espíritu magnánimo de Isabel: pero D. Fernando, que habia estado escuchando con frialdad calculadora, dijo en voz baja á su esposa:



Su elocuencia sencilla y fervorosa cautivaba el corazon.

—Señora: todo lo que Colon propone está por ver. No me opongo á que le ayudeis, si tal es vuestra voluntad; pero la última guerra nos ha dejado empeñados. Tenemos deudas en vez de fondos de que disponer.

La reina bajó la cabeza, confundida por esta observacion que era demasiado evidente: pero su alma enérgica no podia dejarse vencer por obstáculos mezquinos: un solo momento duró su indecision: irguióse de nuevo con majestuoso ademan y esclamó:

—Yo entro en esta empresa por mi corona de Castilla, y quiero que al momento se ejecute. ¡Si no hay dinero, que se empeñen mis joyas!

Colon no pudo contener un grito de alegría, y cayó de rodillas murmurando:

—¡Sois mas que reina! ¡sois una santa!

Luis de Santángel se adelantó y dijo:

—Señora, no necesitais hacer ese sacrificio: yo os prestaré el dinero necesario.

De allí á poco tiempo marchó Colon al puerto de Palos de Moguer, donde se le estaban disponiendo tres carabelas, para emprender su anhelada espedicion en busca de regiones desconocidas.

Entre tanto doña Isabel se ocupaba en recompensar, segun sus méritos, á los guerreros que la habian ayudado en la conquista de Granada: llegó su turno á Pulgar, y llamándole la reina á su presencia, le mandó pedir alguna gracia.

—Señora, contestó nuestro héroe: solo ambiciono siete piés de tierra donde reposen mis cenizas y las de mi difunta esposa: pero deseo tenerlos en la puerta de la mezquita mayor de Granada.

—Es muy justo lo que pides, Pulgar, y concedido lo tienes; con mas, que tú y tus descendientes sereis los porteros de mi sepulcro. Pero, ¿no quieres nada mas?

—Tambien es justo que se recompense á los escuderos, que me acompañaron cierta noche, y en particular á mi fiel Tristan, á quien dí una cuchillada.

—Todos ellos tendrán casas y bienes en Granada. Mas para tí...

—Ya estoy pagado.

La reina recompensó largamente á Pulgar. Quiso despues ver al veterano Juan del Prado y á su satélite Reduan, que tanto habian influido en la rendicion de Málaga, y les preguntó qué querian.

—Santa señora, contestó el anciano guerrero: voy á cumplir noventa y dos años, y todavía estoy fuerte, ¡gracias á Dios! En toda mi larga vida no he necesitado mas que una libra de pan, otra de carne, un jarro de vino y un coleto para abrigarme. Bien puedo acabar mis dias con esto solo.

Sonrióse doña Isabel, y mirando al idiota, que temblaba de respeto, le dijo:

—¿Y tú qué pides, pobrecillo?

Reduan se encogió de hombros, y se arrimó á Juan del Prado, que contestó por él:

—Éste quiere vivir conmigo.

La reina les dió casas en la Alhambra y renta para mantenerse toda su vida. Juan del Prado vivió aun muchos años, y á la sombra del palacio árabe y de los frondosos arbolados que le rodean, continuó siendo el cronista tradicional de todos los acontecimientos de su siglo.

# EPILOGO.

## El huevo de Colon.

Mas de un año habia pasado desde que el imperio musulman en España cedió al poder, siempre invencible, de la voluntad apoyada en la fé, y hacía siete meses cumplidos que Cristóbal Colon partió de Palos: los habitantes de aquel pueblo lloraban ya por muertos á sus parientes y amigos, que habian acompañado al intrépido genovés en su espedicion temeraria; y su imaginacion les representaba con horribles detalles el fin trágico de aquellos hombres, que suponian sepultados en los abismos de procelosos mares.

Acababa de pasar el invierno, que fué de los mas borrascosos de que tenian memoria los nacidos, y aunque ya se acercaba la primavera, parecia que el Océano, irritado contra los hombres, por haber estos osado penetrar sus arcanos, amenazaba invadir la tierra y rebelarse contra la ley del cielo que le encadena.

La corte de España estaba accidentalmente en Barcelona, donde los ignorantes y descreidos, que habian reprobado y escarnecido el proyecto de Colon, batian palmas, preciándose de

previsores, y tal vez manifestaban una orgullosa compasion hácia los que creian víctimas de su necia credulidad. Doña Isabel sufria con profunda pena estas murmuraciones, que llegaban hasta su oido, pues el rey las autorizaba con su propio ejemplo; y en el silencio de las noches dirigia fervientes súplicas á Dios por la vuelta de su protegido.

Un dia, á mediados de Marzo, llegó á Barcelona un correo, portador de noticias estraordinarias. Colon le enviaba desde Palos á dar cuenta de su feliz arribo, despues de haber tocado en Lisboa por efecto de las furiosas tempestades. Aquel mensajero hablaba de cosas tan admirables, que parecian ser invenciones de un espíritu delirante. Se habian descubierto unas nuevas Indias, paises vastísimos, de estension aun no calculada, poblados de hombres y animales diferentes de los conocidos, y en donde la naturaleza prodigaba todos sus tesoros á manos llenas. Los incrédulos que poco antes zaherian y execraban á Colon, unos se escondian avergonzados, otros procuraban informarse, dudando todavía de la asombrosa realidad.

Inmenso fué el regocijo de la reina: inmediatamente escribió á Colon mandándole presentarse en la corte, y dándole instrucciones para que, á su paso por Sevilla, dispusiese armar una poderosa escuadra, con el fin de continuar los descubrimientos en grande escala.

Colon recibió esta carta en Sevilla, y vió recompensados los trabajos y penalidades que habia sufrido, cuando leyó el sobre que decia: «Á D. Cristóbal Colon, nuestro Almirante del mar «Océano y virey y gobernador de las islas descubiertas en las «Indias.»

El oscuro piloto, enaltecido ahora por su inmenso triunfo y por la magnanimidad de Isabel, era admirado, y su nombre corria de boca en boca con asombro y veneracion. Los mas notables personajes de los pueblos por donde pasaba, salian á recibirle, con demostraciones de acatamiento propias de un soberano. Entre los muchos que le visitaron en Sevilla, se presentó Pulgar, y le ofreció acompañarle hasta Barcelona con su nueva esposa: nuestro valiente caballero acababa de casarse allí con doña Elvira de Sandoval.

Pero, como no hay dicha completa en este mundo, Colon sufrió un golpe cruel en medio de la felicidad que le rodeaba. De Sevilla fué á Córdoba con el ansia de ver á doña Beatriz Henriquez: pensaba desposarse con ella, ahora que poseia un nombre ilustre, adquirido por su valor y talento. La noble dama habia fallecido durante su ausencia, dejando su hijo al cuidado de las religiosas que la dieron asilo.

Hondamente afligido por esta irreparable pérdida, continuó el almirante su viaje á Barcelona. En esta ciudad salieron á recibirle todos los jóvenes de la nobleza española, y entre el inmenso gentío que se agolpaba lleno de curiosidad y pasmo á ver los raros y preciosos objetos traidos de las nuevas regiones, se encaminó Colon, como llevado en triunfo, al palacio, donde los reyes, con el príncipe D. Juan y toda la grandeza, le aguardaban en pública recepcion, para mas honrarle: diéronle asiento en su presencia, y habiendo escuchado de su boca la relacion de su viaje y descubrimientos, se arrodillaron para tributar gracias á Dios por el inmenso favor que les habia dispensado: imitaron á los Católicos reyes cuantos habia presentes, y los coros de la capilla real entonaron un solemne *Te-Deum*.

Al dia siguiente, el cardenal Mendoza obsequió á Colon, de órden de la reina, con un suntuoso banquete. Á los postres movióse conversacion entre varios nobles sobre la magnitud del acontecimiento que ocupaba todos los ánimos: estaba entre ellos D. Pedro Henriquez, quien se dejó decir, que no era cosa de maravillarse por el descubrimiento de Colon, pues lo que él habia hecho, pudiera hacerlo cualquier otro hombre.

Oyó esto Colon, y mandando traer un huevo, se acercó á D. Pedro y le dijo:

—¿Paréceos cosa fácil poner este huevo de punta, derecho sobre una mesa?

—¡Eso es imposible! contestó el orgulloso noble.

—Pues yo no lo creo tal, repuso Colon.

Agolpáronse los convidados, atraidos por la novedad del intento, y todos probaron, unos en pos de otros, á poner el huevo derecho, sin llegar á conseguirlo. Entonces lo tomó Co-

lon, y dando con él en la mesa un golpecito bastante fuerte para hundirle un poco la punta, lo dejó en pié, con gran sorpresa de los presentes, admirados de que á nadie le hubiese ocurrido una cosa tan sencilla.

—Ved ahí, señores, dijo el almirante, otro descubrimiento mio: lo que hace poco parecia imposible, ahora es tan fácil que cualquiera puede hacerlo.

Sonriéronse los cortesanos, mirando con malicia á D. Pedro Henriquez, el cual se mordió los labios y salió confundido de la reunion.

Mucho tiempo duró el asombro de las gentes, que no sabian hablar sino del portentoso hallazgo de un mundo desconocido hasta entonces. La nacion española, que, regida por Isabel, adquiria diariamente nuevo poderío y vigor en sí misma y en el noble carácter de sus hijos, cobrando en Italia fama de invencible por el valor heróico de Gonzalo de Córdoba, y dilatando inmensamente sus dominios con los sucesivos descubrimientos de Colon, se hizo en pocos años la mas poderosa del orbe. Los destinos de las demás naciones pendian de la voluntad del gabinete español; y este pueblo, abyecto y miserable hacía un cuarto de siglo, vivia en la abundancia, libre y respetado con el fuerte apoyo de la justicia, orgulloso de su fama, y lleno de tanta gloria y grandeza, que amenazaba no caber en los límites de la tierra.

¡Todo esto era debido á las virtudes de una mujer! ¿Por qué no fué inmortal?

FIN DEL TOMO TERCERO Y ÚLTIMO.

Llevados del deseo de complacer en todo lo posible á los suscritores á esta obra, al darles grabado en acero el retrato de Isabel la Católica, procurando copiarlo del mas parecido que existe, y reproduciendo en él la armadura de aquella reina, que se conserva en la Armería Real de Madrid, habiamos pensado además ponerle al pié un facsímile de su firma, sacado de la que está en el codicilo hecho por la misma, que se guarda en el Archivo de Simancas, y que es de creer fuese la última que puso. Pero no pudiéndose incluir en el retrato, sin desgraciarlo, y no queriendo privar á nuestros constantes favorecedores de este objeto curioso, lo hemos hecho grabar aparte, y hélo aquí:

# ÍNDICE

## DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN LA PRIMERA PARTE DE ESTA OBRA.

## TOMO I.

### LIBRO PRIMERO.

### LOS AMORES DE LA INFANTA.


| *Capítulos.* | | *Páginas.* |
|---|---|---|
| I. | La fuga. | 3 |
| II. | La buenaventura. | 15 |
| III. | De lo que contó á la infanta un almogávar en una venta donde los reunió la casualidad. | 32 |
| IV. | De lo demás que sucedió á la infanta camino de Segovia. | 44 |
| V. | En el cual se dá una muestra de lo que era la justicia en el siglo XV. | 55 |
| VI. | Tres novios para una novia. | 65 |
| VII. | De cómo Juan Lainez encontró lo que no esperaba. | 83 |
| VIII. | La cita. | 97 |
| IX. | La prueba de la obediencia. | 120 |
| X. | La asamblea. | 130 |
| XI. | De cómo el marqués de Villena jugaba con dos barajas. | 149 |
| XII. | Que sirve de introduccion al XIII. | 166 |
| XIII. | La partida de caza. | 181 |
| XIV. | De cómo D. Juan Pacheco tiraba la piedra y escondia la mano. | 202 |
| XV. | De una trucha que dieron á comer al príncipe D. Alfonso. | 220 |
| XVI. | | 233 |

*Capítulos.* *Páginas.*

XVII. La fuerza de voluntad. . . . . 245
XVIII. Perro viejo todo es tretas. . . . . 264
XIX. De cómo puede ser nociva la gratitud. . . . . 281
XX. Los toros de Guisando. . . . . 292
XXI. De un regalo que recibió la princesa, y otras cosas que verá el lector. . . . . 301
XXII. Flores de Aragon. . . . . 318
XXIII. De cómo Dios ayuda y el diablo no duerme. . . . . 335
XXIV. De una manifestacion pacífica que hizo el pueblo de Ocaña. 355
XXV. Que trata de los amores de Azhuma. . . . . 373
XVI. De cómo la princesa hizo lo que queria D. Juan Pacheco, sin dejar de hacer su gusto. . . . . 386
XXVII. No hay amigo pequeño ni bien que sea perdido. . . . . 399
XXVIII. La sorpresa. . . . . 415
XXIX. El mozo de mulas. . . . . 431
XXX. La boda. . . . . 447

## TOMO II.

### LIBRO SEGUNDO.

### LOS BANDOS DE CASTILLA.

I. Quebrantos de amor. . . . . 3
II. El cardenal de Arrás.. . . . . 14
III. De cómo el rey sin sospecharlo se vió padre de una hija. . 26
IV. Buena esposa y buena amiga. . . . . 45
V. De cómo el maestre de Santiago encontró la piedra filosofal. . . . . 61
VI. De cómo D. Diego Pacheco siguió aficionándose á las infieles. . . . . 76
VII. Una venganza frustrada. . . . . 90
VIII. Donde se confirma el refran que dice «Hijo de gato caza ratones.» . . . . . 107
IX. El sábado de gloria. . . . . 116
X. Todo por la paz. . . . . 129
XI. De cómo el rey al volver de caza fué cazado por su tesorero. . . . . 144

*Capítulos.* *Páginas.*

XII. De cómo faltó poco para que cazase al rey el marqués de Villena, y menos para que el marqués fuese cazado por el rey. . . . . 158
XIII. De cómo una mujer engañó á tres hombres, haciéndose amiga de otro. . . . . 172
XIV. De cómo el rey se sintió enfermo y estuvo á punto de morirse de miedo.. . . . . 186
XV. De cómo se enfadó el arzobispo de Toledo. . . . . 200
XVI. Las visiones del rey Enrique. . . . . 218
XVII. De cómo se cobraban antiguamente las contribuciones indirectas.. . . . . 236
XVIII. De un mensajero que llegó á Segovia. . . . . 249
XIX. Que trata de un alboroto y de otras cosas interesantes. . . 256
XX. De cómo la venganza es muy mala consejera. . . . . 269
XXI. Sic vos non vobis. . . . . 287
XXII. La herencia de Piel-del-Diablo. . . . . 295
Último.—I. La voluntad del rey. . . . . 308
Idem.—II. La voluntad del pueblo. . . . . 316

# PAUTA

## para la colocacion de las láminas.

---

### TOMO PRIMERO.


| | *Páginas.* |
|---|---|
| Retrato de Isabel la Católica. . . . . | Portada. |
| Isabel al pié de un árbol oye la buenaventura. . . . . | 28 |
| Un hidalgo á caballo habla con un ventero. . . . . | 49 |
| Dos hombres conducen á una mujer en un colchon por un subterráneo. . . . . | 94 |
| Un jóven intenta abrazar á una mujer, y otro le sorprende por una ventana. . . . . | 187 |
| Isabel sentada y un arzobispo en pié. . . . . | 261 |
| La cesta de frutas. . . . . | 286 |
| Entrevista junto á los toros de Guisando. . . . . | 294 |
| Un embozado clava un cartel en una puerta. . . . . | 300 |
| Isabel alumbrando al rey Enrique IV. . . . . | 350 |
| Isabel hablando al pueblo desde un balcon. . . . . | 370 |
| Un judío cogiendo la mano á una jóven, y mostrándole un libro abierto. . . . . | 377 |
| Varios ginetes al pié de un castillo. . . . . | 444 |
| Le tendió afectuosamente la mano sin permitir que se la besase. . | 456 |


### TOMO SEGUNDO.


| | |
|---|---|
| Una jóven sola junto á un rio. . . . . | 12 |
| Isabel reconviene al arzobispo de Toledo. . . . . | 53 |
| Don Diego la miraba fascinado. . . . . | 88 |
| No culpeis á vuestra hija... . . . . | 105 |
| ¡Válgale mi real seguro! ¡Ay de quien la toque! . . . . . | 128 |
| Beatriz le abrazó con vivas muestras de amor y agradecimiento. . | 156 |
| ¡Envenenado!... . . . . | 192 |
| Las sombras de las víctimas se alzan para acusarte y maldecirte. . | 233 |
| Sentí que me tocaban en el hombro. . . . . | 260 |
| Un secreto impulso dió á su brazo un movimiento, que no fué dueño de contener. . . . . | 285 |
| Muerte de D. Juan Pacheco. . . . . | 307 |
| La proclamacion. . . . . | 319 |

# ÍNDICE

## DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTA SEGUNDA PARTE.

## TOMO III.

### LIBRO PRIMERO.

### LA AURORA DEL NUEVO DIA.


| *Capítulos.* | | *Páginas.* |
|---|---|---|
| I. | El hidalgo del solar. . . . . | 5 |
| II. | De cómo Fernando del Pulgar salió á campaña. . . . . | 24 |
| III. | De cómo Tristan de Montemayor encontró quien le ayudase á comer sus provisiones. . . . . | 39 |
| IV. | Donde se verá que el miedo y el error hacen valer á cada hombre por diez. . . . . | 48 |
| V. | Donde se cuenta el principio de la tragedia de Ceinos, y llega Pulgar al término de su viaje. . . . . | 58 |
| VI. | La recompensa. . . . . | 76 |
| VII. | De cómo Tristan encontró dinero. . . . . | 86 |
| VIII. | La espedicion. . . . . | 101 |
| IX. | Justicia es autoridad. . . . . | 110 |
| X. | La política de la reina. . . . . | 125 |
| XI. | Un golpe de mano. . . . . | 134 |
| XII. | El reto. . . . . | 149 |
| XIII. | Toro. . . . . | 160 |


### LIBRO SEGUNDO.

### LA JUSTICIA DE LA REINA.


| | | |
|---|---|---|
| I. | Los postres de doña Isabel. . . . . | 175 |
| II. | La protegida de Pulgar. . . . . | 188 |

*Capítulos.* *Páginas.*

III. Dios, Patria y Rey. . . . . 202
IV. Que trata de unos amores y de otras cosas de mas peso. . 206
V. De cómo D. Fadrique hizo propósito de enmienda. . . . 221
VI. De cómo D. Álvaro fué hecho conde, y D. Fadrique le dió la mano. . . . . 229
VII. La reina y la mujer. . . . . 234
VIII. De varios lances que pasaron en el palacio de Valladolid. 244
IX. De cómo D. Fadrique acabó de enmendarse. . . . . 258
X. Una visita intempestiva. . . . . 266
XI. De cómo D. Fadrique fué paseado con escolta de honor. . 275
XII. Las órdenes militares. . . . . 284
XIII. Que trata de algunos pormenores necesarios para la inteligencia de esta historia. . . . . 296
XIV. De lo que pasó á Pulgar por ser callado. . . . . 309
XV. Los dos leones. . . . . 320
XVI. La justicia es libertad. . . . . 338

## LIBRO TERCERO.

### LUZ Y TINIEBLAS.

I. Los cuentos de Juan del Prado. . . . . 352
II. Los hermanos de la Cruz Verde. . . . . 365
III. Ni cristianos ni judíos. . . . . 380
IV. En que el autor pierde y vuelve á encontrar el hilo de esta historia. . . . . 394
V. El sueño de Torquemada. . . . . 403
VI. Refiérese lo que vió y oyó el judío Isahak, por lo cual se hizo mas devoto que antes. . . . . 416
VII. De cómo el hombre no siempre vé lo que vé, sino lo que piensa ver. . . . . 425
VIII. Que Dios ayuda al que se ayuda, y al que no, le desnuda. 438
IX. De cómo el P. Ojeda vió al demonio, y de sus resultas tiró el diablo de la manta. . . . . 446
X. Aclaraciones. . . . . 455
XI. Se demuestra que la bruja de Cazalla era invisible, y se tragaba los hombres vivos. . . . . 463
XII. Continuan los hombres no viendo lo que ven, y viendo lo que no ven. . . . . 476

*Capítulos.* *Páginas.*

## LIBRO CUARTO.

### LOS AMORES DE COLON.

I. El banquete de Pascuas. . . . . 495
II. La batalla tenebrosa. . . . . 506
III. De cómo el duque de Medina Sidonia venció al marqués de Cádiz. . . . . 521
IV. Trata de las discordias que tenian entre sí los moros, y de que Muley Hacem perdió el trono. . . . . 533
V. De qué manera Hernando del Pulgar quebrantó su propósito de no casarse jamás. . . . . 551
VI. Que trata de los primeros y de los segundos amores. . . 563
VII. Prosigue la historia de Pulgar el de las hazañas, y se refiere, como este hidalgo no tenia agua para beber, pero sí para regalar. . . . . 576
VIII. Viuda y doncella. . . . . 593
IX. Cuenta el genovés su historia, y conduce á doña Beatriz á su casa, todo en un capítulo. . . . . 609
X. Trata de los segundos amores de Colon, y de otras cosas que verá el que leyere. . . . . 623
XI. Granada y Córdoba. . . . . 636

## LIBRO QUINTO.

### VALOR Y FÉ.

I. La hazaña de la Vírgen. . . . . 649
II. De cómo se trató de comprar una cabeza con una mano. . 661
III. De cómo entraron cristianos en el Albaicin. . . . . 675
IV. Abraham el Guerbí. . . . . 688
V. Los dos Reduanes. . . . . 700
VI. El último valiente. . . . . 711
VII. El último triunfo. . . . . 722
Epílogo.—El huevo de Colon. . . . . 735

# PAUTA

## para la colocacion de las láminas.

---

## TOMO TERCERO.


| | *Páginas.* |
|---|---|
| Retrato del autor. . . . . | 1 |
| Vé, hijo mio, y sosten con gloria el blason de tus abuelos. . . . | 38 |
| Se entretenia en aprisionar jabalíes con sartas de perlas. . . . | 70 |
| ¡Es un conspirador! ¡un malvado! . . . . | 108 |
| ¿Es á mí á quién buscais? . . . . | 123 |
| ¿Qué novedad tenemos? . . . . | 153 |
| Un héroe de la batalla de Toro. . . . . | 172 |
| ¡Ah! ¡mi querido protector!. . . . . | 190 |
| No escaparás á mi furor, aunque te ampare Satanás. . . . . | 215 |
| Quiero que todos sean iguales ante la ley. . . . . | 273 |
| Francisca esclamó sobresaltada:—Habeis oido? . . . . | 313 |
| La fiera quedó sorprendida de tanto arrojo. . . . . | 336 |
| ¿Qué quieres de mí? ¿Quién eres? . . . . | 363 |
| ¡Nunca hallaremos paz, hija mia!. . . . . | 389 |
| ¡Perdónalos, Señor, pues no saben lo que hacen!. . . . . | 493 |
| Estraño contraste de sentimientos, muy comun en aquella época. . | 572 |
| Ya os he dado agua, moros: ahora os regalo esta copa porque me deis combate. . . . . | 589 |
| Esta empresa es de la Reina de los cielos. . . . . | 659 |
| No desmayes, Colon: acuérdate que soy madre. . . . . | 677 |
| *¡Le galib il Alah!* gritaba el asesino. . . . . | 698 |
| No temas, hermosa infiel, que no te haré daño. . . . . | 719 |
| Llora como una mujer, ya que no has sabido ser hombre. . . . | 730 |
| Su elocuencia sencilla y fervorosa cautivaba el corazon. . . . . | 732 |


---

7.000 -
2 vols.